

RAFAEL BALLESTAS MORALES

MIEMBRO DE NÚMERO DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA DE CARTAGENA
MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

Cartagena de Indias

RELATOS DE LA VIDA COTIDIANA
Y OTRAS HISTORIAS

- SEGUNDA EDICIÓN -
(Aumentada y corregida)



CARTAGENA DE INDIAS,
RELATOS DE LA VIDA
COTIDIANA Y OTRAS
HISTORIAS

RAFAEL BALLESTAS MORALES

1a. Edición: Febrero 28 de 2003, agotada.
2a. Edición: Junio 30 de 2008

Fotografías:
Foto Carátula, cortesía de:
ABRAHAM IBARRA BUSTAMANTE

Foto Contracarátula y solapa:
Fototeca Histórica de Cartagena

Interiores, cortesía de:
JAIME BORDA MARTELO
JUAN DIEGO DUQUE
FOTOTECA HISTÓRICA DE CARTAGENA

Transcripción:
CLAUDIA GIL MORENO

Corrección de pruebas primera edición:
MARÍA IGNACIA CASTRO

Corrección temática y de estilo, segunda edición:
JUAN DAGER NIETO

Diseño Carátula:
BORIS HERNÁNDEZ

Diagramación Electrónica:
NILA PATERNINA PUELLO

Autoedición Digital
C.I. ORGANIZACIÓN DIGITAL CASA EDITORIAL S.A.

Impresión:
C.I. ORGANIZACIÓN DIGITAL CASA EDITORIAL S.A.
Tel: 6743348 - 6694339
casaeditorial@hotmail.com

ISBN: 978 -958 96716-6-7

Todos los derechos reservados son propiedad de:
Rafael Ballestas Morales

Printed in Colombia

Cartagena de Indias, Junio de 2008

A mi esposa Hortensia; a mis hijos, Patricia, Hortensia y Rafael Enrique, y sus cónyuges, Winfried y Tania; a mis nietos Rafael Esteban, María José, Isabel, Juanita y al aún innominado, que viene en camino.

A la memoria de mis padres, Rafael Ballestas Prens y Carmen Morales de Ballestas.

A mi hermano Enrique.

A los hermanos Ballestas Calvo; a Alberto Ballestas Rico y a Edinson Ballestas Silva.

A la Universidad Libre, mi Madre Nutricia.

Y a mis compañeros de la Academia de la Historia de Cartagena, especialmente a su Presidente Honorario, doctor Arturo Matson Figueroa, quien me estimuló con sus consejos para hacer realidad esta publicación.

INDICE

PRESENTACIÓN DE LA SEGUNDA EDICIÓN
POR LOS DOCTORES VÍCTOR HERNANDO ALVARADO ARDILA, PRESIDENTE NACIONAL;
Y NICOLÁS ZULETA HINCAPIÉ, RECTOR NACIONAL DE LA UNIVERSIDAD LIBRE

PRESENTACIÓN DE LA PRIMERA EDICIÓN POR EL DOCTOR ARTURO MATSON
FIGUEROA
PRÓLOGO, POR EL DOCTOR NICOLÁS DEL CASTILLO MATHIEU
PREFACIO

CAPÍTULO I

AQUELLOS VIEJOS ALMACENES DE AYER 23

CAPÍTULO II

VAMOS A LOS TEATROS Y CINES DE AYER 47

CAPÍTULO III

CARTAGENA, ANTES Y DESPUÉS DE LOS TIEMPOS DEL HIELO. 77

CAPÍTULO IV

MEDIA LUNA Y CALLE LARGA, LAS RUTAS DEL COMERCIO 85

I - EL BARRIO 85

II - LA MEDIA LUNA 91

III - LA MEDIA LUNA 101

CAPÍTULO V

I - EVOCACIONES DE LAS FIESTAS DEL ONCE DE NOVIEMBRE 115

II - EVOCACIONES DE LAS FIESTAS DEL ONCE DE NOVIEMBRE 125

III - EVOCACIONES DE LAS FIESTAS DEL ONCE DE NOVIEMBRE 135

CAPÍTULO VI

EPISODIOS SOBRESALIENTES DE LA CULTURA FUNERARIA EN CARTAGENA 147

CAPÍTULO VII

CARTAGENA: SU BAHÍA, SU PUERTO, SUS MUELLES 177

CAPÍTULO VIII

EL SITIO A CARTAGENA DE DON PABLO MORILLO 187

CAPÍTULO IX

La Historia al revés	207
DON PABLO MORILLO “EL BUENO”	207

CAPÍTULO X

La Historia Desconocida	213
¿POR QUÉ DIABLOS SE VINO A VIVIR A TURBACO UN EX PRESIDENTE MEJICANO? ..	213

CAPÍTULO XI

HOMBRES Y SU HISTORIA	221
I - SIMON BOSSA, EL GRAN PATRICIO	221
II - ALBERTO ELIAS FERNÁNDEZ BAENA, EL GRAN PEDAGOGO	233
III - LAUREANO GÓMEZ Y CARTAGENA	243

CAPÍTULO XII

CUANDO EL BÉISBOL ERA PASIÓN EN CARTAGENA	255
---	-----

CAPÍTULO XIII

EL EXTRAÑO Y FANTÁSTICO MUNDO DE LOS AFICIONADOS A LOS TOROS	269
--	-----

**PRESENTACIÓN DE LA SEGUNDA EDICIÓN
POR EL DOCTOR VÍCTOR HERNANDO
ALVARADO ARDILA, PRESIDENTE NACIONAL
DE LA UNIVERSIDAD LIBRE.**

Afortunada la Universidad Libre por contar como uno de sus ilustres hijos al doctor Rafael Ballestas Morales. Su formación intelectual, estructurada con amplios y profundos conocimientos de historia, se ha convertido en pilar fundamental para que el doctor Ballestas nos recree culturalmente con su valiosa obra "*CARTAGENA DE INDIAS, relatos de la vida cotidiana y otras historias*". Conocedor hasta de los más recónditos detalles de su ciudad natal, nos pasea por ella con agradables relatos de hechos y episodios sucedidos desde muchos años atrás, que hacen sentir al lector como si realmente estuviera presente en la época en que sucedieron. Es tal la calidad de su narrativa, así como de su investigación histórica, que es casi imposible interrumpir su lectura hasta no agotar la última palabra de su agradable texto. La obra "*CARTAGENA DE INDIAS, relatos de la vida cotidiana y otras historias*", es un texto que describe lo desconocido de la histórica ciudad. No es fácil encontrar otro libro de esta naturaleza que nos ilustre en forma minuciosa, sencilla, amena y, sobre todo, formativa, sobre el acontecer económico, cultural, histórico, humano, geográfico y turístico de la famosa ciudad "Patrimonio de la Humanidad".

La descripción de los viejos almacenes, de los viejos teatros y cines de ayer, de sus calles, así como la evocación de sus fiestas novembrinas, ilustran con formidables detalles al desprevenido lector que apenas conoce las generalidades de los atractivos turísticos de la gran ciudad.

No quiso dejar pasar desapercibido el doctor Ballestas un hecho de trascendental impacto en la historia de Colombia, como es el Sitio de Cartagena por don Pablo Morillo, que, como él mismo lo describe, "se siente uno estremecido hasta el fondo del alma". El relato de sus intimidades y pasiones que le antecedieron y las equivocaciones que se cometieron explican de manera

contundente la razón de ser de la derrota, que de no haber sucedido ésta, otra sería la historia de Colombia. Se encuentra en esta parte de la obra algo así como el origen histórico del curioso y famoso término de "la silla vacía", cuando don Manuel del Castillo y Rada incumple una cita con el Libertador Simón Bolívar. Explica el autor en su obra, con contundentes argumentos históricos, el porqué don Pablo Morillo no tuvo mayor dificultad para la toma de Cartagena, que, de no haber sido por las divisiones y odios entre los granadinos, otra hubiera sido la suerte de don Pablo Morillo y, como consecuencia, otra la historia de la independencia de nuestro país.

En fin, la formación histórica, política y jurídica del autor, así como su capacidad descriptiva, hacen de esta obra un texto no solamente atractivo para los cartageneros, sino, además, para el pueblo colombiano, lo que justifica plenamente la segunda edición de tan singular e importante logro bibliográfico.

VICTOR HERNANDO ALVARADO ARDILA
Presidente Nacional
UNIVERSIDAD LIBRE

PRESENTACIÓN DE LA SEGUNDA EDICIÓN POR EL DOCTOR NICOLÁS ZULETA HINCAPIÉ, RECTOR NACIONAL DE LA UNIVERSIDAD LIBRE

El Rector de nuestra Seccional de Cartagena de Indias, Rafael Ballestas Morales, Miembro de Número de la Academia de la Historia de Cartagena y Correspondiente de la Academia Colombiana de Historia, entrega una nueva edición de su libro "*CARTAGENA DE INDIAS, relatos de la vida cotidiana y otras historias*". Es un doble honor para nuestra institución esta nueva edición, pues a su actual dignidad de Rector, se le suma la de ser uno de nuestros eximios egresados. El autor de este libro, en una palabra, es honra de esta casa de estudios, pues ha sido el bastión de la Universidad Libre en esta heráldica sede de Cartagena.

Desde la perspectiva del sencillo aficionado a la crítica literaria, juzgamos que esta nueva edición del libro que el lector tiene en sus manos, se justifica a plenitud por elementales necesidades históricas, culturales, pero justamente porque se trata de una obra esencial que contribuye a conformar, pero, sobre todo, a conservar, la identidad e idiosincrasia de un pueblo que es y ha sido determinante para la formación de la nación colombiana, que es al propio tiempo la ciudad natal del autor, la "Heroica" Cartagena de Indias.

Hay aquí un registro de lo vívido de la ciudad amurallada, pero un registro auténtico, proveniente de una fuente insobornable, que digiere los acontecimientos; que aprehende el pasado, y la actualidad, para entregárnoslo todo, desprovisto de ditirambos y adornos, compaginando los hechos del pasado y del presente con pensamientos y dictámenes críticos, fincados en serias fuentes, como es el caso, por ejemplo, de la silueta que nos dibuja del "Pacificador" Morillo, respecto de quien deja aclarado que no fue por su voluntad que vino a estas tierras de América a la llamada Reconquista Española, ya que lo que "anhelaba era volver a la tranquilidad de su hogar", y que le tocó,

en último término, "asumir esa dura tarea, contra sus propios deseos". Pero esa realidad no le impide llegar al fondo de las consecuencias de lo que fueron sus nefandas ejecutorias, en la época que entre nosotros es conocida como el "régimen del terror". "Realmente, el Pablo Morillo "Bueno", leal a Dios y al Rey de España, (...) fue contradicho por los hechos, que lo convirtieron en el artífice de una excesiva represión... Un demonio venido del infierno español" -nos remata-; o registrando inolvidables cuadros de costumbres, como es su trilogía a las "**fiestas del once de noviembre**", en la que, por ejemplo, nos consigna con sencillez la forma en que participaban en el reinado las personalidades de cierto renombre:

"Vivíamos en los tiempos en que la Lotería de Bolívar jugaba un sorteo extraordinario fabuloso de un millón de pesos; la Industria Licorera de Bolívar nos invitaba a deleitarnos con su "Aguardiente Extrafino"; la sed se calmaba con "Costeñita", "tan buena la grande como la chiquita", decía la propaganda; Simón Bossa López desempeñaba la Secretaría de Obras Públicas departamental; Juancho Arango, su primera Alcaldía; Fernán Caballero Vives, la presidencia de la Junta de las festividades; Luis Vélez Domínguez, la vicepresidencia; Carlos M. Félix, la fiscalía; Luis Mufarrij, la tesorería; Antonio J. Irisarri (Nacarillo), la secretaria; y, Enrique Castillo Jiménez, Carlos Arturo Pareja y Ricardo de la Vega, las relaciones públicas, coordinación y jefatura de prensa, respectivamente. Eran pues, "los tiempos de la gustadera".

En las fiestas de 1949, el programa radial humorístico "La Cotorra", dirigido por "Tony Porto" y "K.Q.Men", promovió su propio reinado. La candidata ganadora fue la voluptuosa "Guadalupe Burundanga", cuyo papel hizo jocosamente el mismo "Tony Porto". La noche en que se eligió la reina de las festividades en el estadio "Once de Noviembre", también se coronó a "Guadalupe" con rojas flores de "arrebata macho", por el sabio mundólogo Carlos Arturo Pareja, y el discurso de coronación estuvo a cargo de Roberto Méndez Villarreal. Este gracioso reinado opacó a los otros verificados en esa ocasión."

Como bien se observa, el libro "**CARTAGENA DE INDIAS, relatos de la vida cotidiana y otras historias**", tiene énfasis y hace alarde de inspiración popular, y le da ancho espacio a las diversas manifestaciones de las varias clases sociales que en las épocas evocadas pululan en la ciudad amurallada, en suma, a su polifacética, atrayente y vibrante masa humana, la cual, en todos los casos, es vista con respeto y admiración.

Es una obra heterogénea que enriquece el acervo cultural de la ciudad, que a no dudarlo ha sido y podrá seguir siendo consultada con interés y provecho, tanto por el curioso por conocer el pueblo cartagenero, como por el minucioso

investigador que se haya echado la responsabilidad de hacer la llamada investigación "científica" de la historia de esta heroica ciudad, que tanta influencia ha tenido y tiene en el universo de la nación colombiana.

Se ha distinguido el Dr. Ballestas Morales por ser una especie de patriarca, con un especial don de gentes que caracterizan el ser, la esencia del cartagenero, y es con este perfil que se ha desempeñado en su periplo vital no solo en el campo de las letras, de cuya capacidad es elocuente muestra la presente edición, sino también en lo público, ya que reiterativamente ha ocupado importantes posiciones gubernamentales tanto a nivel central como local; empero, en esto de su vocación literaria, sus contemporáneos le apreciamos su talento y disciplina, y la posteridad le sabrá agradecer que sea de aquellos que no ha dejado languidecer a su ciudad natal, según la rebelde queja del célebre poema del monumento a los "zapatos viejos", que en una de sus redomas hace aun más gallarda a la ciudad heroica en cuyo tributo son escritas la cuartillas de este libro.

Bogotá, 13 de mayo del 2008.

NICOLÁS ZULETA HINCAPIÉ
Rector Nacional
UNIVERSIDAD LIBRE

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL ACADÉMICO, DOCTOR ARTURO MATSON FIGUEROA, DURANTE EL ACTO DE PRESENTACIÓN DE LA PRIMERA EDICIÓN

Con todas las veras de mi espíritu, manifiesto que siento una inocultable satisfacción y un enorme agradecimiento al doctor Rafael Ballestas Morales, por haberme concedido el honor de presentar su interesante obra "Cartagena de Indias, Relatos de la vida cotidiana y otras historias", que ha dado a la estampa en hermosa y pulcra edición de la C.I. Organización Digital Casa Editorial de Cartagena, con prólogo laudatorio del connotado historiador y distinguido hombre de letras Nicolás del Castillo Mathieu.

El cometido anunciado lo cumplo con la mayor objetividad, sin que mi criterio ni mi visión apreciativa del libro, los empañe, ni mucho menos los distorsione, una lengua y bien cultivada amistad que el autor y yo anudamos desde hace más de treinta y cinco años.

De entrada, como fruto de una atenta y cuidadosa lectura, renunciando al uso de la hipérbole, pues ella no se hace menester, con firme convicción me atrevo a decir que la obra, sin olvidar los ya clásicos estudios de los maestros Donaldo Bossa Herazo y Eduardo Lemaitre, lo mismo que el bellísimo legado poético de Luis Carlos López y Daniel Lemaitre, es un valioso aporte a la historiografía de la ciudad de Heredia referente al siglo XX, que viene a integrarse con otros trabajos sobre el mismo período, adelantados, unos, por ilustrados miembros de la Academia de la Historia de Cartagena de Indias, como son los doctores Adolfo Meisel Roca, Haroldo Calvo Stevenson, Carlos Villalba Bustillo, María Teresa Ripoll, Álvaro Angulo Bossa, Antonio Lequerica Martínez, con su bien documentado ensayo sobre la historia del toreo en Cartagena y Raúl Porto Cabrales, prolífico historiador del deporte cartagenero, y otros, realizados por los sociólogos Rosa Díaz de Paniagua y Raúl Paniagua Bedoya, y la investigadora Claudia Abello, sobre importantes barrios cartageneros, como

son los de San Diego, Getsemaní y Manga. De este selecto grupo, en el cual brillantemente queda incluido el doctor Rafael Ballestas Morales, que yo llamaría grupo de salvamento de la memoria de Cartagena de siglo XX, no puede quedar excluido el nombre de Rodolfo de la Vega Vélez, cuyos escritos e investigaciones históricos constituyen otro aporte importante, especialmente en relación con la vida y la vocación portuaria de la ciudad.

El libro que con gusto presento, el cual virtualmente vi en crisálida preparándose a emprender su vuelo, es contentivo del bien sazonado fruto del trabajo que plausiblemente se impuso el autor, de ello hace diez años, al ingresar como miembro a la benemérita Academia de la Historia, de la cual es hoy día uno de sus integrantes más destacados. Tal ingreso, como el bautismo para los católicos, parece que en algunos imprime carácter, consagrándose al paciente y enriquecedor oficio de indagar sobre el pasado, como le ocurrió al doctor Ballestas Morales, quien se resistió a ser un simple convidado de piedra en la corporación.

La obra recoge una parte muy importante de sus muchos artículos, ensayos y conferencias, sobre variada temática, que fueron publicados en periódicos y revistas. En todos ellos resplandece una minerva sagaz y muy bien cultivada.

A través de su lectura, que resulta grata porque ella ofrece una prosa fluida, ágil, desenvuelta, amena y castiza, desprovista de afanes conceptualistas pedantes y salpicada del buen humor característico de la personalidad del autor- se aprecia nítidamente que Ballestas Morales ha llevado a cabo una tarea esforzada y meritoria, digna de loanzas, realizada devotamente en los pocos espacios libres que les permiten su actividad docente y el responsable ejercicio de su profesión de Abogado.

Al respecto, cuando advertí que el inquieto Académico consultó y rebuscó informaciones en viejos archivos y álbumes familiares, que manejó añejos y empolvados documentos y apeló a testimonios de personas de avanzada edad, supérstites encanecidos de pretéritas calendas del siglo XX, comprendí y admiré de inmediato que el autor que hoy congratulamos se había comprometido en unas serias y acuciosas investigaciones de campo, que no simplemente bibliográficas, en consonancia con las orientaciones actuales del quehacer historiográfico, que recomiendan la búsqueda de las fuentes primarias. Son las investigaciones de baúl, llamadas así por el historiador Orlando Fals Borda en su *Historia Doble de la Costa*.

Fue así como de los picos de su pluma fluyeron, con la cristalina y tranquila mansedumbre de las aguas que brotan de un manantial, los siguientes ensayos que en varios apartados, relativos a Cartagena, integran la parte medular de su obra:

"Aquellos almacenes de ayer"; "Vamos a los teatros y cines de ayer"; "Cartagena, antes y después de los tiempos del hielo"; "Media Luna y Calle Larga; las rutas del comercio"(2 ensayos); "Evocaciones de las fiestas del 11 de Noviembre"(3 ensayos); "Episodios sobresalientes de la cultura funeraria de Cartagena"; "Cartagena: su bahía, su puerto, sus muelles", "Simón Bossa, el gran patricio"; y "Alberto Elías Fernández Baena".

En esos sesudos ensayos el Académico Ballestas Morales ha rescatado de la deplorable fatalidad del olvido, actividades comerciales, empresariales, sociales, educativas y recreativas, con sus respectivos protagonistas, que se desarrollaron en el corralito de piedra durante largos períodos del siglo XX. Además, ha rendido homenaje, exaltándolas de paso, a extraordinarias e ilustres personalidades cuyas ejecutorias, gracias a este libro, serán conocidas y admiradas por las nuevas generaciones. Ese grande hombre que fue Gilberto Alzate Avendaño, en alguna ocasión dijo que la nobleza de los pueblos se mide por el espesor de su memoria. Y coincidente en el fondo con tal sentido, el escritor checo Milán Kundera sostiene que para liquidar a las naciones "lo primero que se hace es quitarles la memoria". De ahí el mérito de la obra de Ballestas Morales, porque ella es un valioso aporte para la conservación de la memoria de una época de la ciudad procerca, de un ayer hermoso que él ha logrado revivir.

Confieso que la mayoría de esas narraciones me suscitan añoranzas al traerme buenos recuerdos que, según nuestro glorioso premio Nobel, son los malos, dizque porque son la semilla de la nostalgia. Ellos proyectan ante mí una especie de película del ayer perdido que en suerte me tocó vivir. Razón tenía el escritor francés Jean de la Bruyère al decir que los viejos, como es mi caso personal, "aman los lugares donde transcurrió su mocedad". Porque fue en el año 1942, sin sospechar que por el espíritu hechizante de la ciudad, sería para siempre, cuando vine a estudiar a Cartagena, proveniente de Arjona, donde tengo el ombligo enterrado, como era la usanza de la época.

De suerte que tales trabajos, mirados o analizados en conjunto, globalmente, me hacen pensar que acaso sin proponérselo inicialmente, sin pretensiones magistrales y sin posar de historiador, como él mismo lo reconoce con honestidad mental en las palabras del Prefacio, el doctor Ballestas Morales ha logrado

una imagen de lo que fueron algunas actividades y personalidades extraordinarias que descollaron durante el siglo XX, en la noble y heroica Cartagena, donde tuvo la buena suerte de nacer. De manera que cuando lo citemos en el futuro, lo debemos identificar como el historiador Ballestas Morales. Por eso me agrada leer y compartir las siguientes apreciaciones del ilustre prologuista Nicolás del Castillo Mathieu: ***"A pesar de no querer hacer historia, Rafael Ballestas Morales la hace y este libro será de obligada consulta para los que en el futuro se interesen por reconstruir la Cartagena del siglo XX. Espero no equivocarme."***

Pero todavía hay más en la obra que justicieramente exalto, pues aparecen en ella, revelando la rica variedad de su cultura y de su información histórica, otros estudios e investigaciones de grato sabor a cual más interesantes, a saber:

(1)- "El extraño y fantástico mundo de los aficionados a los toros"; en el cual la agudeza y perspicacia del autor resalta los inconcebiblemente paradójicos y sorprendentes comportamientos de tales aficionados, cuya lectura, desde la primera hasta la última línea causa irrefrenable hilaridad.

(2)- "El sitio de Cartagena de don Pablo Morillo "

Es un bien documentado estudio sobre las seis causas que dieron al traste con la resistencia de los cartageneros e hicieron posible la toma de la ciudad por parte del denominado "Pacificador". Este capítulo lo ha calificado el prologuista, con razón, como "excelente."

(3)- "La historia al revés. Don Pablo Morillo "El Bueno. "

Es un análisis de unas memorias que don Pablo Morillo publicó en francés en el año 1816, las cuales fueron halladas en París por el dirigente gremial colombiano y Senador de la República Arturo Gómez Jaramillo, quien las adquirió, las tradujo al castellano y las hizo publicar con patrocinio del Senado de la República.

(4)- "Por qué diablos se vino a vivir a Turbaco un ex presidente mejicano?"

Es una breve semblanza del once veces presidente y dictador mejicano Antonio de Padua María Severino López de Santa Anna, conocido como el general Santa Anna, pintoresco y excéntrico personaje que suscita en sus paisanos un

odio histórico porque a su venalidad se le atribuye la pérdida del territorio de Texas, quien vivió en el municipio de Turbaco en dos ocasiones: de 1850 a 1853 y de 1855 a 1858.

En el fascinante recorrido de la preciosa obra del historiador Ballestas Morales, que en la plateada cumbre de sus años ha regalado a la ciudad de Cartagena, no pude evitar la recordación del ex presidente Richard Nixon, quien después de su estruendosa caída por el penoso episodio que el mundo entero conoció, para subsistir, empuñó la péndola y publicó varios libros, en uno de los cuales -titulado "*Nixon en la arena*"- sostuvo que, con excepción de los genios, los libros deben ser escritos por individuos mayores de sesenta años, porque es entonces cuando se tiene algo que decir, por lo vivido y aprendido.

Y también recordé unas sabias expresiones del famoso leopardo Augusto Ramírez Moreno, quien dijo que la vejez- y espero que mi dilecto amigo no se incomode porque el padre de los ensayos Miguel de Montaigne decía que era un privilegio llegar a ella- es una hermosa etapa de la vida, con su cansancio generoso, su olímpica indiferencia a cuyas alturas no llegan los ultrajes, en la que apenas hay espacio para las preocupaciones metafísicas e intelectuales.

Tan autorizadas voces las he traído a cuento, en procura de que el doctor Ballestas Morales no se duerma sobre los laureles que hoy está cosechando, sino que con el mismo entusiasmo continúe la hermosa tarea hasta hoy realizada, pues su bien provisto bagaje cultural le ofrece campos y materias que de seguro manejará con mucha solvencia y propiedad, como sería por ejemplo, lo que representó en Cartagena, en el siglo pasado, el ejercicio y práctica de la música culta.

Las bondades y virtudes que me he permitido poner de resalto ante tan nutrida y selecta concurrencia, constituyen el más sólido fundamento para recomendar la lectura de la obra en comento, con la posibilidad muy cierta de que una vez hecho tal ejercicio, algunos apreciarán que me quedé corto al ponderar sus excelencias.

Y para terminar, me complazco en felicitar cordial y afectuosamente al doctor Rafael Ballestas Morales, a su dignísima esposa Hortensia Ballestas de Ballestas- quien no sólo le ha prodigado amor sino el más tierno y cálido de los apoyos y estímulos- y a sus queridos hijos Patricia, Hortensia y *Rafael Enrique*.

Cartagena, 28 de febrero de 2003.

RAFAEL BALLESTAS MORALES

P R Ó L O G O

Conocí a Rafael Ballestas Morales cuando el presidente Alfonso López Michelsen, en un gesto impredecible, me nombró gobernador de Bolívar en 1975. Yo he sido toda mi vida un conservador ospinista y en ese momento amigo del ex presidente Misael Pastrana Borrero. Este sector conservador no tenía representación en el gobierno de López, excepto un ministro, Samuel Hoyos Arango, que era amigo de Ospina. Los conservadores laureanistas sí colaboraban con López y el ministro de gobierno, mi inmediato superior jerárquico, Cornelio Reyes, era laureanista. Por disposiciones legales, mi secretario de gobierno debería ser liberal y yo destiné esa posición al grupo de los hermanos Facio Lince, quienes me dieron de candidato a un odontólogo de nombre impronunciable. A pesar de ser abogado, yo necesitaba un jurisperito y un sagaz conocedor del ambiente. Ambas condiciones las reunía Rafael Ballestas Morales, según todos los amigos políticos y personales que consulté, y nunca me arrepiento de haberlo nombrado, pues llenó las condiciones a cabalidad. Los hermanos Facio Lince lo aceptaron porque era de su mismo grupo.

Mi cercanía con Rafael me permitió descubrir en él un hombre no sólo inteligente sino también bueno y leal. Por estas razones se explica uno el optimismo y la benevolencia con que, a través de estas páginas, juzga a sus paisanos. La lectura de este libro es refrescante y positiva. A lo largo de él van desfilando personajes y cosas que ya creíamos olvidadas y que Ballestas incorpora en sus relatos con prodigiosa memoria. No falta un detalle ni se equivoca casi nunca. Ahí está, enterita, la Cartagena de la segunda mitad del siglo XX, sin que Rafael pretenda posar de historiador, excepto el capítulo sobre el sitio de

Cartagena por el Pacificador Pablo Morillo en 1815, que por lo demás es excelente. El estilo de Ballestas es claro y descomplicado, con sus gotas de humor muy bien traídas y dosificadas. Es una delicia recorrer estas páginas sin los arrecifes de la retórica y de las notas a pie de página, lo cual no le resta credibilidad a sus afirmaciones, porque el autor posee una buena base bibliográfica, aumentada con sus conversaciones con los personajes aquí analizados o los descendientes de éstos. Sus evocaciones de los almacenes y teatros de ayer son realmente nostálgicas. Están bien documentados los capítulos dedicados a la inmigración de sirios y libaneses a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, que no dejan cabo suelto.

A pesar de no querer hacer historia, Rafael Ballestas Morales la hace y este libro será de obligada consulta para los que en el futuro se interesen por reconstruir la Cartagena del siglo XX. Espero no equivocarme. A este aporte sencillo, modesto y sin pretensiones, le deseo la mejor de las suertes.

Van mis felicitaciones muy sinceras a Rafael, Hortensia y sus tres hijos, quienes han sido su soporte e inspiración.

NICOLÁS DEL CASTILLO MATHIEU

PREFACIO

Sin poses de historiador, sino como un recopilador y divulgador de hechos y costumbres de mi ciudad nativa, he venido, desde hace varios años, observando, preguntando, recordando, leyendo, investigando y anotando aspectos de la vida cotidiana de Cartagena, especialmente del siglo XX, sin dejar de relacionarlos con otros períodos.

Como resultado de esa labor pesquisidora, he escrito una serie de artículos y ensayos, publicados en revistas especializadas y en los suplementos literarios de los diarios cartageneros "El Universal" y "El Periódico", además de algunas conferencias dictadas en la Academia de la Historia de Cartagena y en otras tribunas de entidades cívicas y culturales.

Por los positivos comentarios de tantas personas que me estimulaban a seguirlo haciendo y los reclamos que me expresaban cuando transcurrían largos períodos sin que apareciera alguna publicación de mi autoría, advertí que no estaba arando en el mar y que contaba con numerosos lectores, muchos de los cuales decían estar coleccionando mis artículos.

Comprendí que eso era posible porque tan grata pluralidad de lectores que se me acercaban a felicitarme, o a acotar o glosar mis escritos, eran, a su vez, protagonistas directos o indirectos de los acontecimientos en ellos relatados.

Además, percibí que, sin proponérmelo, estaba recopilando y divulgando hechos de la vida cotidiana de Cartagena que hacían parte de la historia reciente, de la historia del siglo XX, sobre la cual poco se ha escrito todavía.

Por ello, atendiendo, también, la sugerencia de algunos amigos, me propuse compendiar esas crónicas, ampliarlas y actualizarlas, para publicarlas en un solo libro, a fin de que queden como constancia del modo de vida de los cartageneros en los últimos cien años, sin dejar de acudir a las fuentes del inmediato o remoto pasado. Por otra parte, es la manera de evitar que se pierdan sueltos en el olvido de los anaqueles y los baúles.

Aquí dejo, pues, para quienes así me lo pedían, la recopilación, en estilo que trato de hacer ameno, a veces con tintes de buen humor, de acontecimientos, de usanzas y de semblanzas de una Cartagena que hace poco se nos fue o que se nos está yendo.

ELAUTOR.

CAPÍTULO I

AQUELLOS VIEJOS ALMACENES DE AYER

A los jóvenes cartageneros, por nacimiento o por adopción, mayores de 50 años, y en especial a la memoria del escritor Erick Bozzi Anderson.

A MANERA DE VITRINA.

Cada vez que un viejo almacén de Cartagena cierra sus puertas definitivamente, es como si le cercenaran a la ciudad algo de su anatomía urbana; y la falta de esa parte del entorno citadino trae de forma inevitable a nuestra memoria innumerables episodios de épocas pretéritas, que aparecen en la película de nuestra propia vida como más gratas que el presente, aunque, en realidad, no lo hubieren sido tanto.

¡Cuántos almacenes de esos hemos visto nacer, crecer y morir en nuestra urbe y cuántos de ellos fueron enseña de la ciudad y protagonistas de su historia cotidiana!

Todavía se guarda en el baúl de los recuerdos la imagen de esos almacenes de antaño, que ya no existen, algunos de los cuales, por su importancia y fama, marcaron una época, dejando honda huella en las distintas generaciones que los conocimos.

LOS DE AYER, QUE SE MARCHARON.

Almacén Mogollón.

Basta pasar por la calle del Coliseo para recordar el cartagenerísimo “Almacén Mogollón”, tal vez el primer gran almacén de la ciudad, con sus amplias dependencias, de una limpieza tan pulcra que parecía hecha todos los días por escrupulosas monjitas.

Fundado en 1912 por el visionario hombre de empresas, don José Vicente Mogollón, quien inició sus actividades comerciales a los 18 años, en 1900, con un negocio de encuadernación manual que puso en la esquina de las calles de la Universidad con Estanco del Aguardiente. Su primera sede estuvo situada en el local en donde funciona todavía otro viejo almacén, "El Centavo Menos".

De allí se trasladó al espacioso edificio de su propiedad, construido en 1927 por el arquitecto Nicolás Samer en el mismo lugar que ocupó la casa natal del doctor Rafael Núñez. Este arquitecto, nacido en Ausburgo, Alemania, levantó, además, el edificio de "Pombo Hermanos", en las calles del Cuartel y Estrella; el del extinguido Banco de Bolívar, en la calle de la Inquisición, en donde presta sus servicios actualmente la biblioteca "Bartolomé Calvo"; el inmueble donde está "El Centavo Menos", en la confluencia de las calles Cochera del Gobernador y Román; y, la mansión de la calle Real del Pie de la Popa, hoy sede de la Universidad Libre.

En el interior del “Almacén Mogollón” siempre se respiraba, por muy concurrido que estuviere, un ambiente distinguido y sosegado, que armonizaba con la severa elegancia de sus directores y dependientes. La celebración de las navidades allí era una fantasía.

Contaba con sucursales y agencias en Bogotá, Cali, Barranquilla, Bucaramanga, Tunja, Santa Marta, Honda, Girardot, Barrancabermeja, Montería, Ciénaga y Magangué, lo que nos muestra la importancia, solidez y ramificación del giro de sus actividades mercantiles.

Recuerdo cómo los cartageneros que, por allá en el decenio de los cincuenta del siglo XX nos trasladamos a estudiar a Bogotá, en ese tiempo una ciudad "euro - cachaca", fría y lejana pero agradabilísima, veíamos en el “Almacén Mogollón”, situado en pleno centro comercial, una extensión territorial de

Cartagena; algo así como una Embajada. Acompañado de algunos coterráneos, entré muchas veces a su recinto a intentar respirar, con cierta saudade, la cálida atmósfera de la anhelada ciudad de mis orígenes.

"La casa de Barranquilla funciona en hermoso edificio propio a prueba de incendio, cuya construcción costó alrededor de cien mil pesos oro", decía una propaganda publicada en 1933, refiriéndose a la sucursal en aquella ciudad.

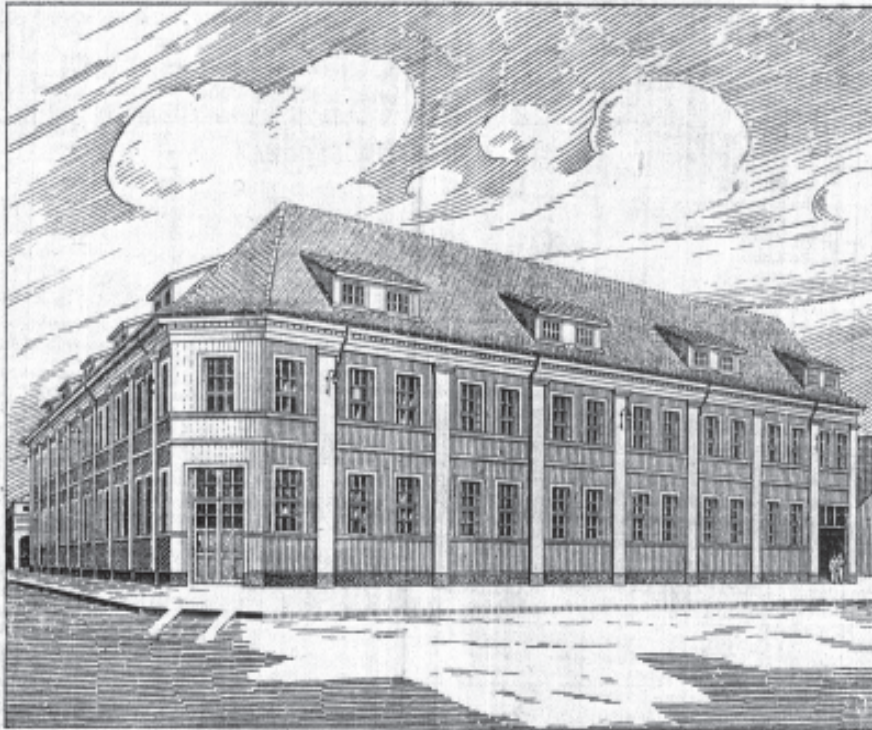
Además del renglón de papelería, librería, tipografía y encuadernación, con sus propios talleres, distribuía infinidad de productos importados, entre otros, automóviles y camiones, máquinas de escribir, cajas registradoras, archivadores de metal, pianos y pianolas, cajas para dinero, cámaras fotográficas, lapiceros y plumeros, lámparas eléctricas, madera artificial para cielos rasos, tabiques, etc., todos de las más afamadas marcas.

¡Quién lo creyera!, don José Vicente Mogollón estuvo a punto de ser "descertificado" por los Estados Unidos de Norte América, lo que nos indica que este procedimiento punitivo imperial no es nuevo en las costumbres internacionales de nuestro forzado hermano mayor del norte.

Resulta que la firma Mogollón importaba muchos productos de casas alemanas de gran prestigio, como la de los "Sperling". Al suscitarse la primera guerra mundial en 1914, los Estados Unidos no vieron con buenos ojos que empresas de este continente, entre ellas la de Mogollón, comerciaran con sus similares germanas. Entonces procedieron a boicotear las relaciones comerciales que tuvieran con casas norteamericanas y a impedir que aquellas suministraran productos a las compañías que negociaran con los enemigos teutones. Tuvo don José Vicente que viajar de urgencia a Nueva York y valerse de sus amigos gringos influyentes para evitar que lo incluyeran en la "lista negra" de los comerciantes indeseables. Se salvó de la "descertificación" gracias a sus antecedentes de respetabilidad y a sus buenas relaciones.

Además de su fundador, propietario y gerente, el personal directivo estuvo integrado por don Lácides Segovia, quien fue socio de la empresa; Ricardo y Carlos Olier; Ramón y Pepe Caviedes, el primero de ellos padre de Camilo Caviedes; Abraham Ibarra Samudio; Clímaco Silva; Helena Bonfante, la inamovible secretaria de la gerencia; Eduardo Arrázola Madrid, yerno de don José Vicente, quien era el jefe de la librería; Ricardo Madrid del Risco, jefe del departamento de equipos de oficina; Guillermo Cabarcas, jefe de personal; Rodrigo Martelo, jefe de los talleres de encuadernación; y Alfonso Domínguez, encargado del servicio de

Talleres Mogollón



Equipos modernos de primera clase y organización especial para servicio rápido, en los siguientes ramos:

SECCION DE IMPRENTA

Desde una tarjeta hasta un libro. Impresiones nítidas en toda clase de papel. Especialidad en trabajos para servicio de oficinas comerciales y del gobierno, membreros de papel comercial y de fantasía, etiquetas, folletos, y en general, para toda clase de trabajos de remiendo, a cuyo efecto contamos con los elementos m's modernos. Gran surtido de tipos, orlas, viñetas, etc., para todos los gustos.

SECCION DE ENCUADERNACION Y RAYADO

Desde las sencillas pastas de cartón y tela, hasta las lujosas encuadernaciones en cueros finos, con cantoneras y lemos de metal. Fabricación de libros en blanco, libros para cuentas con rayado corriente o a la orden, libros de hojas intercambiables, para sistemas especiales de Contabilidad, con tapas resistentes de seguridad, libretas, cuadros y toda clase de formularios de uso general o para necesidades especiales.

Materiales de alta calidad, operarios con larga experiencia y máquinas modernas.

FOTOGRAFADO Y ZINCOGRABADO

Servicio extra-rápido. Estamos preparados para toda clase de trabajos en este ramo y provistos de equipo completo.

Nos encargamos de la confección de clichés para anuncios comerciales, para lo cual, ponemos a la disposición de quienes nos ocupen, los servicios de un buen dibujante.

FABRICA DE EMPAQUES

Fabricamos cajetas de cartón de todo tamaño, a la orden, propias para empaque de jabones, calzado, polvos, perfumes y muchos otros productos.

Nuestra extensa clientela de toda la República, siempre satisfecha, es la única recomendación que ostentamos; y la popularidad y constante demanda que tienen nuestros productos y trabajos, se basa en el esmero, corrección y prontitud del servicio.

J. V. MOGOLLON & Co.

500-6 v.

SECCION TALLERES

Teléfono número 12-02

CALLE DEL COLISEO

marquetería. Con Billy Gerts Martínez, joven vendedor; y José Espriella, leal conductor de don Pepe Mogollón, como cariñosamente llamaban a su fundador y propietario.

Por adversas e imprevisibles circunstancias financieras y de mercado, cerró sus puertas en el año 1970, dejando un gran vacío en el correr de nuestra vida comercial, social y urbana.

Aún se lee, al transitar por la calle del Coliseo, en el frontis del tercer piso del edificio en donde funcionó hasta sus últimos días, en letras de molde, a manera de placa recordatoria para perpetuarlo, el nombre que lo distinguió siempre: "J.V. Mogollón & Cía".

ALMACEN DE SANTIAGO ARAÚJO & CÍA.

Nuestras abuelas y nuestras madres seguramente fueron más de una vez al almacén "de los Araújo" a adquirir materiales para la costura y confección o hilos para nuestros barriletes y "pandongas".

¡Cómo no recordar ese viejo almacén de la calle de las Carretas, con su largo mostrador y sus estantes plenos de mercancías, casi todas de fabricación extranjera, que engalanaban el recinto con sus caprichosas formas multicolores!

Fue el almacén más antiguo de Cartagena que logró llegar hasta la segunda mitad del siglo pasado.

Fundado por don Santiago Araújo Blanco, probablemente entre los años 1869 y 1875, cuando éste falleció, asumieron su atención sus hijos, Santiago Araújo Torres, tronco de la familia Araújo - Grau; Alberto Araújo Torres, de los Araújo - Merlano; y sus hermanas Ana María y Rafaela, esta última casada con don Hernando Martelo, padres de Beatriz Martelo Araújo.

Los productos eran, en su gran mayoría, europeos, especialmente hechos en Inglaterra y Escocia. Allí se conseguían los mejores hilos, botones, broches, encajes, lonas, telas de lino, paños ingleses livianos, tela irlandesa "Tobralco", géneros variados y demás materiales para sastres y modistas, que, a su vez, exportaban a Venezuela y Ecuador.

Durante el prolongado curso de su existencia sus propietarios no convinieron con el uso de la tal caja registradora. Recibían y hacían los pagos en efectivo

contante y sonante y el dinero lo guardaban en un cajón del mostrador, que cumplía el papel de caja fuerte. Que se sepa, nunca fueron víctimas de timadores o ladrones, a pesar de sus peculiares formas de seguridad. Sólo ya en los últimos años optaron por abrir una cuenta en el Royal Bank of Canadá.

El almacén fue liquidado por sus sucesores a principios de 1968, y en el sitio en donde existió por casi cien años, marcado hoy con los números 84 - 22 y 84 - 26 de la calle de las Carretas, inmediatamente después del edificio Yacamán, hay varios establecimientos comerciales, pero aún se puede apreciar, desde la acera contraria, el espacio exacto que ocupó, al que únicamente le falta su largo mostrador decorado de encajes y la presencia de sus distinguidos propietarios, asistidos por su parienta María Isabel Caballero, para retrotraernos a la época esplendorosa de este otro viejo almacén cartagenero.

ALMACÉN AMERICANO.

En la calle Vicente García, en el inmueble identificado hoy con los números 6 - 33 y 6 - 19, estuvo abierto durante más de cinco decenios el acreditado establecimiento de comercio conocido como "Almacén Americano", dedicado al renglón de la ferretería.

Allí se conseguía una variedad de artículos del ramo, como tornillos, seguetas, candados, cerrojos, brocas, picaportes, limas, papel de lija, cadenas, bisagras, pinturas, machetes, formones, cinceles, cola, serruchos, cepillos, lámparas, neveras, máquinas para hacer helados y automóviles marcas "Chrysler", "De Soto" y "Plymouth".

Lo fundó el 17 de diciembre de 1934 don Nicolás del Castillo Stevenson, en el mismo lugar donde antes había existido la famosa tienda de doña Josefina Stevenson Pasos, su madre, que importaba finos artículos de Europa, especialmente de París, entre otros, muebles Luis XV, arañas, porcelanas, cuadros, etc.

Don Nicolás del Castillo Stevenson se inició en el ramo del comercio como socio de "Rafael del Castillo & Cía.", empresa creada por su abuelo, don Rafael del Castillo, su padre y sus tíos, compañía considerada como una de las más antiguas del país por haber sido constituida en 1861, que aún perdura promisoriamente bajo la conducción de uno de los descendientes de aquellos, don Ramón del Castillo Restrepo.

En 1932 don Nicolás se retira de la sociedad y el 17 de diciembre de 1934, como se dijo, funda el "Almacén Americano", manejado directamente por él durante sus 53 años de existencia, con dedicación, seriedad y honestidad y, sobre todo, con sin par decencia.

Don Nicolás del Castillo Stevenson fue un distinguido y cordial ejemplar humano, casado con la respetable dama cartagenera, doña Honorina Mathieu, padres de Alberto, Nicolás, Lourdes y Margarita, quienes han prolongado con creces la hidalguía y reciedumbre de su estirpe.

Parece verlo, todavía, sentado en su escritorio de trabajo, puesto en el entresuelo del amplio local, rodeado de sus leales servidores. Igualmente, se le recuerda llegando o saliendo del almacén, puntualmente, en su inconfundible "jeep", siempre colmado de sus trabajadores o amigos. Su presencia infundía, a la vez, respeto y confianza, como un patriarca romano, y fue ejemplo de leal amigo y amantísimo esposo y padre.

Además del trabajo y su familia, una de sus pasiones era la cría de gallos finos, actividad en la cual hizo famosa su cuerda.

A pesar de su alejamiento de las actividades partidistas y el don de tolerancia de su propietario, el almacén fue víctima el 9 de abril de 1948, a raíz del magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán, de los airados grupos rebeldes que creyeron en ese momento en una revolución fantasma, quienes lo asaltaron en busca de armas, especialmente machetes, e intentaron incendiarlo, lo que se frustró gracias al oportuno aviso de sus vecinos, los hermanos Bechara Domínguez.

Su hijo, Nicolás del Castillo Mathieu, lo describió así en hermoso y sentido discurso que pronunció el 30 de septiembre de 1996, al recibir, en su nombre, el premio "Mercurio de Oro" que le confirió FENALCO:

"El segundo recuerdo que tengo de mi padre es el de un rostro joven y sonriente silbándonos a través de la ventana de hierro para anunciarnos que ya había regresado de la oficina y que estaba allí listo para repartir toda su ternura entre sus hijos. Inseparable de esa imagen era un sombrero "canotier", liviano y rígido, que mi padre usaba siempre por aquellos años finales de la década de 1930".

El "Almacén Americano" se cerró en el año 1987 y la sociedad, conformada por sus hijos y nietos, se transformó en "Nicastillo S.A.", orientada a la venta de perfiles y láminas de acero, dirigida por uno de sus nietos, Sergio Rumié del

Castillo, con sucursal en Bogotá, a cargo de otro de ellos, Josefina del Castillo Piedrahita, empresa cuya operación comercial fue transferida a la sociedad colombo-chilena Fajabe S.A., actual propietaria.

BAZAR CALCUTA.

De la India, de la distante y legendaria India, arribaron a Cartagena en el año 1929 dos jóvenes de 17 y 19 años, naturales de Calcuta, que partieron de su país a "hacer la América", en busca de nuevos horizontes y mejores oportunidades de progreso.

Se llamaban Asizar Rohim y Abool Hossaín. Contrario a lo que creíamos quienes los conocimos, no eran parientes entre sí, sino apenas paisanos que se relacionaron en el barco que los traía al continente americano. Nunca antes se habían visto. El primero, dos años mayor, iba rumbo a Panamá, donde la colonia india era y sigue siendo numerosa; y, el segundo, venía para Cartagena, ciudad inimaginada, pero de la cual tenía referencias positivas. En el curso del largo viaje Abool convenció a Asizar para que desviara su ruta hacia esta ciudad, lo que en efecto hizo. Ignoraban el idioma castellano; hablaban inglés y las lenguas nativas urdu e hindi.

Llegados a Cartagena, dedicaron su actividad a la venta de géneros a domicilio. Se amañaron tanto, que adoptaron sus respectivos nombres españoles: Asizar, se llamó Alberto; y Abool se conoció como Jorge. Abool, o Jorge, contrajo matrimonio con una dama natural de Ciénaga de Oro, doña Carmen Olascuaga, quien le sobrevive, madre de sus dos hijos, Asizar y Nuryán, a través de los cuales perpetuó su estirpe en la ciudad que lo acogió. Asizar, o Alberto, se mantuvo célibe y no dejó descendencia. Nunca más volvieron a la India.

En 1933 fundaron el "Bazar Calcuta", utilizando la denominación "bazar", de origen persa, que en Oriente significa "lugar destinado al comercio". Su primer sitio fue en la calle de las Carretas, en un local alquilado, casi frente al Pasaje Dager. Después, se trasladaron a un inmueble vecino, que compraron posteriormente, donde se conoció el almacén hasta el año 1980, cuando desapareció.

Expendían artículos para caballeros y niños. Además, se confeccionaba ropa variada. Allí les hicieron a los abogados Antenor Barboza Avendaño y Salustiano Fortich Ávila los vestidos de paño, o "venaos", como les llamaban en esos lejanos años en que ambos eran jóvenes, para viajar por primera vez a Bogotá.

Tuvieron que multiplicar los requerimientos de paño para poder armar el vestido grandote de Antenor y el anchote de Salustiano.

Impusieron en nuestro medio las ventas por el sistema de clubes y mantuvieron una devota clientela, dentro de la cual tuve la satisfacción de contarme en sus últimos años.

Rohim y Hossaín fueron dos caballeros ejemplares, que vivieron con modesta dignidad y austeras costumbres, que ya quisieran muchos de los "caballeros" de hoy. Mahometanos de religión, en esta materia fueron respetuosos de las creencias de los demás, sin dejar de practicar los mandatos de las suyas. Muchos cartageneros los recordamos, junto con su "Bazar Calcuta", con admiración y afecto.

LA CASA BLANCA.

Qué cartagenero no añora las jugosas peras y manzanas de "La Casa Blanca", que aromaban el almacén y sus alrededores con un perfume primaveral. Todo allí era fino y sabroso. Su renovado surtido de ranchos y licores importados lo hacían un almacén exclusivo para la gente de buen gusto y exigente paladar. Los dátiles, los higos, los pistachos, los chocolates y galletas europeos, las frutas, las aceitunas, las verduras frescas, los jamones españoles y americanos, eran una tentación... Al lado de estas apetecidas ricuras, se ofrecía canela y nuez moscada de Madagascar, pimienta picante de Lam Pong (China), comino de Irán y otras seleccionadas especias.

La fama de sus licores trascendió tanto, que en el año 1952 visitó a Cartagena el entonces canciller, doctor Juan Uribe Holguín, y le pidió al gobernador de la época, doctor Fulgencio Lequerica Vélez, que antes de pasearlo por las murallas y demás monumentos coloniales, lo llevara de prisa al almacén de los Barbur, porque sabía que tenía una existencia de famosas cosechas de vinos franceses. Desde ese entonces, Uribe Holguín se convirtió en fiel cliente de esa casa.

La fundaron en 1923 el señor Julio Barbur, cuyo nombre original era Khalil, y su hijo Teófilo, inmigrantes libaneses llegados a estas tierras en los años 1917 y 1923, respectivamente. Después, en 1926, arribó Elías, hijo y hermano de los anteriores. Al año siguiente los hermanos crearon la firma comercial "Barbur Hermanos" que manejó el almacén hasta su fin.

En sus inicios funcionó en la esquina oriental del antiguo Portal de Hierro, al lado del Royal Bank of Canadá, en la Plaza de los Coches. En 1948 se trasladó

a una edificación propia, vecina a la anterior, en el mismo centro del Portal, construida por el arquitecto belga José Martens, quien llegó a Cartagena contratado por el Banco de la República para levantar el edificio de su sucursal, durante el gobierno del general Pedro Nel Ospina.

Su balcón se hizo famoso, porque desde él se dirigieron a las multitudes los más importantes políticos del país. ¡Cómo hubiera anhelado ese balcón el varias veces derrocado presidente ecuatoriano José María Velasco Ibarra! ("Dadme un balcón, y seré Presidente").

Los hermanos Barbur parecían unos príncipes europeos. Siempre de corbata, impecablemente vestidos de blanco. Uno de ellos, Elías, tenía la peculiaridad de saludar con un fuerte apretón de manos que dejaba al saludado "viendo estrellitas". Teófilo se hizo colombiano y Elías conservó su nacionalidad de origen. Fallecieron longevos en la última década del pasado siglo.

El almacén clausuró sus puertas en el año de 1978, para desgracia de todos los golosos de la urbe. Queda en Castillogrande, construido en el lote en donde estuvo la casa de Teófilo, un imponente edificio que lleva por nombre "Casablanca", para que no la olvidemos quienes disfrutamos de sus delicias.

FARMACIA ROMÁN.

Conocida en sus remotos inicios como la "Botica Román", si bien no se trataba propiamente de un almacén, sí fue un concurrido establecimiento comercial, centro de famosas tertulias y del poder político en una etapa de nuestra historia, que la enraizó en el alma de la ciudad.

Fundada en 1835 por don Manuel Román y Picón, se puede considerar, sin duda, como la farmacia más antigua de Cartagena, en cuyos mostradores, altos como en las boticas europeas, se veían grandes frascos de porcelana fina. Desaparecido su fundador, se hicieron cargo de ella su hijo, don Enrique L. Román, y su nieto, don Enrique P. Román del Castillo, quienes giraron bajo la razón social de "H.L. Román e Hijo", ambos prestantes miembros de la comunidad cartagenera, habiendo llegado a ocupar, el primero, la Gobernación del Departamento y, el segundo, el Consulado de Chile en esta localidad.

Eran, además, propietarios de los "Laboratorios Román", que aún existen, donde preparaban una gran variedad de productos farmacéuticos de reconocido prestigio nacional e internacional, tales como los jarabes "Gilbert", "Coral", de "Hipofosfito de Cal", de "Rábano Yodado", de "Yoduro de

Hierro" y "Pectoral Román", que debieron ser buenos y sabrosos, a diferencia del torturador, abominable y siempre mal recordado "Laxol", del que fuimos víctimas todos los infantes en las purgas periódicas que nos hacían nuestras madres. También fabricaban bebidas gaseosas, como la "Kola Román", tan cartagenera como el arroz con coco y el plátano en tentación; la "Crema de Soda", "Naranjada", "Ginger - Ale", etc., así como una gran variedad de esencias.

Igualmente, eran preparadores exclusivos de la "Curarina de Juan Salas Nieto", por compra que hicieron al inventor de la fórmula. Juan Salas Nieto fue un curandero venezolano que arribó a esta ciudad y se mostraba en un coche con una culebra venenosa que lo picaba y luego tomaba un trago de un producto, para evitar letales consecuencias, el cual llamaba "curarina". La curiosidad y la sorpresa llevaron a don Enrique L. Román a investigar las propiedades de ese extraño menjurje, que resultaron, en ese tiempo, milagrosas. Así las cosas, don Enrique negoció con el curandero la tal "curarina" y adquirió la exclusividad de su producción y venta, lo cual, por cierto, le trajo algunos contratiempos con los venezolanos.

Los laboratorios tenían a su servicio a un farmacéuta alemán llamado Henry Ruber, quien envió varias muestras de la "curarina" a su país de origen para que las estudiaran y analizaran, con resultados sorprendentes. Era desinfectante, antiflogístico, aliviaba la erisipela y las picaduras de insectos y ofidios y combatía la gangrena, entre otras cualidades. Cuando este profesional alemán retornó a su tierra, montó un laboratorio en Stuttgart, su ciudad natal, llamado "Curarina Laboratorio". Se supo que la curarina fue usada, también, por los alemanes en la segunda guerra en sustitución del merthiolate, en algunas regiones. Y obtuvo medalla de oro en la Exposición del Progreso Industrial efectuada en Roma en aquellas calendas. Sólo la aparición de la penicilina le restó la importancia que tuvo.

Muerto don Enrique L. Román en 1931, a los 80 años, cuyo altruismo y generosidad tuvieron fama en la población más necesitada, se transfirió la propiedad de la farmacia a sus hijos Enrique; Clara Román de Lemaitre, madre del doctor Eduardo Lemaitre Román; María Teresa Román de Emiliani, madre de los hermanos Emiliani - Román; Amparo Román de Vélez, progenitora de los Vélez - Román; y, Rafaela Román de Gómez, madre de la rama Gómez - Román.

Posteriormente pasó a manos de los hermanos Nicolás y Enrique Emiliani Román, manejada por el primero de ellos, hasta el año 1992, cuando fue

vendida a una firma propietaria de una cadena de droguerías, que terminó liquidándola.

La calle donde siempre tuvo su asiento lleva el nombre de don Manuel Román, su fundador. El local todavía conserva una placa que reza: "AQUÍ NACIÓ DON ENRIQUE L. ROMÁN, ILUSTRE HIJO DE CARTAGENA. AGOSTO 25 DE 1851 - AGOSTO 25 DE 1951", puesta allí al conmemorarse los 100 años de su nacimiento.

Daniel Lemaitre, en uno de sus versos, que tituló "La Botica Román", la describe magistralmente así:

"Su apariencia en general
era bella y reposada:
mesa de mármol chapada
y rejillas de cristal.
Viejo reloj colonial
al frente del mostrador
y por adorno mejor
de pureza diamantina,
dos redomas de anilina
llenas de luz y color".

FERRETERÍA FRANCO - COVO.

Don Arturo Franco Pombo, abogado cartagenero que, con muy buen olfato, prefirió dedicarse a actividades comerciales en la próspera ciudad de Barranquilla, en vez de agotar su paciencia y sus zapatos en los trajines del ejercicio de la abogacía, como resultado de lo cual atesoró un buen capital, y don Víctor Manuel Covo Iglesias, llegado a Cartagena muy niño de su natal Carmen de Bolívar, decidieron, en buena hora para ellos, unirse para adquirir un establecimiento de comercio que explotaba el renglón de la ferretería, en el cual era particularmente experimentado el segundo.

Así nació la famosa "Ferretería Franco, Covo & Cía.", almacén ubicado detrás del edificio Andian, en un amplio local, en donde hoy opera el "Almacén Fuller", comprendido entre las calles del Candilejo y Cochera del Gobernador, en pleno sector histórico, llamado por los cartageneros "el abanico de los pobres", dado el fresco natural que a todas horas los alivia de la canícula inclemente, por las brisas que confluyen de tres calles: Candilejo, Cabal y Morquecho,

esta última poco conocida con ese nombre, que es la callecita que dobla del Candilejo a la Vélez Danés.

Este recordado almacén cartagenero inició actividades en 1919, año en que se constituyó la sociedad colectiva de comercio "Franco, Covo & Cía.", mediante la Escritura Pública No. 508 del 31 de agosto, otorgada en la Notaría Primera de Cartagena.

Además de las mercancías propias del negocio de ferretería, allí se expendía una gran variedad de productos importados de Europa, como porcelanas, bicicletas, pianos, etc. Inclusive, en sus primeros años de funcionamiento, se comerciaban escopetas, rifles, pistolas y demás armas de fuego de la época, lo que estaba legalmente permitido. Y, como dato curioso, recordado por el médico Jaime Camargo Franco en su último libro, "El Manisero, el Rey de los Pregones", se vendían discos, de aquellos gruesos de 75 revoluciones. Parece que en esas calendas los melómanos obtenían los discos en las ferreterías.

Don Arturo Franco Pombo se casó con doña Adriana de Zúbiría, tía de "Tito" y Álvaro de Zúbiría. Tuvo él una sola hija, Beatriz, hoy señora de Acero, quien heredó de su padre la vocación por el comercio.

Cuentan que la malicia y perspicacia de don Arturo Franco Pombo eran proverbiales. En cierta ocasión sospechó que algo raro estaba pasando en el almacén, porque observaba que los recaudos no reflejaban el gran movimiento de clientes de esos días. En horas de la noche, cuando el local estaba cerrado, hizo un pequeño orificio en el piso de madera de una entreplanta que daba sobre la caja, y a la mañana siguiente, bien temprano, se instaló allí a mirar por el huequito el desempeño de la cajera, comprobando que dicha empleada guardaba parte del dinero en su bolso. Al terminar las labores del día, cuando la cajera se disponía a salir con su "encomienda", hizo que le requisaran la cartera, hallándosele dentro de ella el cuerpo del delito, lo que implicó su inmediata destitución.

Don Arturo Franco Pombo, tío de mi buen amigo Joaquín Franco Burgos, murió en 1959.

Por su lado, don Víctor Manuel Covo Iglesias nació en el Carmen de Bolívar, donde su padre, Leonardo Covo Rodríguez, de origen antioqueño, se había radicado y dedicado a los negocios agrícolas. Como consecuencia de una plaga de langostas y de otros factores infortunados, Leonardo se vio en la

necesidad de buscar nuevos horizontes, para lo cual se trasladó a Panamá, a prestar sus servicios en la construcción del canal, siendo víctima de la fiebre amarilla y murió. Víctor Manuel tenía apenas ocho meses de nacido. Cuando cumplió los tres años fue traído a Cartagena por unas parientas de su madre, quienes prácticamente lo criaron. A los 10 años ingresó a estudiar al seminario San Carlos Borromeo. Allí permaneció hasta los 15, y tuvo como compañeros a Gabriel Porras Troconis y al después sacerdote Francisco Garcerant. Fueron sus únicos estudios formales, pero suficientes para acerar su carácter y darle las herramientas intelectuales para afrontar la lucha por la vida. Después siguió educándose por sí mismo a través de la lectura. Al salir del seminario, entró a trabajar en la ferretería de Agustín Vélez Dejanón como agente viajero para los pueblos de las Sabanas de Bolívar y de la Línea, actividad que le permitió adquirir el conocimiento de esta rama comercial. Años después, compró el establecimiento de Agustín Vélez Dejanón, en compañía de don Arturo Franco Pombo, que se convirtió en la "Ferretería Franco, Covo & Cía". Cuando Franco decidió separarse del negocio, le cedió a Covo sus derechos y la ferretería pasó a ser "V.M. Covo & Cía."

Contrajo matrimonio con doña Josefina Tono de la Espriella, prominente dirigente cívica de Cartagena, de donde surgió la "tribu" Covo - Tono: Víctor Augusto, Rosa María, Ana Matilde, Josefina, José Antonio, a quien llamaban familiarmente "El Negro", ingeniero civil, virtuoso del timbal; Gustavo, quien mantuvo un almacén de venta y reparación de motobombas en la calle Cochera del Gobernador hasta hace poco tiempo y, Germán, químico farmaceuta, meritorio profesor y decano de esta Facultad en la Universidad de Cartagena.

El matrimonio Covo - Tono residió, durante sus primeros años, en la plaza o playa del Tejadillo, donde funcionó el Colegio de la Esperanza. En 1919 se trasladó a la casa de arquitectura morisca en la Tercera Avenida de Manga, construída para ellos por el arquitecto español Alfredo Badenes, el mismo que edificó la casa de los Román, de parecido estilo. Esa mansión, bellamente conservada, conocida como "Casa Covo", fue adquirida, al morir sus padres, por su hija Rosa María Covo de Ochoa, de quien pasó a su hija Raquel Ochoa de Serrano y su esposo, el almirante (r) Roberto Serrano Ávila, sus actuales propietarios. En ella falleció don Víctor Manuel Covo Iglesias el 22 de octubre de 1964, dejando una muchedumbre de descendientes.

En la "Ferretería Franco, Covo & Cía." trabajaban un hermano de Arturo, Ambrosio Franco Pombo, encargado de la parte contable; Luis Hernández

Villa, que después fundó un negocio similar en el Portal de los Dulces, llamado "El Chispero", y Beatriz Frías, que era la secretaria, entre otros.

Este tradicional almacén cartagenero cerró definitivamente sus puertas por allá a fines de la década de los años cincuenta de la pasada centuria.

FERRETERÍA LA HEROICA.

Este otro viejo almacén, ubicado en la calle Vélez Daníes, en un local de propiedad de Manuel Mainero donde hoy está la Notaría Tercera, tuvo como fundadores a Santiago Noero y Ángel Perotti, dos profesionales italianos que llegaron aquí contratados por el Gobierno Nacional para hacer el trazado del proyectado y nunca realizado ferrocarril Cartagena - Medellín y se casaron con dos hermanas sincelejanas de ascendencia también italiana, Toña y Rosa Perna, radicándose en Cartagena definitivamente. Santiago Noero y Toña fueron los padres de Vicente y Elizabeth Noero Perna, hoy señora de Gustavo Lemaitre Donner. Perotti no dejó descendencia.

Noero era ingeniero y Perotti topógrafo; se conocieron aquí, en Cartagena, a pesar de haber nacido en ciudades cercanas de la península italiana. También participaron en el diseño de la carretera troncal del norte y en la de El Vizo a San Onofre. Cuando concluyeron la ejecución de sus contratos con el Estado, Noero creó una empresa de construcciones, llamada "Vilta", en sociedad con Vicente Gallo; y con Perotti montó la ferretería que llamó "NOERO & CIA". Noero murió muy joven a los 49 años.

En 1968 la compró mi pariente Jaime Ballestas Rico, recién llegado del Carmen de Bolívar, su ciudad natal, donde había sido gerente de los bancos de Bogotá y del Comercio, y la denominó "La Heroica". Jaime llegó a Cartagena como primer director ejecutivo de la Federación Colombiana de Ganaderos.

Lo característico de este establecimiento comercial, desde cuando lo adquirió Jaime, era que, además de la venta de materiales para la construcción, su propietario era anfitrión todos los días de una entretenida tertulia, a la cual asistían, entre otros, Patricio Villalba Verbel, César y Rafael Frieri, el padre Eugenio Merlano Ucrós, Leopoldo Angulo García (el gran "Popo"), Humberto Vergara Prado, el "Tuto" Morales, Juan Hernández Osorio, Gustavo Hernández Romero y, de vez en cuando, Carlos Villalba Bustillo. Era divertido ver cómo Jaime alternaba la atención al público con la interesante conversación que mantenía el grupo en el momento.

Jaime Ballestas Rico se unió en matrimonio con Alcira Gómez, de San Juan Nepomuceno, de quienes nacieron Shirley, hoy señora de Serna; Irma, hoy de Juan; Ximena, hoy señora de Alcocer; Alcira, hoy de Polanco; y, Javier, casado con María Victoria Zarur Basmagi. Jaime ha sido un caballero ejemplar, dedicado al trabajo, acogido con beneplácito por la sociedad cartagenera.

El almacén se clausuró en 1996 después de más de 40 años de servicios y 28 como sede de la afamada tertulia.

MAGALI PARÍS.

Quienes nacimos, crecimos y maduramos al mismo ritmo del “Almacén Magali París” del Portal de los Dulces, nos resistimos a admitir que este nombre, tan cartagenero como su vecina Boca del Puente, hubiere desaparecido del escenario comercial de la ciudad. Todavía, cuando nos referimos a los establecimientos que lo sustituyeron, seguimos llamándolos con su tradicional denominación: "Nos vemos en el Magali de la Matuna", decimos; "Compré unas libretas de apuntes en el Magali París del Portal", "Voy a ponerle gasolina al carro en la bomba del Magali de Bocagrande", expresamos aún, tantos y tantos cartageneros. Pasarán muchos años para que nos acostumbremos a su ausencia, porque, junto con el “Almacén Mogollón”, fue enseña de una Cartagena que volvía a enrutarse hacia la prosperidad.

Nació en el año 1938 por iniciativa de don Abraham Ibarra Samudio, quien se asoció con don Lácides Segovia de Lavalle y don Antonio de Lavalle Gastelbondo. Su nombre, “Magali París”, surgió de un agua de alhucema francesa muy usada en esos tiempos, que así se llamaba. Y su primera ubicación fue en un local de la calle del Candilejo, donde funcionó la "Droguería Bustamante", de propiedad de don Luis Bustamante Rodríguez, suegro de Ibarra Samudio.

Don Abraham Ibarra Samudio venía de trabajar en el “Almacén Mogollón” durante 17 años, tiempo en el cual aprendió los secretos del mundo de los negocios comerciales y sirvió a sus patrones con lealtad y pulcritud. Así lo atestiguó el mismo don José Vicente Mogollón, en carta que le envió el 4 de julio de 1938, con motivo de su retiro de la empresa, para crear su propio almacén:

"Aunque verbalmente, en las diferentes conversaciones que con usted tuvimos, le expresamos cuánto hemos sentido su separación, así como la impresión

grata que deja entre nosotros, deseamos dejar constancia por escrito de la absoluta escrupulosidad y probidad que caracterizaron siempre sus proceder, la buena voluntad que dedicó al desempeño de sus funciones, su espíritu de cooperación y su carácter disciplinado y culto, condiciones todas estas que le hicieron merecedor de nuestra absoluta confianza y le granjearon el aprecio y la consideración de jefes y compañeros", anota la referida carta.

Se casó con doña Carmen Bustamante Baena y de esa unión nacieron Carmen, Glenda, Abraham, Adolfo y Ricardo. Falleció el 18 de abril de 1992.

El almacén fue creciendo poco a poco, ampliándose hacia los inmuebles vecinos. Primero ocupó el célebre pasaje que iba del Portal de los Dulces a la calle del Candilejo, donde lo conocimos la mayoría de los cartageneros supérstites. ¡Cuántas veces cruzamos esa especie de viaducto comercial, pleno de compradores, jovialmente atendidos por su mismo dueño! Había de todo: "Desde un alfiler hasta un simple capricho de mujer".

Después adquirieron los predios de propiedad de Francia Fortul, Sergio Foschini, unas damas de apellido Ochoa y unos señores de nacionalidad china, y armaron el gran almacén del centro en el sitio de su origen, con una estructura más funcional y el sistema de autoservicio por parte de los compradores. Se instauró, por primera vez, la atención personal al cliente, a cuyo cargo estaba Gustavo Ibarra Araque, "El Puti", primo de los Ibarra Bustamante, quien sacaba de apuros a la clientela y la orientaba en la búsqueda del objeto deseado. ¡Muchos cheques me ayudó a cambiar en las cajas del almacén, cuando los bancos habían cerrado ya sus puertas al público! Murió súbitamente de un infarto, en la plenitud de su vida.

Antes, en 1948, don Antonio de Lavalle Gastelbondo había transferido sus derechos y acciones al socio Ibarra Samudio y, a partir de 1956, hizo lo mismo don Lácides Segovia de Lavalle.

Al arribar los hijos del fundador a la dirección de la empresa, le aportaron sus bríos juveniles y sus conocimientos académicos, enrumbándola hacia la modernización, incrementando sus líneas de ventas y multiplicando los almacenes, como lo exigía el desarrollo urbano de la ciudad y lo imponía la competencia.

Fue así como, en 1983, inauguraron un espacioso supermercado en el sector de Santa Lucía, en los extramuros de la ciudad, que se constituyó en el origen del progreso comercial de esa zona, como hoy la vemos.

Más tarde, en 1985, dieron al servicio un monumental almacén en La Matuna, en el viejo edificio de los talleres Mogollón, con su larga escalera eléctrica, que vino a convertirse en una especie de parque de diversión para los pobres.

Luego, en 1991, abrieron otro gran almacén en Bocagrande, con puertas sensoriales, de esas que se abren solas cuando uno se les aproxima y asustan a los "corronchos", con un enorme surtido de mercancías, frutas y verduras. En 1993 restauraron "Villa Susana", una hermosa mansión de arquitectura republicana del residencial barrio de Manga, cuya propietaria fue doña Susana Méndez de Martínez, hoy de sus herederos, y la convirtieron en un novedoso supermercado.

Al año siguiente, 1994, levantaron un segundo almacén en Bocagrande, frente al otro, dedicado a la venta de productos para el hogar, textilera y objetos para regalos, conocido como el Magali de Bocagrande II.

Y en 1995 construyeron uno en el sector de la ciudad llamado Plaza Colón y otro en Montería, Córdoba, iniciando, así, su política de extensión a diferentes zonas geográficas del país.

Fue, sin duda, una admirable tarea emprendida por unos cartageneros tozudos en sólo 12 años, que arriesgaron su capital y su trabajo para crear riqueza, empleo y prosperidad, en un medio que no estaba acostumbrado a realizaciones de tamaña magnitud. Fue la época de esplendor del "Magali París".

Pero la adversidad aguardaba cautelosamente el momento de dar su zarpazo. El 2 de abril de 1996 fueron incendiados simultáneamente los almacenes de Bocagrande II y Plaza Colón, lo que produjo irrecuperables pérdidas a la compañía, que sumadas a la crítica situación económica que comenzó a padecer el país y a las consecuentes restricciones bancarias, llevaron a sus propietarios, después de varios intentos de reactivación, a la necesidad de transferir el negocio a otra u otras empresas económicamente más sólidas, para salvarlo, lo que, en efecto, se hizo finalmente con la firma "Carulla - Viveros S.A." en el año 2000, actual propietaria de todos los almacenes.

"Magali París" marcó, indiscutiblemente, uno de los primeros signos de crecimiento comercial de la ciudad, gracias a la visión de don Abraham Ibarra Samudio y a la capacidad de trabajo de una familia auténticamente cartagenera.

EL CENTAVO MENOS.

Si bien es cierto que este capítulo incluye nada más aquellos viejos almacenes de Cartagena más caracterizados que ya desaparecieron de la faz del comercio, también lo es que existe todavía uno antiquísimo, que por su historia y por su enorme capacidad de supervivencia, merece ser mencionado: "El Centavo Menos", una de las primeras grandes tiendas de la ciudad, que aún sigue tan campante.

Su fundador, Israel de J. Moreno Aldana, natural de Gachetá, Cundinamarca, arribó a Cartagena en 1933, después de haber recorrido más de medio país en su oficio de vendedor, cosechando éxitos y padeciendo fracasos.

Se enamoró de la ciudad y adquirió un negocio en el Mercado Público, que le compró a un inmigrante sirio por la suma de \$80,00, al que bautizó "El Centavo Menos", cuando un centavo tenía, todavía, una gran capacidad adquisitiva.

Allí conoció a Ana María Andraus, hija de padre libanés, con quien contrajo matrimonio en 1940, de cuya unión nacieron Rosita, hoy señora del médico Antonio Visbal, Hortensia, Amelia e Israel, ingeniero civil.

Años después, cuando promediaba la primera mitad del siglo XX, los dueños del "Almacén Ley", ubicado en la esquina de la calle Román con Cochera del Gobernador, decidieron venderlo. Israel de J. Moreno Aldana se le midió al negocio y lo compró, con mostradores, estanterías y demás "perendengues", incluyendo las cajas registradoras y una balanza para pesarse la gente, como nos lo relata Sonia Gedeón Juan en amena crónica en "El Universal", balanza en la cual nos pesamos muchas veces los cartageneros que callejeábamos en esos tiempos. Ese espacioso local ha sido sede del "Centavo Menos" durante más de medio siglo.

En tan particular almacén se vendía y se vende de todo: artesanías, artículos para el hogar, juguetes, tarjetas de teléfonos, monedas de colección, cubiertos, instrumentos musicales, bolitas de cristal, chucherías, etc., etc., mercancía que puede verse desde la calle, dada la amplitud de sus puertas de acceso.

Junto con el "Almacén Mogollón" y la Feria, era centro de concurrencia de padres e hijos a admirar el gran surtido de juguetes que llenaban sus vitrinas y estantes en los días de la Navidad. Sonia Gedeón Juan nos recuerda en la crónica antes referida, que "en la noche de Navidad no podían cerrar sus puertas sino después de la Misa de Gallo", dado el gentío que allí permanecía

hasta esas horas. No olvido una patineta roja que en él me compraron mis padres como regalo navideño.

Fallecido el fundador en 1984, asumió plenamente la conducción del negocio su viuda, doña Ana María, quien, superado los 90 años de edad, sigue al frente de su manejo, acompañada de algunas de sus hijas y de fieles servidoras.

Ojalá nunca cierre sus puertas este otro símbolo del comercio cartagenero.

OTROS VIEJOS ALMACENES.

Hago evocación particular de otros viejos almacenes que alcanzamos a conocer y ya no existen. Como homenaje a su memoria y a la capacidad emprendedora de sus propietarios, mencionaré algunos de los más representativos, de manera sucinta: El ALMACÉN FADUL, uno de los más elegantes y acogedores, ubicado en un pasaje entre las calles de las Carretas y del Colegio.

El ALMACÉN LONDRES, de la familia Dager, con Toño a la cabeza, en la esquina de la calle Primera de Badillo con Vicente García.

El almacén de ABRAHAM CHALITA, en la calle de las Carretas, también muy famoso.

El ALMACÉN NIESO, de la familia Murra, en plena esquina del Portal de los Dulces con Portocarrero.

LA ESTRELLA ROJA, fundado por don Antonio de Lavalle.

EL SERRUCHO, ferretería de don Armando De la Espriella Torres, padre de Fabián De la Espriella y abuelo de Fabián Augusto De la Espriella Piñeres, prematuramente fallecido, en la calle Primera de Badillo, donde hoy está la Olímpica, que tenía en su puerta como distintivo un gran serrucho, que llamaba mucho la atención. Después fueron sus dueños Fabián De la Espriella, hijo, y el "Chilo" Segovia.

EL ALMACÉN EL GRANERO, de la familia Basmagi, la del gran "Bob Toledo", en la calle Primera de Badillo.

El ALMACÉN de MISIA ASUNCIÓN AMADÓ, una dama española que vendía toda clase de lencerías, en la calle del Colegio.

El ALMACÉN ESPRIELLA, de los hermanos Roberto y Simón De la Espriella Vélez, el primero padre de Roberto y Amaury, en la casa de la calle del Tablón donde nació Luis Carlos López. Fundado en 1930 y dedicado a la venta de ropa fina importada para caballeros, como vestidos de lino blanco inglés, camisas "Park", corbatas, zapatos, sombreros, etc. También distribuían las loterías del Atlántico, Cundinamarca y Medellín. De allí le viene la vocación a Amaury por las loterías. Muertos sus creadores, lo manejó Roberto De la Espriella Vélez hasta 1959, cuando se liquidó.

EL ENCANTO DE LOS NIÑOS, de don Alberto Fadul y señora, en la calle Segunda de Badillo, frente a donde está la Librería Nacional.

El ALMACÉN RICHARD, de José y Richard Stambulie, proveedor de vestidos y zapatos elegantes a la clase profesional de la ciudad, especialmente a los abogados, entre ellos Enrique Castillo Jiménez, Guillermo Sánchez Pernet, Carlos Facio - Lince y Álvaro Barrios Angulo. Existió de 1950 a 1974.

LA CACHARRERÍA YIDIOS, en la calle Primera de Badillo.

ALMACÉN DAU, en la calle Primera de Badillo.

LA DULCERIA CENTRAL, en la calle del Colegio, visitada puntualmente por Francisco Sebá Patrón y sus amigos.

El ALMACÉN MIAMI, de los Samra, en la convergencia de las calles del Colegio con Vicente García, de productos alimenticios tan nutritivos, que Jaime, su último dueño, se engordó con su aroma y cercanía.

LA PUERTA DEL SOL, frente al Camellón de los Mártires, al lado casi del "Teatro Cartagena", de don Emigdio Morales Puello, dedicado al renglón de repuestos para automóviles. Según noticias provenientes del señor Rafael Enrique Paternina en carta al diario "El Universal", este almacén fue fundado por los señores Antonio y Rafael Paternina Portacio, dedicado inicialmente al comercio de víveres y abarrotes, quienes lo transfirieron años después a los hermanos Morales Puello.

ALMACÉN EL TINGO, de Agustín "El Tingo" Vélez, en la esquina de las calles del Colegio con Román.

Las salsamentarias "LA HEROICA", de Lázaro Faimauru; y "DELICATESSEN", de Froim Stoleru, ambos de nacionalidad rumana, a quienes en Cartagena

conocían como "los polacos", en la calle Larga, fundados en los inicios de la década de los años cincuenta y cerrados aproximadamente en el primer lustro de los setenta de la pasada centuria, donde se obtenían los mejores jamones y salchichones de la comarca.

El **ALMACÉN DE CALZADO IGAPÉ**, del afamado periodista Ignacio Amador de la Peña, que estuvo, primero, en la plaza de los Coches; luego, en la calle de las Carretas y, después, en la calle del Porvenir.

La **FOTO LABORATORIO**, de don Antonio Díaz y su señora, doña Juanita de Díaz, pioneros de la fotografía artística en Cartagena, padres de los conocidos pintores Gloria y Héctor Díaz y del médico Rafael Díaz, situada, en principio, en la calle de la Media Luna con Guerrero, esquina; y después, en la avenida Carlos Escallón, en un local donde estuvo el "Almacén Ley".

FARMACIAS.

La farmacia O.K., cuya esquina de la calle de El Porvenir con Vicente García, se convirtió en uno de los más concurridos tertuliaderos y miradores de los "Don Abundios" de esos años. La **BLANCO Y ROCA** y la **LAGOS**, ambas en la calle del Colegio, siempre llenas de compradores ansiosos de salud. La **PEREZ RUIZ**, en el portal de San Francisco, llamado popularmente "Portal de los Borrachos", por la vecindad al mercado público y la proliferación de estanquillos que allí servían, hoy restaurado y embellecido. Y la **SANITAS**, en la calle Román, de don Carlos Martínez Mattos y don Abraham Ibarra Samudio.

EL ANCIANATO.

Y, finalmente, el macondiano almacén de don Vicente Elías, que funcionó desde 1954 en un pequeño local en la calle del Arzobispado, al lado de la papelería Durán y Durán, atendido por su propietario, don Vicente Elías Chela, de ancestro libanés pero de pinta y contextura andaluzas, donde se conseguían desde artesanías hasta estampillas de timbre nacional y papel sellado. Lo simpático de este típico almacén era que, además, en él sesionaba todos los días "El Ancianato", una tertulia que hizo historia en Cartagena por sus componentes, sus ocurrencias y sus anécdotas. La conformaban: Gabriel Calvo Pasos, José Gabriel de la Vega, Vicente Martínez Martelo, Dionisio Vélez Torres, Los hermanos Enrique, Ramón y Esteban de Pombo Aycardi, Fulgencio y Joaquín Lequerica Vélez, Roque Pupo Villa, Ernesto Carlos Lemaitre, Enrique Méndez Polanco, Roberto Pareja Vélez, Bernardo Silva, Miguel Torralbo

Méndez, Simón J. Vélez, Roque Franco Porto, Gilberto Martínez Aycardi, Andrés Rumié, Jesús Caballero Leclerc, Eduardo Bossa Echenique, Miguel Schamun, Rogelio Méndez Brid, Aníbal Pérez Sotomayor, Pedro Bossio, Augusto Tono, Francisco Sebá Patrón, Víctor Visbal, Carlos Peláez, Rafael Tadeo Padrón, Sixto Muñoz, Miguel Cervera y Alcides Angulo Pasos, que era el "benjamín" del grupo. Sus miembros no podían ser menores de 50 años, salvo el caso del médico psiquiatra Miguel "Mincho" Ghisays, a quien, por ser apenas "cuarentón", le habilitaron la edad para admitirlo.

Todo el día, desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, los contertulios entraban y salían "como Pedro por su casa". Sólo permanecían durante la jornada completa, hablando y hablando, Gabriel Calvo Pasos y Roberto Pareja Vélez; eran una especie de miembros estacionarios. Una vez fue visitado por el periodista don Enrique Santos Montejo, "Calibán", quien quedó gratamente impresionado y se hizo miembro no residente de la institución. El abogado Luis Francisco Sierra Reyes, alto directivo nacional de la Universidad Libre, fungió alguna vez como miembro visitante.

En 1996 cerró sus puertas y con él feneció, también, "El Ancianato", de tan grata recordación.

CONCLUSIÓN.

Todos estos viejos almacenes que ya no están, fueron una consecuencia del florecimiento del comercio cartagenero de principios del siglo XX, cuando se acentuaron las relaciones mercantiles con los Estados Unidos de Norte América y Europa, durante el gobierno del general Rafael Reyes. Dice Carlos Villalba Bustillo, en uno de sus ensayos sobre ese período, que esas nuevas condiciones económicas "sacaron el comercio de los zaguanes y los entresuelos para darle otro aspecto, otra dimensión y mayor proyección, luego del largo receso en que permaneció sumido".

Las estadísticas son muy elocuentes. En el año 1927, hace más de 80 años, cuando Cartagena tenía 82.000 habitantes, aparecía registrado en la oficina de impuestos municipales el siguiente número de establecimientos comerciales: 479 almacenes, 1 fábrica de cerveza, 1 sodería, 1 fábrica de calzado, 1 fábrica de perfumes, 2 fábricas de hielo, 2 fábricas de hilados y tejidos, 2 fábricas de chocolates, 2 agencias mortuorias, 3 fábricas de gaseosas, 2 fábricas de sombreros, 2 compañías de seguros, 4 molinos, 5 compañías de navegación, 5 compañías petroleras, 6 fábricas de pastas alimenticias, 7 clubes, 7 fábricas de jabón, 8 alfarerías, 8 fotografías, 9 tipografías, 12 cigarrerías, 13 panaderías,

16 joyerías y relojerías, 16 talleres de mecánica, 14 dentisterías, 17 consultorios médicos, 19 consultorios de abogados, 18 farmacias, 20 agencias prestamistas, 22 hoteles, 26 sastrerías, 30 zapaterías, 38 peluquerías y, ¡pásmense!, 68 cabarés, número este último comparativamente curioso y elevado para esos tiempos, que, según un sabio "mundólogo" cartagenero, fue factor determinante para el crecimiento urbano de la ciudad.

Teníamos, además, 4 bancos: el de Bolívar, fundado en 1907, gerenciado por don Eduardo Martínez Aycardi; el Royal Bank of Canadá, fundado en 1869 y dirigido por Mr. H. Bentley; el Anglo South American Bank, creado en 1888, cuyo gerente era Mr. H.N. Burley; y, el Banco de la República, cuyo gerente era don B. Gutiérrez de Piñeres.

¡Loor, pues, a estos viejos almacenes! que se integraron al alma de la ciudad misma e hicieron parte de nuestras vivencias de ayer, cuando casi todos nos conocíamos.

FUENTES CONSULTADAS.

"CARTAGENA, SU PASADO, SU PRESENTE, SU PORVENIR". J. MONTOYA MÁRQUEZ. TALLERES MOGOLLÓN. 1927

"CARTAGENA, 400 AÑOS Y EL ANTIGUO BOLÍVAR" PEDRO N. DONOSO. 1933.

"CONSTRUCCIONES, DEMOLICIONES, RESTAURACIONES Y REMODELACIONES EN CARTAGENA DE INDIAS". DONALDO BOSSA HERAZO. GRÁFICAS EL FARO; 1975.

"NOMENCLATOR CARTAGENERO". DONALDO BOSSA HERAZO. BANCO DE LA REPÚBLICA. 1981.

"RAFAEL DEL CASTILLO & CO. S.A., 125 AÑOS, HISTORIA DE UNA EMPRESA". CARLOS VILLALBA BUSTILLO. ESPITIA EDITORES; 1986

"ELOGIO DE MI PADRE". NICOLÁS DEL CASTILLO MATHIEU. DISCURSO PRONUNCIADO EL 30 DE SEPTIEMBRE DE 1996.

"MEMORIAS DE MI VIDA". JOSEFINA TONO DE COVO. DOCUMENTO. 1974.

"ALMACÉN EL CENTAVO MENOS, FIEL A LA TRADICIÓN". SONIA GEDEÓN JUAN. ARTÍCULO EN "EL UNIVERSAL".

CONVERSACIONES PERSONALES CON: LUIS MOGOLLÓN DE ZUBIRÍA, ALBERTO Y CECILIA ARAÚJO MERLANO, LOURDES DEL CASTILLO DE RUMIÉ, SERGIO RUMIÉ DEL CASTILLO, ASIZAR HOSSAÍN OLASCUAGA, FULGENCIO Y ANTONIO LEQUERICA MARTÍNEZ, KHALIL BARBUR, TERESITA ROMÁN DE ZUREK, NICOLAS EMILIANI ROMÁN, ANTONIO LLAMAS VÁSQUEZ, MOISÉS ÁLVAREZ MARÍN, HÉCTOR Y HERAT HERNÁNDEZ AYAZO, ISAAC SCHUSTER SMITH, ALCIDES ANGULO PASOS, VICENTE ELÍAS CHELA, ROBERTO DE LA ESPRIELLA VÉLEZ, ABRAHAM IBARRA BUSTAMANTE, SONIA DE BETÍN, PEDRO COVO TORRES, VÍCTOR MANUEL COVO TORRES, RAQUEL OCHOA DE SERRANO, JOAQUÍN FRANCO BURGOS, BEATRÍZ FRANCO DE ACERO, ANTONIO J. VÉLEZ MÉNDEZ, ANTONIO VISBAL, JAIME BALLESTAS RICO, GUSTAVO LEMAITRE DONNER, LUIS RICARDO MADRID DEL RISCO Y LUIS FRANCISCO SIERRA REYES.

CAPÍTULO II VAMOS A LOS TEATROS Y CINES DE AYER.

*A la memoria de mi entrañable
amigo Carlos Facio-Lince Bossa,
con quien aprendí a ver cine.*

A MANERA DE TRAILER.

Con seguridad, más del noventa por ciento de la oleada de peatones que diariamente transita por la calle del Coliseo, aquella donde quedaron los almacenes Mogollón y Sears, ignoran por qué a esa calle se le denomina así. Para evidenciarlo, le pregunté a un amigo, bastante informado, y me contestó que creía que el origen de ese nombre se debía a algún almacén que hubo en ella llamado "El Coliseo". Otro, más culto, me dijo que "suponía había sido un homenaje al viejo anfiteatro romano iniciado en tiempos del emperador Vespasiano y terminado por Tito, en el año 80 d. de J.C.". Un tercero, me aseguró que esa calle debió ser la sede del primer recinto destinado a juegos deportivos, y así por el estilo.

Todos estaban absolutamente equivocados. La razón por la cual esa calle se conoce como "Calle del Coliseo" es porque allí, en esa cuadra, existió el primer teatro de Cartagena, el "Teatro del Coliseo", el "abuelo" de los teatros y cines de esta urbe.

LOS PIONEROS:

•EL TEATRO DEL COLISEO.

En efecto, desde fines del período colonial hasta pasada la mitad del siglo XIX funcionó, más o menos en el mismo lugar donde estuvieron los almacenes

Mogollón y Sears, el primer teatro de la ciudad, llamado, como se dijo, "Teatro del Coliseo". Era un teatro algo rústico, carente de comodidades, con una pésima acústica y peor visión.

Nos cuentan Urueta y Piñeres en su obra "Cartagena y sus Cercanías", que "el infeliz espectador de platea tenía que llevar su asiento o alquilar un puesto en una de las bancas que con ese objeto colocaban algunos especuladores, si no quería resignarse a presenciar de pie la representación. No salían mejor librados los del palco, pues, asientos, colgaduras, lámparas, frescos, todo, absolutamente todo, tenía que llevarlo el que quería proporcionar a su familia un rato que interrumpiera la monotonía casi monástica de la vida de la ciudad". Agregan que "el humo que despedían los candiles y lámparas de aceite, se mezclaba al de los fumadores y al calor que exhalaba la multitud, todo lo cual formaba una atmósfera pesada y casi opaca, a través de la cual se veían los actores como envueltos por una nube".

Era, en realidad, como se puede apreciar, más un "baño turco" con espectáculo teatral, alumbrado con aceite de corozo, que un teatro con todas las de la ley. Tanto así que un periódico de La Habana se atrevió a llamarlo "un gallinero", lo cual causó la ira de los sensibles cartageneros de entonces.

Pero, incómodo, caliente, con aire contaminado y todo cuanto se diga en su contra, hay que abonarle el mérito de haber constituido una diversión novedosa e ilustrativa para la tediosa ciudad decimonónica, que hacía de las visitas y veladas domésticas la única sana distracción, fuera de los clandestinos entretenimientos amatorios. Además, actuó allí la primera compañía de ópera que arribó a Colombia, que el 20 de diciembre de 1857 montó en cuatro actos, "La Hija del Regimiento", de Gaetano Donizetti.

Dice el historiador Moisés Álvarez Marín, en un excelente estudio sobre el itinerario y cronología del Teatro Heredia, que de los viejos tiempos del Coliseo existen rastros aislados, como el de 1838, por ejemplo, cuando se presentó en la ciudad la compañía de Eduardo Torres con obras de autores locales, con títulos rimbombantes, como "Balboa o el Descubridor del Istmo", de José Manuel Royo; y, "Aurelia o la Toma de Constantinopla por Mahomett II", del general Juan José Nieto. También se puso en escena en aquellos tiempos a "El Capitán Pablo", de Alejandro Dumas, y una compañía de jóvenes aficionados al teatro ofrecía funciones para esparcimiento de nuestros coterráneos de ayer.

El transcurso del tiempo y la falta de mantenimiento por parte de sus últimos propietarios, llevaron el teatro a su postración. Ya en 1872 había dejado de funcionar y el edificio amenazaba ruina, con gran peligro para la comunidad.

EL TEATRO MAINERO

Don Juan Bautista Mainero y Trucco, emprendedor inmigrante italiano de amplia visión para los negocios, compró en 1872 lo que quedaba del viejo "Teatro del Coliseo" a quien figuraba como su último propietario, el señor Francisco Javier Balmaseda, por la suma de \$ 1.800,00, según reza la Escritura Pública correspondiente, citada por Álvarez Marín en su referida investigación.

Sin embargo, Urueta y Piñeres aseguran que el edificio lo compró el señor Mainero "a su anterior poseedor D. Manuel González Brieva", a quien también menciona como tal Daniel Lemaitre, en sus "Corralitos de Piedra".

El nuevo propietario demolió totalmente el inmueble ruinoso y construyó otro teatro, al que llamó "Teatro Mainero", menos grande que el anterior, pero más cómodo y mejor dotado.

Según Urueta y Piñeres, que lo conocieron, "ya los que lo frecuentan no tienen que pensar en llevar asientos, ni lámparas, ni ninguna otra cosa. Al alumbrado de aceite de corozo sucedió el de petróleo y a éste ha sucedido el alumbrado eléctrico, que es el que hoy se usa. En el reglamento del teatro se prohíbe fumar dentro de la sala, sin lo cual los asistentes y sobre todo las damas, quedan libres de una sofocación. Los juegos de decoraciones fueron pintados por nuestro hábil artista, D. Luis Felipe Jaspe".

El "Teatro Mainero" fue inaugurado el 6 de septiembre de 1874 por la "Compañía Lírica Italiana", con la ópera "Hernani", de Giuseppe Verdi. En las siguientes representaciones fueron escenificadas "El Trovador" y "La Traviata", del mismo autor, para deleite de los melómanos de entonces y envidia de los melómanos de hoy.

Cuenta Daniel Lemaitre que entre los amantes del teatro, asiduos concurrentes del Mainero, estaban Fernando Gómez Pérez, arrellanado siempre en su butaca # 1 de primera fila, y misiá Concha Jiménez de Araújo, en el palco # 12 "moviendo su abanico de plumas", aromada de fragante perfume que impregnaba gratamente el ambiente del palco.

En esas estaban, cuando apareció el cine.

En París, el 28 de diciembre de 1895, los hermanos Luis y Auguste Lumière mostraban al público en el sótano del "Gran Café" del "Bulevar de los Capuchinos", el nuevo invento, con la exhibición de nueve filmes supercortos, entre otros, la "Salida de los Obreros de las Fábricas Lumière", "Llegada de un Tren a la Estación de la Ciotat" y "El Regador Regado", con una duración aproximada de veinte minutos.

Aquí fue, en el "Teatro Mainero", donde por primera vez se vio esta maravilla de la tecnología y el arte. Dice Alberto Samudio de la Ossa, en uno de sus amenos comentarios periodísticos de "El Universal", que "En Cartagena se comenzó a ver Kine, como se le decía al principio al cine, allá por el año 1908 y fue en el Teatro Mainero de la calle del Coliseo, exactamente donde estuvieron los almacenes Sears".

Pienso que el nombre de "Kine", al cual se refiere Samudio de la Ossa, debió ser apócope del "Kinetoscopio", aparato antecesor del cinematógrafo, inventado por Edison.

El precursor del cine en Cartagena fue Belisario Díaz, prestante hombre de empresas, quien, según Víctor Nieto Núñez en sus "Semblanzas y Artículos", recién llegado de sus viajes de negocios a Cuba y a Costa Rica, se estableció con cuarenta películas que obtuvo en Panamá, cuando en el Hotel Central esperaba encontrar algo qué hacer, dado que el negocio del ganado en Colombia hacia Cuba había finiquitado y el de curtiembres en Costa Rica había fracasado.

Sobre el particular, nos divierte Daniel Lemaitre con esta remembranza en sus "Corralitos": "Fue en el Teatro Mainero donde se estrenó (el cine) con lleno completo para ver "Edison en su Laboratorio", "Desfile de un Batallón", "Saltos de Bañistas en una Piscina" y otros documentarios por el estilo. Recuerdo que "El Mago de Menlo Park" me dio dolor de cabeza. El gran inventor aparecía entre fiolas y retortas, caminando de aquí a allá y de allá para acá, pero con sacudimientos y titilaciones tales como para hacernos cerrar los ojos."

Esta fue la primera empresa cinematográfica de que se tenga noticia en nuestra ciudad, a la cual asoció su creador al señor Digurreiro, un italiano que aportó la máquina proyectora. Posteriormente obtuvo la representación de la MGM y extendió sus negocios a otros sitios del país.

Como era apenas obvio, al "Teatro Mainero" hubo necesidad de adaptarlo a las nuevas tecnologías del cine, aún mudo, para lo cual la empresa consiguió un préstamo con el Banco Unión y se acondicionó el local en donde, además del tendido de platea, se le hicieron diez palcos que se vendían con mucha anticipación a las familias pudientes.

La reducida capacidad del teatro, los adelantos del cine y el deterioro natural producido por el transcurso del tiempo, mermaron la importancia de esta sala de espectáculos, que vino a desaparecer a principios del siglo XX.

TEATRO VARIEDADES.

Ante el crecimiento de los aficionados por el novedoso esparcimiento, el "Teatro Mainero" se hizo estrecho, lo que llevó a Belisario Díaz a tomar en arriendo un lote de propiedad de Bernardo Porto, ubicado frente al Camellón de los Mártires donde estuvo el "Teatro Cartagena", para levantar allí una sala de cine.

Así ocurrió, y nació el "Teatro Variedades", de madera, en forma circular, con adornos parecidos a los del circo de la Serrezuela, con veintiseis palcos, antepalcos y traspalcos y una galería detrás del telón cuya entrada era por la calle Larga, construida en terrenos de gran amplitud, donde existió la huerta de la Comunidad Franciscana de Getsemaní.

El telón, de liencillo o drilón, estaba situado en la mitad de la sala, montado sobre tres horcones de bambú, con suficiente transparencia para que el público del "gallinero" o galería, acomodado en el lado de atrás, pudiera apreciar las imágenes. El proyector era un aparato de último modelo de la Casa Pathé Frères, de París.

El "Teatro Variedades" fue el templo de la edad de oro del cine mudo (1915 - 1930) y allí se proyectaron las mejores películas no parlantes de la época. Charles Chaplin, los hermanos Marx, Buster Keaton, Harold Lloyd, Pola Negri, Perla White, Gloria Swanson, John Gilbert, Rodolfo Valentino y otras fulgurantes estrellas silentes se pasearon por su telón para disfrute de los primeros cinéfilos de la ciudad.

Nos dice Alberto H. Lemaitre (Mr. Tollo), en sus "Estampas de Cartagena de Ayer", que "entre las películas que más renombre tuvieron en esta época fueron 'La Máscara de los Dientes Blancos', 'La Moneda Rota', 'La Ratera Relámpago', con la muy popular Perla White, 'Aura o las Violetas' y muchas otras, que se daban en serie los martes, jueves y sábados, tres funciones cada semana, lo que alargaba las películas hasta por tres meses. 'El Hijo del Sheik', con Rodolfo Valentino, agotó la boletería por tres noches consecutivas".

Para amenizar las funciones, se presentaba un conjunto de música de cuerdas, "que se instalaba en una cesta de media agua, de techo de zinc", según el mismo narrador. Por su parte, Alberto Samudio de la Ossa nos añade que también una banda de músicos interpretaba algunas piezas populares en la Plaza de los Coches, y cuando ya había suficiente público, se trasladaba tocando hasta la puerta del teatro, seguida por la concurrencia.

Mr. Tollo refiere, además, una graciosa anécdota que, me atrevo a afirmar, fue el nacimiento en este terruño de la renombrada e ingeniosa clase de los llamados "cacheteros", tan presente en nuestras costumbres sociales y artísticas, y tan poderosa en nuestro medio, que es la única del mundo que goza de un palco, el mejor de todos, en la plaza de toros "Cartagena de Indias", nada menos que una antebarrera para el uso exclusivo de ella. Pues bien, los porteros del teatro se llamaban Marcelino, que era sastre, y Próspero, que era panadero, ambos analfabetos, lo que aprovechaban los muchachos traviesos de esos tiempos para engañarlos cortando pedacitos de papel del mismo color y tamaño de los tiquetes y se los entregaban como boletos para entrar de balde. ¡Ah maldades de los primeros "cacheteritos"!

A partir del decenio de los 30 del siglo XX empezó a hacerse dominante el cine hablado. Esto trajo como peculiaridad del "Teatro Variedades" que los asistentes a galería, por estar detrás del telón, tenían que ver las franjas escritas de los diálogos al revés, lo que hacía difícil su lectura, dando nacimiento a expertos y rápidos lectores de esa jerga, que cobraban a los demás por su "traducción". Si Carlos Villalba Bustillo, maestro en el hablar "de atrás para adelante", hubiera vivido en esa época, habría sido seguramente el As de los "revesinos" cinematográficos.

A raíz de un incendio en los depósitos de películas que poseía en la edificación levantada donde hoy está el Banco de la República, en la Plaza de Bolívar, Belisario Díaz se separó de la empresa que explotaba el Variedades y construyó en la calle Larga su propio teatro, el inolvidable Ríalto, que inauguró en 1927, y sobre el cual hablaremos después.

A partir de ese momento asumió el manejo del "Teatro Variedades" la empresa de los hermanos Di Domenico, que ya en 1912 había dado inicio al cine en Bogotá con el "Teatro Olimpia", asignando como nuevo administrador a otro de los grandes iniciadores del cine en Cartagena, Rafael Pinzón Riveros, quien había trabajado en la capital del país en el mismo renglón, al lado del capitán Pablo E. Nieto, padre de Víctor Nieto Núñez, otro importante protagonista de la historia local del cine.

Pinzón Riveros era un bogotano que llegó a esta ciudad muy joven en el año 1921 y se enraizó tanto en ella que resultó más cartagenero que muchos nativos. Aquí formó su hogar con doña Elisa Ramos Henao, perteneciente a una distinguida familia antioqueña, de Sonsón, varios de cuyos miembros también laboraron en actividades cinematográficas. Era "diminuto y locuaz, simpático y garrido", como lo pinta el "Tuerto" López en un soneto que le hizo en 1936.

Durante la administración de Pinzón Riveros el “Teatro Variedades” alcanzó su apogeo como sala de cine y fue escenario de renombrados artistas.

GARDEL EN CARTAGENA.

Aún muchos recuerdan, por ejemplo, el casi sideral acontecimiento que constituyó la presentación de Carlos Gardel, durante su publicitada pero finalmente trágica gira por Colombia.

Charles Romuald Gardés, Carlos Gardel, "El Zorzal Criollo", quien con su engominada elegancia dio alcurnia y categoría universal al tango, arribó a Cartagena el 6 de junio de 1935, a las tres de la tarde, en un hidroplano procedente de Puerto Colombia, que acuatizó en el muelle flotante de la Scadta, en el barrio de Manga. Su llegada fue un suceso extraordinario, que se transmitió por una de las dos únicas emisoras que existían en la ciudad, "Ondas de la Heroica", fundada por Ildefonso Franco y manejada en esos tiempos por su primo, Ignacio de Villareal Franco, quien locutó tan magno acaecimiento. La otra era "La Voz de los Laboratorios Fuentes".

El día anterior había caído en Cartagena uno de esos fuertes y pertinaces aguaceros que la convierten en una Venecia para automóviles, lo que preocupó muchísimo a Pinzón Riveros, porque podía repetirse y "aguarle" el espectáculo. El mismo Gardel se encargó de tranquilizarlo, asegurándole que no llovería más.

Recuerda Rafael Franco Carrasquilla, "Tony Porto", que, cuando llegó Gardel con sus guitarristas al frente del “Teatro Variedades”, él, junto con sus amigos Juan Zarur y Francisco Rodríguez Briñes, todos muchachos, corrieron hacia el carro que los traía a cargarles las maletas que contenían los diferentes instrumentos, para poder "colarse" al teatro con ellos y no pagar las entradas, lo que, en efecto, lograron.

Esta audaz pilatuna le dio a “Tony Porto” y sus amigos, sin quererlo, la ocasión de ver a Gardel en "paños menores" porque al llegar al camerino improvisado con cuatro varas de mangle y una lona, los artistas comenzaron a cambiarse de ropas, entre ellos Gardel, quien usaba, dice “Tony Porto”, unos calzoncillos largos hasta las espinillas, con ligas, que en aquellos tiempos llamaban "calzoncillos de conservadores", porque eran parte de la indumentaria de los viejos patricios de ese partido.

Como el teatro no tenía escenario, sino un telón en la mitad, hubo que habilitar un palco central, ornamentado con guirnaldas, serpentinas y un telón estampado con paisajes de la pampa Argentina, que Gardel cargaba en sus correrías.

A la salida del teatro, recuerda el señor Mario Ramos Henao, quien laboraba en el Rialto, Gardel y sus acompañantes fueron conducidos por él en el carro "Pontiac" de Pinzón Riveros al Hotel Americano, donde estaban hospedados, previa lucha con una muchedumbre de fanáticas del cantor que se arrojaron contra el automóvil y no lo dejaban andar.

El "Zorral Criollo" fue objeto de numerosas atenciones de sus admiradores y amigos en esta villa. David Dager Gerala, quien lo había conocido en París, lo recibió efusivamente y lo invitó a cenar a su casa de El Cabrero.

El Cónsul de Argentina, Tomás Watts Amaya, hijo del segundo matrimonio de Tomás Watts Porras, bisabuelo de Karol Rumié Bossio, le ofreció un almuerzo en su residencia del Camino Arriba del Pie de la Popa. Resulta que el señor Watts Amaya había viajado a la ciudad de New York y allí conoció a una dama argentina de apellido Romeli, muy acaudalada, con quien contrajo matrimonio. Luego se radicaron en Cartagena, donde se les designó cónsules de aquel país austral. Por ello agasajaron a Gardel y a sus tres guitarristas, Aguilar, Plaja y Riverol, e invitaron a lo más granado de la sociedad cartagenera. Allí estaban, además, "Fun" Lequerica Martínez y Karol Rumié Bossio, unos curiosos impúberes; el primero, vecino y amigo de una hija de los dueños de casa y, el segundo, sobrino del anfitrión. Cierta asistente recuerda cómo el señor Watts Amaya, luego de una canción de Gardel, le presentó a los menores, diciéndole: "Este es "Fun", vecino y amigo de mi hija Milisen, y este es Karol, mi sobrino, en quien tengo puestas todas mis esperanzas de que será un gran cantante, porque siempre lo oigo tararear tus canciones". Gardel puso su mano derecha sobre la cabeza de Karol, y, sacudiendo su rubia cabellera, exclamó: "¡Che, pero qué pebete tenés en la familia...!". El anhelo del pariente del pequeñuelo no se cumplió y, en vez de cantante, Karol se convirtió en médico del alma y de la mente y fecundo volador de alfombras mágicas, con el pilotaje de su prodigiosa imaginación.

Gardel quedó encantado con el Pie de la Popa e interpretó "Barrio Plateado por la Luna...", "Mary, Peggy, Betty y July", "Rubias de New York" y "Por una cabeza", con su impecable vestido entero de lanilla, color crema, y unos zapatos bellísimos, según testigos del ágape. Los Watts - Romeli se radicaron, después, en Buenos Aires, donde aún viven sus hijos Milisen y Alejandro, ambos cartageneros.

De aquí partió Gardel a continuar su periplo hacia la muerte, que llegó a su encuentro unos pocos días después, el 24 de junio de 1935, cuando el choque

de dos aeroplanos en el aeropuerto de Medellín elevó sus cenizas a las alturas del mito.

El “Teatro Variedades” se acabó y en el mismo lote donde estuvo, construyeron los hermanos Lequerica y el señor Enrique Mathieu el “Teatro Cartagena”, catedral y símbolo del cine parlante en nuestro suelo, inaugurado el 8 de marzo de 1941, al cual nos referiremos más adelante.

TEATRO HEREDIA.

Todavía recuerdo, con inevitable nostalgia, aquellas vespertinas de teatro infantil presentadas en el Heredia a fines del decenio de los cuarenta o principios de los cincuenta del siglo que acaba de terminar, por la compañía de Lili Álvarez, si no nos falla la memoria. Allí gozamos los zagales de esos días de "Caperucita Roja", "Blanca Nieves y los Siete Enanos", "Pinocho" y otras tantas obras universales de la literatura para infantes y adultos, llevadas a las tablas con graciosa amenidad.

Era el “Teatro Heredia” bello, majestuoso, con su imponente vestíbulo, sus escaleras de mármol blanco, sus estatuas de Clíope, Talía, Terpsícore y Euterpe, musas de la poesía, la comedia, la danza y la música, respectivamente, hechas en Italia; su enorme lámpara colgante de cristal de murano, sus dos filas de palcos de madera tapizados de rojo, su balcón encima de los palcos y la galería o "paraíso" sobre el balcón, sus móviles cortinas, su silletería francesa, y, su telón de boca, recinto del quehacer artístico de una Cartagena culta, que de pronto se nos esfumó, pero parece retornar.

Hace 97 años, siendo las ocho y treinta de la noche del 13 de noviembre de 1911, en plena celebración del primer centenario de la independencia de Cartagena, se inauguró el “Teatro Heredia”, con unos Juegos Florales, que eran unas veladas lírico - musicales en las cuales inspirados poetas sometían a concurso lo máspreciado de su numen. "En la parte central de la velada - nos relata Moisés Álvarez Marín en su mentada obra - el poeta vencedor José Luis Betancourt Román con el seudónimo de “Dimitri Ivanovich” declamó el poema ganador titulado "Oda a Cartagena", una exaltación poética al pasado colonial y a las gestas de independencia, a quien se otorgó la Violeta de Oro. Luego éste proclamó como Reina de la fiesta a Da. Adriana Porto".

Además del poeta laureado, intervinieron los otros vates ganadores, Ricardo Román Vélez, autor de "El Cóndor", con lo cual obtuvo el premio Jazmín de Plata; y, Raúl Piñeres, a quien se le otorgó una Caléndula de Plata.

Pensar que este teatro, que hasta 1933 se llamó "Teatro Municipal", esperó para su construcción definitiva 27 años, desde cuando un 10 de enero de 1884 un grupo de notables cartageneros, con Rafael Núñez a la cabeza, concibió tan progresista idea.

Sólo en el año 1906 se iniciaron los trabajos de construcción en la vieja y ruinosa capilla de la Merced, por Luis Felipe Jaspe Franco, quien elaboró los planos inspirado, se dice, en el "Teatro Tacón" de la Habana y el "Reina Emma" de Willemstad, Curazao, los cuales parece visitó con tal propósito. Álvarez Marín asegura que tanto el hecho de la réplica del Tacón como el viaje a la Habana de Jaspe, se basan en "la tradición oral cartagenera", puesto que "en ninguno de los documentos producidos por aquella gestión se hace una mención directa sobre dicha visita y sus resultados".

Como dato curioso, nos informa Mr. Tollo en su obra citada, que había dos palcos a cada lado del escenario, para familias de reciente luto, cubiertos con celosías que ocultaban a sus dolientes ocupantes.

En su escenario entablado sobre un pozo acústico, se presentaron afamadas compañías de teatro, ópera, opereta y zarzuela y celebridades artísticas. Son Mr. Tollo y Víctor Nieto Núñez, quienes mejor recuerdan a esos visitantes:

La compañía "La Bracale", de ópera; la de doña María Guerrero y su esposo, el conde Fernando Díaz de Mendoza, que montó obras como "Los Intereses Creados", de Benavente; la de zarzuelas de Faustino García, la mexicana de Virginia Fábregas y la del argentino Francisco Petrone, entre otras.

Igualmente, artistas como el cantante Hipólito Lázaro, quien interpretó arias de la ópera Aída, de Verdi, en el año 1927, en forma tan espectacular que, según Mr. Tollo, la gente se aglomeró en la Plaza de la Merced, donde se alcanzaba a oír su voz; Titta Rufo, tenor italiano, cuyo nombre andrógino se prestó para penosas confusiones, en forma tal, que muchos "gallinazos" galantes le enviaron, quién sabe con qué oculta intención, ramos y canastas de flores, creyendo que se trataba de una voluptuosa diva italiana. En el vestíbulo del teatro se veía una placa que conmemoraba su actuación, un 13 de abril de 1924, interpretando la ópera "Hamlet"; los hermanos Soler, Fernando, Domingo, Julián y Andrés, de nacionalidad mexicana, quienes saltaron al estrellato cinematográfico de su país; Berta Singerman, la dulce declamadora argentina; María Ladrón de Guevara, Ernesto Vilches y el tenor español Alejo Cano, también ocuparon su escenario; y, el violinista francés, Jaquet Tibou.

Alfonso Martínez Emiliani recordaba que un poco antes de 1947, se presentó cine en el Heredia, especialmente películas de aventuras conocidas como "series", por su largometraje, que obligaba a proyectarlas en varias funciones, entre las que memoriza "Invasión a Mongo" e "Invasión a Marte", para lo cual hubo necesidad de adaptarle un telón especial, fácilmente desarmable.

A finales del decenio de los sesenta del pasado siglo el teatro se sumió en su mayor decadencia y amenazaba derrumbarse, después de haber sido sede de ceremonias de grado y convenciones políticas.

SU RECONSTRUCCIÓN.

Reedificado por el joven arquitecto Alberto Samudio Trallero, y su arquitecta residente, Deany Nieves Mármol, hoy tenemos un "Teatro Heredia" tan imponente como el anterior, con el disfrute de las comodidades de la tecnología moderna, como aire acondicionado central, equipo de seguridad contra incendios, accesos a palcos y galería más expeditos y servicios sanitarios decorosos en todas sus dependencias. Y para su mayor esplendor, la ornamentación pictórica es obra del maestro Enrique Grau.

A partir de 1970 se emprendió la tarea de salvación de este monumento arquitectónico, cuando el Centro de Investigaciones Estéticas de la Universidad de los Andes elaboró un proyecto de restauración, por encargo de la Corporación Nacional de Turismo. Se iniciaron los trabajos, que se suspendieron por agotamiento de los recursos. En 1980, gracias a las gestiones de Rafael Gama Quijano, el Banco de la República, a través de la Fundación para la Conservación y Restauración del Patrimonio Cultural Colombiano, asumió la prosecución de la obra, en desarrollo de un contrato de comodato por 99 años celebrado entre el Municipio de Cartagena, dueño del teatro, y la aludida Fundación. A partir de 1987 se modificó el plazo del comodato y, en vez de 99 años, se fue prorrogando de año en año, hasta la culminación del encargo.

Finalmente, la Dirección de Inmuebles Nacionales, después Subdirección de Monumentos Nacionales del Ministerio de Transporte, se hizo cargo de continuar la obra hasta su terminación, en julio de 1998, cuando se reinauguró con la presentación de la soprano colombiana Martha Senn.

En su reconstrucción se aprovecharon muchos de los materiales del teatro original, como el mármol de las escaleras, las estatuas, parte de la madera, y algunas ornamentaciones. Se constituyó un equipo de jóvenes artesanos del

mármol, el yeso y la madera, para elaborar las piezas faltantes, lo que hicieron con increíble habilidad y perfección. Se reinstalaron las placas conmemorativas de las actuaciones de Titta Rufo, Hipólito Lázaro y María Guerrero. El escenario, inmenso, tiene 24 barras para el manejo de la tramoya, en forma mecánica, lo que es usual en los teatros modernos. Como especial particularidad, a los palcos se les hizo un cielo raso en estuco, que tapa la madera que antes estaba feamente descubierta. Tiene una capacidad para 720 personas, 248 en platea, 246 en los palcos, 126 en el balcón y 100 en galería.

La restauración y la dotación tuvieron un costo total de \$ 5.000.000.000,00 y las últimas partidas se aportaron gracias al interés y la gestión de la primera dama de la época, doña Jakelín de Samper.

El proyecto se ejecutó basado "en el respeto por los espacios y la fisonomía original de la obra, proponiendo apenas unas pocas adaptaciones con el objeto de lograr la funcionalidad de las modernas técnicas teatrales y el confort propio de la vida contemporánea", reza un folleto explicativo de esta otra larga historia, otros 27 años, de su renacimiento.

Durante el año de ejercicio de mi alcaldía, mantuve viva la ilusión de reinaugarlo algún día con una función de gala, con toda la pompa y circunstancia del caso, en la cual una de las mejores orquestas sinfónicas existentes interpretara la "Novena Sinfonía", de Beethoven; o la "Rapsodia en Blue", de George Gershwin; o las Oberturas y Preludios de Wagner, en uno de esos sueños que reconfortan el alma y hacen grata la vida.

LA EDAD DE ORO

INTERMEDIO.

Emprendamos ahora un viaje imaginario al reciente pasado, por aquellas otras salas de cine que frecuentamos quienes cruzamos el meridiano de los 50 años, guiados por valiosas fuentes documentales, especialmente crónicas y avisos periodísticos, la feliz memoria de enciclopédicos amigos y los recuerdos del autor. Salas que brillaron con su mayor esplendor durante el período comprendido entre 1941, cuando se inauguró el Teatro Cartagena, y principios de la década de los años ochenta siguientes, cuando los viejos cines del Centro se sumieron en un lamentable proceso de degradación y comenzaron a

desaparecer junto con los alegres y bulliciosos teatros de barrios. A este período me he atrevido a calificarlo como la "Edad de Oro" de los cines de Cartagena.

Iniciemos, pues, nuestro nostálgico peregrinaje.

CIRCO TEATRO.

Fue uno de los más antiguos teatros de la "Edad de Oro" de los cines en Cartagena. Tenía la particularidad de ser al mismo tiempo circo de toros y sala de cine, lo que lo hacía diferente a todos los demás recintos de su clase en el mundo.

La bella placita de toros de la Serrezuela, con estructura de madera y mampostería, fue inaugurada en el año 1930 por su propietario, Fernando Vélez Daníes. Éste encargó su construcción al señor Marcial Calvo Castillo, quien previamente viajó a las ciudades venezolanas de Caracas y Maracay a conocer sus plazas de toros, para que le sirvieran de modelos. Dice Donaldo Bossa Herazo en su "Nomenclátor Cartagenero", que la documentación gráfica requerida para darle a la plaza el aire morisco que la distingue, aún en el estado de deterioro actual, fue facilitada por él al señor Calvo. También se le abona a Calvo su participación en la construcción con materiales importados de Alemania, del Coliseo Gallístico de la calle del Espíritu Santo, en Getsemaní, propiedad de los hermanos Vélez Daníes.

Marcial Calvo Castillo era en aquellos años lo que hoy denominamos un maestro de obras, pero de los buenos, porque la Serrezuela gozó de una hermosura arquitectónica que sólo el talento y las manos de un artista podían realizar. Calvo, muy vinculado a los Vélez Daníes, fue un hombre emprendedor, aficionado a los gallos y a la tauromaquia, pasión esta última que le heredaron su sobrino Marcelo Calvo Rodríguez, uno de los primeros empresarios taurinos de nuestro suelo, y su sobrino-nieto Marcial Calvo Pardo, entusiasta promotor del extraño mundo de las cofradías taurófilas.

Antes, habían existido dos plazas de toros más en ese mismo sector "alto" del centro de la ciudad; de allí viene el nombre "Serrezuela", diminutivo de sierra. Sobre ellas nos habla Daniel Lemaitre en sus "Poesías y Corralitos de Piedra": "Debido al entusiasmo de los hermanos Carlos y Fernando Vélez Daníes, se construyó en 1893 el primer Circo de Toros en el punto llamado la Serrezuela,

en el barrio de San Diego. Era todo de madera y dirigió los trabajos "Torerín", el primer diestro que actuó en el ruedo como espada. El circo fue desarmado durante la guerra de los mil días. Después levantaron otro, allí cerca, Alberto Anaya y los hermanos Manuel y Augusto Martelo, pero no tenía ni la seguridad ni la belleza del anterior".

Llegado el cine a Cartagena, la Serrezuela, que pasaba la mayor parte del tiempo inactiva, se utilizó como salón de cine, bajo la conducción de Rafael Pinzón Riveros. Desde ese momento se le comenzó a llamar, también, "Circo Teatro". Veamos la forma divertida como Daniel Lemaître nos sigue llevando por ese pasado de película: "Mas tarde el cine mudo empezó a tener mayor envergadura y el espectáculo pasó al Circo de Toros. La cosa mejoraba indudablemente. Por la pantalla pasaron 'La Pasión y Muerte', 'El Conde de Montecristo', dividido en seis funciones, 'Nerón y el Incendio de Roma' y muchas otras. Desgraciada o afortunadamente, no sé decir, el metraje iba untado con vales interminables, sucedáneos de la morfina".

"La banda del maestro Puello llevaba el compás muy bien. Después de una hora en tres por cuatro, ya yo no podía más y me entregaba vencido, como una paloma. Mis últimas palabras eran para mi mujer: Mija, cuando Nerón prenda la mecha me llamas...".

Ante la larga ausencia de espectáculos taurinos, el coso adquirió fama como cinematógrafo, ya en la era del cine parlante, bajo el manejo del "Circuito Velda", sociedad limitada cartagenera, dedicada a la explotación del negocio del cine, constituida por la familia Vélez Piñeres.

Su público provenía de los diferentes sectores de la ciudad, pero especialmente de los estratos alto y medio. Los cabreranos eran unos asiduos concurrentes por su vecindad. Allí vimos entrar a Lala Pombo, toda simpatía, acompañada indistintamente por unos jóvenes imberbes, que le servían de escoltas para no pagar la entrada. Ellos eran el ex magistrado Álvaro Angulo Bossa, el odontólogo Guido Benedetti Ibarra y los abogados Carlos Facio - Lince Bossa y Armando Noriega Patrón. También asistían con frecuencia los hermanos Martínez Núñez (Horacio, Reinaldo y Amaury), Orlando y Rafael Bustillo Arrieta, Enrique y Michongo Gómez Ruiz, Roberto Pareja, Benjamín Martínez, el "Mono" Gustavo Camacho Castillo, Adolfo y Rafael Pareja Jiménez, Teodoro Riaño, Julio y Samuel Pinedo Brugés, Abraham Ibarra Bustamante, Raimundo Gómez Grau, Humberto Martínez Porras, Cristóbal y Jesús López, Orlando López Vega, Iván Chalela Fadul y Rafael y Carlos Molina Valle, entre tantos mozuelos residentes en El Cabrero. Muchos muchachos traviesos se volaban la pared

del patio para "colarse" dolosamente a sus localidades. Eran expertos saltadores, tan conocidos por los demás asistentes, que los identificaban fácilmente por la sombra que se reflejaba en el telón. Los balcones fueron madrigueras de amor de muchos tórtolos.

En su arena, por allá a principios de los años 1970, vimos el renacer de la afición taurina en Cartagena con las gloriosas faenas de Angel Teruel y Antonio José Galán y el optimismo emprendedor de José Zúñiga Villaquirán, "Joselillo de Colombia", el caballero de la lidia, quien vivió y murió en mítico olor de fiesta brava. También fue alegre cuna del Festival de Música del Caribe, locura genial de Paco de Onís y del "Mono" Antonio Escobar.

En 1976 se disolvió el "Circuito Velda" y, con su fin, se acabaron, también, sus teatros. Yo disfruté, ya en sus últimos años, junto con Arturo Facio - Lince, Alfredo Betín Vergara y Antonio Alvarado Cabrales, de numerosas vespertinas en el "Circo Teatro", sentados en los medios, pisando tierra como cualquier torero, pero sin toros, y gustando buenas películas.

TEATRO CARTAGENA.

Llevó su nombre bien puesto, porque fue el teatro insignia de Cartagena. Diseñado por el arquitecto cubano Manuel Carrerá, fue construido por éste y el ingeniero austriaco, Enrique Zeisel, para sus primeros dueños, don Enrique Mathieu y los hermanos Lequerica Gómez, en el lote que fue de la capilla de la Veracruz.

Enrique Zeisel, quien arribó a esta ciudad procedente de Barranquilla, donde se encontraba radicado y desempeñaba el consulado de Austria, ejerció aquí la ingeniería con mucho éxito. Además de los teatros Cartagena y Caribe, construyó el "Hotel Caribe", el edificio de la "Compañía Colombiana de Seguros", el edificio "Vélez Danies", donde hoy están unas dependencias de los Seguros Sociales, el "Edificio Ganem" del Centenario, el Hotel "Plaza de Bolívar"; el "City Bank", que fue el último que hizo, las casas en Bocagrande de Miguel García Sánchez, del ex gobernador Miguel Navas Meisel, de Carlos Segrera, después de su viuda, Martha Lemaitre de Segrera; de Salomón Ganem, en la carrera 3ª con calle 8ª; de Lázaro María Pérez, el papá de Rafael y Zeida, donde hoy está la "Droguería New York" de la avenida San Martín; y diseñó la iglesia de Bocagrande, entre otras obras. En esta ciudad se asoció con Luis Carlos Martelo, Carlos Uribe Torres y Humberto Bozzi Fortich, en tiempos diferentes, y constituyó una firma de ingenieros conocida como "Zeisel & Martelo". Zeisel, casi nonagenario, se radicó en Miami, donde se retiró de sus quehaceres profesionales.

El "Teatro Cartagena" se inauguró con fastuosa ceremonia el 8 de marzo de 1941, con la película "El Cielo y Tú", en la cual actuaron Charles Boyer y Bette Davis. Era un superteatro para la época: un vestíbulo amplio, con la taquilla en el centro en un cubículo de madera movable, parecida a la de los cines norteamericanos; 1.400 butacas distribuidas entre el balcón y la luneta, que lo hacían uno de los más grandes del país, un telón cubierto por grueso cortinaje que se corría automáticamente, un ambiente interior acogedor, una decoración eminentemente cinematográfica, una maquinaria importada, que era lo mejor en sonido y proyección, y un aire acondicionado central espectacular, que constituyó una novedad en Cartagena en forma tal que, todavía picados de provincialismo, los asistentes, al salir del teatro, se tapaban la boca y la nariz con un pañuelo para evitar resfriarse.

La música previa a las películas era un deleite. Música "suave", decían, especialmente vales de Johann Strauss, como "El Danubio Azul", "Cuentos de los Bosques de Viena" y "El Emperador". Cada vez que escucho la música de la opereta "El Murciélago", del mismo autor, me transporto a esa era galante del "Teatro Cartagena", por allá en la primera mitad del decenio de los cincuenta del siglo pasado.

Los iniciales dueños lo alquilaron y después lo cedieron a la empresa "Cine Colombia", a cambio de acciones, según nos lo cuenta Víctor Nieto Núñez. Esta compañía, originalmente antioqueña, fue creada el 26 de mayo de 1931, con domicilio principal en Medellín y sucursales en casi todas las ciudades del país. Su primer gerente local fue el señor Ignacio Escobar, a quien sucedió Floro Sánchez Villa, un caleño postinero y cordial, que venía de trabajar con la misma empresa en Girardot, Cali, Popayán y Santa Marta. Floro Sánchez laboró con "Cine Colombia" durante 51 años y disfrutó de su retiro en su apacible residencia de Manga, junto con su amable esposa, Elsa Llamas de Sánchez.

Al principio sólo se proyectaban funciones nocturnas. Después se extendieron a las vespertinas y los sábados y domingos a matinés. Recuerdo, como si lo estuviera viendo, a su portero de muchos años, el señor Perfecto Pedroza, hábil tornero de profesión, inflexible en el control de la entrada, siempre elegantemente vestido entero de blanco. Parecía traído de algún teatro o club nocturno de New Orleans.

En su pantalla se vieron las mejores películas de su tiempo, siendo la más taquillera "La Novicia Rebelde", con Julie Andrews y Christopher Plummer, que duró más de un mes en cartelera con lleno todos los días. Su escenario acogió artistas de cartel, como Cantinflas, Libertad Lamarque, Sarita Montiel, Celia Cruz, Olga Guillot, María Dolores Pradera, Lola Flórez y Fernando

Valadés. Igualmente, se presentaron orquestas sinfónicas internacionales. Siendo aún niño, asistí a un concierto cuya orquesta dirigía otro infante, Roberto Benssi. También allí programaba sus festivales “Pro Arte Musical” y fue sede única del “Festival Internacional de Cine” y de la velada de elección y coronación de la Señorita Colombia.

Yo tuve el privilegio de asistir durante la década de los setenta del siglo XX a una reunión muy exclusiva que hacían Floro Sánchez Villa y su señora en los aposentos privados del gerente de "Cine Colombia" en los altos del teatro, la noche de la elección y coronación de la Reina Nacional de la Belleza. Allí concurríamos todos los noviembreros, además de los dueños de casa, Rogelio Méndez Brid, Antonio Llamas Vásquez, el arquitecto Alvaro Moreno y yo, con nuestras respectivas cónyuges, para presenciar el desarrollo de la coronación. Resulta que el apartamento privado del gerente, donde estábamos, servía de camerino para que las candidatas se arreglaran y cambiaran de vestidos y era el sitio para las deliberaciones del jurado. Como todo el mundo andaba loco de los nervios, las mamás de las reinas, los peinadores, los edecanes, las chaperonas, los jurados, etc., no se percataban de nuestra presencia, lo que nos permitía gozar del espectáculo tras bastidores y enterarnos anticipadamente del nombre de la reina ganadora. Allí vimos apurado, pero con un buen "escocés" en la mano brindado por nosotros a Luis Bustamante del Valle, elaborando a las carreras el acta del jurado, presionado por los gritos de un público impaciente.

Hubo una época en que la vida nocturna de la ciudad giraba alrededor del “Teatro Cartagena” y los teatros de la calle Larga, extendiendo su zona de influencia hasta el Camellón de los Mártires, donde se armaban diferentes tertulias antes del cine, en las cuales se hablaba especialmente de béisbol, deporte que estaba en su apogeo, de política y otras cosas. El eje central de una de ellas era el gran periodista Melanio Porto Ariza, “Meporto”, acatado y respetado por sus sólidos conocimientos en muchas áreas del saber y los deportes, quien no "pelaba" cine todas las noches.

Aquel viejo “Teatro Cartagena”, que llegó a ser el número uno en recaudación y venta de boletas de todo el país, se transformó y nunca más volvió a ser el mismo. Sólo quedan su fachada y las luces de su pasado esplendoroso en el recuerdo de quienes lo asociaremos siempre con períodos gratos de nuestra propia existencia.

TEATRO COLÓN.

Una de las maneras que se han inventado para rendirle homenaje al Almirante de la Mar Océano y descubridor de América ha sido bautizando con su apellido

cines y teatros de distintas ciudades del Nuevo Continente. En Colombia, por ejemplo, han existido teatros "Colón" en Bogotá, Barranquilla y Cartagena, entre los más famosos.

Pensar que el lugar donde siempre estuvo el "Colón" de aquí fue la antigua iglesia colonial de San Francisco, abandonada, que se convirtió en uno de los mejores comederos de la ciudad.

Muchos cartageneros recordamos un típico sector lleno de expendedores de comidas, ubicado frente al viejo mercado público, al aire libre, en la calle por donde ahora se accede al teatro del Centro de Convenciones y al Arsenal, llamado "La Cueva"; pero pocos saben por qué se llamaba paradójicamente así, "La Cueva", estando en plena vía pública, a la luz de las estrellas.

Alberto H. Lemaitre, Mr. Tollo, nos sacó de dudas en sus imprescindibles "Estampas de Cartagena de Ayer":

"Cartagena, desde tiempos inmemorables, ha sido una ciudad que ha tenido lugares y sitios típicos y originales, como 'La Cueva'. En este lugar se reunían todas las fritangueras y vendedores de comida en un socavón grande que era la entrada a un antiguo templo cristiano, al lado del Teatro Cartagena, hoy Teatro Colón".

"Allí llegaba toda la ciudad, gente rica y gente pobre, y los socios del Club Cartagena, que quedaba muy cerca, después de los bailes con sus esmoquin, a comer a La Cueva de Rolando".

"La Cueva tuvo larga vida hasta que la hicieron desocupar para la construcción del actual Teatro Colón, entonces todo ese mujererío cogió para las afueras del Mercado Público".

De manera, amable lector, que ese "picapedrero" nombre proviene del socavón, de la cavidad en forma de cueva que tenían las ruinas del templo de San Francisco, en donde, inicialmente, se instalaron unas magas de la culinaria criolla, quienes al trasladarse cerca al mercado público se llevaron consigo el nombre de "La Cueva" para el sitio donde se reubicaron.

Además de las sabrosas frituras propias de ese tipo de restaurante popular, allí se comían apetitosos manjares de la gastronomía sin etiqueta: bistés de carne de res, de cerdo, de conejo y de guartinaja, con buena cebolla y tomate; arroces con coco, fríjol, ahuyama, plátano maduro o cangrejo, papas y panes rellenos y unas sopas de mondongo que levantaban un muerto. Pastora se llamaba una de las más célebres cocineras de "La Cueva". Otro de sus sonados personajes era "Juan de las Nieves", con sus dedos forrados de anillos de oro.

La plazuela de San Francisco, donde se encuentra el “Teatro Colón”, fue uno de los más antiguos complejos de edificaciones religiosas de Cartagena, concluido en la última década del siglo XVII. Era una especie de pequeño Vaticano, con tres iglesias y un convento, a saber: el claustro o convento de San Francisco, hoy remodelado, de una apacible belleza; la iglesia de la Orden Tercera o Tercera Orden, también remodelada, en la esquina de la calle Larga; la iglesia de San Francisco, después “Teatro Colón”, donde aún se observan las pechinas de la bóveda original y parte de la fachada; y la capilla de la Veracruz, totalmente demolida, cuyo solar ocupó el “Teatro Cartagena”, en la cual, según Enrique Marco Dorta, debió haber sido sepultado Don Blas de Lezo, el 7 de septiembre de 1741.

Gracias a las gestiones de doña Laurina Emiliani de Martínez, durante el gobierno del presidente Mariano Ospina Pérez, se dieron en comodato al “Círculo de Obreros de San Pedro Claver”, manejado por la Orden de los Jesuitas, tanto el convento como la iglesia de San Francisco. El Círculo, que tuvo como mentores, entre otros, a los padres Bustos y Salazar y contó con la gerencia por mucho tiempo de doña Ana María Vélez de Trujillo, construyó en lo que fue la iglesia una sala de cine medio descubierta, que se llamó “Teatro Claver”, administrado, en principio, por sus mismos usufructuarios y, después, por “Cine Colombia”, con el nombre de “Teatro Colón”.

Su primer gerente fue el señor Víctor Gulfo, también propietario de una librería en la calle del Arzobispado, después lo gerenció por treinta años el señor Héctor García Puello.

Presentaban películas extraordinarias. Recuerdo haber visto allí, en compañía de Carlos Facio - Lince y Gregorio Cabrera García, películas de la talla de "La Aventura", de Michelangelo Antonioni, con la actuación maravillosa de Mónica Vitti; "La Danza de los Vampiros", de Román Polansky; "Bella de Día", con Catherine Deneuve; "Becket", con Richard Burton y Peter O'Toole, para citar sólo cuatro.

A la derecha de la puerta de entrada estaba el puesto de refrigerios, donde vendían los "perros calientes" más sabrosos de la ciudad. Ni los gringos han podido hacer un "hot dog" igual de bueno al del “Teatro Colón”. Con un "perro" de esos y una avena, quedaba uno listo para ver cualquier película, por larga que fuere.

Se acabó también el Colón, para desdicha de tantos cinéfilos cartageneros.

TEATRO RIALTO.

Tuvo el mismo nombre de uno de los más viejos y famosos puentes de Venecia, levantado sobre el canal mayor. Era el decano de los teatros y cines de la "Edad de Oro", porque se construyó en 1927 por don Pedro Malabet, quien, según Donaldo Bossa Herazo, en su obra "Construcciones, Demoliciones, Restauraciones y Remodelaciones en Cartagena de Indias", no era arquitecto ni cartagenero, pero artista de gran sensibilidad y exquisito gusto. Malabet, que realmente era barranquillero y, en sus últimos años de residencia en esta ciudad estuvo a cargo de una Notaría, hizo, también, en 1910, el edificio de los Del Castillo, en la esquina de la calle Román con Candilejo, según Bossa, uno de los que siempre le complacía ver, parecido a muchos edificios de la preciosa ciudad mexicana de Puebla, por pura coincidencia; la estructura de "Radio Centro Miramar", del Pie de la Popa; elaboró en 1912 los planos para convertir el convento de La Merced en Palacio de Justicia; y participó en la construcción de la mansión de la calle Real del Pie de la Popa, sede hoy de la Universidad Libre.

El "Rialto" lo mandó a edificar Belisario Díaz, el ya mentado pionero del cine en Cartagena, cuando dejó el "Teatro Variedades". Se inauguró el 30 de abril de 1927 y, en su momento, se consideró el mejor teatro de la Costa Atlántica. Era espacioso, hecho en madera, con palcos tallados en el mismo material y constaba de cinco localidades: luneta, palco, traspalco, galería y especial, que eran los puestos de adelante.

Cuando pasó a "Cine Colombia", lo administró un ingeniero italiano, llamado Virgilio Merendi, a quien remplazó en 1933 Samuel Ramos Henao, hermano de Mario y, después, cuñado de Rafael Pinzón Riveros, ambos vinculados al negocio del cine. Samuel Ramos fue, además, el iniciador de los bailes populares del "Rialto" en las fiestas de noviembre, que se extendieron al "Teatro Padilla", y tuvieron tanta fama y trascendencia.

Resulta curioso registrar que al principio el cine como afición de multitudes no pegaba. Me contó Melanio Porto Ariza que sólo en los años 30 a 32 se aceptó por el grueso público, a raíz de la película "Así es la Vida", con un actor chileno llamado José Bohor. Cómo sería la fiebre, que mucha gente la vio todas las veces que la proyectaron y se la sabían de memoria. Las colas para entrar llegaban hasta lo que era el "Teatro Cartagena".

Otra vez, presentaron una graciosa película, "Volando hacia Río de Janeiro", con la rumbera Carmen Miranda, en la cual actuaba brevemente como extra

en un conjunto de bailarines el cartagenero residente en Los Ángeles, Fernando Díaz Gómez, hijo de Belisario Díaz, el dueño del teatro, lo que llevó a media Cartagena a presenciarla para ver al novel actor, que aparecía apenas por pocos segundos.

En 1940 llegó a gerenciarlo José Ignacio Morales Rodríguez, el "Tuto", quien venía de manejar el "Teatro Granada", de la misma empresa. El "Tuto" estuvo al frente del "Rialto" durante doce años, aproximadamente, y en su larga gestión realizó algunas transformaciones funcionales. Por ejemplo, acabó con la galería, que se había convertido en la tribuna de los más incultos, ordinarios y brutales aficionados al cine, tanto así que en una ocasión se presentó la película "Fantasía", de Walt Disney, con hermosa música clásica, y casi parten el teatro. En otra oportunidad uno de esos bárbaros de galería hizo micción intencional sobre un alto funcionario y su señora, quienes se encontraban sentados en la luneta, lo que llenó la copa y precipitó la clausura de esa peligrosa localidad.

En su pantalla se estrenaban principalmente películas de acción, como series de "El Llanero Solitario", con Gene Autry; "Los Peligros de Nioka", "Fumanchú", etc. y grandes filmes musicales.

Según el "Tuto" Morales, la película más taquillera fue "Romance Musical", cubana, con Rita Montaner y Toña La Negra, que duró mes y medio en cartelera, con llenos diarios en vespertina y noche.

Al "Teatro Rialto" lo desmantelaron y desaparecieron muchos elementos originales de madera para ser sustituidos por otros menos estéticos, como el cemento.

Uno de los últimos administradores fue el señor Tito Díaz, de origen chocoano, pero residente durante largos años en esta urbe.

Quienes asistimos a sus funciones no podremos olvidar los deliciosos helados de "El Polito", que quedaba al lado de la puerta principal de entrada, al cual me refiero en otro capítulo. Hoy, dolorosamente, no existe. Y en su lugar se aprecian desde la calle Larga unas feas bodegas de muros altos, que parecen contener, como una gigantesca pirámide funeraria, los restos del "Rialto" de nuestros recuerdos.

TEATRO PADILLA.

¿Qué cartagenero mayor de 45 años no conoció y gustó al "Teatro Padilla"? "El Padillita", como algunos confanzudamente le decían. Era un teatro inmenso, con sabor propio, abierto y fresco como ninguno. Fue, además, el único salón

de Cartagena, y tal vez del país, donde los automovilistas podían ver el cine desde las sillas de sus vehículos, con todas las ventajas clandestinamente amatorias que esa privilegiada localidad significaba.

Su construcción se realizó entre fines del decenio de los treinta y principios de los cuarenta del pasado siglo, por encargo del propietario del lote, señor Elías Juan. Lo diseñó y edificó el ingeniero Rafael García Rey, santandereano, de Zapatoca, quien levantó, también, el “Edificio Cuesta” de la Plaza de Santodomingo y el “Ganem”, de la calle de la Universidad.

Con su nombre se rindió homenaje a la memoria del almirante José Padilla, quien residió en Cartagena por un tiempo en una casa de la calle Larga ubicada en el lugar donde se edificó el teatro. Esa casa, además de haber sido nido de los amoríos del héroe de la Batalla de Maracaibo con Ana María de la Concepción Romero, hija del cubano Pedro Romero, separada de su primer esposo, el teniente coronel José Iriarte, fue escenario de uno de los más sonados banquetes brindados al Libertador Simón Bolívar, el 24 de julio de 1827, con motivo de su cumpleaños, cuando aún las relaciones entre Padilla y Bolívar eran buenas.

Se inauguró con la película "Escuela de Sirenas", donde actuaron Esther Williams, Red Skelton y tuvo una breve participación musical el colombiano Carlos Julio Ramírez.

Su primer gerente fue el zar de los cines en Cartagena, Rafael Pinzón Riveros. Era su teatro favorito y a él se entregó con alma, vida y corazón. Pinzón y el “Padilla” se confundían en una sola persona cinematográfica. Era una especie de metempsicosis institucional. Tanto era así, que, cuando se reventaba la película, se iba el sonido o la luz en el teatro, el público de galería comenzaba a gritar improperios contra Pinzón, que él recibía con buen humor y jobiana paciencia. Nunca se dejó inmutar por la gritería del populacho. Lo increíble era que, ya separado hacía mucho tiempo Pinzón del manejo del “Padilla”, cuando esos accidentes ocurrían, la gente seguía dirigiendo las protestas contra él.

Su vespertina de los domingos era ritual para los jóvenes de principios de los años cincuenta de aquella centuria. Ese día la agenda juvenil comprendía la misa de precepto en la parroquia del barrio de residencia o en la capilla del colegio respectivo. Eran famosas las misas en la iglesia de la Trinidad, con la asistencia plena de las bellas alumnas del Colegio Biffi, vigiladas por la Madre

Felipa, y las de las diez de la mañana en San Pedro Claver, muy concurrida por los caballeros de la ciudad, por lo que le decían "La misa de los hombres", que aromaban el ambiente con refrescante olor a Agua de Colonia "María Farina". Parece que estuviera viendo a Francisco Sebá Patrón, elegantemente vestido de lino blanco, parado en la puerta de la iglesia, oyendo su misa con cristiana devoción. Las de Manga y el Pie de la Popa también tuvieron fama dominical. En la tarde, venía la vespertina en el "Padilla" y, luego, la retreta en el parque del Centenario, con caminatas de seguimiento a las niñas de nuestras platónicas ilusiones.

El "Teatro Padilla" fue centro de uno de los más importantes programas artísticos que tuvo la ciudad: "El Minarete del Arte", que sirvió de plataforma de lanzamiento a muchas estrellas criollas, algunas de las cuales tuvieron resonancia internacional, como Lucho Bermúdez.

Sus creadores fueron Hernando Franco Bossa, locutor y animador que había trabajado en Panamá; Guillermo Rodríguez Nieto, pintor, decorador y escenógrafo; Fernando Velásquez, poeta, declamador y decorador, y Rafael Franco Carrasquilla, "Tony Porto", multifacético actor, especialmente humorista.

El "Minarete del Arte" realizó funciones todos los lunes con lleno completo, desde el 18 de enero de 1943 hasta el 13 de junio del mismo año. Su duración fue corta, pero marcó una época en la ciudad. Era una combinación de teatro de humor, con música, canto, baile, declamación, etc.

Entre sus más renombrados artistas estuvieron Humberto Carrasquilla, Raquelita Ortiz Gascón, Ofelia Perea, Gloria Cajares de Bermúdez, Yolanda Marsiglia, Jaime García, Fernán Fortich, Jhony Trébol, Armando Hernández, Chela Román, Ana Isabel Cordero (Xiomara del Mar), Norma Luz, Cielito Marsiglia, Pacho Romero, Armando González (Armando del Cortijo), Armando Hernández (Cantinflas), Celina Duarte, Vicky Heredia, Raúl Fernández Gómez, Carmencita Lozano, Francis Arteaga, Teresita Salgado, Mela Olivares, Gastón Vega y, obviamente, "Tony Porto" y el mago "K.Q. Men", Guillermo Ardila del Valle. Lucho Bermúdez comenzaba su ascenso magistral con su "Orquesta del Caribe", cuyo cantante estelar era Cosme Leal.

Pero encontré algo divertido : mi admirado amigo Isaac Schuster Smith, apenas de unos nueve años de edad, se destacó como actor infantil, haciendo el papel de un "pelaito malcriado" en un aplaudido sainete y Manolo Castro, el gran contertulio de la "Tasca Taurina", sobresalió como cantante.

En el año 1950 visitó el teatro la despampanante artista mexicana Ana Berta Lepe, quien venía de concursar en Miss Universo como Señorita México, acompañada de un ballet folclórico de ese país. En momentos en que bailaba "La Raspa", pidió un parejo del público, y nadie se atrevía a medírsele al reto. De pronto, surgió la figura ágil de Ulises Galofre, quien subió al escenario y bailó con la actriz mejor que los artistas del conjunto, mereciendo los frenéticos aplausos de los concurrentes y un prolongado beso de la "vedette". Su actuación fue tan espectacular, que el director del ballet le propuso que trabajara con ellos.

Fueron famosas las noches "frías" del "Padilla" desde fines de diciembre hasta febrero, cuando los concurrentes a la función nocturna se ponían suéteres, sacos o cobijas, para atenuar los rigores de los gélidos vientos alisios, que refrescan a Cartagena en esa época del año y la convierten en el verdadero paraíso terrenal. Además, se combatía el frío con maní caliente, cuyos vendedores se erigieron en típicos pregoneros de los teatros abiertos: "¡Maní caliente! ¡Maní salao!", se oía cantar en el discurrir de la película.

Sus bailes populares de noviembre hicieron historia. Uno de los primeros empresarios de este evento fue Juan González Cornet, promotor de espectáculos y mecenas del béisbol colombiano. Los últimos organizadores fueron el "Tuto" Morales, Eduardo Rodríguez López y Carlos Stevenson Piñeres, quienes constituyeron una empresa que durante cuatro años explotó este multitudinario negocio. El abogado Salustiano Fortich Ávila, entusiasta gustador de estas "fiestas padilleras", tiene un cúmulo de anécdotas sobre ellas, porque allí fue objeto de confusos acosos novembrinos.

Después de Pinzón, pasó a administrar el "Teatro Padilla" el señor Abel Monsalve (Capozzi) y se integró al "Circuito Velda" hasta el final de sus días. Hoy lo sustituye un centro comercial, que da la medida de la inmensidad de ese teatro y que trató de guardar alguna apariencia arquitectónica con su inolvidado antecesor.

TEATRO MIRAMAR.

La ciudad de Cartagena no tiene con qué pagarle a Víctor Nieto Núñez todo cuanto ha hecho por empujarla hacia el progreso. Incansable trabajador, todavía está al frente del manejo de una compleja y difícil empresa, como es el "Festival Internacional de Cine de Cartagena", el hijo menor de sus sueños hechos realidad.

El “Cine Miramar” estuvo indisolublemente ligado a la “Radio Miramar”, inaugurada por Víctor Nieto Núñez el 8 de noviembre de 1946 y cuyo nombre tomó de uno de los clubes de moda en esos tiempos, el “Club Miramar”, de Manga. Esta emisora funcionó inicialmente en el segundo piso del edificio que fue propiedad de Rafael Méndez Méndez, sobre la desaparecida “Heladería Americana”, en la calle del Arzobispado.

Con anterioridad, Víctor Nieto había incursionado en el mundo de la radio con el radio periódico "Síntesis", que comenzó sus emisiones el 1º de septiembre de 1939 por “Emisoras Fuentes” y luego, creada la “Radio Miramar”, pasó a ésta. Lo fundó con Haroldo Calvo Núñez y conformó un lujoso equipo de colaboradores, entre quienes sobresalieron Braulio Henao Blanco, Antonio del Real Torres, jefe de redacción; el capitán Pablo E. Nieto, que además era corresponsal de "El Tiempo" y otros periódicos en Cartagena; Norberto Elguedo, encargado de la información local; Carlos M. Feliz, el "Yeye", cronista de deportes; Roque Hernández de León, corresponsal en Bogotá; José Nieto Núñez, corresponsal en New York; y, Pepe Grandson, corresponsal en Barranquilla. Era una combatiente tribuna del "Gran Partido Liberal", como le decíamos sus firmes militantes de antes.

El cine, anexo a la emisora, lo inicia Víctor Nieto en 1947, en lo que fueron la sala y la cámara principal de la casa del doctor Méndez Méndez. Era un modesto salón con 200 sillas metálicas y un proyector de 16 mm., pantalla de pared y un pequeño escenario, donde presentaban películas rigurosamente seleccionadas por el mismo Víctor. En ese reducido escenario vi, cuando contaba con once o doce años de edad, a Kiko Mendive, en el cenit de su fama artística, junto con la bailarina cubana Luisita Alonso, a quien llamaban "El Torbellino del Trópico", cantando y bailando guarachas, rumbas, mambos, etc. Kiko Mendive puso en esa ocasión en escena la guaracha que lo consagró, "Se murió Panchita", que interpretó en la película "La Insaciable" y "El Telefonito", de su propia creación, acompañado de un teléfono gigante de cartón.

En 1947 viaja Víctor Nieto a la Habana y conoce el complejo teatral y comercial de la “Emisora C.M.Q.” y decide hacer algo similar en Cartagena. Al retornar, adquiere un edificio sin terminar en la calle Real del Pie de la Popa, mandado a construir por Oscar Gómez a don Pedro Malabet, quien lo vende por la suma de \$ 40.000,00.

Víctor lo termina e inaugura allí el "Radio Centro Miramar" el 15 de diciembre de 1948, constituido por un complejo comercial que comprendía emisora, cine, heladería, grill, droguería y varios apartamentos. Era una obra monumen-

tal para la época y fue el inicio del desplazamiento de este tipo de actividades más allá del centro amurallado.

El nuevo "Cine Miramar" contaba ahora con 600 butacas y una máquina proyectora de 35 mm. y era una sala parcialmente cubierta, suficientemente cómoda para gozar del cine y los espectáculos que allí se presentaron.

La Miramar tenía su propia agremiación musical, el "Conjunto Miramar", conformado en 1950 bajo la dirección del maestro cubano Armando Cartaya, extraordinario pianista, y con los cantantes Bobby Ruiz, quien después actuó con la orquesta de Lucho Bermúdez; Orlando Contreras Porras, bolerista, residente hoy en Barranquilla; y Rosa la Negra.

También se transmitía todos los miércoles a las ocho de la noche por "Radio Miramar" uno de los programas humorísticos más oídos en Cartagena, "La Cotorra", dirigido por "Tony Porto" y "K.Q.Men", "el único radioperiódico sanforizado del mundo", decía su eslogan. El nombre se lo puso uno de los buenos locutores de esos años, Norberto Díaz Granados. Se difundió durante diez años, desde 1949, con éxito total.

No todo fue color de rosa para "La Cotorra": en 1953 fue suspendida su transmisión durante cinco días por orden del Ministerio de Correos y Telégrafos, siendo alcalde don Vicente Martínez Martelo, a raíz de unas letanías jocosas que no le gustaron a monseñor López Umaña, Arzobispo de Cartagena, quien se quejó ante el alto gobierno. Cómo cambian los tiempos. Hoy se escuchan por la radio y la televisión unas horribles "letanías" en los carnavales de Barranquilla y no pasa nada.

En otra ocasión comenzaron a presentar una radionovela humorística titulada "El Derecho de Renacer", que se canceló porque el señor Santiago Martínez Delgado, gerente de la firma representante en Colombia de "El Derecho de Nacer", de Félix B. Caignet, amenazó con entablar una demanda contra "Radio Miramar", si seguía saliendo al aire, por considerarla una burla a su novela.

Los actores de "El Derecho de Renacer" eran: "K.Q. Men", Mayito Villani, Merce Vargas, Magda Padrón, el entonces calificado locutor y hoy prestigioso abogado, Sergio Girado Caballero, Pepe Fayad, Raúl Fernández Gómez, otro afamado locutor muerto prematuramente, y José Matuk, con la narración de Fernando Velásquez y la dirección de "Tony Porto".

El “Cine Miramar” y sus contornos fueron el punto de reunión vespertina y nocturna de la muchachada del Pie de la Popa y Manga, especialmente. Todos los "piepopanos" tienen que recordarlo con afecto, porque fue el centro de sus primeros pinitos amorosos y sociales y la escuela cinematográfica de la generación que comenzaba a ser joven en el decenio de los cincuenta del siglo XX.

En el teatro actuaron acreditados artistas del momento como Tin-Tán y su carnal Marcelo, Eva Garza, Antonio Aguilar y Elvia Ríos.

Cerró definitivamente sus puertas en 1982, cuando la crisis del negocio del cine liquidó una infinidad de teatros. Todavía vemos, al pasar por la calle Real del Pie de la Popa, el mismo edificio, sede de su esplendor, ahora deformado con un rostro de infinita tristeza.

CINES DE BARRIOS.

Nuevamente hay que abonarle a Rafael Pinzón Riveros el mérito de haber fomentado la creación de los cines o teatros de barrios, como se le llamaba a aquellos que estaban situados fuera del centro amurallado y de la calle Larga.

Se convirtieron en sus buenos tiempos en el núcleo de la vida nocturna del barrio, a donde acudían, además de los cinéfilos, los vendedores de chucherías, los habladores de esquina y uno que otro limosnero.

Cartagena fue pródiga en cines de barrios, todos ya desaparecidos, según Mario Ramos Henao, por los altos impuestos, la televisión, el betamax y la inseguridad nocturna.

Vamos a recordar rápidamente los más conocidos por los cartageneros mayorcitos de edad:

TEATRO SAN ROQUE.

Es el menos recordado porque funcionó por poco tiempo. Situado en Getsemaní entre las calles del Espíritu Santo y Pedregal, en un lote de Dionisio Vélez, tenía entrada por ambas calles y lo administró Mario Ramos Henao. Tomó su nombre de la vecina ermita de San Roque.

TEATRO GRANADA.

Quedó en el tramo final del Camino Arriba del Pie de la Popa, en lo que hoy es el barrio Chino, en el centro comercial San Andresito. Por su cercanía, fue el favorito de los residentes en los barrios Pie de la Popa y Manga, antes de aparecer el "Cine Miramar". Hacía parte de "Cine Colombia" y tuvo como administradores, entre otros, al "Tuto Morales", a Orlando Vélez Benedetti, todavía "polluelo", y a mi padre, Rafael Ballestas Prens, a quien acompañé muchas veces a su noctámbulo trabajo, lo que me permitió, aún infante, enterarme de los procedimientos de control diario de los teatros y, especialmente, ver mucho cine gratis.

TEATRO COLONIAL.

Integrado a la cadena del "Circuito Velda", fue construido más allá del "Granada", en lo que hoy es la avenida Pedro de Heredia, frente a Bazurto. Allí convergía la gente de muchos barrios populares de los cuales era equidistante. Recuerdo haber visto en su escenario a la compañía cómica teatral de "Campitos".

TEATRO CAPITOL.

Funcionaba después del "Colonial", por la misma vía, pero acera contraria, en un local donde estuvo una fábrica de productos metálicos, a la bajada del puente de Bazurto. Tuvo una vida efímera, por lo que ha sido olvidado por muchos cineastas de antaño.

TEATRO ESPAÑA.

Su nombre lo originó el barrio donde se encontraba, el barrio España, que, como cosa rara, no lo avecinaba ningún español y sí muchos chinos. Comprendía, también, estratos populares y hoy funciona en su lugar una gallera.

EL TEATRO MIRYAN.

El más importante del barrio El Bosque, de propiedad del "Circuito Velda", en plena carretera Central. Los sábados y domingos lo colmaban los internos del colegio Fernández Baena, que quedaba a pocas cuadras de distancia. Muchos jóvenes cartageneros residentes en el centro, organizaban paseos a pie hasta el "Teatro Miryan" para asistir a sus funciones, obviamente en plan de "berroche", según recuerda Javier Román Pájaro, uno de esos excursionistas.

EL TEATRO VARIEDADES.

Su nombre se inspiró en el viejo “Teatro Variedades” ya desaparecido. Se construyó a la entrada del barrio Torices, en la calle principal, sector El Papayal. Hacía parte del lote del “Circuito Velda” y el ingenio de la gente lo bautizó con el nombre de "Salón Franela", porque el grueso de su público asistía en franela y se acostaba frente a la pantalla, para ver las películas con la mejor comodidad y el mayor frescor. A veces caía una lluvia de piedras tiradas desde afuera por malandrines del barrio, que desahogaban así sus frustraciones. Los asistentes tenían, entonces, que refugiarse en la parte techada para evitar ser descalabrados.

TEATRO CARIBE.

También le llamaban "El Caribito", especialmente por los cabreranos. Levantado en pleno corazón del barrio Torices por “Cine Colombia”, lo diseñó y construyó Enrique Zeisel, de quien ya hablamos. Era el verdadero cinematógrafo de tan populoso y tradicional barrio.

OTROS CINES.

Hubo otros cines de barrios de menor jerarquía que los anteriores, pero también recordados con afecto, que montaron en algunos lotes, patios o salones y llenaron espacios de entretenimiento en determinados sectores de la ciudad, como “El Dorado”, en el sector de El Toril, donde hoy está Astemaco. “El Laurina”, en el barrio de Lo Amador. El “Cine Manga”, en la cuarta avenida frente a "La Isla". El “América”, en el Bosque, en la calle de su mismo nombre. El “Don Blas”, en Blas de Lezo. El “Atenas”, en el barrio Daniel Lemaitre. “El Minerva”, en Olaya Herrera, antes de llegar al antiguo retén de Caimán. Y el “San Fernando”, en uno de los salones del Hotel Caribe.

Hay que señalar, finalmente, los llamados "Cines Culturales", que eran unas pequeñas máquinas proyectoras ambulantes con las cuales daban cine en iglesias, clubes y colegios. En el Colegio de la Esperanza presentaban películas en un salón que le llamaban "El Olimpia", de nostálgica recordación para muchos de sus egresados. Y en Torices, en el “Anita”, del señor O’Byrne, en el Paseo de Bolívar.

Y SE ACABÓ LA PELÍCULA.

Cómo es de placentero volver a recorrer estos lugares que nos hicieron felices en un reciente pasado, a pesar de la inevitable nostalgia que su evocación nos

causa, y cómo se vive de nuevo al repasar una época inolvidable de nuestro terruño que marcó a varias generaciones, entre ellas la mía. Lástima que los viajes al pasado sean todavía materia de ficción, porque qué grato sería hacer un tour real por esos viejos teatros de ayer, que hoy nos parecen lejanas sombras de un mundo mágico que alguna vez disfrutamos con intensidad.

FUENTES CONSULTADAS.

1. COLECCIÓN DEL PERIÓDICO "EL MUNDO NUEVO". DIRECTOR: ALBERTO ROMÁN T. CARTAGENA; 1912.
2. CARTAGENA Y SUS CERCANÍAS. URUETA - PIÑERES. 2ª EDICIÓN; 1912.
3. CARTAGENA, SU PASADO, SU PRESENTE, SU PORVENIR. J. MONTOYA MÁRQUEZ. TALLERES MOGOLLÓN; 1927
4. CARTAGENA INDEPENDIENTE - TRADICIÓN Y DESARROLLO. DONALDO BOSSA HERAZO. TERCER MUNDO; 1967
5. CONSTRUCCIONES, DEMOLICIONES, RESTAURACIONES Y REMODELACIONES EN CARTAGENA DE INDIAS. GRÁFICAS EL FARO; 1975. DONALDO BOSSA HERAZO
6. NOMENCLATOR CARTAGENERO. DONALDO BOSSA HERAZO. BANREPÚBLICA; 1981.
7. POESÍAS Y CORRALITOS DE PIEDRA. DANIEL LEMAITRE. COFINORTE. 1.983
8. HISTORIA GENERAL DE CARTAGENA. TOMO IV. EDUARDO LEMAITRE. BANREPÚBLICA; 1983
9. ESTAMPAS DE CARTAGENA DE AYER. ALBERTO H. LEMAITRE. (MR. TOLLO) 1ª EDICIÓN; 1990.
10. CUATRO JASPES EN LA HISTORIA. ÁLVARO LECOMPTE LUNA. GRÁFICAS TEUSAQUILLO; BOGOTÁ. 1991.
11. EL TEATRO HEREDIA DE CARTAGENA, ITINERARIO Y CRONOLOGÍA. MOISÉS ÁLVAREZ MARÍN. BECAS COLCULTURA. 1993.
12. VÍCTOR NIETO, HOMBRE DE CINE, SEMBLANZAS Y ARTÍCULOS. FESTICINE. EDIT. LEALON, MEDELLÍN; 1995.
13. CIEN AÑOS DE PELÍCULAS. 1895 - 1995 EL ESPECTADOR; 1995.
14. LA OTRA HISTORIA DEL TEATRO HEREDIA. SARA MARCELA BOZZI ANDERSON. JAIME DÍAZ QUINTERO. UNICARTAGENA; 1995.
15. EL CINE EN CARTAGENA. ALBERTO SAMUDIO DE LA OSSA. ARTÍCULO EN "EL UNIVERSAL"; CARTAGENA.
16. TEATRO HEREDIA, PATRIMONIO ARQUITECTÓNICO. INVÍAS; 1997.
17. ARCHIVO CÁMARA DE COMERCIO DE CARTAGENA.

CONVERSACIONES PERSONALES CON:

FLORO SÁNCHEZ VILLA, ELSA LLAMAS DE SÁNCHEZ, ALBERTO SAMUDIO DE LA OSSA, VÍCTOR NIETO NÚÑEZ, RAFAEL FRANCO CARRASQUILLA (TONY PORTO), MARIO RAMOS HENAO, JOSÉ IGNACIO MORALES RODRÍGUEZ, JAIME VÉLEZ PIÑERES, FULGENCIO LEQUERICA MARTÍNEZ, MELANIO PORTO ARIZA, JORGE BENEDETTI GONZÁLEZ, ANA MARÍA VÉLEZ DE TRUJILLO, RAMÓN BALLESTAS PUELLO, RAFAEL GARCÍA GÓMEZ, MARCIAL CALVO PARDO, PEDRO MACIÁ HERNÁNDEZ, GUIDO BENEDETTI IBARRA, HUMBERTO BOZZI FORTICH, CARLOS URIBE TORRES, ÁLVARO LLAMAS CAMARGO, PABLO DURANGO ESPINOSA, AUGUSTO DE POMBO PAREJA, ÁLVARO SALGADO GONZÁLEZ, ALFONSO MARTÍNEZ EMILIANI, ALBERTO SAMUDIO TRALLERO Y DEANY NIEVES MÁRMOL.

CAPÍTULO III

CARTAGENA, ANTES Y DESPUÉS DE LOS TIEMPOS DEL HIELO.

PRELUDIO.

Quienes tuvimos la fortuna de nacer cuando ya se fabricaba el hielo en Cartagena, no alcanzamos a imaginarnos cómo era la vida en estas tórridas tierras sin tanpreciado elemento. Sin el hielo en este trópico canicular, nuestra existencia sería nada placentera, especialmente en las épocas en que el calor es tan espeso que casi se puede ver, tocar o cortar con una navaja. ¡Santo Dios, qué tal un guayabo sin el hielo! Es axiomático que lo más barato de una fiesta es el hielo, y es lo primero que se acaba, y fiesta donde se termina el hielo es fiesta que concluye.

Pensar que el hielo apareció en nuestra urbe sólo en 1892, y como artículo de consumo popular en el tercer y cuarto decenios del siglo XX, es decir, recientemente.

Nos cuenta Daniel Lemaitre en uno de sus "Corralitos de Piedra" que antes de fundarse la primera planta de hielo en Cartagena en 1892 por el súbdito inglés R.C Walters, existían en la ciudad unos pocos aparatos "Carre" capaces de producir dos kilos de hielo después de varias horas de laborío. Esas especies de antecesores de las actuales neveras con dispensadores de hielo las había en casas de Nicolás de Zúbiría, Enrique Román, Bartolomé Martínez y en la de Lemaitre. Y pare de contar.

El proceso de fabricación nos lo relata el mismo autor con su gracia y sabrosura de siempre: "El pesado botellón de hierro cargado de amoníaco se colocaba en la hornilla y luego por medio de una garrucha se levantaba y se sumergía en enorme pipa de agua".

"Los millones de gusarapos que allí se criaban tomaban alas por la noche y salían a dar serenatas acribillando con sus agujijones a los infelices moradores de la casa".

"Para colmo, casi siempre había algún enfermo grave en la ciudad para quien sacrificar tan mísera producción".

LA VIDA SIN EL HIELO.

Antes del hielo, como es apenas natural suponer, el agua y los "refrescos" se tomaban al clima. Pero nuestros ancestros se las ingeniaban para combatir los rigores del calor y hacer menos tibias las bebidas. Era así como, por ejemplo, dejaban en los balcones por las noches ollas o tazas de barro con agua u otro líquido para que se "serenaran", o sea, para que el frescor de la noche y el sereno de la madrugada, con las gotas de rocío, refrigeraran su contenido, como en efecto ocurría. Dice Lemaitre que algunos le echaban una bolsita de linaza para desenguayabar.

Pero el primer utensilio que prestó una variedad de servicios refrescantes, antes del hielo, fue la bienaventurada tinaja. No había casa, de rico o de pobre, donde no hubiera una tinaja. Esa vasija de barro cocido, más ancha en el medio que por su base y boca, puesta sobre un pie o un aro o empotrada en el suelo, generalmente con tapa de madera, fue nuestra primera "nevera" y, gracias a ella, la ausencia del hielo se hizo menos insoportable.

Además de mantener fresca el agua para el consumo humano a través de un mecanismo de evaporación, junto a ella reposaban las frutas para que se conservaran también frescas y en buen estado. El agua se servía con un jarro de peltre u hojalata de mango largo, colocado siempre a su lado.

El problema de la tinaja se presentaba cuando, por algún descuido, se dejaba un rato destapada y los insectos, sobre todo los mosquitos, la convertían en habitáculo de sus huevos. Para controlar la pureza de su contenido, las autoridades sanitarias de aquella época efectuaban visitas periódicas a las casas y el acucioso inspector, con su peculiar uniforme, alumbraba con su linterna en el interior para inspeccionarlo. Si veía gusarapos o cualquier otro bicho raro, hacía derramar el agua. Por cierto, se sabía cuando una casa era objeto de esa clase de inspección, porque el funcionario dejaba en la puerta una banderita de color amarillo, como señal de su presencia.

Con la tinaja apareció un mueble indispensable: el tinajero. Generalmente de madera, en él se colocaban la tinaja, el jarro de servir, los vasos, las frutas, etc. Se ubicaba en un lugar de la casa fresco y sin mucha luz solar y su calidad dependía de los recursos económicos de su dueño.

Cómo sería de importante y significativo el tinajero, que Miguel Sebastián Guerrero, para inaugurar uno en su finca "Mallorca", hizo una gran fiesta dominical, como a él le gustaba, y echó la casa por la ventana, según nos lo relata Lemaitre.

A los métodos anteriores de sustitución del hielo, se añade que nuestros abuelos procuraban preparar sus bebidas con frutas o granos naturalmente frescos. La patilla, la piña y el melón, jugosos y refrescantes, eran fuente de apetitosos sorbetes. La chicha de arroz se convirtió a fines del siglo XIX y principios del XX en la bebida popular que se expendía embotellada en tiendas y ventorrillos. Lo mismo ocurría con la chicha de maíz.

Algunos veraneantes aprovechaban sus visitas a Turbaco, que por su altura goza de un clima menos cálido, para saborear refrescos "helados".

Y así, poniendo a funcionar su imaginación, nuestros coterráneos de antes de los tiempos del hielo se inventaban truchitos para amainar los azotes del clima abrasador.

Y APARECIÓ EL HIELO.

Gracias a Dios, a fines del siglo XIX, en 1892, se fundó en Cartagena la primera fábrica de hielo con carácter comercial por el señor R.C. Walters, lo que mejoró muchísimo las costumbres refrescantes de los cartageneros. Leamos lo que sobre ese acontecimiento nos cuenta Daniel Lemaitre: "Con la fábrica de hielo Walters llegó una época mejor. Don Carlos Román estableció una fabriquitita de limonada gaseosa en el Cabrero y el señor Fernando Porras lanzó los "helados a la Minuta" a diez centavos. Estos no eran otra cosa que el legítimo "raspado". La materia prima eran los bloques de hielo para el menudeo, cuya agencia tenía en su tienda esquina del portal de los Escribanos. Luego comenzó la venta del helado de leche por las calles. Los vendedores cargaban la propia máquina, así como un vasito de los de Vino de Quina Laroche, medida standard de cinco centavos".

"El Polo Norte, fundado por don Amaranto Jaspe, hizo su aparición en la Casa de la Isla, después un señor Succari montó la primera heladería de la ciudad con deliciosos helados de paila en la esquina de la Casa Blanca".

"El hielo fue entrando en todos los hogares, salvo en el de una vecina mía, señora muy gruesa y apoltronada, lectora constante del Año Cristiano. Sus sentencias contra el hielo eran fulminantes. Eso tenía que ser muy malo. Daba calambres y no quedaría un estómago sano".

La libra de hielo Walters costaba cinco centavos y su consumo se extendió a lo que era la ciudad en ese entonces: El Centro, San Diego, Getsemaní, Pie del Cerro, Pie de la Popa, Manga, Torices y el Cabrero.

Como no podía faltar el episodio "macondiano" en esta historia, resulta que un capitán de apellido Castillejo puso una pequeña fábrica de hielo, que vendía a tres centavos la libra, para competir con la del señor Walters. Pero, para desgracia del osado comerciante y desilusión de sus clientes, ocurrió lo inesperado: el hielo se pudría, ¡ójigase bien!, se pudría, tomando "un fuerte olor a tripajo de pescado", que la gente atribuyó a las aguas de Soplaviento, donde se fabricaba.

Más tarde aparece la empresa "Hielo la Popa", de "Lequerica, Espriella y Cia.", que operó en el Camino Arriba del Pie de la Popa hasta hace pocos años. Ese fue el hielo que conocimos quienes nacimos de la segunda mitad del decenio de los treinta de la pasada centuria hacia acá.

¿Quién no recuerda con nostalgia las carretas tiradas por mulos distribuyendo diariamente hielo por toda la ciudad? El carretero vendedor tenía su clientela fija y hacía siempre las mismas paradas para entregar su gélida mercancía. Eran admirables la habilidad con que manejaba el punzón para dividir los bloques de hielo en porciones menores exactamente iguales; la firmeza en el manipuleo del gancho para moverlos y sus manos, siempre sobre el hielo, tenían alguna misteriosa propiedad térmica que impedía que se le congelaran.

Esta empresa propietaria de "Hielo Popa", cuyos socios por parte de la firma "Lequerica Hermanos" eran, en el año 1933, Antonio Lequerica, Manuel Lequerica, Roberto Lequerica y Enrique Mathieu, constituyó en 1919 otra sociedad con el señor Jorge M. Borge, padre de Miguel y Fidel Borge Escobar, que se denominó "Industrias Unidas de Arenal" (Inundar), que producía hielo en la mencionada población para distribuir en la región, además de leche y cremas para mantequilla. "Inundar" era, también, propietaria del salón de cine de Arenal y de la empresa de alumbrado eléctrico que suministraba fluido a la indicada localidad y a su vecina Soplaviento por medio de unas torres importadas de Alemania.

Los bloques de hielo que adquirían en las casas eran introducidos, enteros o fraccionados, en unos tanques de fabricación artesanal, junto con el agua para el consumo, que la llave del tanque dispensaba más helada que las cervezas de la "Mona" Corredor.

Tiempos después, en 1970, los hermanos Isaac y José Schuster, asociados con Roberto Duncan, instalaron a la entrada del barrio de La Esperanza, frente a la avenida Pedro de Heredia, la fábrica de hielo "Imperial", que existió hasta el año 1985. Allí se vendían grandes bloques de 300 libras y se surtía a los barcos anclados en nuestro puerto y a los camiones que transportaban pescado. No hubo "bebedor" en Cartagena que no se arrimara alguna vez a proveerse de hielo en ese lugar.

El hielo en bloques fue, poco a poco, sustituido por los cubitos de hielo en bolsa, siendo Alberto Méndez Martínez su primer productor en la ciudad, por allá en 1975, cuando apareció el "Hielo Quemada", cuyas bonitas bolsas plásticas eran fabricadas en Barranquilla, porque aquí aún no se hacían, y tenían impresas un logotipo diseñado por Miguel Sebastián Guerrero.

Sin duda, la ciudad se transformó con el advenimiento del hielo y comenzaron a funcionar refresquerías y heladerías que en su tiempo fueron muy famosas, y lo serían mucho más hoy, si existieran.

HELADOS Y HELADERÍAS.

Alberto H. Lemaitre (Mr. Tollo), nos informa en sus "Estampas de Cartagena de Ayer" que aquí tuvimos "la más grande, lujosa y confortable heladería del país", la "Heladería Ritz", fundada por los hermanos Luis Carlos y Justo De la Espriella, que funcionó en la calle de las Ventanas de Hierro, hoy Vélez Daníes, en el inmueble donde está la Notaría Segunda.

Cuenta "Mr. Tollo", a quienes no la conocimos, que era tal el lujo de ese establecimiento, que el traje, el delantal y la cofia de las camareras eran de puro lino escocés. Las zapatillas que usaban eran traídas de Suiza y tenían una hebilla donde brillaba la palabra "Ritz" en alto relieve. Y se cambiaban los guantes blancos varias veces al día.

Sus propietarios trajeron una orquesta de filipinos que tocaba desde las doce meridiano hasta las dos de la tarde, y luego de seis de la tarde hasta las doce de la noche, cuyo director era el maestro Teófilo Tipón, quien se casó con

cartagenera y se quedó viviendo en este solar. Después lo vi trabajar en otras orquestas, una de ellas la de "Emisora Fuentes"

La "Heladería Ritz" tenía dos heladeros: uno italiano, que preparaba las llamadas "Casatas" y otro, costarricense, que hacía los helados "Tres Reyes", que eran tres bolas, una de vainilla, otra de fresa y la última de chocolate, que al final rociaba con un poco de "Kola Román". ¡Debieron ser deliciosos!

La vajilla, también importada, estaba marcada con el nombre del lugar, lo mismo que las servilletas, hechas también en Suiza. Los domingos presentaban una función de títeres para los niños en un saloncito especial que tenía toboganes y animales plásticos para montar.

Cuenta "Mr. Tollo" que una noche del año de 1930 un joven de unos 15 años se subió a una silla de la heladería y cantó con una voz que llamó la atención de los presentes. Era nada menos que Carlos Julio Ramírez, después famoso barítono colombiano.

Nos enteramos la misma fuente bibliográfica que en el año de 1920 un señor de apellido Villa instaló un kiosko grande en el Camellón de los Mártires, mirando hacia la Boca del Puente, donde vendía un helado llamado "Helado Japonés" que inauguró con banda de músicos y desfile de carritos de tracción humana, con payaso y todo, sin saberse por qué escogió tan raro nombre para su producto criollo.

¿Y qué decir de la "Heladería Americana"? Ubicada en la calle del Arzobispado, en los bajos de la casa que fue morada de los hermanos Piñeres. Su famoso "Frosomalt" no ha sido ni será jamás igualado. Aún recuerdo sus mesas de hierro y mármol; sus pitilleras en cada una de ellas; su variedad de helados, hechos con materiales importados que saciaban con placer las ansias gustativas del más exigente de los golosos. Y servían el agua helada más sabrosa del mundo.

Fundada en 1944 por Carlos Benedetti Marrugo y sus hijos Humberto y Carlos Benedetti Martelo, abuelo, padre y tío de Humberto Benedetti Lecompte, fue transferida en 1950 a Ramón Pareja y administrada en una época por el "Chito" Pareja.

Allí tocaba los domingos, de doce meridiano a tres de la tarde, la orquesta "A Nº1", que contaba entre sus músicos al gran Lucho Bermúdez. ¡Ah tiempos aquellos!

¿Y los helados de "El Polito"? Manjares de dioses que ofrecían en un modesto local al lado del "Teatro Rialto", en la calle Larga. Sólo los cartageneros que vivimos entre los años cuarenta y cincuenta del siglo XX tuvimos el privilegio de degustar los helados de don Andrés López, que era el nombre del dueño del negocio, quien antes había sido propietario de "El Polo Norte", de ahí el nombre de éste. Todavía no han podido hacer en Cartagena unos helados de frutas iguales a los de "El Polito", a pesar de toda la tecnología y adelantos del presente.

También vale recordar los policromados y elegantes "Popsicles", que fabricó y distribuyó, primero Humberto Benedetti Martelo en 1947, y luego, Rafael Pinzón Riveros en 1952, ofrecidos en carritos de estilo gringo, cuyas agudas campanitas sonaban tan frescas como los mismos "Popsicles". Fueron una novedad en Cartagena y un signo de progreso.

Nunca olvidaré que, siendo aún infante, me hice acreedor a un premio en la página infantil del "Diario de la Costa" por unos dibujos que envié. El premio consistió en dos bolsas de variados "Popsicles". Con la alegría y la ingenuidad de la edad, acudí un medio día de sol candente a la fábrica que estaba situada en la calle de las Damas, en donde me entregaron las dos bolsas de helados. Salí caminando presuroso para mi casa, que quedaba en el Pie del Cerro, con mi tesoro de frías golosinas, a darme mi banquete. Cuando llegué y abrí las bolsas sufrí tremenda desilusión: los "Popsicles" habían desaparecido. Estaban deshechos totalmente por el calor. ¡Qué crueldad! Creo que me emberrenchiné un rato y ese epílogo de mi premiación se fijó para siempre en mi memoria.

Don Rafael Pinzón Riveros y su esposa tuvieron, también, una fábrica de helados llamada "La Estrella Polar", donde se producían unos de ciruela pasa y de caramelo, tan sabrosos y finos que Avianca los incluyó en el menú de los vuelos de sus aviones "Constellation". La única camioneta refrigerada que había en la ciudad en 1954, era la del señor Pinzón Riveros. Cómo serían sus helados de apetecidos, que se decía, a manera de gracejo entre los amigos de la familia, que no se sabía si los enamorados de sus cuatro hermosas hijas, María del Socorro, Cecilia, María Eugenia y Rosario (entre ellos el "Tifo" Pombo), iban de visita a la casa de las Pinzón por ellas o por los helados.

La muerte o ausencia de sus dueños y los vientos de la modernización acabaron con estos establecimientos y con otros similares que operaban en la ciudad, como la "Heladería Arco Iris", fundada en 1954 por doña Aura Martínez de Méndez y su hijo Alberto, que funcionó, inicialmente, en el parquecito de Manga; luego se trasladó en 1960 a la calle del Tablón, frente a la casa donde nació el

"Tuerto" López; y, finalmente, se instaló hasta 1968 en La Matuna, en el local donde estuvo Avianca, al lado del legendario "Pargo Rojo", también creado por la capacidad emprendedora de Alberto, asociada a la de "Billy" Gerds.

La "Heladería Cartagena", en el edificio del teatro de su mismo nombre que, en principio, fue una verdadera heladería, ubicada a la izquierda, entrando, y luego, se transformó en famosa cervecería - bailadero, en el ala derecha, al fondo. Y la "Heladería Madrid", de españoles, en la calle del Tablón, la última de las viejas heladerías que nos acompañaron, que debió cerrarse definitivamente en los años 69 ó 70 pasados.

La desaparición de todas ellas nos privó de unos refugios de frescura, donde la tertulia cordial iba acompañada de deliciosos helados, que aún, al recordarlos, le aguan la boca al más inapetente de los cartageneros.

FINAL.

Sin duda, el hielo nos redimió de los ardores de la tierra y cambió la vida y costumbres cotidianas de esta incomparable villa.

Fue el hielo "el gran invento de nuestro tiempo", como le llamó José Arcadio Buendía la tarde en que llevó a sus hijos a conocerlo, y lo habría de recordar, años después, uno de ellos, el coronel Aureliano Buendía, cuando se encontraba frente al pelotón de fusilamiento.

FUENTES CONSULTADAS.

1. "ALBUM DE CARTAGENA DE INDIAS" 20 DE ENERO DE 1533 -20 DE ENERO DE 1933.
2. "CARTAGENA INDEPENDIENTE". TRADICIÓN Y DESARROLLO. DONALDO BOSSA HERAZO. TERCER MUNDO;1967
3. "CIEN AÑOS DE SOLEDAD". G. GARCÍA MÁRQUEZ. EDITORIAL SURAMERICANA; 1970
4. "NOMENCLATOR CARTAGENERO". DONALDO BOSSA- BANCO DE LA REPÚBLICA ; 1981
5. "POESÍA Y CORRALITOS DE PIEDRA". DANIEL LEMAITRE. COFINORTE; 19836.

"ESTAMPAS DE CARTAGENA DE AYER". ALBERTO H. LEMAITRE (MR. TOLLO). ESPITIA IMPRESORES;

CHARLAS PERSONALES CON: MARÍA DEL SOCORRO PINZÓN, FIDEL BORGE ESCOBAR, HUMBERTO BENEDETTI LECOMPTE, ALBERTO MÉNDEZ MARTÍNEZ E ISAAC SCHUSTER SMITH.

CAPÍTULO IV

MEDIA LUNA Y CALLE LARGA, LAS RUTAS DEL COMERCIO

(I) EL BARRIO

LLEGANDO POR LOS CIELOS.

Si Rodrigo de Bastidas, el ex notario sevillano venido a navegante y descubridor, al arribar por primera vez en 1501 a las aguas de la bahía de Cartagena lo hubiera hecho por el aire y no por el mar, habría contemplado desde arriba - como nosotros hoy por la ventanilla del avión - una faja de tierra moderadamente semicircular que es la isla de Barú. Un poco adelante, hacia la izquierda, la isla de Carex, Codego o Tierrabomba. A la derecha, otro accidente geográfico semejante que forma la isla de Manzanillo. Y al final, algo al noroeste, ligeramente separadas, las islas de Manga, Getsemaní y la extensa ínsula baja y arenosa que va desde la Punta del Judío, en Castillogrande, hasta la Boquilla, en cuya parte central, protegida de las arremetidas del mar, estuvo la aldea de indios llamada Calamarí, donde don Pedro de Heredia fundó el 1 de junio de 1533 a Cartagena de Indias, 32 años después de la fugaz visita de Bastidas.

De haber llegado por los cielos, ese osado explorador habría tenido como vista panorámica un archipiélago formado por seis islas mayores de una topografía irregular, escoltadas por un rosario de islotes, que abrigan una hermosa bahía interior, cuyas aguas debían ser en aquellos tiempos tan claras como espejos nuevos.

En la menos extensa de esas islas, bautizada como Getsemaní por su segundo dueño, el deán de la catedral y uno de los primeros músicos que pisó nuestro suelo, Juan Pérez de Materano, se encuentran dos de las más conocidas, transitadas y bulliciosas calles de Cartagena: la Media Luna y la Calle Larga, escenarios de tantas historias y añosos testigos del diario acontecer cartagenero.

EL ARRABAL INCOMPRENDIDO.

Con Getsemaní no hemos sido lo suficientemente justos. Al contrario, parece que el deterioro urbano que lo menoscabó en años recientes contribuyó a alterar su memorable pasado, a pesar del plausible esfuerzo de instituciones cívicas y buenos vecinos del lugar por rescatar su verdadera identidad.

Veamos:

Para comenzar, desde los tiempos fundacionales de Cartagena se le llamó con propiedad castellana "el arrabal", por estar ubicado fuera del recinto de la ciudad. Tan castiza denominación se trocó en agravio, al asociarla con la acepción peyorativa de "arrabalero", que es una persona que en su vestir, actuar y hablar da muestras de mala educación y desajuste social, protagonista de tangos y boleros bohemios y figura estelar de filmes mexicanos y argentinos de las décadas de los años cuarenta y cincuenta del pasado siglo.

También ha creído el común de la gente que Getsemaní fue desde la Colonia sede residencial de gran parte de la población esclava africana, por lo que se le tiene como centro de sus ritos, zafarranchos y lujurias.

Y, para colmo de males, al albergar al viejo mercado público, se le miró como un suburbio de "mala muerte", receptáculo de toda la pobrecía que merodea las plazas de mercado.

Y así por el estilo.

Pero nada de lo anterior ha sido del todo cierto.

SUS DUEÑOS.

Según primitivos planos de Cartagena, la isla de Getsemaní, llamada en principio isla de San Francisco, estaba separada de la ciudad por el caño de la Matuna o de San Anastasio, que corría por lo que hoy es la avenida Venezuela, desde la laguna de Chambacú hasta la bahía de las Ánimas.

Su primer dueño fue el contador de la Real Hacienda, Rodrigo Durán, compañero y amigo de don Pedro de Heredia, a quien se le adjudicó por merced del cabildo, en compensación por su ayuda personal y financiera para la fundación de Cartagena. Muerto éste, su viuda, doña Beatriz de Cogollo, se

la vendió al dean Juan Pérez de Materano, conocido históricamente como el deán Materano, quien la rebautizó con el nombre de Getsemaní, en recuerdo de la aldea cercana a Jerusalén, donde queda el Huerto de los Olivos, lugar de oración de Jesucristo antes de la pasión.

El avcindamiento del deán Materano en Cartagena es, por demás, curioso. Cuenta Donaldo Bossa Herazo en su "Nomenclátor", que este clérigo - cuyo verdadero apellido, según Bossa, es Maturana, de origen vasco - hizo escala aquí en 1537, de paso hacia la catedral de Mérida, en Yucatán, entonces Nueva España, procedente de Veragua, Panamá, donde había sido párroco.

Como además de sacerdote Materano era músico, iba designado chantre de aquella catedral, cargo que equivale a director del coro. El Cabildo Eclesiástico local le rogó que se quedara en Cartagena mientras la diócesis se proveía de suficientes ministros. Materano, o Maturana, se amañó tanto en este solar, como casi todos los que nos visitan, y terminó siendo tesorero, canónigo y deán de la catedral y vicario capitular, además de pionero del negocio inmobiliario, una de cuyas propiedades fue la isla de San Francisco, que él llamó Getsemaní.

Empero, según el cronista Juan de Castellanos, citado por el sociólogo Jairo Solano Alonso en su magistral libro "Salud, Cultura y Sociedad en Cartagena de Indias, Siglo XVI y XVII", el deán Materano hizo parte de la hueste de don Pedro de Heredia cuando recaló por primera vez en nuestra bahía, lo que nos lleva a inferir que, recién fundada Cartagena, fue trasladado a Veraguas, en Panamá, desde donde retornó, "de paso", en 1537, para quedarse aquí definitivamente.

Descolló también Materano como músico, actividad sobre la cual escribió dos obras: "Canto de Órgano" y "Canto Llano", que debieron ser los catecismos musicales de los tiempos coloniales. Es necesario señalar que con él vino otro músico, un tal Jusquin, menos conocido, con quien seguramente conformó el primer dúo musical de origen hispano en la naciente urbe.

Aquí murió en 1561, después de 24 años de productiva estancia.

SUS PRIMEROS POBLADORES.

Sobre sus primeros pobladores nos dicen lo siguiente Rosa A. Díaz de Paniagua y Raúl Paniagua Bedoya en su bien documentada obra "Getsemaní, Historia, Patrimonio y Bienestar en Cartagena".

"Después de establecidos los españoles, ya en el período colonial (segunda mitad del siglo XVI), se dedicaron al saqueo en busca de oro, lo que atrajo rápidamente muchos inmigrantes de diferentes latitudes, gente de escasos recursos que se ubicaron en las afueras de la ciudad hispana: turcos, portugueses, islámicos, italianos, etc, seguramente en el antiguo caserío indígena considerado como un lugar externo a la ciudad española y que empezaba a conocerse como el arrabal".

De manera que la isla fue asiento de una inmigración variada que en ella se radicó al lado de sus nativos usufructuarios, a prudente distancia de la población hispana y en cercanías a la bahía, centro de sus quehaceres náuticos.

Para los mismos autores, la versión según la cual Getsemaní fue hogar de la clase esclava negra está contradicha por la legislación vigente para la época. En efecto, conforme a una disposición dictada en el Perú en 1551, refrendada y aplicada en Cartagena, los esclavos debían residir en la misma casa de sus amos y les estaba prohibido vivir en lugar diferente, bajo pena de azote y quema del bohío. Esto descarta la supuesta afluencia masiva de esclavos negros hacia Getsemaní, dado que la élite esclavista residía en la urbe española y no en el arrabal.

LA ISLA SE UNE A LA CIUDAD.

Getsemaní se unió al núcleo original de Cartagena por "una puente massissa con dos ojos la cual era tan necesaria como el pan que acá se come", según carta del deán Materano al Rey. La construcción de dicho puente sobre el caño de la Matuna, o de San Anastasio, frente a la puerta de entrada a la ciudad (de ahí que los cartageneros natos llamemos a ese sitio "Boca del Puente") se inició en 1539 por iniciativa del licenciado Santa Cruz, gobernador y juez de residencia, y fue terminada por el regidor Alonso de Montalbán un poco antes de 1554, tomando el nombre de "puente de San Francisco", por el de la isla y el convento que en ella se construía.

Según los historiógrafos de ese período, ésta se constituyó en la primera obra de utilidad pública levantada en la joven villa, que acabó con el aislamiento de la urbe primitiva y sirvió como su punto de entrada y salida "para la contratación de la tierra y para llevar y traer ganado al pasto della" (Materano al Rey de España).

Las primeras obras monumentales que se hicieron en Getsemaní fueron el convento de San Francisco en 1555, por los padres franciscanos. El cercano

matadero municipal, en parte de lo que hoy es el parque del Centenario. Y en 1603, el hospital para enfermos convalecientes y una capilla erigida al Espíritu Santo por los monjes de San Juan de Dios. De allí le viene el actual nombre a la calle del Espíritu Santo.

CHAMBACÚ Y EL POZO.

Un detalle histórico de este barrio, sucedido a fines del siglo XIX y comienzos del XX, que pocos cartageneros conocen, fue la división del mismo en dos zonas muy caracterizadas y tradicionalmente contrapuestas: Chambacú y el Pozo. Servía de frontera que separaba los dos sectores la calle de la Media Luna. De la Media Luna hacia la avenida Daniel Lemaitre era Chambacú, increíblemente conservador y de la Media Luna hacia la calle Larga era el Pozo, entusiastamente liberal. Esas definidas militancias partidistas de los vecinos de Getsemaní originaron inofensivas y jacarandosas rivalidades, como nos lo cuenta Donaldo Bossa en su ya citado "Nomenclátor".

"El enfrentamiento de Chambacú y el Pozo tuvo origen político; Chambacú era conservador y el Pozo liberal. Menos mal que la pugna no pasaba de emular sus habitantes en sus tradicionales fandangos de la Pascua de Navidad, con una que otra copla alusiva y a ratos perdidos unos cuantos descalabrados."

Entrados los primeros años de la centuria pasada, la gente fue dejando de llamar Chambacú a la parte más septentrional del barrio y esta denominación, que se había extendido a la isla cercana conocida con el nombre de Elba, se quedó en ella exclusivamente. De manera que la famosa y extinguida isla de Chambacú debe su nombre y su extraña simpatía "goda" a la proximidad al ex Chambacú del viejo Getsemaní.

SU GENTE

Los acuciosos investigadores que en los últimos años se han ocupado de los estudios históricos y socio-culturales de Getsemaní (Rosa A. Díaz de Paniagua, Raúl Paniagua Bedoya, Claudia Soler, Arelis Arteaga, Martha Guzmán, Alcira Méndez, Angélica Ospino, Xenia Mercado, Zulay Luna, Jorge Valdelamar Meza y Juan V. Gutiérrez, entre otros), han concluido, contra la opinión prevaleciente, que este sector colonial no fue siempre un barrio marginal, sino un vecindario constituido por personas de diversos estratos y etnias, como en

la ciudad principal; morada de una comunidad laboriosa dedicada al comercio, las artesanías, los deportes y la política y cuna de prestantes familias cartageneras. Además, de su seno surgieron varios de los adalides de nuestra independencia, como Pedro Romero y los aguerridos Lanceros que lo respaldaron.

DOS CALLES SIN NOMBRES

En un plano de Cartagena de 1597 aparecen ya trazadas en la isla de San Francisco dos calles sin nombres, que después serían la Media Luna y la Calle Larga, las dos primeras vías del arrabal, cruzadas por una senda, que hoy conforman las calles del Pozo, del Guerrero, San Andrés y Tripita y Media.

Esa es, pues, la antigüedad comprobada de estas dos calles de nuestra evocación, que acaban de cumplir 411 años de pública existencia.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

1. "EL NUEVO PUENTE HEREDIA" .Trabajo. FIDIAS ÁLVAREZ MARÍN.
2. "NOMENCLATOR CARTAGENERO" "CARTAGENA INDEPENDIENTE". DONALDO BOSSA HERAZO.
3. " GETSEMANÍ, HISTORIA, PATRIMONIO Y BIENESTAR SOCIAL EN CARTAGENA". ROSA DIAZ DE PANIAGUA Y RAÚL PANIAGUA BEDOYA
4. "CARTAGENA DE INDIAS, PUERTO Y PLAZA FUERTE". MARCO DORTA ENRIQUE
5. "HISTORIA GENERAL DE CARTAGENA" Tomo I. EDUARDO LEMAITRE
6. "CARTAGENA, SU PASADO, SU PRESENTE, SU PORVENIR". J. MONTOYA MÁRQUEZ
7. "PLAZAS Y CALLES DE CARTAGENA DE INDIAS". RAÚL PORTO DEL PORTILLO
8. "SALUD, CULTURA Y SOCIEDAD EN CARTAGENA DE INDIAS, SIGLO XVI Y XVII. JAIRO SOLANO ALONSO.
9. "GETSEMANÍ, ORALIDAD EN ATRIOS Y PRETILES, JORGE VALDELAMAR MEZA Y JUAN V. GUTIÉRREZ 2005.

(II) LA MEDIA LUNA

Sus orígenes - Nombre - Las primeras obras - Vecinos inmigrantes.

LA CALLE REAL.

La Media Luna fue, por su ubicación geográfica, el único camino real externo de comunicación con la ciudad por tierra firme. La imagino como un sendero polvoriento en verano y enlodado en invierno, transitado por caballos, mulas y asnos, cargados de provisiones para el consumo doméstico, tirados por sudorosos labriegos. Por él desfilaban, también, las reses destinadas al matadero público y al engorde en los huertos que había en las serrezuelas de San Diego. Sobre los orígenes de nuestra ganadería dice Eduardo Posada Carbó en su obra "El Caribe Colombiano", que las reses españolas traídas durante la Colonia evolucionaron en un proceso de selección natural, conformando una raza criolla conocida con el agravante nombre - digo yo - de "costeño con cuernos".

Con el pasar del tiempo, el suelo de esta senda debió apisonarse, convirtiéndose en la principal vía de entrada y salida a la aldea primigenia. Tiene, por lo tanto, la particularidad de haber sido la primera calle de Getsemaní.

Según los investigadores Paniagua - Díaz, "Los regatones o comerciantes de menudeo se colocaron a todo lo largo de la calle..., por donde entraba el bastimento de Tierradentro (Turbaco, Tolú, etc.) y su cercanía a la bahía le permitía el comercio lícito y de contrabando".

Tomó su nombre del baluarte y revellín de la Media Luna, construidos entre 1631 y 1633 sobre lo que es hoy el Paseo Heredia y terminados de demoler en 1893 por exigencias del desarrollo urbano. Puede suponerse el atrancón de carretas, carretillas, coches, etc., que se armaba a la "hora pico" en la puerta de la Media Luna. Con ese nombre se ha seguido conociendo y se conocerá por siempre, aún cuando el Concejo Municipal bautizó, con iluso patriotismo,

su primera cuadra (de la esquina de la calle de la Sierpe a la del Guerrero) con el nombre de "Ignacio Muñoz", el célebre "Tuerto" Muñoz de los episodios independentistas del 11 de noviembre de 1811, y la segunda cuadra, como "Nicolás Mauricio de Omaña", el cura Omaña, "llave" de Muñoz en ese importante acontecimiento.

Durante la Colonia se construyó en ella la hermosa ermita de San Roque (1652), vecina a lo que fue el hospital de convalecientes, y la llamada Obra Pía de la Caridad de Nuestro Señor Jesucristo, fundada donde después quedó el Colegio Biffi por la acaudalada matrona, doña María Barros Cabeza de Vaca, entre los años 1640 y 1650, y reconstruida y ampliada hasta la calle de La Magdalena en 1792 por el obispo fray José Díaz de Lamadrid.

La Obra Pía tuvo por objeto inicial la atención hospitalaria de mujeres y, posteriormente, se destinó como sala - cuna de niños expósitos que, en su mayoría, eran abandonados por sus madres en el torno que existía en la parte del edificio que da a la calle de La Magdalena, torno hecho inicialmente por las monjas para servir la "sopa boba" (comida que se da a los pobres en los conventos) y recibir los donativos del mundo exterior, dada su rigurosa clausura. Carlos IV, rey de España, dio en 1794 a estos niños expósitos la condición de hijos legítimos para todos los efectos civiles, por mediación del obispo Díaz de Lamadrid, lo que significó, sin duda, una determinación social avanzada para la época.

Enrique Marco Dorta dice en su "Cartagena de Indias, Puerto y Plaza Fuerte", que en dicha calle "estaban todas las casas de mampostería del barrio; las restantes eran modestas viviendas de bahareque y tablas".

Para Donaldo Bossa, desde la dominación española la calle de la Media Luna "era de las más típicas y bellas de Cartagena y en ella "tuvieron casas familias de pro". Su propio bisabuelo, don Tomás Cabeza de Vaca y Posada, nació en 1810 en la casa alta de la familia Cabeza de Vaca, que hace esquina con la calle de la Sierpe, que aún se conserva con sus largos balcones.

SUS POBLADORES LIBANESES, SIRIOS Y PALESTINOS.

A finales del siglo XIX y en los primeros decenios del XX, arribó al país una gran inmigración del Oriente Próximo, conformada especialmente por libaneses, sirios y unos pocos palestinos, casi todos cristianos que huían de la dominación turca. Según Posada Carbó en la obra citada, durante el período comprendido entre los años 1900 y 1930 llegaron a Colombia entre 5.000 y 10.000 inmigrantes de esas nacionalidades, muchos de los cuales se asentaron en las

ciudades y poblaciones de la Costa Atlántica, particularmente en Cartagena, Barranquilla, Santa Marta, Cereté, Montería, Lorica, Ciénaga, Aracataca, Ayapel, Fundación y Riohacha.

Como dato señaladamente interesante, registra el mismo autor que, de acuerdo a la "Breve Historia del Líbano", de H. Romano Marún, uno de los primeros libaneses que se radicó en Colombia fue el señor Bechara Marún en 1885.

Sin embargo, Amín Meluk, en una entrevista que se le hizo en Bogotá el 23 de enero de 1992, señalaba como la fecha de arribo de sus ascendientes directos el año 1882, pero no hay comprobación documental de ese hecho.

De los que se quedaron en Cartagena, un gran número se residenció en la calle de la Media Luna y sus alrededores. Con su espíritu emprendedor incursionaron exitosamente en el comercio y levantaron allí amplias mansiones que todavía podemos admirar, cuyo primer piso destinaban al respectivo establecimiento comercial y la parte alta para habitación.

Entre otros, se destacaron los Beetar (Simón, Felipe, Alfredo, Esteban y sus hermanas), propulsores de la industria del calzado y confección de camisas, actividades que prosiguieron algunos de sus descendientes, sobre todo Alejo, Juan y Rey. Según aviso aparecido en 1927 en una publicación de la época, la fábrica de calzado "Beetar Hermanos", anuncia que elabora calzado para hombres con máquinas modernas "movidas por energía eléctrica" y que usan en sus productos suelas corrientes de la afamada marca "Silk", suelas de caucho "Good Year" y suelas crep marca "Beetar".

Todavía se lee en la fachada del edificio que hace esquina con la calle del Guerrero, donde operó la fábrica de camisas "Febeco", la razón social "F. Beetar & Co.", y la fecha de su construcción: "1935". Y hasta hace poco abría sus puertas al público, algo reducido, el almacén de calzado, en la esquina con la calle de la Sierpe.

Don Simón Haydar y su esposa, doña Alicia Ordage, fueron padres de María, Francisco, Marco, Jaime, Dora y Beatriz, y cabezas de una familia de respetados profesionales de las ciencias médicas y jurídicas. Francisco, el conocido y apreciado "Pacho" Haydar, recientemente fallecido, fue un consagrado profesional de la medicina que ocupó durante 25 años el cargo de médico forense de esta localidad, al lado de su pulcro colega, el doctor Antonio Luis Baena Sayas. La ciudad elevó al doctor Haydar, con merecimientos, a la dignidad del patriciado. Marco, también fallecido, estudió Química y Farmacia en la Universidad Nacional y le cupo la distinción de haber sido el segundo

graduado de su facultad. Jaime, el abogado, desempeñó durante un largo y fructífero período la Fiscalía del Tribunal Superior de Cartagena. Beatriz se ha consagrado al ejercicio de su profesión médica.

El señor Salím Balán y su señora Chafica Namur, padres de Mariana y Sofía y abuelos de Luis Díaz Balán, el zar de los almacenes deportivos en Cartagena, comerció con artículos de fantasía y mercancía en general; tuvo un almacén en compañía de uno de los Beetar en la calle de las Carretas, que se llamó "Almacén el León", y fue propietario de la casa alta donde ha estado siempre la "Farmacia Blanca", en cuyo segundo piso residió con la familia. Allí funcionó, entre 1925 y 1927, el primer club sirio - libanés que hubo en Cartagena, al cual denominaron "Levante Unido", que luego se trasladó al Cabrero con el nombre de "Aldunia" y hoy es el Club Unión. En el primer piso vivió y tuvo un pequeño negocio la familia Betrus. De ella hacía parte Nayib Betrus, el único boxeador de origen sirio - libanés que hemos tenido.

En la esquina de la Media Luna con Guerrero, frente al edificio de los Beetar, se aprecia otro inmueble de dos pisos. En la parte alta de la fachada está la fecha de su construcción: "1929". Allí vivió su propietaria, doña Sofía Haydar, tía de los Haydar Ordage, casada con un señor del interior del país llamado Alberto Roa, quien tenía un negocio de fábrica, reparaciones y lavado de sombreros, especialmente de los llamados "Panamá", que eran de pita, con el ala recogida que se bajaba sobre los ojos, muy usados en esos tiempos. Los esposos Roa Haydar fijaron su domicilio en Bucaramanga, donde doña Sofía, después de enviudar, fue víctima de unos jóvenes criminales, que la asesinaron para robarle. En la planta baja de ese edificio estuvieron el almacén "La Cigarra", de Lola Raad y la "Foto Laboratorio", de Antonio y Juanita Díaz.

Inmediatamente después del anterior edificio, está el construido por Juan Mawad, que todavía conserva en la parte alta de su frontis el relieve de un árbol de cedro del Líbano. En el primer piso tuvo un negocio de confección y venta de calzado.

Otros inmigrantes notables fueron Salim y Jorge Malof, propietarios del almacén "Las Tres Estrellas", ubicado al lado del Colegio Biffi, hacia el parque del Centenario. En 1927 este establecimiento estuvo en la calle de las Carretas y era de propiedad de Miguel Malof.

Salim Warr, cuyo edificio, hecho en 1928, queda al lado del de los Balán, fue

adquirido después por Tita Borge Escobar. Salím Warr y su familia se trasladaron a los Estados Unidos y allá se quedaron.

También hay que recordar a Antonio y Juan Chediak, quienes tenían un almacén de venta de telas. Antonio era, ante todo, escritor y fue autor de una bien comentada obra sobre "El Origen de los Fenicios".

En la mitad de la segunda cuadra de la Media Luna existe aún un edificio de apartamentos y accesorias, que se llamó "Pasaje Murra". En un local de la planta baja tenía un almacén Victoria Murra, casada con Ariel Herazo, hermano del famoso beisbolista Ramón "Varita" Herazo. Lo peculiar era que Ariel, por su largo mostacho y su fisonomía, parecía más de ascendencia árabe que su esposa. Después fue agente de una compañía de seguros.

Don Nicolás Haiek, esposo de doña Mayito Haydar, padres de Nida, Yadira y Moraima, la primera de ellas sobresaliente profesora universitaria y ex decana de la Facultad de Trabajo Social de la Universidad de Cartagena.

Y don Antonio Yidios Succar, quien arribó a estas tierras muy joven en 1908 y se radicó en la plaza de la Trinidad, donde organizó un negocio de venta por sistema de clubes de géneros importados de Francia, alternado con la explotación de cuatro fincas sembradas de cocos que adquirió en Moñitos. En 1922 retornó al Líbano, y volvió a Cartagena en 1924, ya casado con doña Emilia Tari. Durante el viaje de regreso en el barco italiano "Bolonia" nació el primer hijo, Teófilo, sobre las aguas del Mediterráneo español. Se establecieron en la calle de la Magdalena y allí nacieron Miguel y Alfredo. Luego se mudaron en 1929 a la calle de la Media Luna, a una casa que era de propiedad del dentista doctor Tadeo Galindo, en la cuadra comprendida entre la ermita de San Roque y la Esquina de la Brisa, donde vino al mundo Emilio.

En 1930 se fueron para el Líbano la madre y sus cuatro hijos, como una avanzada para organizar la radicación de la familia en el país de sus orígenes, quedándose don Antonio un tiempo más en Cartagena. No se amañaron, y dos años después volvieron a esta ciudad, esta vez a la calle Larga, donde nacieron René, quien vive en Cali, Victoria, muerta en Barranquilla en un accidente de tránsito, y Antonio, el menor de la camada.

Hechos curiosos de la vida: cuando viajaron al Líbano, Emilio era un rozagante niño de brazos, acunado por su aya, una joven monteriana. Permaneció en ese país con ella y sus abuelos hasta los 17 años, edad en que retornó a su solar nativo. Por eso, a pesar de haber sido cartagenero nato, tenía en su hablar un marcado acento árabe. El aya monteriana se quedó en el Líbano para siempre,

integrada a sus costumbres, mientras él volvió al llamado de la tierra, más cartagenero que nunca.

OTROS VECINOS DEL LEVANTE.

En sectores afluentes de la Media Luna residieron otras conocidas familias de la misma lejana procedencia.

En la calle de San Andrés:

Don Abraham Hadra, comerciante hoy retirado, octogenario, pero quien conserva su memoria y su vitalidad. Casado con doña Tulia Sauda y cuyos hijos son Yanet, Yamile, Abraham e Ismael, joven abogado.

Don Demetrio Haydar y su señora doña Eduarda Sedán, también comerciantes y padres de los afamados Clemo y Roberto. Don Demetrio fue víctima de un lamentable y absurdo atentado criminal que cegó su vida en la plenitud de su capacidad productiva.

Don Jorge Haydar, hermano de Simón y Demetrio, casado con doña María Eufemia Leal, padres de Sofía, quien se unió en matrimonio con el acreditado hombre de negocios Nemesio Morad.

En la segunda planta del inmueble que hace esquina en la Media Luna con San Andrés residieron don Efraín Yaber y don José Barakat, éste último abuelo de José y Efraín Ramírez Barakat, destacados profesionales cartageneros.

Y un extraño personaje, el señor Salvador Dager, quien se dedicaba a la venta de tabaco en rama y vivía solitario, casi como un ermitaño. Ya anciano regresó a su lugar de nacimiento y allá murió.

En la calle de la Magdalena, don Moisés Nazzar, padre de Sumaya, quien casó con Ignacio Amador de la Peña, el nunca bien lamentado periodista y líder cívico Igapé. Y don Joaquín Farfur, padre de Hilda Farfur de Cruz.

En la calle del Guerrero, don Miguel Sedán, cónyuge de doña Anita Succar.

Y en la avenida Fernando Vélez Danés, frente al parque del Centenario:

Los Ambrad Domínguez, encabezados por don Antonio J. Ambrad y su señora Celina Domínguez, troncos de una larga familia cartagenera, cuya segunda generación la constituyeron sus hijos: José, comerciante; Salomón, médico, propietario de la "Farmacia Ambrad"; Nayib, médico; Alfonso, abogado; Roberto, médico; Antonio, médico creador de la "Clínica Ambrad"; Victoria, Edelmira y Yesmín.

Don David Bajaire, casado con doña Purificación Villa, dama barranquillera. Tuvieron doce hijos: Yamil, médico; Salin, comerciante; Dilia; Tufí, médico; Cleotilde; Regina; David, arquitecto; Hortensia; Rasched, comerciante; Lilí y Mary. Vivían al lado de los Ambrad. Tufí y David, que hoy residen en Ibagué, fueron dos de los más consagrados estudiantes que tuvo el colegio Fernández Baena.

Y vecinos de los anteriores, don Amín Lascar y su señora Victoria Ambrad, padres de Yamil Lascar Ambrad, muy conocido por la juventud de los años cincuenta de la centuria pasada, prematuramente fallecido en un accidente de tránsito.

COMO EL ARROZ CON COCO.

A pesar de que en un principio los inmigrantes sirio - libaneses y palestinos fueron vistos con cierta prevención por los estratos nativos, hasta el punto de llamarlos peyorativamente con el nombre genérico de "turcos", aquellos se fueron integrando espontáneamente a las diferentes capas sociales de la ciudad, en forma tal que hoy son tan cartageneros como el arroz con coco.

Así lo consigna Donaldo Bossa en su "Cartagena Independiente", cuando expresa que "aparte de haberse connaturalizado con el medio ambiente y sus costumbres como ninguna otra emigración, están hoy tan firmemente arraigados acá, que sin ellos y sin su influencia económica no sería posible referirse a nuestra historia contemporánea..."

Una muestra de ese fenómeno se observa al examinar la lista de socios del Club Cartagena en diferentes épocas de su existencia: en 1891, al fundarse por segunda vez, no había ninguno que llevara apellido sirio - libanés o palestino. En 1958, aparecen cuatro: Dager, Farah, Rumié y Zurek. Y ya 1997 hay más de cincuenta socios con apellidos de esos orígenes, los cuales se han multiplicado considerablemente.

Lo mismo puede apreciarse al mirar los nombres de las personas que han accedido a los más prominentes cargos públicos seccionales: a partir de 1970, con la llegada de Enrique Zurek Meza a la alcaldía de Cartagena, comienzan a figurar gobernadores y alcaldes de ancestro sirio - libanés, gracias al liderazgo político, económico o social que han ejercido en la comunidad. El médico Marun Gossain Jatin ocupó en dos ocasiones la gobernación de Bolívar con señalado acierto; y Roberto Gedeón Ghisays la alcaldía de Cartagena y la

gobernación del departamento, hechos de por sí elocuentes. El ex gobernador Miguel Raad Hernández y el tres veces alcalde, Nicolás Curi Vergara, son importantes descendientes de aquellos laboriosos inmigrantes, que partieron a sembrar sus semillas allende los mares y pruebas fehacientes de esa integración.

DE LA INDIA Y ESPAÑA.

La calle de la Media Luna no sólo fue sitio acogedor de una larga colonia sirio - libanesa y palestina, sino que cobijó, con el mismo afecto, a personas provenientes de otros confines.

En ella residió por muchos años el señor Abel Sattar Mondul, de nacionalidad india, o hindú como generalmente se les conoce, y su señora esposa doña Colombia Díaz de Mondul, quienes tenían un negocio en la primera planta de su casa, ubicada casi frente a la "Farmacia San Roque", llamado "Bazar Bolívar". El señor Mondul nunca abjuró de su religión islámica; oraba devotamente cuatro veces diarias mirando hacia La Meca y hacía ayunos durante 30 días. El matrimonio Mondul - Díaz tuvo siete hijos: Héctor, Gualberto, Humberto, Abdul, Alcira, casada con el conocido fotógrafo Gilberto Delgado Iglesias; Mery, esposa de Eduardo Elías; y Vilma, cónyuge del médico Humberto de la Vega Muñoz.

Y frente al Colegio Biffi, el súbdito español don Manuel Espiñeira Bugarín, natural de Vigo, en la Coruña. Tuvo una mueblería con el nombre de "Bazar El Sol", en sociedad con su connacional, señor Carlos Sánchez Dávila. Casó con la señora Mercedes Yáñez y, después, fueron dueños del "Hotel España", en el barrio de Crespo, hospedería que aún sigue tan campante como el sabroso viejo Parr. El señor Espiñeira tenía como destino inicial la ciudad de Buenos Aires, a donde viajaba en compañía de su paisano Adriano Molares Otero, padre de Jaime, Ramón y Eugenio, fundadores de "Molares Hermanos", los del "Jabón Iberia". Hicieron escala en Cartagena y, como tantos otros, aquí se enamoraron, matrimoniaron y quedaron, dejando numerosa descendencia.

Junto a esta importante población multiétnica vivieron o laboraron en esa calle prestantes familias, instituciones o personajes cartageneros, que permanecieron en ella hasta finales del decenio último de los cincuenta del siglo XX, cuando el deterioro físico y social del sector les impuso la necesidad de trasladarse a otros lugares.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA.

1. "BOLETÍN HISTORIAL Nº 59. ACADEMIA DE LA HISTORIA DE CARTAGENA
2. " EL NUEVO PUENTE HEREDIA ", Trabajo. FIDIAS ÁLVAREZ MARÍN
3. DOCUMENTOS NOTARIALES. ARCHIVO HISTÓRICO DE CARTAGENA
4. "SECRETOS DE LA HISTORIA DE CARTAGENA". ROBERTO ARRÁZOLA
5. "NOMENCLATOR CARTAGENERO", "CARTAGENA INDEPENDIENTE". DONALDO BOSSA HERAZO
6. "LAS MURALLAS - SU ITINERARIO HISTÓRICO". JOSÉ G. BUSTILLO PEREIRA
7. INFORMES ANUALES 1958, 1976 Y 1997. CLUB CARTAGENA
8. "GETSEMANÍ, HISTORIA, PATRIMONIO Y BIENESTAR SOCIAL EN CARTAGENA". ROSA DÍAZ DE PANIAGUA Y RAÚL PANIAGUA BEDOYA
9. "CARTAGENA DE INDIAS, PUERTO Y PLAZA FUERTE". ENRIQUE MARCO DORTA
10. "SIRIO - LIBANESES EN EL CHOCÓ, CIEN AÑOS DE PRESENCIA ECONÓMICA Y CULTURAL".
LUIS FERNANDO GONZÁLEZ ESCOBAR
11. "HISTORIA GENERAL DE CARTAGENA", TOMO I.: EDUARDO LEMAITRE
12. "CARTAGENA, SU PASADO, SU PRESENTE, SU PORVENIR". J. MONTOYA MÁRQUEZ
13. "PLAZAS Y CALLES DE CARTAGENA". RAÚL PORTO DEL PORTILLO
14. "EL CARIBE COLOMBIANO". EDUARDO POSADA CARBÓ

FUENTES PERSONALES CONSULTADAS

ROBERTO AMBRAD DOMÍNGUEZ , YAMIL BAJAIRE VILLA , HERNANDO BARRIOS VIVES, LINO BETANCOURT VILLADIEGO , LUIS BUSTAMANTE DEL VALLE , EDUARDO CASTILLA PÁJARO , HUMBERTO DE LA VEGA MUÑOZ, LUIS DÍAZ BALAN, ORLANDO ESPIÑEIRA YANES , YANET HADRA SAUDA , FRANCISCO HAYDAR ORDAGE , ANTONIO LEQUERICA MARTÍNEZ , CARLOS GUSTAVO MÉNDEZ RODRÍGUEZ , RAÚL PORRAS CONTRERAS , TEÓFILO YIDIOS TARI.

(III) LA MEDIA LUNA

La feria de las farmacias - Criollos notables - El Colegio Biffi La Ermita de San Roque.

LA FERIA DE LAS FARMACIAS.

Tal vez por su estratégica ubicación comercial, o quién sabe por qué extraña sincronía, la calle de la Media Luna albergó hasta un poco más de la mitad del siglo XX a numerosas farmacias o boticas, una de las cuales todavía pervive, igual a como ha sido siempre, la "Farmacia Blanca", del químico farmaceuta Eduardo Castilla Pájaro.

En sus orígenes fue la sucursal de la "Farmacia Santa Teresita", cuya sede principal quedaba en la calle Primera de Badillo. Su dueño había sido un señor de origen chipriota de apellido Asadi, quien adoptó por nombre español el de Julio Pérez y se le conocía como "J.J.A. Pérez". Castilla Pájaro, quien había practicado la farmacología en Baranquilla, la adquirió a crédito en 1945, la llamó "Farmacia Blanca", y ha estado detrás de su mostrador durante 63 años, sin envejecer ni él ni su botica.

Los vecinos señalan a otra, la "Farmacia Díaz", como una de las primeras que sentó sus reales en la Media Luna, fundada por el señor Gregorio Díaz en la esquina de ésta con la Sierpe. De ahí se trasladó a la calle Larga, donde se hizo famosa por sus promociones y rebajas, anticipándose en muchos años a esta modalidad de venta hecha hoy por las grandes cadenas de droguerías.

La "Farmacia Villanueva", del doctor Próspero de Villanueva, eminente galeno nacido coincidentalmente en la población de Villanueva, orador elocuente, político y secretario de despacho de varias administraciones departamentales. La atendía junto con su hermano y allí se reunían sus amigos a tertuliar sobre lo divino y lo humano.

También se recuerda a las farmacias "Puerta", una de Roberto Puerta, en la esquina de la Media Luna con Guerrero, que después adquirió el señor Luis Ospino y la llamó "Media Luna"; y otra de su hermano Juan Puerta, con el mismo nombre, donde se inyectaron antibióticos con sigilo alguna vez en la vida los cartageneros traviesos. Tenía fama Juan como inyectólogo, porque en virtud de misteriosas habilidades no se sentía la torturante "puya".

Otra fue la "Farmacia Haydar", inicialmente de los hermanos Francisco y Marcos Haydar Ordage, después exclusivamente de Marco. Todavía, al pasar frente al local en donde estuvo, se recuerda la figura de Marco, con su bigote mono y espejuelos de varias pínulas, atendiendo a sus asiduos clientes.

La "Farmacia San Roque", haciendo esquina con la calle del Espíritu Santo, en la primera planta donde hoy están las oficinas de "El Espectador". Su propietario era el doctor Rafael Castillo Rico, quien residía con su familia en la parte alta. El médico Castillo Rico hacía parte de una apreciada dinastía de Villanueva y Cartagena, con ramal en Calamar, junto con sus hermanos Abel y Víctor, este último padre del ex alcalde de Cartagena Ciro Castillo Cabarcas.

La "Farmacia Ángel", de Emilio Alvarado, exactamente frente al atrio de la ermita de San Roque. Se acabó como consecuencia de un incendio que arrasó con todo.

Y finalmente, la "Farmacia Noel", vecina a la "Haydar", de Miguel Oliver Aguirre donde, además, atendía consulta en sus inicios profesionales el doctor Guillermo de los Ríos Gulfo, renombrado médico cartagenero.

Eran ocho farmacias en escasas dos cuadras. La Media Luna pudo haberse llamado "Calle de las Farmacias". Hubo cierta ocasión en que había tres pegaditas: la "Blanca", la "Haydar" y la "Noel" y todas contaban con suficiente clientela. Sólo queda una, la "Blanca", reliquia histórica de la Media Luna y símbolo de su era resplandeciente.

VECINOS CRIOLLOS NOTABLES

LOS VILLARREAL FRANCO.

Germán Espinosa, nuestro consagrado escritor, vivió sus primeros años en la hermosa casona de sus antepasados maternos, los Franco, que aún muestra su señorial fachada en la primera cuadra de la calle. Es, tal vez, la más alta del sector, con entresuelo y todo.

Esa mansión la adquirió en 1848 don Francisco de Osse, casado con doña Encarnación Navarro, cuyos hijos fueron Francisco, el abuelo de Benjamín González Franco, y Ambrosio, abuelo de Joaquín Franco Burgos. Los dos hermanos Franco Navarro fundaron la primera empresa telefónica de Cartagena en 1889.

Las notas del piano de la abuela de Germán, Celia Franco Pombo de Villarreal, llegaban melodiosas a los oídos de los numerosos viandantes. Su tío, Ignacio de Villarreal Franco, fue propulsor en nuestro medio del arte musical. Y su padre, don Lázaro Espinosa, proveniente de notable familia corozalera, Notario Primero de Cartagena durante muchos años; era, según el mismo Germán, esencialmente un literato: "Yo creo que a mí me hizo literato mi papá. Eso no lo sabe casi nadie, porque, además, ni se acuerdan de él; pero mi papá era principalmente un literato...", expresó en una entrevista concedida a "El Universal". Sin embargo, muy a pesar de la opinión del laureado narrador, muchos cartageneros recordamos con respeto a don Lázaro, con su andar pausado, sus buenos modales y su impecable vestir, rematado con característico corbatín.

Este fue el entorno familiar, engastado en un pedazo de la Media Luna, donde comenzó su percepción intelectual el maravilloso creador de "Los Cortejos del Diablo" y "La Tejedora de Coronas". Sus contemporáneos recuerdan que a los seis o siete años de edad recitaba de memoria el largo y complicado poema de Guillermo Valencia, "Palemón el Estilista". Su muerte dejó un gran vacío en la intelectualidad colombiana.

EL DOCTOR ESCANDÓN.

En el inmueble levantado a la derecha del inmediatamente anterior residió el doctor Bartolomé Escandón Gómez, médico de la Universidad de Cartagena, en cuyas aulas regentó la cátedra de higiene. Allí atendía a sus pacientes con el altruismo y filantropía que lo distinguieron durante su larga vida. Si bien, como casi todos los facultativos de esos tiempos, usaba su ojo clínico contra toda clase de enfermedades, combatía preferentemente las dolencias infantiles, campo en donde tuvo reconocidos aciertos.

Concibió una fórmula mágica contra la fiebre, de tal eficacia que en Cartagena se hizo popular este apotegma: "Fiebre que no cura el doctor Escandón, que le busquen el cajón...".

Trató, también, las enfermedades respiratorias, produciendo una emulsión llamada "Hemobronquiol", muy buena para el asma, que la preparaba y comercializaba su vecino, Gregorio Díaz, el de la "Farmacia Díaz".

Disfrutó de alguna solvencia económica heredada de su madre, doña Espíritu Santo Gómez, lo que le permitió vivir bien, tener su propio coche de tracción animal, y luego, automóvil, ambos vehículos conducidos por su fiel servidor Víctor Esquivia. Donó al municipio una casa valiosa de su propiedad frente a la iglesia San Pedro Claver para que la demolicieran y pudieran ampliar la plaza que hoy admiramos; y a don Vicente Martínez Martelo, durante una de sus tantas alcaldías, le cedió seis accesorias que tenía en el "Callejón del Bolsillo", frente al cerro de San Felipe, para que construyera la avenida "Antonio de Arévalo", como en efecto hizo.

Masón Grado 33, siempre de terno blanco con leontina de oro, fue un personaje querido en la Cartagena de la primera mitad del siglo XX. Murió allí, en su casa de la Media Luna, en 1962, a los 93 años de edad.

DON EUSEBIO SÁENZ.

En la esquina de la Media Luna con la Sierpe, en los bajos de la casa donde nació don Tomás Cabeza de Vaca, bisabuelo de Donaldo Bossa Herazo, vecina a la izquierda de los Villarreal Franco, tuvo un establecimiento comercial, llamado "Zapatería Venus", el señor Eusebio Sáenz, distinguido caballero que alcanzó, también, altas dignidades en la masonería.

LOS BETANCOURT VILLADIEGO.

Frente a los anteriores, la familia Betancourt - Villadiego, dueños del acreditado y surtido almacén "El Campesino", donde se expendía una variedad de mercancías, como ferretería liviana, cueros, pintura, materiales para carpintería y ebanistería, libros, disfraces, buscapiés y hasta "milagros" para la fiesta de la Virgen de la Candelaria.

Su fundador, don Fernando Betancourt Brieva, asistido por su esposa, doña Zulma Villadiego, lo inauguró en la casa que fue desbaratada para construir el "Edificio Ganem" del Parque Centenario. De allí pasaron a varios sitios de la Media Luna, especialmente a un local al lado del Colegio Biffi, y, finalmente, a los bajos de la casa de los Villareal Franco, hasta 1959, cuando se liquidó el almacén.

El clan Betancour - Villadiego estaba integrado por Fernando, Rafael, Raúl, Ernestina, fallecidos; Eduardo, Zulma y Lino, éste último veterano profesor de inglés de varias instituciones educativas.

MANUELITA ABAD DE GUZMÁN.

En la segunda cuadra de la calle, en una casa de un piso con portón y saliente ventana, que todavía puede verse, vivía doña Manuelita Abad de Guzmán, una de las más respetadas enfermeras - parteras de la ciudad. Obtuvo su título en la Universidad de Cartagena y se especializó en el Hospital San Luis, de París. Tuvo el cuidado de llevar la estadística de los partos que atendió y, al retirarse, había completado el increíble número de 7.245 niños recibidos en sólo Cartagena.

La enfermera - partera, o comadrona, era un oficio de vital importancia hasta algo más de la mitad del siglo pasado, propio de nuestras costumbres y necesidades. Lo ejercía un selecto grupo de diestras profesionales en esa rama de la medicina, cuando pocos facultativos titulados se dedicaban a esos "oficios de mujeres". Fueron famosas y apreciadas por la sociedad, porque, además del servicio esencial que prestaban, se integraban a las familias que asistían, llegando a ser, en muchos casos, madrinan de los neonatos. Atendían a las parturientas generalmente en sus propios hogares y les hacían compañía durante la cuarentena puerperal. Algo inconcebible en estos tiempos.

Además de Manuelita Abad de Guzmán, sobresalieron, entre otras, Carmen de Arco y de la Torre (1876 - 1948), quien residió casi toda su vida en la plaza de la Trinidad. Era parienta de Agapito de Arco, nuestro encumbrado poeta "Jorge Artel". Según Donaldo Bossa, fue la primera colombiana graduada de enfermera, con especialización en Kingston y París. Dirigió la entonces llamada Clínica de Maternidad Municipal y recibió aproximadamente 25.000 niños, para que "se piquen" los ginecólogos Jaime Barrios Amaya y Boris Calvo del Río.

Doña Santos Pájaro, hermana del doctor Manuel Pájaro Herrera, receptora de muchedumbre de cartageneros ya mayores, entre quienes se contaba el erudito periodista Melanio Porto Ariza.

Doña Rosa Amelia Angulo (1905 - 1989), señora de Jorge Hernández Delgado, "Mamá Rosa", como le decíamos afectuosamente la infinidad de párvulos que ayudó a nacer con sus manos expertas y su bondadoso corazón. Egresada de la Universidad de Cartagena, poseía un don natural para diagnosticar y tratar enfermedades complicadas. En los últimos años extendió su bienhechora vocación curativa a la población de Santa Catalina, donde poseía una finca llamada "Hueso de Vaca", y allí se convirtió, sin buscarlo, en concejal y líder de una apreciable franja de su amado Partido Liberal. Murió en apacible olor matriarcal.

La señorita Nelly Sorky, de nacionalidad alemana, a cargo de esos delicados menesteres en el Hospital de Manga, traída por su director, el también germano Hans Naumuller, por allá entre los años treinta y cuarenta del siglo XX. Cuando Naumuller se marchó de Cartagena, ella siguió ejerciendo sus labores en su casa - clínica de la Tercera Avenida de Manga y, antes de partir de regreso a Alemania, ofició en la población de Turbaco.

Junto a Manuelita Abad de Guzmán vivía en la misma casa de la Media Luna su sobrina, doña Margarita del Valle, también competente enfermera formada en el Hospital Santo Tomás de Panamá y madre de nadie menos que del exitoso abogado y hombre de empresas, Luis Bustamante del Valle, a quien conocí, ambos infantes, asomado al susodicho balcón de su casa, viendo pasar, extasiado, a las hermosas alumnas del Colegio Biffi.

UN SASTRE MACONDIANO.

Al lado de la casa de Manuelita Abad de Guzmán habitaba un sastre de apellido Montesinos, quien, además, era saxofonista de la orquesta "Emisoras Fuentes". Tenía la macondiana particularidad de tocar su instrumento al mismo tiempo que cortaba las telas para las confecciones. La parte coral corría por cuenta de los gallos vecinos de Galo Ramos, que al oír el sonido del saxo armaban un alboroto cantando el unísono: "Cocoroyó...". Era un cuadro prodigioso, sólo posible en esta alucinante geografía tropical.

GALO RAMOS.

Cómo sería la fama de buen gallero de Galo Ramos, que el general Juan Vicente Gómez, amo y señor de Venezuela durante 27 años, mandó a Cartagena a Ciro Moreno, gallero de confianza de su cuerda, para que lo conociera, aprendiera de él los misterios del oficio e intercambiaran experiencias. Moreno permaneció en Cartagena tres meses haciendo un curso de altos estudios gallísticos al lado del consagrado maestro.

Galo Ramos Pájaro fue un turbaquero polifacético que ganó la celebridad de mejor gallero de Colombia, además de hábil manejador de la tijera en su peluquería de la esquina de la Media Luna con San Andrés y ameno charlador, como todo peluquero que se respete.

Su afición por los gallos de pelea le nació desde los 7 años de edad, cuando, a pesar de las prohibiciones paternas, se escapaba acompañando, de pueblo en pueblo, a un itinerante gallero de la década de los años veinte pasados, llamado José María Castro. A partir de 1930 comenzó a pelear sus propios

gallos en una gallera que quedó en donde hoy está el “Edificio City Bank”, en otra del barrio La Quinta y en la del coliseo del Espíritu Santo, el templo gallístico de Cartagena. Se consagró como gallero cuando uno de los suyos liquidó brutalmente a un gallo de don Fernando Vélez, llamado "La Garrocha", invicto hasta ese momento. Hicieron fama sus gallos "Jordán", heredados de un inglés de ese apellido.

Melanio Porto Ariza, que lo conoció muy de cerca porque le ayudaba desde los 13 años en el cuidado de sus críos, decía que Galo hablaba con sus gallos y los identificaba por el canto. Lo mismo aseguraba su ayudante de mucho tiempo, Antonio Morales. Era un intuitivo "casador" de peleas, veía al gallo contrario y, cuando se convencía de que el suyo era el mejor, aceptaba el reto. Casi nunca fallaba. Jamás permitía que nadie distinto a él calzara las espuelas de sus finas aves, ni apostaba dinero. Era un verdadero aficionado.

Aprendió las artes de la peluquería en Turbaco en la barbería de los Santoya y luego montó su propio negocio en la Media Luna, junto con su hermano "Mincho". De facciones indias, era cordial y atento. Nunca ingirió licor, pero fumó cigarros hasta cuando contrajo matrimonio con doña Edelma Zapata Olivella, con quien tuvo cuatro hijas.

Al morir en 1983 había realizado 15.000 peleas de gallo, aproximadamente, convirtiéndose en una leyenda dentro del mítico mundo gallístico.

LAS CARRASQUILLA.

Muy conocidas, muy apreciadas, Josefina, Alicia, Teresa y Rosa Carrasquilla Toledo, con su hermano Manuel, hacen parte de la historia inolvidable de la Media Luna. Como las damas distinguidas de esas calendas, eran aficionadas a la modistería. Residían casi en la mitad de la acera norte de la segunda cuadra, y tuvieron una tienda en la calle San Andrés. Suministraban, por contrato, las comidas a los internos de la cárcel de San Diego, avituallamiento que era transportado en grandes ollas de aluminio en unas carretillas conducidas por los mismos presos.

Del otro lado de la calle, vecina del doctor Tadeo Galindo, habitó otra Carrasquilla, Elida, prima de las anteriores, casada con el señor Salvador Flórez, domiciliados en la actualidad en el barrio de Manga.

DON ANDRÉS HERNÁNDEZ.

Entre la esquina de San Roque y el Pasaje Murra vivió don Andrés Hernández López, respetable ciudadano que hizo parte de directorios políticos

conservadores y ocupó posiciones de mando dentro del gobierno local (alcalde encargado, director de tránsito, etc.). Casó en primeras nupcias con doña Susana Morales Gulfo, de cuya unión nacieron Andrés Ramón, médico que terminó radicado en Bogotá; Susana, conocidísima secretaria del Royal Bank of Canadá, cuando lo gerenciaba don Pedro Bossio, y de la Escuela Normal de Señoritas, donde, además, dictó castellano, inglés y mecanografía; y, Rigoberto, que era contador y fundó una de las primeras fábricas de betún, o "baserola", de Cartagena, llamado betún "El Gallo". En el segundo matrimonio de don Andrés con doña Lastenia Pareja nació María Helena, siempre elegante, colmada de finas joyas. Con ellos convivió durante más de la mitad de su existencia María Helena Tono Latuff, de procedencia turbaquera, hermana de Lastenia María Tono Latuff, "poetisa de gran inspiración, que dio a Colombia un canto marcial de altivo patriotismo, que vibró por toda la república cuando el conflicto militar con la nación peruana en 1932", según el historiador Alberto Zabaleta Lombana, en su obra "Turbaco en la Historia".

LOS PORRAS - CONTRERAS.

En el segundo piso del edificio donde hoy están las oficinas de "El Espectador", frente a la ermita de San Roque, residieron durante un largo período don Raúl Porras Castro y su señora Olga Contreras, padres de Raúl, Marta, José Angel y Carmen. Raúl es, ni más ni menos, que "Raulito" Porras, odontólogo de gran figuración profesional, académica y social; "generoso" anfitrión, manejador de un inalterable buen humor y autor de las más ingeniosas e inofensivas "maldades" de que se tenga noticia en la ciudad. Don Raúl Porras Castro fue agente de la "Colombiana de Seguros" y escribía una breve columna en el "Diario de la Costa" con el seudónimo de "Raulete". Junto a esa familia cohabitó un hermano de la dueña de casa, Orlando Contreras, excelente bolerista de moda en la década de los cincuenta últimos, estrella del conjunto "Miramar", que dirigía el cubano Armando Cartaya, y de la orquesta "Emisoras Fuentes". Hoy vive en Barranquilla.

LOS SUCCO - MANGA.

Frente a los Porras residían los Succo - Manga, cuyas cabezas eran don Antonio Succo y don Clemente Manga. Había una modistería en el salón de la entrada y, al fondo, cerca de un fresco patio, organizaba el señor Julio Gaviria todos los días, a partir de las ocho de la noche, el primer club o casino de juegos de suerte y azar que hubo en Cartagena. Allí concurrían los jugadores más notables de la plaza a vivir su feria de ilusiones, entre quienes se recuerda a Rafael Frieri, Juancho Beetar, Pierino Gallo, Raúl Bechara Domínguez, Joselito Dager, Mañe Sedán, los doctores Ignacio Oñoro y Miguel De la Espriella, Elías Sanawi,

Eduardo Gebeli y Juan Pedro Bulfo. Se jugaba ruleta tapada, póquer y dominó. Después, Antonio y Fernando "Chico" Succo, a la sazón unos adolescentes, se convirtieron en expertos operarios de los grandes casinos del sector turístico.

MARCELO CALVO.

Entre las familias Mondul y Succo vivió don Marcelo Calvo Rodríguez, sobrino de don Marcial Calvo Castillo, el constructor de la plaza de toros "La Serrezuela", de San Diego. Comerciante, en asocio con el doctor Eugenio Baena Falcón y don Demetrio Haydar, manejaban la distribución mayorista de cocos en el mercado de Cartagena. Fue propietario de uno de los más frecuentados establecimientos ubicados frente al parque del Centenario, al lado del viejo Club Cartagena, llamado "La Verbena", con servicio de bar y billares. En compañía de Bartolo Vélez, participaba en la organización y explotación de las "Prórrogas" novembrinas. Formó la hábil dinastía de taquilleros profesionales, integrada por los Rodríguez (hermanos de Petaca Rodríguez) y "Melao" Calvo.

Pero en lo que más se distinguió fue como empresario taurino. Trajo a Cartagena a muchos de los famosos diestros de la época, entre ellos, a Domingo Ortega, sobre quien se conoce la siguiente anécdota:

Por allá en 1938, don Fernando Vélez Daníes quería ver torear a Domingo Ortega, que estaba en la cima de su fama artística. Le pidió a don Marcelo Calvo que lo contratara para una corrida en Cartagena, que él asumía las pérdidas económicas, si las había. En efecto, después de salvar muchos escollos, Domingo Ortega vino a torear el 27 de marzo de ese año y, colmada la plaza hasta las banderas de aficionados ansiosos por ver a su ídolo, resultó que en el primer lance del primer toro, un berrendo, llamado "Primitivo", de la ganadería "Aguas Vivas", levantó por los aires al torero y le dio tremendo revolcón, con puntazo y conmoción, que lo mandó derecho a la enfermería, de donde no regresó más, teniendo que enfrentarse, solo, a todos los astados su compañero de cartel, Félix Rodríguez.

Hubo casi una histeria colectiva y fue una de las más aflictivas frustraciones de la afición taurina de esos tiempos y de don Fernando Vélez Daníes, en particular. Manes de ese extraño mundo de los toros, lleno de dramas, desilusiones, mitos, paradojas y sortilegios.

Don Marcelo Calvo tuvo un solo hijo, Marcial Calvo Pardo, también ferviente y docto conocedor del "arte de Cúchares". Murió nuestro personaje en 1974, en medio del aprecio de sus conciudadanos.

EL DOCTOR PÁJARO.

Otro ilustre residente toda su vida en la calle de la Media Luna fue el doctor Manuel Pájaro Herrera, médico internista, humanista, poeta, naturista, literato e historiador, nacido en el año 1851 en una de las casa ubicadas frente a la ermita de San Roque. Hizo parte de los 89 médicos graduados en el siglo XIX en la Universidad de Cartagena, donde ejerció la docencia durante 56 años en las asignaturas de anatomía, fisiología, higiene, histología, farmacia, materia médica, terapéutica, pequeña cirugía, patología interna y clínica interna, además de la decanatura de la Facultad de Medicina. Le correspondió redactar el proyecto de ley que modificó el nombre del Colegio del Estado por el de Universidad de Cartagena, e impulsó su reconstrucción. Se distinguió como entusiasta promotor y defensor de esa benemérita institución universitaria.

Escritor de depurado estilo, hizo parte de la nómina de fundadores de la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Bolívar, hoy Academia de Medicina, entidad que presidió en varios períodos. Igualmente fue individuo fundador de la Academia de la Historia de Cartagena. En el sector público llegó a ser concejal de Cartagena, diputado a la Asamblea del Estado de Bolívar, representante a la Cámara, director de Instrucción Pública y director departamental de Higiene y Asistencia Pública.

Casó, en primeras nupcias, con doña Virginia Vinentte del Toro. Al enviudar por primera vez, volvió a contraer matrimonio con doña Leonor Falcón. Y viudo nuevamente, casó en terceras nupcias con doña Virginia Falcón. Fueron tres matrimonios, cifra récord en nuestro medio en aquella época. De su pluralidad de uniones nacieron sus hijas Antonia (Toña), Catalina, Concepción y Leonor, todas virtuosas pianistas, que se dedicaron a la enseñanza de ese instrumento en su propia casa y en importantes colegios de la ciudad. Toña, fugazmente mi profesora de piano, fue la irremplazada madrina del penal de San Diego, a cuyos internos sirvió con generosidad cristiana. Catalina fue la esposa de Juan Fortich, el eterno conserje del “Teatro Heredia” y Concepción, casó con Carlos Román Villalba. Son sus descendientes, entre otros, sus nietos Javier Román Pájaro, gran aficionado taurino y sempiterno tesorero de la Peña "Cartagena de Indias"; Socorro Román Pájaro, Notaria 2ª de Barranquilla; Rosario Román Pájaro, que todavía vive en la casa de sus antepasados; y su bisnieto, Nicolás Román Borré, joven intelectual, cinéfilo y cultor de la buena música.

El doctor Pájaro Herrera falleció, en la misma casa donde nació y vivió, en 1943, a los 92 años de edad.

DOCTOR TADEO GALINDO

Casi al final de la Media Luna, entre San Roque y la Esquina de la Brisa, vivió el doctor Tadeo Galindo, odontólogo (médico de la boca, decía él) egresado del “Instituto Martínez Olier”. Ejerció su profesión durante muchos años, primero en la plaza de los Coches, en la casa de los Balcones de Hierro; y, después, en su propia casa en la calle de la Media Luna. En esta última, además de la placa distintiva de su profesión, colgaba de una cadena que pendía del balcón una muela grande de yeso, que parecía burlarse de los peatones.

Casó con doña Mercedes Otilia Malott, con quien tuvo cuatro hijos: Aníbal, quien murió muy pequeño atropellado en la esquina de la ermita de San Roque por una ambulancia conducida por un policía ebrio que se subió al andén; Kati, casada con César Juan Geledán, dedicada al comercio de la repostería en Cartagena; Elena una de las chicas más hermosas de la Media Luna, casada en primeras nupcias con Marcelino de Lavallo Gómez, prematuramente fallecido; y, después, con Pompeyo Achury, radicados posteriormente en Bucaramanga; y, Alonso, odontólogo residente en Barranquilla.

El doctor Galindo era un hombre elegante, masón grado 31, que en su juventud tuvo, junto con sus hermanos Gilberto, también odontólogo, y Fernando, una farmacia en su misma casa de la Media Luna, llamada "Farmacia la Heroica". Murió en 1976, a los 84 años de edad.

OTROS MEDIALUNEROS

Junto a todos los anteriores, la Media Luna acogió en sus moradas a otras personalidades cartageneras de grata recordación. Don Leo Fox y su señora, Esperanza Muñoz de Fox, dueños de la flota de taxis "Fox", quienes vivieron en los altos de la "Farmacia San Roque". Don Manuel María Muñoz, propietario de la "Botica de los Pobres", ubicada en el mercado central. Roberto "El Flaco" Meléndez, consagrado jugador profesional de fútbol, radicado después en Barranquilla. La señora Edelmira Rivas, que tenía una tienda en la esquina de la calle de San Andrés. Y Rafael Cañate Perrett, dueño de una sastrería que operaba en este mismo sector.

En los últimos años de vida residencial de la Media Luna, se establecieron en ella las familias Gulfo y Marrugo Gulfo, frente a San Roque, de las cuales hacía parte un trío de rosas, conformado por las hermanas gemelas Irma y Elsa Marrugo Gulfo y Beatriz Gulfo, todas hoy casadas y respetables madres de familias.

EL COLEGIO BIFFI.

Evidencia histórica de la categoría postinera de la calle de la Media Luna es el hecho de que en ella hubiere funcionado durante más de cincuenta años el afamado Colegio Biffi, donde se educaron tantas y tantas generaciones de distinguidas damitas de nuestra comarca.

Ocupó el espacioso inmueble de la Obra Pía desde 1903 hasta 1956, cuando se trasladó a los modernos edificios donde hoy funciona, en el barrio La Providencia. Con anterioridad, desde 1898, había abierto sus puertas en un local alquilado en la plaza Fernández Madrid y, después, en el convento de San Francisco.

Lo fundó la madre franciscana María Bernarda Butler, natural de Auw, cantón de Argau, Suiza, quien arribó a Cartagena en 1895, huyendo de la persecución religiosa padecida en el Ecuador durante el gobierno radical del general Eloy Alfaro.

Aquí fue paternalmente acogida, junto con sus compañeras de comunidad, por monseñor Eugenio Biffi, obispo de la diócesis, quien las alojó en la sede de la Obra Pía, por cierto bastante deteriorada en esos tiempos. En homenaje al obispo benefactor, se bautizó el colegio con su apellido.

Realizó la madre Bernarda una fructífera misión educativa y caritativa, creando colegios y hospitales para pobres en Cartagena, Magangué, Mompóx, Sincé, San Marcos y otras remotas localidades, en ejercicio de su incansable espíritu piadoso. Murió en 1924 en una humilde celda de su Colegio Biffi de la Media Luna y sus restos reposan en una capilla levantada en las nuevas dependencias del plantel, donde se le reverencia con devoción, en espera de la culminación de su proceso de canonización.

Una de sus más conocidas sucesoras fue la madre Felipa Vidman, de nacionalidad alemana, que dejó honda huella por su rectitud y, sobre todo, por su disciplina, que impuso con natural vocación pedagógica. La recuerdo, alta, imponente, conduciendo a sus bellas alumnas en rigurosa fila a la misa de ocho del domingo en la iglesia de la Trinidad.

El Biffi, La Presentación y el Eucarístico de Manga, han sido tres de los mejores colegios femeninos de Cartagena manejados por comunidades religiosas.

SAN ROQUE

Una de las primeras obras que se levantó en la calle de la Media Luna, que ha

perdurado hasta nuestros días, fue la ermita de San Roque, en memoria del Santo francés, protector de las víctimas de la peste.

Se inició la construcción en 1652 por iniciativa del gobernador don Pedro Zapata de Mendoza, como agradecimiento a San Roque por haberlo salvado del contagio de la peste que devastaba las costas de Cumaná, Tierra Firme y Cuba, y se terminó un poco después de 1665.

Está ubicada en la esquina de la Media Luna con la calle del Espíritu Santo, que, según Bossa Herazo, se llamó en algún tiempo calle de San Roque y, en la era republicana, calle de la Malacrianza, seguramente por las pilatunas de los pelafustanes del lugar. Afortunadamente, la reacción airada de los vecinos hizo olvidar ese afrentoso como peculiar nombre.

En nuestros tiempos juveniles observamos que la ermita permanecía casi siempre cerrada; sólo la abrían en Semana Santa y para las fiestas de San Roque el 16 de agosto. El templo no tiene campanario en la cúpula central, como casi todos los demás, sino a un lado, a donde subían los campaneros por una rústica escalera de mano, de esas que usan los pintores de brocha gorda. Sus campaneros oficiales eran los hermanos Olivella, vecinos del barrio; uno de ellos, Gabriel, médico residente en el exterior, también ayudaba como acólito en la iglesia de la Trinidad. Ellos, con unas varillas "afinadas" interpretaban con las campanas diferentes "melodías", de acuerdo con el motivo de la celebración. Había una que se alcanzaba a escuchar desde lejos que parecía decir: "Clavo caliente..., clavo; clavo caliente..., clavo...". También doblaban al paso de un entierro.

En su atrio se daban cita los serenateros, a donde acudían a contratarlos para veladas musicales los románticos y enamorados de entonces. También en él se instalaba la banda de músicos que tocaba divertidas piezas para atraer a la gente a los espectáculos de boxeo que se organizaban en el cercano coliseo del Espíritu Santo. Al final de las peleas, los púgiles ganadores festejaban su victoria en ese mismo atrio.

Todo eso pasó a la historia, pero allí queda la ermita como testimonio de un gobernante agradecido con los dones de la Divinidad, encarnada en el misericordioso santo de Montpellier.

SE ACABÓ LA CALLE.

La Media Luna termina en la "Esquina de la Brisa", donde funcionó por largo tiempo el bar "La Ola Marina", de propiedad del "Negro" Díaz, frecuentado por hombres de mar y personal subalterno de la Base Naval, donde, a veces,

se armaban unas peloterías al estilo oeste norteamericano, que imponían la rápida intervención policial. Al otro lado existió la Cooperativa de Consumo, madre del Ina y abuela del Idema. En ese tramo final se levantaron el baluarte y revellín que le dieron su nombre, hoy sustituidos por un ruinoso Paseo Heredia, que aún conserva huellas de su años de esplendor. La calle siguió su misma suerte, atropellada por la desventura del deterioro urbano y social. Pero quienes la conocimos y disfrutamos hasta principios de la segunda mitad de la centuria que se nos acabó, estamos esperanzados de que vendrán para ella mejores tiempos, si Dios, las autoridades, sus buenos vecinos y los visionarios inversionistas lo permiten.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA:

1. ARCHIVO HISTORICO DE CARTAGENA: DOCUMENTOS NOTARIALES
2. REVISTA DE LABORATORIOS WINTHROP. ANTONIO BAENAS SAYAS L. Y ROBERTO H. ZUBIRÍA. DOCTOR MANUEL PÁJARO
3. NOMENCLATOR CARTAGENERO. DONALDO BOSSA HERAZO
4. EL BIFFI, 100 AÑOS DE HISTORIA EDUCATIVA. LEDIS CARO D. EL UNIVERSAL, 14 DE AGOSTO DE 1998.
5. GETSEMANÍ, HISTORIA, PATRIMONIO Y BIENESTAR SOCIAL EN CARTAGENA. ROSITA DÍAZ DE PANIAGUA Y RAÚL PANIAGUA BEDOYA
6. DOMINICAL. EL UNIVERSAL. UNA CHARLA CON GERMÁN ESPINOSA (nov. 8/98)
7. UN ALMA VÍCTIMA, SIERVA DE DIOS, MARÍA BERNARDA BUTLER. MAYER O. BEDA, M.C.
8. EL CIELO Y LA TIERRA. MOISÉS PINAUD BUSTAMANTE . (Dominical, EL UNIVERSAL)
9. TURBACO EN LA HISTORIA. ALBERTO ZABALETA LOMBANA .

FUENTES PERSONALES CONSULTADAS.

CARLOS BARRIOS ANGULO , HERNANDO BARRIOS VIVES , RAÚL BECHARA DOMÍNGUEZ , LINO BETANCOURT VILLADIEGO , LUIS BUSTAMANTE DEL VALLE , MARCIAL CALVO PARDO , CORNELIA CARRASQUILLA , EDUARDO CASTILLA PÁJARO , FORTUNATO ESCANDÓN ACOSTA , GERMÁN ESPINOSA VILLARREAL , JOAQUÍN FRANCO BURGOS , KATI GALINDO DE JUAN , GERMÁN GONZÁLEZ PORTO , FRANCISCO HAYDAR ORDAGE , YADIRA HERNÁNDEZ ANGULO , RIGOBERTO HERNÁNDEZ CASTILLO , ANTONIO LEQUERICA MARTINEZ , CARLOS GUSTAVO MÉNDEZ RODRÍGUEZ , CARMEN MORALES DE BALLESTAS , JULIO PINEDO BRUGÉS , MELANIO PORTO ARIZA , RAÚL PORRAS CONTRERAS , JAVIER ROMÁN PAJARO , EDELMIRA ZAPATA OLIVELLA .

CAPÍTULO V

EVOCACIONES DE LAS FIESTAS DEL ONCE DE NOVIEMBRE (I)

Su comienzo. - Oficialización. - Interrupciones y aplazamientos.

PROLEGÓMENOS NOVEMBRINOS.

Como las trinitarias en abril, desde los albores de octubre comenzaban a florecer en los portones de las tiendas y almacenes de las calles Larga, Media Luna y las Carretas, vistosos capuchones, disfraces de monos, murciélagos y diablitos; variadas máscaras y sedosos antifaces, cascabeles, serpentinas y confetis, en un festín de colores que, junto con los traviesos buscapiés, tiritos, triquitraques y carpetas, que aromaban el ambiente con ese tan cartagenero olor a pólvora quemada, preludiaban a niños, jóvenes y viejos la proximidad del gran jolgorio: las fiestas del Once de Noviembre.

Eran los octubres calurosos y lluviosos, cuando los trasnochados estudiantes se aprestaban a enfrentar las pruebas finales en sus respectivos colegios.

Por las radioemisoras de la época y en las bulliciosas esquinas de San Diego, Getsemaní, Torices, El Cabrero, Pie del Cerro, Pie de la Popa y Manga, se oía cantar el melodioso estribillo que tanto repitieron nuestros padres y abuelos:

" Ya llegó el once e'noviembre
muchachos a parrandéa,
que viva Simón Bolívar
que nos dio la libertá..."

La ciudad se adentraba en un incesante período de fiestas, que se extendía hasta el dos de febrero, con la Candelaria.

Legiones de cartageneros que bailaron disfrazados en los clubes Cartagena, Popa, Miramar, Unión, Naval, Guanipa, Los Cangrejos y Libertad; en los llamados "salones", el Alamein, el Arlequín, los Bolos, el Balneario Cartagena, la Heladería Americana y la Heladería Cartagena; en los teatros Rialto y Padilla; y, en la popular y abierta "Plazuela", sabían que estaban celebrando un aniversario más de la declaración de independencia absoluta de Cartagena del coloniaje español; pero seguro que desconocían, y muchos aún desconocen, cómo y cuándo se iniciaron e instituyeron esas tradicionales festividades y cuándo y por qué se cancelaron o aplazaron en épocas pretéritas.

COMENZÓ LA FIESTA.

La vocación gozosa de los cartageneros nos viene desde los tiempos coloniales. Ya en 1747 la proclamación del melancólico Fernando VI como Rey de España se celebró durante tres días con bailes, disfraces, comparsas y comedias, fiestas que el gobernador, D. Basilio de Gante, prorrogó por solicitud de muchos conciudadanos parranderos. A pesar de las muestras de satisfacción de sus súbditos cartageneros y la energía positiva que irradiaron, la muerte de su esposa en 1758 sumió al pobre soberano en honda crisis que lo condujo a la demencia, muriendo al año siguiente.

Como se sabe, después de algunos notorios desacuerdos entre sus protagonistas, el 11 de noviembre de 1811 veinte esclarecidos patriotas suscribieron en el "Salón Amarillo" del Palacio de Gobierno, hoy Palacio de la Gobernación, el Acta de la Independencia de la Provincia de Cartagena de Indias, "en nombre de Dios Todopoderoso y como representantes del buen pueblo". Desde esa fecha, Cartagena de Indias se declaró, "de hecho y de derecho", Estado libre e independiente, "absuelto de toda sumisión, vasallaje, obediencia y de todo vínculo de cualquier clase y naturaleza que fuese, que anteriormente la ligase con la corona y gobierno de España".

Fue un categórico e irrevocable divorcio con la Madre Patria, como filialmente hemos llamado a España, sobre todo, gracias a la reconciliación y al olvido, al idioma Castellano, a la Generación del 98, a Manuel de Falla, Joaquín Rodrigo, los toros, las tapas y los buenos vinos.

Al año siguiente de este significativo acontecimiento, es decir, el 11 de noviembre de 1812, el pueblo celebró por primera vez esa gesta, espontáneamente, sin iniciativa oficial. Lácides Moreno Blanco, en un artículo publicado en 1954 en un folleto contentivo del programa de las fiestas novembrinas de ese entonces, nos cuenta lo que sobre tal conmemoración registró la "Gaceta de Cartagena de Indias".

"...Sin bando ni disposición particular, todos han puesto luminarias la noche anterior; hubo misa solemne con 'tedium', al que asistieron la Serenísimas Convención, todos los cuerpos y comunidades y un concurso extraordinario del pueblo. La Serenísimas Convención recibió en Corte las demostraciones de adhesión y patriotismo del cuerpo municipal y demás costumbres. Y el vecindario entero se entregó a todo género de regocijos. Máscaras, música, vivas y repetidas salvas ha sido lo que sucesivamente ha llegado al oído del espectador, que no concurre por impedimento, o porque le arrebatara la noticia de las grandes consecuencias que puede esperar la patria del entusiasmo de los ciudadanos, que en tales demostraciones parece que le dan prendas de su ardiente patriotismo y del valor con que se sabrá sacrificarse en su defensa".

De manera que las "fiestas de noviembre", como comúnmente se les dice, tuvieron un origen netamente cívico, popular, no gubernamental; y fueron el producto del todavía acalorado fervor patriótico de los vecinos del villorrio, de cuyo entusiasmo desconfiaba atemorizado el notablatto criollo.

Estas manifestaciones de goce prosiguieron hasta 1815, cuando don Pablo Morillo las cortó de un tajo, al sitiar la ciudad y tomarse lo que quedó de ella.

Sólo a partir del año 1846 se autorizaron oficialmente las fiestas del 11 de noviembre. Ese año la Cámara de la Provincia de Cartagena expidió una ordenanza, el 13 de octubre, "sobre fiestas y diversiones públicas", en cuyo artículo 1º disponía que "El 11 de noviembre y los días subsiguientes de cada año podrán celebrarse fiestas y diversiones públicas en conmemoración de la declaración de la independencia de esta provincia". Era presidente de dicha Cámara don José Manuel de Vivero y diputado secretario, don Bartolomé Calvo. Ejercía la gobernación de la Provincia el general Joaquín Posada Gutiérrez y la secretaría don Dionisio E. Vélez.

Antes de esta fecha, se impuso la costumbre de celebrar la efeméride de nuestra emancipación en el mes de junio, en memoria de otro episodio de la historia local que, según Eduardo Lemaitre, "en cierto modo, tuvo más importancia y exigió más valor y determinación que el propio Once de Noviembre".

Se trató de la destitución y extrañamiento del gobernador chapetón Francisco Montes por el cabildo, después de agitados debates entre lo más granado de la dirigencia civil y militar. Montes fue arrestado y expulsado de Cartagena el día 14 de junio de 1810 y reemplazado por el teniente del rey, Blas de Soria, quien asumió las riendas del poder en una junta de gobierno, al lado de los cabildantes Antonio de Narváez y de la Torre, criollo; y Tomás de Andrés Torres, español.

Según opinión del historiador Alfonso Múnera, consignada en su obra "El Fracaso de la Nación", "la destitución del gobernador de Cartagena tendría consecuencias muy graves en la historia política de la independencia americana. En primer lugar, traería consigo la rebelión de todo el virreinato y la expulsión del virrey. Lo que Amar y Borbón pareció no entender nunca, lo tenía perfectamente claro la élite criolla de Santa Fe. El levantamiento de la capital no se podía mientras el gobierno de Cartagena estuviese en manos de las autoridades españolas, por la sencilla razón de que con el apoyo de las fuerzas del puerto, el virrey podía someter sin mucha dificultad a los insurgentes. De modo que una vez enterados de la destitución del gobernador, los criollos del cabildo de Santa Fe y de buena parte del reino empezaron a preparar la revuelta. El 20 de julio de 1810, día en que el cabildo de Santa Fe se tomó el gobierno de la capital, fue una consecuencia directa de los eventos del 19 de junio en Cartagena".

Esta primera demostración de rebeldía de los cartageneros fue motivo de grandes celebraciones. Según un testigo de la época, citado por Lemaitre en su Historia General de Cartagena, Tomo III, "La caída del Gobernador Montes produjo en la ciudad un estallido de alegría popular. Pero en ninguna parte se celebró tanto el acontecimiento como en la casa del Dr. García de Toledo, donde se dieron cita todas las categorías sin distinción de clase ni personas. Allí se abrieron barriles de cerveza, aguardiente y demás licores y por tres días consecutivos estuvo la casa franca para quienes quisieron entrar, salir, beber, bailar y divertirse, y toda la ciudad iluminada. Todos concurrieron a que nada faltase y no hubo uno que no enviase de su casa a la de Toledo el pan, vino, la comida y cuanto tenían perteneciente a la bucólica para que nada faltase, y, en efecto, de todo sobró".

Estas fiestas conmemorativas del 14 de junio se establecieron cuando Cartagena se liberó definitivamente de la sujeción peninsular, con la salida del último gobernador español, Gabriel de Torres y Velasco, el 10 de octubre de 1821. Prosiguieron hasta el 13 de octubre de 1846, cuando se definió oficialmente como día de nuestra independencia el 11 de noviembre de 1811 y se consagraron las "fiestas de noviembre".

A partir de estas calendas se convirtieron en fiestas profanas y patrióticas, suspendidas sólo por guerras civiles que nos azotaron en el siglo XIX y principios del XX, y por motivos de fuerza mayor, caso fortuito o solidaridad social.

NOS QUEDAMOS SIN FIESTAS.

La Guerra de Los Mil Días.

Una de esas interrupciones ocurrió en 1899, a causa de la llamada "Guerra de los mil días". Se cancelaron los festejos durante cuatro años, hasta 1903, un poco después de haberse puesto fin al conflicto. Terminada la guerra, el gobernador José Francisco Insignares Sierra dictó el decreto # 598, del 11 de septiembre de 1903, que ordenaba el reinicio de las celebraciones novembrinas, nombraba los miembros de la junta organizadora y destinaba la suma de \$50.000,00 "que se pondrán a disposición del Tesorero que designe la junta".

Cuentan que el general Luis Vélez Racero, quien había desempeñado la gobernación de Bolívar del 13 de febrero al 13 de agosto de ese año, expresó algunas manifestaciones de protesta, montado en su mula "Juanita", según unos, o "María Elena", según otros, por haberse autorizado estas festividades, estando aún fresco el hecho deplorable de la separación de Panamá.

La Gripe Asiática.

También recordaba Gabriel Porras Troconis, en declaraciones hechas el 3 de noviembre de 1965 a "El Universal", que en noviembre de 1918 se extendió por el mundo una fuerte pandemia de "gripa asiática", o influenza, que causó más de 20 millones de muertes, y afectó a Colombia, especialmente a Bogotá, donde fallecieron centenares de personas. Entre las víctimas de ese flagelo se contaron el distinguido hombre público, doctor Antonio Regino Blanco, quien era Senador de la República, su señora esposa y uno de sus hijos, lo que originó honda consternación en la sociedad cartagenera. Estos hechos, más las bajas locales por la enfermedad, llevaron a las autoridades a cancelar las fiestas del 11 de noviembre. Ese año, pues, tampoco hubo.

La Tragedia del tanque blindado de Guerra.

En 1923 las celebraciones no llegaron hasta su final. Una lamentable tragedia, ocurrida en la mañana del martes 13 de noviembre, que costó la vida a tres cartageneros y lesiones a otros, forzó a las autoridades a cancelar los actos finales del festejo.

Resulta que dentro de la programación oficial de la conmemoración de ese año estaba señalado para las 8:30 a.m del día martes 13 el siguiente número:

"Monumental y paquidérmico Tanque Blindado, terror de los valientes y alivio de los caminantes, cuya misión heroica consistirá en hacer clausurar las fábricas, oficinas y almacenes que en ese día, consagrado a la conmemoración de una fecha patriótica, pretendan tener abiertas sus puertas al lucro y sometidos al trabajo a los que deben estar gozando de la esplendidez de estos jolgorios físicos y espirituales. El Tanque Blindado disparará sin compasión y sin consideración buscapiés por todas partes".

Era martes 13, la tragedia acechaba... Los promotores de ese número habían armado sobre un automóvil, con hojas metálicas, un remedo de los tanques usados en la primera guerra mundial. Por sus cañones y rejillas sería lanzada la artillería contra los establecimientos que osaran abrir al público esa mañana.

Mil buscapiés, bombas de mano y otros pertrechos fueron colocados en una caja dentro del "tanque" y sus ocupantes se proveyeron de cigarrillos para encenderlos.

A las nueve y media de la mañana el vehículo partió de la calle de la Universidad, frente a los Laboratorios Román, hacia la plazuela de los Estudiantes, llevando en su caluroso y estrecho vientre a los jóvenes Hernando Román del Castillo, Rafael Calvo Pasos, Jorge Caicedo Abadía, el teniente José G. Ballesteros, Carlos Arturo Martínez Martelo, Luis Carrillo, Santos Núñez y al chofer, Isaac de la Cruz, y a su ayudante, Manuel Cogollo.

Acababan de doblar por la calle San Agustín lanzando los primeros buscapiés, cuando, frente a la Agencia Postal de esos días, una chispa cayó sobre la caja que contenía los buscapiés. Estos y las demás municiones se prendieron y estallaron al unísono, causando un estropicio que se oyó en toda la vecindad, aumentado por la conformación casi hermética del "tanque". La desesperación y angustia de sus ocupantes dicen que fue algo jamás imaginado.

El cronista del periódico "La Patria", que dirigía el doctor Domingo López Escauriza, en su edición del miércoles 14 de noviembre de ese año, narró los dantescos momentos que siguieron al estallido:

"El joven Martínez Martelo se hallaba sentado cerca de una de las puertas laterales y al iniciarse la explosión logró lanzarse a la acera de la Agencia Postal, librándose así milagrosamente. También el teniente Ballesteros logró forzar otra de las puertas, escapándose impetuosamente, no sin que se lesionara la cabeza al caer contra el pavimento. Una vez repuesto de la caída, Ballesteros

acudió en auxilio de sus compañeros, agarrando fuertemente a Caicedo Abadía, el cual sufrió al caer desde el carro a la acera una grave contusión en el cráneo. Ballesteros intentó de nuevo el salvamento de sus amigos y al agarrar a otro, a Calvo Pasos, se quedó con la piel de su mano que se deslizó como guante. Entonces lo agarró por los muslos y así consiguió sacarlo fuera del carro...".

Los vecinos de la calle San Agustín acudieron en ayuda de las víctimas y lograron, con vasijas de agua, apagar las llamas antes de que llegaran al depósito de la gasolina del carro, lo que, de haber ocurrido, hubiera extendido la tragedia.

Hernando Román del Castillo, Rafael Calvo Pasos y el chofer de la Cruz, sufrieron graves quemaduras en todo el cuerpo, que ocasionaron su muerte. Nada pudo hacerse para salvarlos. A pesar de todos los esfuerzos, fallecieron Calvo y de la Cruz ese mismo día y Román al siguiente. Los demás tuvieron contusiones y quemaduras de menor grado.

Cuentan que Calvo Pasos se desplazó por sus propios medios hasta la cercana "Farmacia Cartagena", donde presa de terribles dolores, fue atendido por el doctor Antonio Rivadeneira, a la sazón médico del puerto, quien se hallaba cerca al sitio de los acontecimientos. Con una entereza de ánimo y un sentido del humor parecido al de su hermano Gabriel, al ser trasladado a su casa, le dijo a alguno de sus amigos: "Vean como he resultado un nuevo Ricaurte".

A Román del Castillo, hijo de don Enrique L. Román y doña María Teresa del Castillo, lo acostaron en una cobija y lo llevaron de prisa a la farmacia de su padre, en la calle Lozano, hoy Román, donde le prestaron los primeros auxilios, aplicándole un tratamiento a base de "Ambrina", medicina usada con relativo éxito en las ambulancias de la reciente guerra europea.

Isaac de la Cruz, el chofer, recibió los cuidados del caso en el hospital, a donde lo condujo la ambulancia de la policía.

Pero todo fue en vano. Las horribles quemaduras padecidas por estos tres infortunados jóvenes, les causaron inexorablemente la muerte. El entierro de las víctimas constituyó una imponente manifestación de pesar y en el acto fúnebre pronunciaron sendos discursos los doctores Fernando de la Vega y Antonio J. De Irisarri.

En señal de duelo, se cancelaron todos los espectáculos festivos acordados para ese día y esa noche, últimos del programa.

Muerte de Monseñor Broschi.

El 13 de noviembre de 1943, final de las celebraciones de ese año, falleció el Arzobispo de Cartagena, monseñor Pedro Adán Broschi, hombre de fuerte personalidad, quien se vio envuelto en publicitados incidentes con autoridades civiles y feligreses importantes de la ciudad; pero en la intimidad "bondadoso, generoso y ternísimo...", según Donaldo Bossa Herazo, que lo conoció y trató. Como consecuencia del infeliz suceso, se cancelaron los actos programados para esa fecha y terminaron, también, anticipadamente las fiestas.

Estallido en el Mercado Público.

Otro episodio desgraciado que afectó el curso normal de las festividades novembrinas fue el estallido e incendio del mercado público, que existió donde hoy está el Centro de Convenciones. El sábado 30 de octubre de 1965, siendo aproximadamente las nueve de la mañana, una explosión como la de los llamados "carros - bombas", seguida de un incendio y destrucción parcial de la edificación, se sintió en gran parte de la ciudad.

Se dijo que el epicentro de la conmoción fue la "Cacharrería San Nicolás", de propiedad de la familia Char, varios de cuyos miembros fallecieron lamentablemente en el trágico hecho. Los muertos pasaron de la media centena, los heridos graves de otro tanto, y cerca 200 los leves. Las pérdidas materiales fueron cuantiosas. El diario "El Universal" del día siguiente calificó el insuceso como "la más grande tragedia de la historia de Cartagena".

La comunidad y sus autoridades se solidarizaron con los damnificados y el ambiente general era de estremecimiento y dolor. Bajo la supervisión de José Henrique Rizo Pombo, para la época director técnico de las Empresas Públicas Municipales, y de Eduardo Sánchez Barroso, comandante del Cuerpo de Bomberos, se adelantaron las labores de rescate y de remoción de escombros.

El alcalde, Juan Pupo Mora, y sus secretarios, Carlos Brochet Galofre, de Gobierno, José Ramón Gómez de la Espriella, de Hacienda, y Donaldo Badel Bossa, de Obras Públicas, mediante el decreto # 253, del 30 de octubre, señalaron siete días de duelo e invitaron a las empresas de espectáculos públicos y establecimientos de diversión "para que por el término de 72 horas suspendan sus actividades, en demostración de solidaridad con el dolor que afecta a los habitantes de Cartagena".

Como ya todo estaba preparado para dar inicio a las festividades y al Concurso Nacional de Belleza, una junta de notables de la ciudad, convocada por el gobernador, Francisco de P. Vargas Gaviria, y el alcalde Pupo, con la asistencia del obispo auxiliar, monseñor Uribe Jaramillo, y de doña Teresa Pizarro de Angulo, ya presidenta de la junta del concurso, se reunió para estudiar la posibilidad de cancelar las fiestas. Si bien la opinión mayoritaria era adversa a los festejos, se aprobó, finalmente, que fuera el Concejo Municipal, como vocero del pueblo, quien tomara la decisión.

Sin embargo, el alcalde consideró que era el competente para ello, y dictó otro decreto el 3 de noviembre, aplazando indefinidamente las festividades y el Concurso Nacional de Belleza.

Los clubes sociales fueron solidarios con el alcalde y cancelaron su programación. El Club Cartagena, presidido por Antonio Lequerica Martínez, el apreciado e incomparable "Chiqui", votó, además, una partida de \$ 5.000,00 para auxiliar a los afectados.

La determinación del alcalde produjo cierto malestar en el Concejo Municipal, que era partidario de la realización de las fiestas, porque, según los ediles, toda la estructura para su verificación estaba montada; las pérdidas de muchas personas serían ruinosas; y dicho evento habría de ocurrir después del período de duelo.

En el Concejo se suscitó un polémico debate sobre el particular y, atendiendo la presión popular y contra la opinión del gobernador en ejercicio, Vargas Gaviria, del recién nombrado gobernador aún no posesionado, Donaldo Badel Buelvas, del alcalde Pupo Mora, de los jerarcas de la Iglesia, de "El Tiempo" y "El Universal" y de otros sectores de la sociedad, se dio vía libre a las fiestas, pidiéndole al alcalde que las autorizara, con el voto afirmativo de los concejales Salustiano Fortich Ávila ("gozón" oncenovembrino de antología), Roberto Arrázola Caicedo, Joaquín Franco Burgos, Arturo Tatis, Raúl Guerrero Porras, Ignacio Amador de la Peña, Samuel Pinedo Brugés, Raúl Castilla Castilla, José Miguel Berdugo, Rafael Montes Zúñiga, Luis Felipe Mendoza y Moisés Pianeta Pérez.

El alcalde, en consecuencia, dictó otro decreto permitiendo la celebración de las fiestas y del Concurso Nacional de Belleza durante los días 19, 20 y 21 de noviembre. Y las fiestas se hicieron con el sabor y la alegría de siempre.

FUENTES CONSULTADAS PARA ESTE CAPÍTULO

1. "AÑORANZAS DEL CABRERO". ÁLVARO ANGULO BOSSA
2. EDICIONES "EL UNIVERSAL" 1965. ARCHIVO DE "EL UNIVERSAL"
3. COLECCIÓN DIARIO "LA PATRIA" 1923. ARCHIVO HISTÓRICO DE CARTAGENA
4. "NOMENCLATOR CARTAGENERO" Y "CUARTILLAS DE RANGER", ARTÍCULO PERIODÍSTICO 1994. DONALDO BOSSA HERAZO
5. "LA ÑAPA" Y "POESÍAS Y CORRALITOS DE PIEDRA". DANIEL LEMAITRE
6. "HISTORIA GENERAL DE CARTAGENA", TOMOS III Y IV. EDUARDO LEMAITRE
7. "ESTAMPAS DE LA CARTAGENA DE AYER". ALBERTO H. LEMAITRE (MR. TOLLO)
8. "EL ABRAZO DEL PATO" ART. PERIODÍSTICO 1996. CARLOS G. MÉNDEZ RODRÍGUEZ
9. "11 DE NOVIEMBRE EN CARTAGENA", ENSAYO 1954. LÁCIDES MORENO BLANCO
10. "EL FRACASO DE LA NACIÓN". ALFONSO MÚNERA
11. "PLAZAS Y CALLES DE CARTAGENA". RAÚL PORTO DEL PORTILLO

CONVERSACIONES PERSONALES CON:

MOISÉS ALVAREZ MARÍN, FIDIAS ALVAREZ MARÍN, JUAN PUPO MORA, ARTURO MATSON FIGUEROA, RAFAEL FRANCO CARRASQUILLA (TONY PORTO), ALBERTO H. LEMAITRE (MR. TOLLO), CARLOS GUSTAVO MÉNDEZ RODRÍGUEZ, ALVARO ANGULO BOSSA, JORGE DÁVILA - PESTANA VERGARA, RAÚL PORTO CABRALES Y CARLOS ARTURO BOSSA OJEDA.

EVOCACIONES DE LAS FIESTAS DEL ONCE DE NOVIEMBRE (II)

**El centro de la parranda - Las corridas de toros
El Bando - Los Buscapiés.**

EL CENTRO DE LA PARRANDA.

En uno de sus más cortos pero expresivos poemas, titulado "Otra Emoción", el "Tuerto" López nos muestra lo paradójico de nuestra raza:

" Y la cocina,
que no huele a rosas,
se encuentra junto a la letrina.
Cosas de la raza latina".

Así, como esta inapropiada disposición inmobiliaria doméstica que nos pinta el poeta, el convulsionado centro de las fiestas novembrinas fue, en un principio y durante mucho tiempo, ¡quién lo creyera!, el atrio de la iglesia catedral y sus alrededores: la plaza o plazuela de la Proclamación, la plaza de la Inquisición y el portal de los Escribanos.

Y la razón es muy explicable: la vecindad con el Palacio de Gobierno, centro de todas las agitaciones gubernamentales y lugar de celebración de los eventos más memorables.

Álvaro Angulo Bossa nos cuenta en sus "Añoranzas de El Cabrero" que la única descripción precisa de esas festividades a finales del siglo XIX la encontró en "La Ñapa", de Daniel Lemaitre, y agrega:

"Él nos explica que se celebraban en el Palacio de la Proclamación, hoy sede de la Gobernación. En las noches se realizaba en el segundo piso el baile de los 'herederos de los blancos de Castilla', y en los pisos bajos bailaban las gentes de color, es decir, los pardos".

"En el altozano de la catedral eran colocadas fritangas, mesas de juego y ventas de chicha sin hielo. Los disfraces más comunes eran: Los diablitos de espejo, las brujas, el tigre y el oso, estos últimos cubiertos con telas de fique..., debajo del portal de los Escribanos eran colocadas mesas de frito y loterías".

En la plaza de la Inquisición, después plaza de Bolívar, se celebraban corridas de toros. Raúl Porto del Portillo, en sus "Plazas y Calles de Cartagena de Indias", registra que en 1890 la junta de las festividades del 11 de noviembre dispuso que las corridas se verificaran allí y, tanto él como Daniel Lemaitre, este último en "Poesías y Corralitos de Piedra", nos divierten con la anécdota del "toro negro".

Veamos la versión de Porto del Portillo:

"El 12 de noviembre de 1890, a las dos de la tarde, se presentó a la plaza el señor José María Castellar, llevando de cabestro un toro negro, bien armado de pitones y de bonita lámina. El toro era de propiedad de la familia Paz. Todos los concurrentes manoseaban al bicho y se burlaban del señor Castellar porque había llevado para la lidia un buey. Nuestro hombre solicita que se cierren las puertas y suelta el torazo. El animal cuando se vio libre se abrió a la mitad de la plaza y no había quien le presentara un capote. Del montón anónimo salió un chiquillo y con la chaqueta le dio cinco lances estupendos. Un soldado que había empinado el codo demasiado y que estaba al lado del Portal de los Escribanos, citó al toro para repetir la hazaña del chaval, pero fue empitonado y levantado con tanta fuerza que en uno de los balcones quedó nuestro hombre más muerto que vivo, rompiendo macetas y provocando el desorden entre las damas que presenciaban el espectáculo".

Este "toro negro" provenía de la hacienda "Santa Cruz de Crespo", de los Paz. Era veterano de varias corridas; se dice que empitonó mortalmente a más de uno y el balcón a donde fue a parar el desafortunado soldado ebrio es hoy el de las oficinas del Concurso Nacional de Belleza. En todo caso, el "toro negro" de Crespo se convirtió en una leyenda de bravura, que era la mejor seguridad para la hacienda, según D. Lemaitre.

Cómo calarían entre los cartageneros las corridas populares de toros que, antes del 29 de mayo de 1892, cuando se inauguró el Parque de Bolívar, hubo

muchas manifestaciones de descontento, porque la ciudad quedaba sin esa amplia plaza para el espectáculo taurino. Doña Juana Polanco, tía de don Enrique Román, promotor de la obra, lo llamó cierta vez molesta para regañarlo, porque "¿Cómo iba a festejarse el 11 de noviembre sin toros en aquel sitio?" ¡Vaya, pues!...

De la lectura del libro de Raúl Porto del Portillo se infiere que al construirse el parque, las corridas novembrinas fueron trasladadas a la llamada plaza de Ricaurte, que era el lote comprendido entre el actual parque de las flores, el edificio del City Bank, hasta la calle del Boquete, donde estuvo el almacén "Magali París" de la Matuna. Este sector, según Donald Bossa, era conocido, también, como "Detrás de Carnicería", por su proximidad al mercado de carnes.

Recordaba don Luis Mufarrij que, cuando desempeñó la Tesorería Municipal de Cartagena, se desplazó a localidades rurales vecinas a la ciudad, acompañado de varios concejales, para conseguir reses destinadas a una corraleja novembrina que se construyó en el Pie de la Popa, sector El Toril, donde funciona en el presente una bomba de gasolina.

Más tarde, fueron montadas en la playa de la Artillería, cuyas murallas y balcones de las casas vecinas, especialmente los de las conocidas como las "Accesorias del Obispo", se convertían en amplios y típicos palcos. La Artillería fue el último escenario de este popular espectáculo que el crecimiento urbano erradicó de las celebraciones novembrinas. Sin duda se trataba de una fiesta taurina más parecida a las corralejas de manteros, garrocheros y los "corre que te coge el toro", que al arte del toreo que seduce a Orlando Vergara Hernández, Eduardo Fernández Guerrero, José María Arrázola, Antonio "Chiqui" Lequerica, Toño Visbal, Arcadio Alcázar y demás "muchachos" de la Peña Taurina.

De manera que la primera "Plazuela" donde los cartageneros bailaron y gozaron las fiestas novembrinas fue en la Proclamación, entre la catedral y la casa de la gobernación que, con su entorno, constituían el centro del bullicio.

CAMBIO DE SITIO

Como era de esperarse, las autoridades eclesiásticas, con el arzobispo, monseñor Pedro Adán Brioschi, a la cabeza, elevaron su protesta por tamaño descoco cerca de un lugar sagrado, y obtuvieron su traslado, a partir de 1941, a la plaza de los Coches. Para allá se desplazó "La Plazuela" y toda su parafernalia que, a medida que crecía la población, extendía su zona de

influencia hacia el Camellón de los Mártires, parque del Centenario, plaza de la Aduana, los cómplices bailaderos llamados "salones" y los teatros Rialto y Padilla.

Ya a fines del decenio de los cincuenta y principio de los sesenta de la centuria pasada, "La Plazuela" se mudó a la plaza de la Aduana, por su mayor amplitud, junto con su corte de vendedores de todas las cosas, hasta cuando aparecieron las "casetas", que fueron el principio del acabose de las fiestas.

En los últimos años, a partir de los noventa, se pretendió concentrar las festividades en el sector de Chambacú, con palmario fracaso, por la inseguridad del sitio y lo enlodado de su suelo.

CÓMO ERAN LAS FIESTAS DE NOVIEMBRE

Las fiestas de noviembre se celebraban según los tiempos y las circunstancias.

A fines de siglo XIX y principios del XX, "Los Diablitos de Espejo, la Danza de las Cintas, la de los Gallinazos, los Marineros, los Negros Carabalíes y mil pandillas de Monos animaban las dormidas calles del Corralito, yendo de casa en casa para mostrar sus habilidades", según nos ilustra Daniel Lemaitre.

Para esos tiempos arribaban a Cartagena los mejores cantores de la provincia, que también nos visitaban para la fiesta de la Candelaria.

Se solían verificar los bailes en "La Plazuela", en los pocos clubes sociales, salones privados y en las casas. Muchas familias de San Diego, Getsemaní y Torices, junto con sus vecinos, armaban sus bailes de disfraces en sus propias residencias, que animaban hasta el amanecer del otro día.

Las fiestas más largas han sido las de 1911, con motivo de la conmemoración del primer centenario de la independencia absoluta de Cartagena. Duraron diez días seguidos, desde el 10 hasta el 19 de noviembre, poniendo a prueba la capacidad de resistencia de los cartageneros de esos tiempos.

Fue todo un acontecimiento cívico, social y popular, como pocos ocurridos en esa época. Además de los regocijos públicos, se llevaron a cabo imponentes actos oficiales y académicos en homenaje de gratitud al "Supremo Dispensador de todo bien" y a los patriotas fundadores de la nacionalidad colombiana. Se inauguraron obras de suma importancia, como el Teatro Municipal, después Heredia; el parque del Centenario; el monumento a la Bandera, sobre el baluarte de San Ignacio, demolido en 1964; y la estatua que está en el camellón de los Mártires, conocida como la "Noli me tangere" ("No me toquéis"), por la frase

cristiana puesta en uno de los lados de su base, figura que muchos 'lisos' llaman, con proverbial irreverencia, "la Noli".

El decreto que autorizó las fiestas se promulgó por bando, con desfile por las calles céntricas de la ciudad, como se hacía antes. Hubo misas campales, retretas de gala, piezas de juegos artificiales, bailes públicos en los bajos de la Casa de Gobierno y en la plaza de los Coches, corridas de toros en la plaza de Ricaurte, batallas de buscapiés, presentación de carros alegóricos, carreras de caballos, batalla de flores alrededor del camellón de los Mártires y batalla naval en el lago del Cabrero.

Como eventos de etiqueta, además de las inauguraciones de las obras urbanísticas mencionadas, se destacaron el tedeum en la catedral; la sesión solemne del Concejo Municipal el 11 de noviembre en el "Salón Amarillo" de la Gobernación, con la lectura del Acta de la Declaración de Independencia, acto que aún pervive pero leída el Acta por las candidatas al reinado de belleza; la instalación, ese mismo día y en el mismo salón, a las dos de la tarde, de la Academia de la Historia de Cartagena, recién creada como centro correspondiente de la Academia Nacional de Historia; y un homenaje al Libertador en el parque que lleva su nombre, con discurso del historiador Gabriel Porras Troconis.

El día 18, en el mismo "Salón Amarillo", hubo otro acontecimiento central digno de resaltar: la sesión de ratificación del Acta de Independencia Absoluta de Cartagena, con la concurrencia de autoridades nacionales y seccionales. Allí estuvieron el gobernador de Bolívar, Rafael Calvo Castaño; el alcalde de Cartagena, Fanor Vélez Araújo; el presidente del Concejo Municipal, José María de la Vega; el vicepresidente, Simón Bossa Pereira; el secretario de gobierno, Juan A. Gómez Recuero; el de Hacienda, Cristóbal Bossa Pereira; los concejales Carlos del Castillo, Antonio J. De Irisarri, Vicente Martínez Recuero, Pedro R. Castro, José Gil Lorduy, Carlos Crismat y José María De la Espriella; Gabriel Eduardo O'Byrne, delegado del Presidente de la República; Miguel Gómez Fernández, del Congreso; Juan A. Calvo, del Senado; y el general Francisco Burgos Rubio, comandante de la 2ª. División del Ejército, entre otros.

Como se ha visto, las festividades del 11 de noviembre de 1911 fueron todo un pomposo suceso, cuya huella aún persiste en nuestra urbe.

En épocas posteriores, desde la década de los años treinta hasta principio de los sesenta del siglo XX, se crecieron las fiestas novembrinas y, me atrevo a asegurar que llegaron a su mayor esplendor.

EL BANDO.

El primer acto era el "tradicional Bando", generalmente a las cuatro de la tarde del día de iniciación de las fiestas, llamado así por la forma solemne de promulgación que hacía el Alcalde del decreto que autorizaba las diversiones públicas, "siempre y cuando no atenten contra la moral y las buenas costumbres" y previo toque de una campana que colgaba al lado izquierdo, entrando, de la Boca del Puente. Era el Bando, en realidad, un bullicioso desfile de carrozas y coches alegóricos, disfraces variados, reyes y reinas del festejo, bandas de músicos, comparsas, carro charro de la junta organizadora y buscapiés, muchos buscapiés. Lo encabezaba el Alcalde, su gabinete y los concejales. Casi siempre, partía de la plaza de Bolívar, seguía por las calles del Landrinal, San Pedro Claver, plaza de la Aduana, plaza de los Coches, Boca del Puente, paseo de los Mártires, Media Luna, avenida Luis Carlos López, avenida Urdaneta Arbeláez, otra vez Boca del Puente, calle Román y terminaba en la plaza de la Proclamación. Allí el Gobernador del Departamento lo recibía con una breve alocución y el desfile se dirigía, luego, a todos los barrios centrales de la ciudad.

Sobre el momento de la partida del Bando se hizo famosa en sus tiempos la anécdota del comerciante sirio Elías Uejbe Kuman, quien tenía un almacén en la esquina de las calles del Arzobispado con Coliseo, donde funcionó la Papelería Durán. Cuando él veía que sus vecinos de enfrente, "Pombo Hermanos" (Esteban y José Joaquín), cerraban su establecimiento comercial un poco antes de la salida del Bando, decía en su enredado castellano: "Sarró Bombo, ambasó loquera" ("Cerró Pombo, empezó la locura"), y corría a cerrar, también, el suyo. La gente entendía el cierre del almacén del señor Uejbe Kuman como el prelude del "berroche" que se venía encima. Por cierto, el señor Uejbe preparaba las galletas turcas y los panes árabes más deliciosos de la ciudad, actividad comercial que han continuado algunos de sus descendientes.

Igualmente, llamaba la atención el hecho divertido de ver al abogado Salustiano Fortich Ávila en su pequeño automóvil, integrado al Bando, pidiendo a gritos: "¡Prórroga..., prórroga!", cuando las fiestas apenas iban a comenzar.

Como cosa curiosa, fue en el desfile del Bando de 1891 donde se presentó en Cartagena el primer "velocípedo", anterior a la bicicleta, "cuya rueda delantera sobre la cual iba el ciclista tenía metro y medio de altura. La otra, muy pequeña, era apenas un punto de apoyo en el suelo, según nos refiere Daniel Lemaitre en sus "Corralitos". Su conductor era Armando Zubiría.

El crecimiento de la ciudad y de su población, el arribo de migrantes de otras regiones ajenos a nuestras tradiciones festivas, el desconocimiento por la comunidad de las más elementales normas de respeto y urbanidad para con el prójimo, convirtieron el Bando en un vandalaje; en un desfogue de las más "barbachanas" (de bárbaro y "chachán") pasiones; y en una olimpiada de lanzamiento de objetos contundentes, capaces de lesionar a los concurrentes. Los buscapiés se usaron como peligrosas armas para agredir y no como objetos de diversión.

Ha sido tal el desenfreno en los últimos años, que las personas precavidas se han alejado del Bando. El acto fue sustituido por el desfile de carrozas con las candidatas al reinado de belleza, certamen de atención nacional, aprovechado y mostrado por los medios de comunicación. El Bando descansa en paz en la memoria de los cartageneros, a pesar de los esfuerzos de las autoridades locales y de algunos grupos artísticos por revivirlo, como "El Cabildo" de Getsemaní.

EL BUSCAPIÉS.

Otro elemento característico de las festividades novembrinas era el buscapiés. A pesar de los estragos que causó, más por imprudencia de sus usuarios que por su material inflamable, hacía parte del alma de la fiestas y no hay cartagenero nato que alguna vez no hubiere lanzado o devuelto buscapiés.

El uso de la pólvora en las celebraciones populares o patrióticas se remonta a los comienzos de la vida independiente. Pero el buscapiés, según Daniel Lemaitre, se debe a la capacidad inventiva de Bernardo y Luis Miguel Porto. Dice D. Lemaitre, que los Porto "en sus diabólicas travesuras, estudiando la retropropulsión, llegaron a fabricarlos de un pie de largo, con boquilla de barro para que mantuviese la fuerza todo el tiempo...".

Adoptado ya como parte integrante de las fiestas, aparecieron diestros artesanos de la pólvora. Se recuerda a los Flórez, residentes en la calle del Torno, en San Diego, cuyo tronco fue el inmigrante español Rafael Flórez, a quien le sucedió su hijo Rafael y, después, su nieto Luis Felipe Flórez Salazar, fallecido en 1970. Armaban, además, unas piezas de juegos artificiales, que eran verdaderas obras de arte con pocos instantes de vida. En cierta ocasión cuando experimentaban en su laboratorio, sufrieron una explosión que le cercenó dos dedos de la mano izquierda a Luis Felipe. Otro era Manuel Narciso Lavalle

Domínguez, también sandiegano de origen, quien tuvo su taller en el Bosque, cerca al Teatro Miryan, donde, además, atendía una productora de pastas alimenticias. Parece que estuviera viendo a Luis Bustamante del Valle, cuando teníamos doce o trece años, pidiendo regalado todos los años su paquete de buscapiés y tiritos "Lavallo", aprovechándose de su parentesco con el fabricante. Unos cuñados de Lavallo, Horacio, Fulvio y Pedro Nel Correa Díaz, fabricaron buscapiés en el barrio de Torices desde 1930 hasta 1975, actividad que siguieron los hijos de Horacio, Orlando, Oswaldo y Miguel Ángel Correa Garrido, hasta 1991, cuando se liquidó el negocio.

Otros célebres fueron los de Acosta. Eran de los más caros y preferidos por los buenos tiradores de buscapiés. Producía unos llamados "Gamberra", que sonaban como bombas y eran el terror de las muchachas, de los visitantes y de los cachacos.

El buscapiés, como el contrabando, era prohibido pero tolerado, tanto así que en los programas oficiales de las festividades figuraban "batallas de buscapiés", regalados por la Alcaldía o la Junta, generalmente en el paseo de los Mártires, el parque del Centenario y la plaza de los Coches. Para estas "batallas" se conformaban grupos o bandos, dirigidos por unos capitanes, casi siempre funcionarios o personajes de la ciudad.

En 1954, hubo una "batalla campal" entre el paseo de los Mártires y el parque del Centenario, con bandos capitaneados así: Rafael Escallón Villa, el departamental; Roberto Arrázola Caicedo, el municipal; José Yabrudy, el de Bocagrande; Enrique L. Román Vélez, el de Manga y Getsemaní; Carlos H. Pareja, el "Chito", el del Pie de la Popa; Juan Ignacio Gómez Naar, el del Consejo Administrativo; y, otro integrado por los miembros de la Junta Organizadora de las Fiestas, que eran Nicolás del Castillo Mathieu, presidente; Ricardo Benedetti González, secretario; Alfonso Amadó Clarós, tesorero; y, Manuel Gómez Villarreal, Pedro Bossio Watts y Wilfrido Castro, vocales. El alcalde era el capitán Hernando Cervantes Zamora y el secretario de la Alcaldía, Roberto Arrázola Caicedo. Fue un espectáculo de pirotecnia, donde se lanzaron cientos de buscapiés, sin que hubiera un solo quemado o lesionado.

En la plaza de los Coches se armaba una increíble "batalla" entre el público, ubicado en la plaza, y los ocupantes del cuarto piso del "Edificio Bayter", llamado por algunos "Edificio Firestone", por un gigante aviso de neón que había en la terraza del quinto piso que hacía propaganda a esta transnacional

de llantas, hoy rebautizado "Edificio Torres del Reloj", ocupantes que, como hecho digno de Ripley, despejaban totalmente la sala del inmueble y sus anexidades para que allí cayera la lluvia de buscapiés que les lanzaba o devolvía el gentío. El peculiar personaje del piso receptor del bombardeo era, nadie menos, que el médico Antonio Suárez Herrera, "El Cacique", que disfrutaba como un niño del espectáculo, junto con sus amigos Simón Baena, José Domingo Sánchez, Daniel Fernández, Armando Castro y Carlos Vélez Hernández. Era un número divertidísimo que se repetía todas las noches de las fiestas.

En la plaza Fernández Madrid también se formaba una animada "guerrilla" de buscapiés después del Bando, comandada por la familia Suárez Herrera y otros viejos sandieganos.

Y en algunos barrios, como Bocagrande, Manga, Pie de la Popa y Blas de Lezo, se presentaban espontáneas "batallas" entre residentes del respectivo sector.

Por la noche se quemaban vistosas piezas de fuegos artificiales en la bahía de las Ánimas, sobre la muralla contigua al Reloj Público o en el Campo de la Matuna, principalmente, elaboradas por los Flórez, Lavalle o el reputado pirotécnico Enrique Guerrero S.

El buscapiés, como las fiestas mismas, ha ido limitándose por sus altos costos, el mal uso que de él hacen hoy, el pavor que le tienen los forasteros y las medidas represivas que las autoridades policivas han tomado contra sus usuarios. Lo han cambiado por agua, orines, piedras, cal, maizena y otros "graciosos" artefactos.

En los últimos años se han oído lejanos estallidos de unos pocos, lanzados clandestinamente por algún viejo cartagenero ansioso de sentir el nostálgico olor a pólvora quemada, que nos transporta al reciente pasado.

FUENTES CONSULTADAS PARA ESTE CAPÍTULO

1. "AÑORANZAS DEL CABRERO". ÁLVARO ANGULO BOSSA
2. "EL TUERTO LÓPEZ AL ALCANCE DE CUALQUIER BACHILLER". POLICARPO BUSTILLO SIERRA Y JAIME GÓMEZ O'BYRNE
3. "LA ÑAPA" Y "POESÍAS Y CORRALITOS DE PIEDRA". DANIEL LEMAITRE
4. "HISTORIA GENERAL DE CARTAGENA", TOMO IV. EDUARDO LEMAITRE
5. "PLAZAS Y CALLES DE CARTAGENA". RAÚL PORTO DEL PORTILLO

CONVERSACIONES PERSONALES CON:

VICENTE ELÍAS CH., JORGE BENEDETTI GONZÁLEZ, AURITA FLOREZ DE CEBALLOS, AUGUSTO DE POMBO PAREJA, LUIS MUFARRIJ, GERMAN GONZÁLEZ PORTO, RODOLFO DE LA VEGA VÉLEZ, LUIS BUSTAMANTE DEL VALLE, ALFREDO ALDANA MIRANDA, NELSON CORREA PUPO Y GILBERTO SUÁREZ GONZÁLEZ.

EVOCACIONES DE LAS FIESTAS DEL ONCE DE NOVIEMBRE (III)

**Los disfraces de ayer - Música y Danza - Reinado Novembrino
La Batalla de Flores - Las Prórrogas.**

ESOS DISFRACES DE AYER.

! ! No me conoces..., no me conoces...", decían con voz aflautada, o "de mascarita", los numerosos encapuchonados que circulaban por las calles y plazas de Cartagena durante las festividades novembrinas, cuando se topaban con otros viandantes, que quedaban intrigados tratando de adivinar quien era el enigmático disfrazado.

El capuchón, que según Nina de Friedmann, "era una sátira al traje del penitente cristiano que marcha cabizbajo en las procesiones de Semana Santa", se convirtió en el disfraz más común en las celebraciones del once de noviembre, por su funcionalidad, su gran cubrimiento corporal y su bajo costo. Los había de varios colores, especialmente rojos, negros, verdes y combinados.

Pero era, sobre todo, el disfraz cómplice, que encubría todas las pilatunas novembrinas y confería una amplia libertad de acción a su sudoroso portador.

Sin embargo, en algunas ocasiones era insuficiente para ocultar la identidad del encapuchonado. Por ejemplo, en las fiestas de 1945 ocurrió un hecho por demás divertido. Resulta que unos días antes Carlos Villalba Bustillo cometió una de sus travesuras de adolescencia, lo que le costó un severo y original castigo de su padre, consistente en obligarlo a usar unos zapatos amarillos, feos y largos, número 41, cuando en realidad calzaba 37, lo cual le daba una apariencia de payaso de circo. Sus vecinos "piepopanos" cuando lo veían pasar con tan raros botines le entonaban la canción "a donde vas patuleco...". Como pena accesoria por su falta, se le prohibió participar del jolgorio novembrino.

Pero Carlos, ni corto ni perezoso, inobservó furtivamente la segunda parte de la sentencia paterna y con sus carnales, Alfredo Betín Vergara, Carlos Martínez Emiliani, Jaime de Pombo Pareja y Antonio Yidios, se pusieron sendos capuchones para evitar ser identificados, y salieron de farra en un coche de alquiler. Iban, muy contentos por la calle de la Media Luna, tirando buscapiés y empinando el codo, sin sospechar que, casualmente, pasaba por allí el doctor Patricio Villalba Verbel, quien reconoció a su hijo por los larguiruchos zapatos amarillos. Sin pensarlo dos veces, se apeó de su automóvil, un "Buick" azul celeste, sorprendió al contumaz muchacho y lo mandó de vuelta a su medida de aseguramiento de detención domiciliaria, prorrogándole la pena. De nada le sirvió el capuchón al pobre Carlos.

Para Donaldo Bossa Herazo, "parece que el 11 de noviembre de 1812 las grandes familias cartageneras vistieron a sus esclavos con sus mejores galas y los mandaron a bailar a las calles y plazas de la ciudad", lo que, según él, fue la semilla de los disfraces novembrinos.

Susana Osorio y Nelly Mosquera Demoya, en su trabajo sobre "Máscaras y disfraces en la comparsa cartagenera", presentado como tesis de grado en el Colegio Mayor de Bolívar, transcriben algunos apartes de la indispensable obra de Urueta y Piñeres, "Cartagena y sus Cercanías", sobre los disfraces, que vale la pena releer:

"Para el costeño las máscaras no son simplemente una batahola de alegría incontenible, sino que conllevan expresiones puras de arte teatral, en la que se mezclan majestuosamente la comedia, el drama, la tragedia, la sátira, la danza y la música..."

"Durante los días 11, 12 y 13 las calles son recorridas constantemente por sin número de disfraces, ya aislados, ya en grupos pequeños, ya formando lo que se llaman danzas: estas últimas entran a varias casas, donde, al compás de algunos instrumentos de música ejecutan bien concertadas danzas. Algunos carros alegóricos, artísticamente trabajados, salen por la tarde a recorrer las calles de la ciudad, así como los barrios extramuros, acompañados de una banda de música y de un gentío inmenso, gran parte del cual estaba compuesto de incansables disfraces y máscaras que en sus variados colorines alegran la vista...". Eran los comienzos del siglo XX.

Después se vieron disfraces de payasos, "moni moni" o monos, con sus largos rabos de cabuya que utilizaban para pedirle plata a la gente; murciélagos; "negritos", que asustaban a los niños y a las damas con sus manchadores machetes de madera; gitanos y gitanas; dominós, arlequines, capuchones,

mascarones y cualquier otro improvisado, según la ocurrencia o imaginación del autor, algunos no aptos para menores.

Por allá, en el decenio de los cuarenta, se hacían exigentes concursos de disfraces, lo que aguzaba el ingenio cartagenero. Patricio Piñeres, actor teatral de la época, se hizo famoso por crear unos disfraces estupendos sobre los personajes de moda, nacionales o internacionales. Don Quijote, Hitler, Gandhi y otros notables, se pasearon por las calles de Cartagena, revividos en el disfraz de Patricio Piñeres, lo que le valió merecidos premios.

Había un señor, que hasta hace poco se veía caminar por las calles céntricas, que sacaba uno consistente en un gran muñeco de trapo que parecía que lo llevaba cargado a él sobre los hombros. Era bastante original y la gente lo recompensaba generosamente.

Antenor Barboza Avendaño, otro "oncenovembrino" consumado, se acordaba de un tal "Charles", así lo llamaban. Vivía en Lo Amador, y se disfrazaba de "tigre", con un traje amarillo de pintas negras, máscara y rabo de tigre. Además, cantaba tangos maravillosamente. Frecuentaba el "Alster Café", a donde un grupo de adolescentes, entre los cuales estaban Emilio García, el "Chúo Pérez (hermano de Marcos Pérez Caicedo), Raúl Guerrero Porras y el propio Antenor, iban a oírlo cantar. Tenía una rara peculiaridad: a pesar de su privilegiada voz, comenzaba los tangos, pero nunca los terminaba.

Rafael Tinoco, quien laboró durante muchos años en el poder judicial, se transformaba todos los años en el "Zorro" o "Cruz Diablo", que era una especie de "Zorro" mexicano, todo de seda negra, con botas, sombrero alón y antifaz negro y una espada cruzada al lado izquierdo.

José Angulo Pasos, hermano mayor de Alcides, se convertía en Sancho Panza y acompañaba a Patricio Piñeres en su papel de Don Quijote. Eran exactos a la imagen que uno tiene de esos personajes, más reales que de ficción.

La colonia sirio - libanesa organizaba una comparsa encabezada por Tito Bechara, montado en un caballo a pelo, disfrazado de árabe, para lo cual no necesitaba mucho maquillaje.

Llamó la atención en los años cuarenta recién pasados, el disfraz de "Dama Antigua", del archiconocido Juan Rubio, de una confección elegante y costosísima.

Y, así, muchos otros disfraces individuales que hicieron bulla en las pasadas fiestas novembrinas, como la célebre "Palenquera", de "Pachito" Vargas, hijo

del jefe de la estación del ferrocarril Cartagena - Calamar, don Luis Vargas; y, "La Mula", que era una mujer que se disfrazaba de "hombre" y se instalaba en "La Plazuela" a provocar a los señores e invitarlos a pelear. El despistado que le aceptaba el reto era víctima de una impiadosa muñequera que jamás olvidaría. Parece que la protagonista despachaba, también, en "Aires Cubanos", un sonado cabaré de la época.

Los personajes típicos de la ciudad, como Peyeye, Arturo "EL Loco", los dos Benitos, Cara'e Gallo, La Carioca e Isabelita "La Loca", contribuían a darle gracia y realce a las fiestas con sus peculiares e indefinibles disfraces, que eran motivo de la atención e hilaridad de los transeúntes. Y los homosexuales aprovechaban para travestirse con las mejores ostentaciones, en forma tal, que hubo más de un supermacho descregado.

Los clubes sociales programaban bailes de disfraces alusivos a un hecho o una época, donde los socios "la echaban toda" y emulaban en el uso de costosas y elegantes confecciones, que aún podemos admirar en los álbumes fotográficos de muchas familias cartageneras y en la maravillosa Fototeca que fundó Dorothy de Espinosa.

Los disfraces, como las fiestas, comenzaron a hacer crisis y fueron desapareciendo poco a poco. En 1972, siendo por segunda vez alcalde Juan C. Arango, el inolvidable "Juancho" Arango; secretario general de la Alcaldía, Roberto Arrázola Juliao; presidente del Concejo Municipal, Raúl Guerrero Porras, el animoso "Perucho"; secretario del Concejo, Alberto Borda Martelo; y, presidente de la junta de las festividades, el veterano Juan Yacamán, se intentó rescatar el uso de los disfraces y, principalmente, del capuchón. Fue así como, por iniciativa del doctor Guerrero Porras, el municipio mandó a hacer un gran número de capuchones para regalarlos a sus empleados y amigos. Se repartieron, y el primer día de las fiestas se vio apenas uno solo en la caseta instalada en los patios del viejo Hotel Americano que, por su característico modo de bailar con el brazo izquierdo levantado más de lo normal, todo el mundo sabía que se trataba del mismo "Perucho", lo que le malogró su travieso anonimato. Nadie más usó el obsequiado disfraz, y puede decirse que este fue el último capuchón.

MÚSICA Y DANZAS.

Para solazar la memoria de los cartageneros, evoquemos las épocas en que la música y la danza hacían parte de la sustancia misma de las fiestas novembrinas.

Cada año saltaba una melodía que era escuchada y bailada en todos los rincones de la ciudad. ¿Recuerdan aquel año, tal vez 1957 o 1958, en que todos disfrutamos las festividades al compás del porro "Pepe", de Daniel Lemaitre? ¡Qué fiestas aquellas!

Un autor anónimo escribía en el cuadernillo del programa de las conmemoraciones de 1954 cómo se manifestaba la vocación musical de la Cartagena del inmediato ayer "a través de las coplas de Nick Zubiría, los alegres pasillos de Simoncito Vélez, la exquisita melodía de Tatayo Delgado, que con el nombre de "La Montañera" los cartageneros de todas las generaciones vienen repitiendo con grata recordación; el "Torito Negro", de Carlos Padilla, así como los porros de Daniel Lemaitre llenos de picardía como "Sebastián Rómpete el Cuero", "Maní Tostado" y "La Cabrerana", que llenó de nostalgia a toda una generación". Hay que agregar a los anteriores creadores los nombres de los maestros Adolfo Mejía, Lucho Bermúdez, José Pianeta Pitalúa, Clímaco Sarmiento, Toño Fuentes, Pedro Laza y Raúl Saladén Marrugo, el afable y soñador "Racho", entre otros.

Cuenta el desconocido autor, que ese año se reunieron una tarde en el bar del Club Cartagena, Roberto Méndez Villareal, Antonio Pretelt Martínez, Luis Ramos Gómez, Gabriel Calvo Pasos y Lácides Moreno Blanco, a departir en camaradería. De esta tertulia bohemia nació un bolero titulado "Cartagenera", con música de Luis Ramos Gómez, letra de "Bob" Méndez y arreglo del maestro cubano Armando Cartaya, inspirado en la belleza y la gracia de la Reina del Deporte de esos días, Beatriz Hannabergh Pombo, cuya letra y partitura engalanaron la publicación del programa oficial de las fiestas.

En materia de danzas, tuvieron fama, además de los "negritos", la de "Los Diablos de Espejos", baile de origen afroindígena de muchos colorines con espejos que hacían reflejar el sol. La de "Los Gallinazos", presidida por su rey con todos los oropeles, rodeado de los rapaces gallinazos vestidos de negro y los pichones de blanco. Las de "El Hombre Caimán" y "El Burro", también mezcla indoafricana, con aportes lugareños.

Los ritmos musicales predominantes para bailes era la conga, el danzón, el chandé, el inmortal porro, el fandango, el mapalé, la cumbia y la gaita.

La parte interpretativa corría a cargo de bandas de músicos nativos en su gran mayoría, entre las cuales Alberto H: Lemaitre (Mr Tollo) recuerda la de Carlos Gómez Padilla (Piquinine) y las de los maestros Puello y Leal.

La banda de "Piquinine" fue siempre la sonora compañía de los madrugadores

"Carros Charros" e hizo famosa una canción popular denominada "Arroz con Leche", cuya letra contenía temas picantes del terruño, que el maestro Adolfo Mejía tomó y adoptó para un cuarteto de cuerdas.

El maestro Anastasio Leal era un virtuoso de la música y de la herrería del barrio de San Diego, virtudes que han heredado algunos de sus descendientes: Cosme Leal, su hijo, residente en Bogotá, ha descollado como músico, y en Torices se consiguen los mejores herreros en el taller de los hermanos Leal.

Adolfo Mejía incluye a Anastasio Leal en su ingeniosa composición, originalmente en ritmo de chandé, pero interpretada por Lucho Bermúdez como mapalé, titulada "Cartagena, Buena Tierra", que para el consagrado y erudito investigador de nuestra historia musical, Enrique Muñoz Vélez, "es una estampa vívida, muy sentida, del barrio de San Diego".

Recordemos las estrofas pertinentes:

" Cartagena, buena tierra,
por lo que me cuentan digo:
desde antes de la guerra
le cortaron el ombligo
a....."

" En el barrio de San Diego,
sin que me traten de loco,
no sirven ninguna cena
sin faltá el arroz con coco".

" En la heroica Cartagena
Al Partido Liberal
Lo dirige el maestro Leal,
Sin que se enteren los ciegos...".

La lista de los personajes sandieganos a quienes, según Mejía, "desde antes de la guerra le cortaron el ombligo", incluye al "Tuerto Hermosura", cuyo nombre de pila era Roberto Delgado, alto, flaco, caminaba más de prisa que nuestro colega y amigo Héctor Hernández Ayazo, que es mucho decir, y tocaba el "banjo" en la orquesta "Jazz Band" de los Lorduy. El "banjo" es una guitarra de 4 a 9 cuerdas, cuya caja de resonancia es circular. Luis Felipe León, fervoroso

liberal del barrio. "Minino" Pombo, bohemio pertinaz. Salvador Franco y Manuela Pantoja, que "vende asadura".

Otras agrupaciones orquestales, como la "Banda del Regimiento # 7", dirigida por Tomás Velásquez; la "A # 1", del maestro Pianeta Pitalúa; la de Otoniel Agudelo; la de "Emisoras Fuentes", bajo la batuta de varios directores, entre ellos el carta - filipino Teófilo Tipón, y los cubanos Armando Cartaya y Pedro Echemendía; el "Conjunto Miramar", también conducido por Cartaya; la de Luis A. Mora; y, "Pedro Laza y sus Pelayeros", hicieron rayar tantas baldosas a varias generaciones de bailarines cartageneros.

En las retretas de las fiestas de noviembre de 1915 se estrenaron diez danzones de la autoría de Anastasio Leal, Nick Zubiría y Daniel Lemaitre. Los cuatro de Lemaitre se titulaban: "El Carrito Ford", "Sumercecita", "Cachimba" y "La Negra Sinforosa", este último con letra, y aludía a una propaganda de su jabón.

Para las celebraciones de 1946 la orquesta "Emisoras Fuentes", dirigida en ese entonces por Teófilo Tipón y con la voz de Remberto Brú, interpretó y popularizó "Los Pregones Cartageneros", que después, declamaba con lustre Fernando Velásquez.

Los bailes se verificaban en distintos ambientes: en las casas de familia, en los clubes sociales, en los "salones", en teatros abiertos y en plazas.

Los que hacían en recintos abiertos y teatros se caracterizaban por un público masivo, perteneciente, en su mayoría, a estratos populares y medios, pero con participación de personas de otras clases. Era muy frecuente que los socios de los clubes, al terminar sus bailes, se trasladaran a rematar la parranda a la "Plazuela", para amanecer danzando con el pueblo. No extrañaba ver allí señores con esmoquin o costosos disfraces.

Parece que el primer sitio abierto donde se efectuaron bailes públicos populares durante la colonia fue la plaza del Matadero, por su cercanía al entonces puerto de la ciudad. De allí que los cronistas viajeros Jorge Juan y Antonio de Ulloa, citados por Múnera en su obra ya referida, dejaron una descripción de las costumbres portuarias de Cartagena en 1739, señalándola como una localidad de "una población bulliciosa, llena de cantinas populares..." Y el más famoso bailadero abierto, sin duda, la "Plazuela", que como ya vimos, era el nombre dado a varios espacios festivos de la vieja ciudad.

Merece mención especial el típico "Refugio de las Reinas", estadero - bar instalado a fines de la década de los 50 o principios de los 60 retropróximos sobre la muralla, al lado de la "Boca del Puente", muy frecuentado por su ambiente fresco y único en la ciudad y la alegría propia de sus parroquianos. Igualmente, la primera "caseta" que conocimos, "El Amanecederero del Gallo", que después se llamó "La Lumitón", en el lote donde hoy está el parque Flanagan, frente al Hotel Caribe, en Bocagrande.

REINADO NOVENBRINO.

Uno de los eventos más lucidos e importantes era la escogencia de la reina de las festividades novembrinas, con candidatas de los barrios más tradicionales de la ciudad. Desde septiembre se agitaba la campaña en los respectivos sectores con un fervor cívico que envidiarían los políticos de hoy. En un principio la reina se escogía mediante votación popular y, después, por un jurado que casi siempre se veía en calzas prietas para cumplir su cometido. Más de una vez los asustados miembros del jurado tuvieron que salir escoltados por la policía para evitar ser agredidos por la multitud inconforme con su veredicto.

Las candidatas reflejaban la configuración geográfica de la urbe y, a medida que la ciudad crecía, aumentaba su número. En 1961, por ejemplo, concursaron: por San Diego, Sarita Viñas; Getsemaní, Edelmira Tapias; Torices, Guillermina Buelvas; Canapote, Doris Ortega; El Espinal, Delia Rodríguez; El Espinal, calle del Tren, María Montes; Manga, Tarcila Salinas Rivera; La Esperanza, Elida López Jiménez; Martínez Martelo, Libertad Mejía; El Prado, Nilsa Anaya; Alcibia, Mirian Valet; Amberes, Antonia Navarro Bustillo; y, Olaya Herrera, Angelita Jiménez. Eran sólo trece barrios, que constituían, con otros pocos, la Cartagena de esos días. Este fue uno de los más competidos y publicitados reinados, por el porte y belleza de casi todas las candidatas.

Vivíamos en los tiempos en que la Lotería de Bolívar jugaba un sorteo extraordinario fabuloso de un millón de pesos; la Industria Licorera de Bolívar nos invitaba a deleitarnos con su "Aguardiente Extrafino"; la sed se calmaba con "Costeñita", "tan buena la grande como la chiquita", decía la propaganda; Simón Bossa López desempeñaba la Secretaría de Obras Públicas departamental; Juan C. Arango, su primera Alcaldía; Fernán Caballero Vives, la presidencia de la Junta de las festividades; Luis Vélez Domínguez, la vicepresidencia; Carlos M. Félix, la fiscalía; Luis Mufarrij, la tesorería; Antonio J. Irisarri (Nacarillo), la secretaría; y, Enrique Castillo Jiménez, Carlos Arturo Pareja y Ricardo de la Vega, las relaciones públicas, coordinación y jefatura de prensa, respectivamente. Eran, pues, "los tiempos de la gustadera".

En las fiestas de 1949, el programa radial humorístico "La Cotorra", dirigido por "Tony Porto" y "K.Q. Men", promovió su propio reinado. La candidata ganadora fue la voluptuosa "Guadalupe Burundanga", cuyo papel hizo jocosamente el mismo "Tony Porto". La noche en que se eligió la reina de las festividades en el estadio "Once de Noviembre", también se coronó a "Guadalupe" con rojas flores de "arrebata macho" por el sabio mundólogo Carlos Arturo Pareja, y el discurso de coronación estuvo a cargo de Roberto Méndez Villarreal. Este gracioso reinado opacó a los otros verificados en esa ocasión.

El reinado novembrino, llamado ahora popular, ha trascendido hasta nuestros días con otra forma organizativa un poco más moderna, pero sin el dulce sabor de aquellos tiempos.

LA BATALLA DE FLORES

Denominación poética que se daba al acto cumbre señalado para el último día de las fiestas, que consistía en un fastuoso desfile de carrozas que partía a las cuatro o cinco de la tarde, encabezado por la "Señorita Colombia", elegida la noche anterior, seguida por las representantes de los demás departamentos; la reina de las festividades y sus princesas; carros y coches engalanados artísticamente por los maestros Antonio Víctor Araújo, Fernando Velásquez o los Baena, de Turbaco; disfraces, conjuntos folclóricos, comparsas, danzas y, obviamente, muchas bandas de músicos y buscapiés. El desfile daba vueltas al Camellón de los Mártires y al Parque del Centenario, en medio de un grueso público que despedía, así, el alegre "agite" del jolgorio.

Es imposible olvidar la belleza y señorío que irradiaba Piedad Gómez Román, después señora de Antonio Dager, "Señorita Colombia" elegida en 1947 cuando se reanudó el reinado, sentada en su trono sobre una imponente carroza decorada de blanco. La generación nacida en la segunda mitad del decenio de los treinta de la centuria pasada, que cifraba entre los nueve y doce años de edad, presenció esa vez, quizás, la primera "Batalla de Flores" de su vida. Por eso la imagen de la majestuosa soberana, saludando desde lo alto de su carroza, se fijó en la retina de tantos cartageneros.

Este evento galante desapareció de las programaciones novembrinas y parte de sus integrantes pasaron a engrosar las filas de lo que ahora llaman el Bando.

LAS PRÓRROGAS.

Eran la prolongación del festejo durante los sábados y domingos subsiguientes, autorizada por el Alcalde, a petición y bajo la organización de unos particulares, casi siempre los mismos. Hubo un año en que se extendieron hasta la Navidad.

Recordemos, también, la graciosa y estimulante participación del abogado Salustiano Fortich Ávila, pidiendo clamorosamente prórroga, en pleno Bando, cuando las fiestas apenas iban a comenzar.

Este deseo vehemente de los cartageneros de estirar sus celebraciones novembrinas hasta donde les aguantara el cuerpo no era atributo exclusivo de las promociones posteriores a 1811. Ya vimos que en el período colonial, en 1747, el Gobernador, por solicitud de varios vecinos del lugar, autorizó prorrogar los festejos que se hicieron con motivo del ascenso al trono español de Fernando VI, tal como ocurriría mucho tiempo después.

Entre los más respetables peticionarios de prórrogas se recuerda a Bartolo Vélez Herrera, comerciante, promotor de juegos de suerte y azar, que tenía su cuartel general frente al parque del Centenario, cerca al antiguo Club Cartagena. Bartolo era hermano de Juan Vélez, el irremplazable asesor de tantos alcaldes de Cartagena.

A Miguel Araújo Jiménez, "Miche" Araújo, periodista, quien desempeñó la jefatura de redacción y la dirección del periódico "El Porvenir", órgano de expresión del doctor Rafael Núñez, fundado en 1877 por el general Antonio Araújo León, hasta 1930, cuando dejó de circular después de 57 años de agitada existencia. "Miche" Araújo era asiduo activista de "El Bodegón".

Antonio C. Aguilar, "Repelín", cronista taurino y deportivo, empleado del Concejo Municipal por largo tiempo. En las calendas de 1918 criticó duramente el desempeño del as del toreo, Manuel Mejía Bienvenida, durante unas corridas en el coso de "La Serrezuela". El siguiente domingo, Bienvenida fue por el desquite y, según Mr. Tollo, "Esperó al toro y, luego de un corto tanteo, lo puso en los medios con un soberbio Pase de la Muerte (hoy estatuario). Luego ejecutó un gran farol que alumbró todo el Barrio de San Diego y para terminar administró cinco pases sentado en el estribo que fue la apoteosis. Después de una larga y lucida faena, despachó a su enemigo con una soberbia estocada lagartijera". Delirio en los tendidos y en la arena, el diestro triunfador le armaba una bronca a "Repelín", retándolo, con ironía, a que bajara al ruedo "a arriesgar los cojones" con los bravos astados, como él lo había hecho. Al día siguiente

"Repelín" publicó una nota que encabezó diciendo: "Ayer estuvimos diez minutos en Madrid".

Santiago R. López, propietario, director y editor del periódico "El Mítin", que fundó en 1910 y circuló con frecuentes interrupciones, Tenía sus oficinas en la plaza de los Coches, en uno de los locales que existieron adosados a las murallas, contiguo a la llamada puerta "Balmaseda" de la Boca del Puente. Ponía un tablero de regular tamaño a la entrada de la oficina donde anotaba los titulares de las noticias del día. Se adelantó en muchos años a la tecnología informativa moderna.

Gabriel Calvo Pasos, legendario personaje cartagenero de chispeante y cáustico humor, rico en anécdotas que esperan un recopilador; director - propietario del radioperiódico llamado "Casnalpe en el Aire", célebre y temido en su época. Fue contertulio de "El Bodegón" y "El Ancianato".

Cuentan que alguna vez se encontraba Calvo motilándose en la tradicional peluquería de Juancho Martelo, cuando hizo su entrada el conocido abogado Carlos Castillo, a quien llamaban "La Ley", con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón. Al observarlo Gabriel Calvo en esa pose, le dijo al rompe: "Primera vez que veo a un abogado con las manos metidas en sus propios bolsillos...".

Otro día alguien le preguntó que cuáles eran sus tribunas de combate y contestó: "Pues, el radioperiódico 'Casnalpe en el Aire' y mis editoriales hablados de El Polo". Este último era el concurrido bar - restaurante "El Polo Norte", donde se reunía a hablar con sus amigos. Decía ser "conservador y masón".

También adquirieron fama como propiciadores de prórrogas el comerciante Luis Carlos Ibarra y Teófilo R. González, a quien conocían muchos con el remoquete de "El Ministro" por su atildada apariencia.

Al desnaturalizarse las fiestas de noviembre, desaparecieron las prórrogas que tantos chascarrillos dejaron en la cotidianidad cartagenera.

Y SE ACABARON LAS FIESTAS.

Dejo en el tintero muchos recuerdos que aún campean en nuestra memoria sobre las festividades tutelares del villorrio. Me entristece pensar que los cartageneros, a diferencia de los barranquilleros, dejamos escapar, sin

percatarnos, toda una tradición festiva que hizo parte del alma misma de Cartagena, que jamás habremos de recuperar.

Las expresiones patrióticas también se ausentaron, tanto así que en 1997 el 11 de noviembre fue aquí día laboral, común y corriente, excluido del calendario adoptado dizque para conmemorarlo. Sólo la Academia de la Historia de Cartagena rindió homenaje a los próceres de la independencia y a sus mártires y algunas pocas autoridades se acordaron de ellos.

Dicen que el progreso, el crecimiento urbano, la inseguridad, las falencias económicas, el aumento poblacional, el manejo de la ciudad por personas no nacidas ni criadas en su suelo y la carencia de urbanidad de las nuevas generaciones, liquidaron la vida de las fiestas novembrinas. Pero, pregunto: ¿Y por qué Barranquilla, que ha experimentado todos esos mismos problemas, mantiene cada vez mejor sus carnavales? Otras deben ser, entonces, las razones.

En todo caso, se acabaron las fiestas de noviembre. Sólo nos queda el Concurso Nacional de Belleza, certamen cívico del orden nacional, iniciado formalmente en el año 1934, con la elección y coronación de Yolanda Emiliani Román, que ha seguido tan campante hasta nuestros días, bajo la exitosa batuta durante 25 años de doña Teresa Pizarro de Angulo y hoy de su hijo, Raimundo, evento sin el cual habría desaparecido todo vestigio de las fiestas novembrinas.

Espero, por lo menos, que volvamos a vivirlas a través de estos recuerdos que, estoy seguro, habrán movido las fibras nostálgicas a tantos y tantos cartageneros.

FUENTES CONSULTADAS PARA ESTE CAPÍTULO.

1. "CUARTILLAS DE RANGER". ART. PERIODÍSTICO. 1994. DONALDO BOSSA HERAZO
2. "ESTAMPAS DE CARTAGENA DE AYER". ALBERTO H. LEMAITRE
3. "EL FRACASO DE LA NACIÓN. REGIÓN, CLASE Y RAZA EN EL CARIBE COLOMBIANO (1717 - 1810)" ALFONSO MÚNERA
4. "MÁSCARAS Y DISFRACES EN LA COMPARSA CARTAGENERA". TRABAJO DE GRADO - 1992. SUSANA OSORIO OSORIO Y NELLY MOSQUERA DE MOYA. COLEGIO MAYOR DE BOLÍVAR
5. "CARTAGENA Y SUS CERCANÍAS". URUETA Y PIÑERES

CONVERSACIONES PERSONALES CON:

ENRIQUE MUÑOZ VÉLEZ, ANTENOR BARBOZA AVENDAÑO, RAFAEL FRANCO CARRASQUILLA (TONY PORTO), CARLOS VILLALBA BUSTILLO, SALUSTIANO FORTICH ÁVILA, CARLOS GUSTAVO MÉNDEZ RODRÍGUEZ, EDMON FELIZ PÉREZ, ALCIDES ANGULO PASOS, LUIS MUFARRIJ, HERMÓGENES MARTÍNEZ.

CAPÍTULO VI

EPISODIOS SOBRESALIENTES DE LA CULTURA FUNERARIA EN CARTAGENA

ANTECEDENTES:

Desde los tiempos más remotos, los pueblos que alcanzaban algún grado de cultura honraban a sus muertos y respetaban los lugares donde reposaban sus restos.

Fueron los egipcios quienes primero practicaron el enterramiento rodeado de solemnidades y de ellos quedan sus faraónicas tumbas.

Los romanos antiguos los enterraban en el mismo hogar. Después lo hicieron en terrenos cercanos al lugar de habitación. También quemaban los cadáveres y enterraban sus cenizas en urnas. Practicaron simultáneamente los dos grandes ritos funerarios, la cremación y la inhumación.

Los hebreos, obedeciendo la sentencia bíblica que destina al hombre a volver a la tierra de donde provino, inhumaban a sus muertos en sepulturas abiertas a la orilla de los caminos, en los jardines, en cuevas y dentro de las ciudades. No tenían un sitio único destinado a los enterramientos.

Los cristianos, siguiendo las costumbres de los hebreos, lo hicieron, inicialmente, en las catacumbas. Estos subterráneos romanos fueron los templos y cementerios de los primeros cristianos, quienes, víctimas de persecuciones durante tres siglos, depositaban allí los cuerpos sin vida de sus mártires, lo que llevó a los demás seguidores a ser enterrados al lado de tan santos y venerables varones.

A partir del imperio romano de Constantino I el Grande, quien aceptó finalmente al cristianismo, se construyeron las primeras iglesias y se trasladaron a ellas los

restos de los mártires. Como era de esperarse, los fieles de cierta distinción disponían ser enterrados en esos sagrados lugares, lo que les garantizaba una buena compañía "post- mortem" y, seguramente, una "ayudita" en el más allá de sus bienaventurados vecinos. Poco a poco esta costumbre se extendió a todos los creyentes.

Al crecer la militancia del cristianismo, las iglesias fueron insuficientes para alojar a tantos fieles fallecidos; utilizando sus naves interiores sólo para las personas de valimiento y fortuna y depositando a los demás en los patios inmediatos, bajo la sombra piadosa de la cruz, que fue el origen verdadero de los primeros cementerios, como hoy los conocemos.

Es, por demás, curioso el origen de la palabra "cementerio": viene del griego "Koimeterion", que significa "dormitorio", que, a su vez, se deriva del verbo "Koimao", que es "acostarse", "dormir". De éstas nació la palabra latina "Coemeterium", que llega a nuestra lengua con su significado actual. Se cree que fueron los cristianos griegos los primeros que usaron el vocablo "Koimeterion", porque, hasta entonces, el sitio para enterrar a los muertos se llamaba "necrópolis" (ciudad de los muertos). Razón tenían, entonces, los cartageneros cuando llamaban al cementerio de Manga "El barrio de los acostados".

EN LA ERA PREHISPÁNICA Y EN LA CONQUISTA:

Cuando los españoles arriban al territorio en donde después se fundaría la ciudad de Cartagena de Indias, encuentran una abundante población indígena que habita una aldea de chozas pajizas, a la cual llaman Calamarí o Caramarí, ubicada en parte de lo que hoy es el centro amurallado o sector histórico, cercada por una espesura de gruesos árboles espinosos, que a juicio de V.M. Patiño, citado por Augusto de Pombo en sus "Trazados Urbanos en Hispanoamérica", "eran de ceiba colorada o ceiba tolúa", especie en vía de extinción que abundó en los alrededores de Cartagena y el Sinú, "tan apretados que entre un árbol y otro no puede haber un hombre", al decir del cronista Gonzalo Fernández de Oviedo.

Dentro del poblado, cada choza, a su vez, era protegida por una estacada en cuyas puntas colocaban sus habitantes los cráneos de los enemigos muertos en combate.

No hay muchas noticias de los cronistas que se ocuparon de narrar la primera etapa de la Conquista sobre la existencia y ubicación de cementerios indígenas en el territorio de lo que sería Cartagena. Lo más atendible es que utilizaran diferentes sitios para esas ritualidades.

Se infiere que, como dentro de las tribus radicadas en esta zona del litoral Caribe imperaba el cacicazgo, tal circunstancia conllevaba la existencia de rangos o estratos diferentes que se reflejaban en las prácticas funerarias. De ahí la variedad de la arquitectura de este tipo encontrada por los arqueólogos, como túmulos, criptas, pozos, cámaras sepulcrales, etc., que, junto con el menaje acompañante, revelaba la categoría social del difunto.

El profesor Gerardo Reichel Dolmatoff nos entera, en el capítulo que titula "Colombia Indígena", publicado en el primer tomo del "Manual de Historia de Colombia", que en "el sitio arqueológico de Crespo, cerca de Cartagena", se encontraron "agrupaciones de sencillas urnas funerarias", que atestiguan la presencia allí de una aldea indígena de pescadores o agricultores, con su cementerio.

Donaldo Bossa Herazo cuenta en su "Nomenclator" que en los años 1964 o 1965, cuando se construyó el colector del alcantarillado de la calle de Baloco, los obreros, al excavar, hallaron a dos metros de profundidad un cementerio indígena, en el cual predominaban las osamentas de niños, lo que señalaría que a los infantes los inhumaban separados de los adultos. Además, añade el mentado autor, que oyó decir muchas veces al historiador Jeneroso Jaspe, quien, según Bossa, nunca mentía, que esa calle, la de Baloco, era famosa por la cantidad de entierros encontrados en las casas de su perímetro.

Uno de los malos hábitos que algunos cronistas de la época, como Fray Pedro Simón, atribuyen a nuestros ancestros caribes es la antropofagia, preferencia culinaria que haría innecesarios los cementerios o reduciría sus medidas. Sin embargo, según apunta Eduardo Lemaitre en su Historia General de Cartagena, basado en los mismos cronistas, nuestros aborígenes caribes "poseían ciertos valores respetables, que no los muestran como seres completamente apáticos en materia moral", uno de ellos era "la sensibilidad y cuidado con que sepultaban a sus muertos, a los que, a veces, conservaban embalsamados en sus hamacas por tiempo indefinido".

Camilo S. Delgado, el famoso "Doctor Arcos", nos habla en sus "Historias y Leyendas de Cartagena" de los "árboles funerarios", corpulentos árboles donde

los indios colgaban campanas de oro, llamados así porque tenían sepulcros a sus pies y se plantaban para distinguir el lugar en que se enterraban a los indios ricos, junto con sus valiosos tesoros. Esta costumbre fue reemplazada por la construcción de montículos o mogotes, como le decían los españoles, cuya altura dependía de los caudales del difunto.

"Cuando un indio moría, afirma María del Carmen Borrego Plá en 'Cartagena de Indias en el siglo XVI,' después de velarlo toda una noche, sus familiares y amigos lo enterraban en una tumba cavada para tal efecto en el suelo, dejando junto a él todas sus armas, joyas y pertenencias más queridas, así como gran cantidad de ollas llenas de maíz por si las necesitaba en la otra vida. Esta costumbre alcanzó gran relevancia en el Cenú, ya que la nobleza indígena era enterrada en tumbas en los alrededores de un templo que albergaba 20 ídolos de madera cubierta con láminas de oro. Así mismo, los ajuares funerarios, debido a la gran riqueza de oro de la zona, eran muy valiosos, abundando las diademas, pendientes, anillos, brazaletes, etc. Por ello esta zona sería la principal fuente de riqueza de los conquistadores cartageneros durante los primeros años, ya que, al no tener posibilidad de gozar de Encomiendas, se dedicaron sistemáticamente al saqueo de las tumbas y templos del Sinú, siendo famosa esta zona durante los primeros años de la conquista por las riquezas que atesoraba".

En efecto, las capitulaciones que el 5 de agosto de 1532 celebraron en Medina del Campo don Pedro de Heredia y la reina, doña Juana la Loca, que concedían a aquél la gobernación del territorio comprendido entre los ríos Grande de la Magdalena y Atrato y, por el sur, hasta la línea equinoccial del Ecuador terrestre, no lo autorizaban para otorgar Encomiendas, es decir, para repartir tierras e indios.

Al no poder el adelantado Heredia, en sus inicios, ejercer esta lucrativa forma de explotación agrohumaña ni encontrar en este litoral las riquezas imaginadas, decidió, como los conquistadores que le antecedieron, explorar hacia el interior del territorio de su jurisdicción, a donde partió unos meses después de la fundación de Cartagena, con 200 infantes, una cuadrilla de 50 negros esclavos macheteros traídos por él, lo que se considera como la primera llegada memorable de esclavos negros a Cartagena, 50 jinetes con dos o tres bestias cada uno y 66 mulas, aproximadamente, hasta llegar a una llanura habitada por la cacica "Finzenú", que, según Lemaitre, "no solía dignarse poner los pies en el suelo para bajar o subir de su hamaca, sino sobre las espaldas de doncellas servidoras". Esta explanada sinuana era el cementerio general de la provincia,

lleno de sepulturas, con sus ajuares en oro y joyas, que despertaron la codicia de los, hasta ese momento, frustrados conquistadores.

Fue tal la fama de las tumbas del Sinú, que llegaron a ser consideradas, con alguna exageración, más ricas que el Perú, tanto así, que los historiadores nos recuerdan cómo se hizo popular y famosa la expresión: "Desgraciado el Perú si se descubre el Sinú".

Este primer período de gobierno de don Pedro de Heredia en Cartagena se caracterizó por el imperio de una incipiente necroeconomía a costa de las sepulturas del Sinú, saqueadas sin misericordia por los españoles, que, según Nicolás del Castillo Mathieu, en su obra "Población Aborigen y Conquista", le produjeron a los despojadores europeos más de doscientos mil pesos de oro entre 1533 y 1539. Fue tal la intensidad de los saqueos, que ya a mediados de 1540 se habían agotado las riquezas de las tumbas del Sinú. De ricos tesoros, pasaron a convertirse en unas pobres excavaciones llenas de osamentas desparramadas.

EN LA COLONIA:

Siguiendo las costumbres cristianas, el sitio donde se efectuaron los primeros enterramientos en la naciente ciudad española fue la modesta iglesia catedral de palma y bahareque, levantada en la manzana 14 de aquellos tiempos, según De Pombo Pareja, en lo que hoy es la calle del Coliseo, frente al edificio donde existió el "Almacén Mogollón", lote sobre el cual, después, en 1778, se erigió la capilla del Colegio Real San Carlos Borromeo, cuyos vestigios aún pueden verse en el local donde funciona un establecimiento comercial.

Elevada Cartagena al año siguiente de su fundación a la categoría de diócesis, se impuso la necesidad de construir una edificación que sirviera de lugar consagrado a los oficios religiosos. Como era apenas natural, el templo se armó rudimentariamente con los materiales de uso en aquellos tiempos, como eran la caña brava y el barro para las paredes y pisos, y la palma seca para los techos.

El licenciado Juan de Vadillo, juez de residencia y pionero de los planificadores urbanos de Cartagena, porque, entre otras cosas, trazó las calles del poblado, dio comienzo a la construcción de la iglesia. Al llegar en agosto de 1534 a la ciudad su primer obispo, el dominico Fray Tomás de Toro Cabero, encontró su diócesis en precario estado material y espiritual, viéndose precisado a rogar la ayuda de la monarquía, la que obtuvo por real cédula del 8 de diciembre de

1535, consistente en quinientos pesos de oro que debían aportar el Gobernador y los oficiales para la construcción de la iglesia.

Según el parecer de Enrique Marco Dorta, expresado en su conocida obra "Cartagena de Indias, Puerto y Plaza Fuerte", todo indica que esta primera iglesia catedral se levantó de manera provisional, pensándose siempre en la posibilidad de trasladar la ciudad a un lugar más apropiado. Ello se colige porque en agosto de 1535 el licenciado Vadillo se dirigió al Rey "culpando a los indios de no haber traído la paja necesaria para acabar la techumbre y, al mismo tiempo, le comunicaba que había encargado a la isla de Santo Domingo madera labrada para el coro y capilla". Para Marco Dorta, Vadillo dispuso la construcción de un templo provisional y esperaba los materiales para hacer el definitivo cuando se decidiese si la ciudad se trasladaba o no a otro sitio de mejores condiciones.

Reafirma esa apreciación la respuesta dada por la corona española a Vadillo, por medio de la real cédula del 3 de febrero de 1537, diciéndole que "proveeris que entre tanto que se muda el dicho pueblo, se cubra la iglesia de paja, pues ha de ser de prestado, y que se guarde la madera labrada hasta que se determine dónde ha de quedar".

Ello nos indica que, a pesar de haberse fundado la ciudad el 1° de junio de 1533, persistía entre sus fundadores la idea de trasladarla a un sitio mejor, especialmente donde hubieren suficientes fuentes de agua dulce. Uno de los preseleccionados fue el poblado de Zamba, hoy Galerazamba, pero cuya bahía no llenó las expectativas de los españoles, lo que nos libró, gracias a Dios, de cargar con el nada sonoro gentilicio de zambocartageneros o cartazamberos.

Mal que bien, el poblado de palma, bahareque y algo de madera se mantuvo en el lugar original de su "assiento", junto con su iglesia, hasta el incendio que lo arrasó en enero de 1552. Se rehizo enseguida la villa en la misma faja de tierra, por no hallarse otra con mejores ventajas portuarias, pero, esta vez, con edificaciones a base de cal y canto y techos de tejas, lo que constituyó el comienzo de la arquitectura española que aún conservamos. Y su iglesia catedral provisional se reconstruyó en el mismo lote, hasta fines del siglo XVI, cuando fue trasladada, ya con todas las de la ley, a donde hoy se encuentra.

En el solar de aquella primitiva iglesia catedral fue enterrado su primer obispo, fray Tomás de Toro Cabero, y muchos personajes de la Colonia, entre ellos el famoso conquistador Sebastián de Belalcázar, fundador de Cali y Popayán, considerado uno de los más intransigentes caudillos españoles, a quien se imputa la autoría de la máxima "se obedece pero no se cumple", refiriéndose a las

"nuevas leyes" protectoras de los indios, quien murió en Cartagena en 1551, cuando se dirigía a España a encarar un juicio de residencia que se le seguía. Según los analistas de la historia local, tal hecho está amparado en una cláusula de su testamento, en la cual manda que su cuerpo sea sepultado en la iglesia de esta ciudad y, como se sabe, en ese tiempo sólo existían en Cartagena la iglesia catedral y el convento de Santo Domingo. Y de haberlo querido en este último, así lo hubiere dispuesto claramente. No se ha podido encontrar el sitio exacto en donde reposan sus restos mortales, pero allí deben estar, algunos metros debajo del tintineo de los cristales de almacén que hoy ocupa el lugar.

Sobre los primitivos bohíos surge una ciudad portuaria en desarrollo dedicada, especialmente, al comercio de importación y exportación, con la seducción y las contingencias de un centro colonial en plena ebullición. Es, además, sede de una pluralidad de templos católicos, en cuyos patios, panteones y bóvedas se llevan a cabo los sepelios de la época. Casi todas las iglesias y conventos coloniales poseían grandes lotes cerrados con paredes de cal y canto, destinados a ser la última morada de los feligreses de las respectivas parroquias.

Según noticias del historiógrafo José P. Urueta en su celeberrima obra "Cartagena y sus Cercanías", fueron tres los más importantes y más extensos camposantos que existieron en la ciudad colonial, anexos a iglesias.

El de la nueva catedral, terminada en 1612, ubicado en toda la cuadra de la actual calle del Arzobispado, en el lugar que en el presente ocupa el palacio arzobispal, calle que, por ese motivo, se llamó "del Cementerio de la Iglesia", y que empezó a ser conocida como "del Arzobispado" a partir de 1901, cuando se elevó a arquidiócesis la anterior diócesis de Cartagena, con monseñor Pedro Adán Brioschi como primer arzobispo.

Comenta Donaldo Bossa Herazo en su magistral "Nomenclator", que en Cartagena no había obispalía y los obispos residían en los conventos de sus órdenes o en casas particulares. Que en 1896 el obispo Eugenio Biffi inició la construcción del palacio episcopal. En 1898 quedaron terminados los dos primeros pisos. En 1908 se levantó la parte que corresponde al patio interior de la catedral. Y en 1909 se terminó el tercer piso y se ornamentó la fachada, 13 años después de su iniciación.

Hoy, en la parte baja del palacio arzobispal, funcionan la antigua "Librería y Papelería Angulo", la "Librería Paulo Sexto" y "Servicopias Chaljub", sin saber, probablemente, que ocupan el lugar del viejo cementerio de la iglesia.

Otro fue el de la iglesia y convento de los padres recoletos de San Diego, establecidos en este villorrio en 1608 en el edificio que hoy ocupa la Escuela de Bellas Artes, cementerio levantado en los patios de esa comunidad franciscana. Por eso la calle lateral a la iglesia, que va de la plaza al coso de la Serrezuela, se llamó, inicialmente, "calle del Cementerio de San Diego", y hoy, consecuente con su nombre original, pero más poético, se conoce como "calle del Camposanto de San Diego".

El tercer cementerio existió en los patios de la iglesia y convento de Santo Domingo, lugar donde, después, construyó monseñor Eugenio Biffi unas viviendas para familias pobres, hoy reemplazadas por la moderna "Urbanización Residencial Santo Domingo". Según don Jeneroso Jaspe, este lote volvió a ser usado como camposanto en las postrimerías del sitio de Ricardo Gaitán Obeso, en 1885, porque allí fueron sepultadas las víctimas de los bombardeos que desde San Felipe hicieron los sitiadores con el en ese entonces poderoso cañón llamado "El Vigilante" y desde algunos barcos armados, surtos frente al baluarte de Santo Domingo.

Es probable que por la vecindad del camposanto y por la atmósfera de embrujo que envuelve ese sector del centro histórico de Cartagena, se hubiere tejido desde tiempos remotos una serie de leyendas sobre apariciones y fantasmas en las calles que lo circundan, algunas recordadas por Raúl Porto del Portillo en su libro sobre "Plazas y Calles de Cartagena de Indias".

Una de esas leyendas, que oímos referir los cartageneros nacidos y crecidos en la mitad del siglo XX, fue la del célebre cuento de la torcida de la torre de la iglesia de Santo Domingo por obra de la mano del diablo, quien, como era apenas entendible, se oponía a que se levantara el templo, y un día, furioso, dio un brinco y se aferró al borde de la torre, sacudiéndola violentamente con el fin de derribarla, lo que no pudo lograr; pero la torció y ahí está, aún torcida, según el cuento de marras.

En el arrabal de Getsemaní sus feligreses eran inhumados principalmente en la iglesia de la Santísima Trinidad, en el patio que queda detrás del templo, donde había una cruz de mampostería, que contaba con nichos para sepulcros. Allí, también, reposan restos mortales de algunos fallecidos durante el asedio de 1885. Dice don Jeneroso Jaspe que él, personalmente, asistió a dos inhumaciones efectuadas en ese patio.

También lo hacían en la iglesia de San Francisco, donde estuvo el “Teatro Colón”, en las capillas de la Tercera Orden y de la Veracruz, después “Teatro Cartagena”, y en la ermita de San Roque.

Cuenta Donaldo Bossa, refiriéndose a la iglesia de la Santísima Trinidad, que ésta fue edificada bien pasada la mitad del siglo XVII, en 1640 o 1641, inspirada en la catedral y, como todas las iglesias cartageneras, su pavimento lo constituían lápidas sepulcrales de mármol. Cita Bossa, como curiosidad, el extenso y singular epitafio, que haría las delicias del escritor cubano Félix B. Caignet, que se lee en la losa de doña Gregoria Domínguez de Romero, la esposa de Pedro Romero, que dice:

"Pasó así María Gregoria Domínguez y de Romero, convencida íntimamente que sólo la virtud puede reanimar hasta los siglos remotos los restos del ser mortal, porque sin ella la vida es vidrio de tiempo, tiempo de un sol pasajero".

Los restos de Pedro Romero, traídos de Haití, donde murió de inanición al llegar a la ciudad de Los Cayos huyendo de Morillo, en vez de reposar en Getsemaní, cuna de sus hazañas, se encuentran en la iglesia de Santo Toribio.

En la capilla de la Tercera Orden, construida en el siglo XVIII, hoy al servicio religioso de la Armada Nacional, está sepultado en su sacristía el brigadier Juan Bautista Mac Evan, ingeniero constructor de las fortificaciones hechas en esa centuria, entre otras, la de San Sebastián del Pastelillo. Y, según el padre Tulio Aristizábal, dicho en su estudio sobre las "Iglesias, Conventos y Hospitales de Cartagena de Indias", en ese templo debió ser sepultado don Blas de Lezo. Sin embargo, Enrique Marco Dorta lo da por enterrado el 7 de septiembre de 1741 en la capilla de la Veracruz, donde hoy reposan, también, los restos del añorado “Teatro Cartagena”.

Los entierros en las iglesias se extendían, inclusive, a los esclavos.

Urueta nos ilustra sobre una comunicación que, con fecha 21 de octubre de 1672, dirigió el Rey al obispo de Cartagena, pidiéndole informase sobre una queja elevada ante él, a raíz del aumento hecho por las autoridades eclesiásticas al valor de los derechos que debían pagarse por los enterramientos de los esclavos.

La carta, en su parte pertinente, dice:

"Diego Fernández Calvo, Procurador General de esa ciudad, en nombre de ella, me ha hecho relación que estando en costumbre de muchos años a esta parte el que muriendo algún negro de los que tienen los vecinos de la dicha ciudad en su servicio, se entierran en el cementerio de la iglesia catedral de ella, y se pagan por ello dos pesos de derecho, han introducido los prebendados que se pague medio peso más, en que vino el obispo, vuestro antecesor, y para ello obligan a los vecinos con censuras, suplicándome mandara no se invocase en este caso lo que siempre se ha usado".

De la misiva real anterior se deduce, sin dudas, el hecho del enterramiento de los esclavos en los cementerios de las iglesias. Y, además, que existía una diferencia en los valores de las tarifas mortuorias entre los señores y los siervos.

Ya desde los últimos decenios del siglo XVIII comienza a agitarse ante la corte metropolitana la idea de establecer los cementerios fuera de las zonas pobladas, por razones de higiene y salud.

Como respuesta a unas quejas del gobernador de la Habana, se expide el 27 de mayo de 1789 una real cédula, por medio de la cual el rey Carlos IV pide informes a las autoridades civiles y eclesiásticas de las Indias e islas Filipinas sobre la conveniencia de efectuar las inhumaciones fuera de las poblaciones, "por ser perjudiciales las que hasta entonces se usaban en las iglesias" a las cuales se atribuía la propagación de numerosas enfermedades.

Cuenta el padre Aristizábal que, mientras se tomaba una determinación real u oficial sobre ese traslado, los médicos de entonces sugerían ingenuas precauciones con el fin de evitar el contagio. Tales eran el incienso para atenuar los malos olores, los cantos gregorianos, los toques de órgano o el repique de campanas, "que sacuden el aire restituyendo su elasticidad".

LA NECRÓPOLIS DE MANGA:

Una de las mayores sorpresas experimentadas por mí durante el curso de esta investigación, fue encontrar que quien dispuso acabar con los cementerios de las iglesias de Cartagena y efectuar los entierros en lo que hoy es la necrópolis de Manga, fue don Pablo Morillo, el "Pacificador", el cruel sitiador de la ciudad. En otras palabras, que el gestor del viejo cementerio de Manga fue don Pablo Morillo.

En efecto, al ocupar Morillo la plaza de Cartagena el 5 de diciembre de 1815, después de 116 días de heroica resistencia, encuentra una ciudad desolada, llena de cadáveres insepultos que infestaban el ambiente. Una de sus primeras disposiciones fue enterrarlos en un lugar apartado de la ciudad, para lo cual se escogió un lote de la isla de Manga. Debemos considerar que Cartagena tenía en esos momentos entre 18.000 ó 19.000 habitantes y la hambruna producida por el sitio acabó con 6.613, una tercera parte de la población, más unos 1.000 que fallecieron durante los días subsiguientes por no poder recuperarse de sus quebrantos. Otros 3.000 más emigraron por mar, de los cuales casi la mitad murió en el viaje. La población se redujo a unos 8.000 habitantes, aproximadamente.

Simultáneamente, Morillo prohibió que, en lo sucesivo, se dieran sepulturas dentro de la ciudad, con excepción de las monjas y religiosos de los monasterios y las personas que ejercieran autoridad civil, militar o religiosa.

Dice Adelaida Sourdis, en su obra "Cartagena de Indias durante la primera república 1810-1815", que fueron tantos los muertos, que los sacaban por carretadas de muchas casas y ante la imposibilidad de sepultarlos a todos, se apilaban en canoas y los arrojaban al mar.

Informa por su parte Urueta, que entrevistó en Cartagena y Barranquilla, respectivamente, a dos patriotas, el señor Andrés Estarita y el coronel José María Tatis, quienes le expresaron que, como prisioneros, fueron obligados a conducir y sepultar en la isla de Manga los cadáveres que, en considerable número, se encontraban en las casas en los primeros días de la ocupación de la plaza. Y añaden que, posteriormente, hicieron lo mismo con los despojos de los nueve mártires sacrificados el 24 de febrero de 1816. Este último testimonio de los señores Estarita y Tatis sirvió para poner fin a la versión generalizada, según la cual los restos mortales de los nueve mártires de Cartagena de 1816 habían sido sepultados por los españoles en terrenos del Papayal.

Corrobora lo anterior don Jeneroso Jaspe, citado por Lemaitre en su "Historia General de Cartagena", quien refirió que, muchos años después de la ejecución de los nueve mártires, un anciano, que de niño presenció el fusilamiento, le dijo "que a los cuerpos de los suplicados no se les concedió ni siquiera un ataúd, como es costumbre en casos de última pena, sino que fueron echados como animales en una carreta en dirección al por entonces naciente cementerio de Manga, donde después fueron arrojados en una fosa común."

En realidad este improvisado camposanto manguero, ocupado a las volandas por los reconquistadores españoles, no pasaba de ser un playón sin cerramiento de ninguna especie, "se veían restos mortales arrojados por todas partes". Posteriormente fue cercado con palos de matarratón y otros arbustos, para impedir la entrada de los animales al lugar, hasta la salida definitiva de los españoles en octubre de 1821.

Libre para siempre Cartagena del dominio español, se produce el retorno de muchos de sus hijos sobrevivientes, forzados durante casi seis años al exilio en precarias condiciones.

Uno de ellos, don Manuel Marcelino Núñez, proveniente de Los Cayos, Haití, fue designado en 1823 Alcalde Municipal ad-honorem, junto con el señor Vicente García Seijó, padre del médico Vicente A. García, a quien nos referiremos más adelante, y una de sus disposiciones iniciales consistió en cerrar con una pared de calicanto el área del lote-cementerio de Manga, cuya cerca se encontraba bastante destruida, y emprender la construcción de un decoroso cementerio público en el mismo lugar.

El 23 de junio de 1823 se puso la primera piedra con toda la solemnidad del caso, y el 24 de noviembre siguiente se inauguró y bendijo el camposanto, con la asistencia de todas las autoridades civiles, militares y eclesiásticas.

Seguramente, inspirados en algún drama shakespeariano o en un fúnebre poema de Julio Flórez, los organizadores del acto inaugural incluyeron en el programa un homenaje de desagravio a los mártires de 1816, que comprendió, entre otras cosas, la exhibición de sus calaveras sobre unos cojines de terciopelo negro. Dice Urueta, que "la del doctor José María García de Toledo fue colocada por el Intendente al pie del signo de la Redención del género humano, para significar que aquel resto venerable era del primer redentor de Cartagena".

Con el paso del tiempo y el abandono de sus coterráneos, aquellas osamentas se confundieron con otras, sin que se supiera nada más de ellas. Como reparación a tanta indolencia con esos próceres, se construyó en su memoria el conocido paseo o camellón de los Mártires, donde se pusieron sus bustos el 11 de noviembre de 1886, junto con el de don Manuel Rodríguez Torices, ejecutado en Santa Fe de Bogotá.

LAS PESTES:

• EL CÓLERA.

En 1849, Cartagena, que atravesaba uno de sus más decadentes momentos, se vio azotada por la epidemia del "cólera morbus", enfermedad de origen asiático, producida por la bacteria "Vibrión Cólera", que causó estragos en gran parte del territorio nacional, y contra la cual luchó en la ficción "Con métodos novedosos y drásticos" y "con rigor sanitario", según palabras de Gabriel García Márquez en "El Amor en los tiempo del Cólera", el médico Juvenal Urbino.

Es famoso el patético relato hecho sobre este luctuoso episodio de nuestra vida cotidiana por el general Joaquín Posada Gutiérrez en sus "Memorias Histórico-Políticas", personaje que acababa de dejar la gobernación de Cartagena en manos de su sucesor, el general José María Obando.

Dice así el general Posada, en sus apartes más destacables:

"... Mientras tenía lugar el gran recibimiento del nuevo gobernador, caen seguidamente en la plaza de mercado, sin saberse por qué, sufriendo espantosas convulsiones producidas por calambres terribles, una, dos, tres y más personas. Un alarido de terror se levanta en la muchedumbre, "la yuca brava", "la yuca brava", gritan, y la inocente yuca y todos los alimentos en que entra la yuca, iban a ser condenados por un auto de fe popular, cuando a la voz de alarma que retumbaba en toda la ciudad, llega el doctor Vicente García, y examinando las víctimas que se suceden unas a otras, exclama espantado: "El Cólera!", "El Cólera!"; van llegando otros médicos y todos repiten "El Cólera!", "El Cólera!". Y el terror se difunde con rapidez eléctrica. Unos corren por un lado, otros por otro; las puertas se cierran con estrépito. Los campesinos, que allá llaman "montunos", montan en sus burros y huyen, llevando la muerte del pecho, a expirar en llegando a sus pueblos, si ya no caían en el camino..."

"De las personas que fueron atacadas en la plaza de mercado -añade el general Posada- ninguna vio ponerse el sol. En la noche de ese día la mortalidad se duplicó y en las siguientes se aumentó en proporción creciente".

Cartagena contaba en ese tiempo con 12.000 habitantes, aproximadamente, y, si bien no se ha precisado el número exacto de las personas que perecieron,

para Manuel Ezequiel Corrales fueron más de 2.000, y para el general Posada unas 4.000, casi la tercera parte de la población. Y como dato elocuente, pero no sorprendente, según el testimonio del mismo general Posada, casi todas las víctimas eran gente pobre, que vivían hacinadas en reducidos espacios húmedos y de escasa ventilación. De los que habitaban las casas altas, que eran los pudientes, sólo se reportaron 24 fallecimientos.

Como era de suponer, los patios del cementerio de Manga se llenaron de cadáveres, llevados allí en carretas por los presos condenados a trabajos forzosos y, al agotarse la disponibilidad del terreno, muchos se inhumaron en la hacienda "Santa Rita del Papayal", ubicada en lo que hoy es la entrada a Torices, detrás de Chambacú.

Los cronistas de ese doloroso acontecimiento coinciden en ponderar al cuerpo médico local, con el doctor Vicente A. García a la cabeza - nuestro doctor Juvenal Urbino de la vida real-, por su comportamiento casi heroico. Por el contrario, reprochan la esquivada conducta del gobernador José María Obando, porque, pretextando una visita a la provincia, puso pies en polvorosa y salió corriendo de la ciudad para salvar su pellejo, abandonándola a su propia suerte.

Cinco semanas después de haber aparecido, la peste comenzó a aplacarse, y a los 42 días, más o menos, desapareció, dejando en Cartagena y otras regiones una estela de llanto y luto.

• LA PESTE DEL TABLÓN.

Años después, en 1872, la ciudad fue presa de otra epidemia que causó muchas bajas entre su población, a la que el común de la gente bautizó con el nombre de "Peste del Tablón", porque, al parecer, la primera víctima de esa enfermedad murió en la calle del Tablón.

Tal plaga debió ser una de esas influencias o gripas asiáticas que nos visitan de vez en cuando, pero que en aquellos tiempos eran de una alarmante gravedad por las limitaciones de los recursos médicos.

En esta otra ocasión fallecieron 877 personas, 473 hombres y 404 mujeres, de un total de 8.603 habitantes. Es decir, casi un diez por ciento de la población.

Como en los días del cólera, en esta crisis el cementerio de Manga también fue insuficiente y hubo necesidad de hacer inhumaciones fuera de él, seguramente en el mismo sector de El Papayal.

SE AMPLÍA Y REMODELA EL CEMENTERIO DE MANGA:

Ante estos penosos antecedentes, que indicaban que el área de la necrópolis de Manga era muy reducida, el Concejo Municipal dispuso en 1874 ensancharlo, para lo cual se le anexó el cementerio especial colindante donde sepultaban a los no católicos, convirtiéndose en cementerio universal. Igualmente, don Dionisio Jiménez obsequió otro lote que se le agregó, hasta alcanzar la extensión que hoy le conocemos, cuatro veces mayor que su área primitiva, suficiente durante muchos años para el índice de mortalidad de la ciudad.

A partir de esta época se empezaron a construir costosos mausoleos, de mármol, granito artificial y mampostería, que aún pueden apreciarse. El primero fue el de la familia Capurro.

Correspondió al fecundo artista cartagenero, don Luis Felipe Jaspe Franco, emprender las obras de remodelación y embellecimiento del cementerio a fines del siglo XIX y albores del XX, reubicando los mausoleos que se encontraban edificados desordenadamente, formando con ellos paseos y callejuelas que facilitaban el acceso al lugar y permitían apreciarlos con comodidad, igual que la construcción de la fachada y los muros de cerramiento, sobre los cuales se apoyaron las primeras bóvedas, obras que hicieron de ese camposanto uno de los monumentos públicos más imponentes de su clase en el país.

LOS JARDINES - CEMENTERIOS:

A raíz del abandono y la ruina en que dejaron caer a la necrópolis de Manga, al principio de la segunda mitad del pasado siglo, surgieron los jardines-cementerios, por iniciativa de la Arquidiócesis de Cartagena y de algunos cartageneros emprendedores. Estos sitios, con su engañosa apariencia de campos de golf alfombrados de flores, tratan de hacer menos macabros los ritos de la muerte y aliviar, con su paisaje abierto y multicolor, el dolor de los deudos.

Uno de ellos, llamado "Jardines de Paz", de propiedad de la Arquidiócesis de Cartagena, situado en la carretera a Turbaco, comenzó a prestar sus servicios a partir de 1971, durante el gobierno eclesiástico de Monseñor Rubén Isaza Restrepo y la primera inhumación que allí se hizo fue la del padre Francisco Garcerant, conocido sacerdote que ofició durante muchos años en la catedral.

El otro, "Jardines de Cartagena", ubicado en la vía a Ternera, abrió sus puertas un año después, en 1972, por iniciativa de una sociedad comercial constituida

por Juan C. Arango Álvarez, Arnold Puello Benedetti, Rafael, Eduardo, Jorge, Victoria y Carlina Maldonado Armas, Ricardo Benedetti González, Enrique Puente Reiner, Rodrigo Puente Arroyo, Vicente Noero Perna, Hernando Espinosa París, Daniel Hernández García, Alberto Araújo Merlano, Antonio Araújo Martínez, Miguel Yidios Tari y Juan Camilo Gutiérrez. Después de fundada, ingresaron a la sociedad Carlos Uribe Torres, Carlos Garzón Fortich y Teodoro David.

La primera exequia le correspondió en suerte, si es que así puede decirse, a la señora Silvia Retamoso viuda de Quevedo, el 30 de junio de 1972, cuyos despojos mortales fueron traídos de los Estados Unidos de Norte América, donde falleció.

En 1997 se puso a disposición de la comunidad, como un signo de progreso, el servicio de cremación, hecho que ha cambiado nuestras costumbres funerarias, siendo la primera la de la señora Lucila de Hincapié, el 4 de junio de ese año.

LOS RITOS FUNERARIOS:

Generalmente, las personas morían en sus casas, acompañadas de sus familiares y asistidas por un médico y un sacerdote.

Dentro de los ritos funerarios acostumbrados en nuestro medio desde la Colonia, inspirados obviamente en la usanza española, cuentan los cronistas que se han ocupado de este asunto, como Pablo Rodríguez Jiménez en la "Historia de la Vida Cotidiana en Colombia", que si el fallecido tenía algunos recursos económicos, asignaba en su testamento una suma de dinero para las denominadas "mandas forzosas", que eran misas ofrecidas a las benditas ánimas del purgatorio. Otra suma era apropiada para fundar capellanías que aseguraran misas periódicas por el descanso del alma del testador. Y, como muestra de contrición de corazón y espíritu piadoso, se disponía, poco antes de la muerte, la libertad de los esclavos más fieles y apreciados, y se reservaba un rubro para socorro de familiares y criados desvalidos.

Si el difunto era un hombre, la viuda debía recluirse en su casa para guardar luto y coser su mortaja. Ella se marginaba del mundo y sus placeres, "como si la muerte del marido fuera, también, la suya".

Los parientes del extinto debían guardar luto riguroso por lo menos durante 2

años, las mujeres todas de negro hasta los pies vestidas y los varones con cinta del mismo color en la manga derecha. Pasados los 2 años, comenzaba el período de medio luto, que imponía la ropa "negrita", como le llamaban y aún le llaman a las telas negriblancas. Todavía, hasta un poco más de la mitad del pasado siglo XX, se seguían estas severas costumbres, reduciendo el luto absoluto a un año. También parientes lejanos, amigos o vecinos del fallecido guardaban "consideración" por un período, durante el cual las mujeres vestían generalmente de blanco.

Cuenta el mismo historiógrafo que el difunto se enterraba vestido según la moda de la época, menos con el sombrero. A finales del siglo XIX se impuso la práctica de utilizar hábitos religiosos tanto para hombres como mujeres. Y, después de aparecida la fotografía, se hizo muy común tomar fotos a los niños fallecidos, en su ataúd, rodeados de flores y crespones. Cartagena fue cuna de expertos "amortajadores", encargados de vestir o envolver el cadáver con una sábana para el sepulcro.

En el interior del hogar el luto se expresaba con crespones negros en los muebles, cuadros y adornos. La familia entraba en un largo período de silencio, recogimiento y encierro, que llamaban "el régimen de la muerte". Igualmente, se procuraba conservar los objetos personales del fallecido para así perpetuar su recuerdo.

Hasta épocas recientes, eran de precepto los famosos velorios, esa reunión de familiares, amigos y vecinos del difunto durante las nueve noches siguientes a su muerte, para orar por la salvación de su alma, oír chistes y chismes y consumir tandas de desveladores tintos y abundantes roncillos, algunos con la participación de sollozantes plañideras y profesionales rezanderas de responsos, todo lo cual constituía un ejercicio más para poner a prueba la resistencia física y psíquica de los apaleados deudos.

Este rito terminaba con la "misa de nueve días", ofrecida en las primeras horas de la mañana en la parroquia respectiva, después de la cual los concurrentes se trasladaban en masa a la casa del difunto a engullir un succulento desayuno, generalmente acompañado de humeante chocolate, con lo cual remataba esta parte de la tortura a que se sometía sin piedad a los pobres parientes del desaparecido.

Afortunadamente, pasada la mitad del siglo XX, estos ritos mortuorios fueron reduciendo su severidad o desaparecieron, dando paso a un ceremonial menos drástico y más considerado con los dolientes superstites.

LOS SEPELIOS:

En cambio, los entierros de hoy, como los matrimonios, se volvieron rutinarios y aburridos. Todos son iguales. Parecen clonados sucesivamente. La única diferencia entre las interminables celebraciones matrimoniales es que en unas se baila el vals peor que en otras. Y entre los entierros, a los cuales asisten casi siempre los mismos, el eco de los murmullos de los divertidos corrillos que en ellos se arman, alcanza a veces alturas de tenor, que provocarían la envidia de Luciano Pavarotti.

¡Para entierros..., los de antes! Esos sí eran entierros.

Desde los tiempos coloniales, eran ceremonias rodeadas de la mayor pompa y solemnidad. El extinto era acompañado al cementerio por un cortejo que incluía frailes y sacerdotes portando la cruz, luego de una misa cantada, durante la cual las campanas eran puestas al viento.

Aparecido el cementerio de Manga, el desfile fúnebre se realizaba a pie, precedido por un carruaje tirado por caballos, dentro del cual era conducido el féretro, salvo que los concurrentes lo llevaran en hombros, como ocurría con los grandes personajes. Sólo participaban en él los hombres. Las mujeres se quedaban en casa llorando al difunto: "no se lo lleven..., no se lo lleven...", clamaban desconsoladas las parientas más cercanas, cuando sacaban el féretro hacia el coche. Los niños varones eran los encargados de portar las coronas florales, que se hacían con flores de los jardines caseros, porque no existían las floristerías. Todavía se recuerda por muchos cartageneros la ocasión en que el actual abogado Rafael Púa Viola, siendo un inocente párvulo, desfilaba en un entierro de un pariente cargando una corona. Los demás asistentes observaban conmovidos el llanto incalmable del infante y un raro movimiento en los brazos, que parecía una expresión de profundo dolor. "¡Qué sentimental ese muchacho, cómo llora, cómo quería al difunto", afirmaban los mayores, sin saber que la razón del llanto y la agitación de Púa eran unas hormigas candelillas camufladas en la corona que se lo estaban comiendo a picotazos.

Según la categoría social y económica del finado, así era la ceremonia fúnebre. Para la gente de prosapia y billete los entierros eran de "cruz alta", con acompañamiento de varios sacerdotes que llegaban hasta el mismo camposanto, anteceditos por tres monaguillos portando el crucifijo por todo lo alto, el incensario y el agua bendita. El carruaje era de lujo, con cochero de elegante ropaje, y del coche pendían lazos enlutados, sostenidos por las más altas autoridades y el notablato de la ciudad. Era un espectáculo, a pesar de lo fúnebre, vistoso, elegante.

Los de menos categoría, o de "cruz baja", contaban con una carroza más modesta, un solo sacerdote que se retiraba del cortejo antes de llegar al cementerio, y un monaguillo que portaba el crucifijo frente al pecho.

Si el color del carruaje, sus accesorios y del féretro era blanco, se sabía que se trataba de una señorita o de un niño. Para los demás era rigurosamente negro.

Cuando fallecía algún miembro de la Armada Nacional, el cortejo se convertía en un desfile militar y el féretro era llevado en hombros por sus pares, en medio de tambores a la funerala o al compás de las notas melancólicas de la "Marcha del Compañero", interpretada por la banda de músicos de la Base Naval. La gente salía a las calles a verlo pasar, como en cualquier 20 de julio.

Si el cortejo provenía de los barrios del sector colonial, el recorrido comprendía la calle de la Media Luna, y, al llegar a la Boca del Puente o a la ermita de San Roque, hacía una pausa para permitir la retirada del sacerdote y el monaguillo, si era de "cruz baja". En el atrio de dicha iglesia se instalaba la tribuna para que los oradores descargaran todos los discursos laudatorios del difunto. A veces el recorrido se hacía por la calle Larga, caso en el cual el retiro sacerdotal era antes del cruce del puente Román.

LOS COCHEROS:

Los cocheros fúnebres eran unos seres enigmáticos, casi siempre adustos, poseídos de su lúgubre papel. Vestidos con viejos trajes de etiqueta, tenían un impresionante equilibrio térmico para poder resistir esos gruesos ropajes, a pleno sol, a más de 34 grados de temperatura, sin inmutarse. Recuerdo uno de ellos, de nombre Carlos y cuyo apellido no me fue posible obtener, a quien los bromistas de la ciudad apodaban y gritaban "Empaná con huevo", lo que le producía una incontrolable ira, hasta el punto de que, cuando conducía el carruaje y alguien le gritaba su comestible remoquete, paraba el entierro, bajaba del coche y con el fuste en la mano correteaba a los burlones pelafustanes. Era un espectáculo macondiano ver a todo un cortejo fúnebre detenido, mientras el auriga corría a pie detrás de los traviesos provocadores, con una vara en la mano gritándoles improperios.

Al pobre Carlos lo estaban volviendo loco con su sobrenombre, de tal forma que, sabiamente, prefirió ocultarse en el anonimato de las labores nocturnas de "minero", ayudando a desocupar las pozas sépticas domiciliarias de tantos cartageneros. Allí se perdió para siempre.

LOS SEPULTUREROS:

¡Ah..., y los sepultureros! Esos son seres excepcionales, capaces de superar tantas aprensiones y tabúes relacionados con la muerte. Se necesita mucho valor o mucha mandarina, como diría Carlos Barrios Angulo, para escoger un oficio tan insólito. Sin embargo, algunos de ellos han sido célebres en Cartagena. Don Daniel Lemaitre nos habla en "La Ñapa" del viejito Mutis, que vendía por un peso un esqueleto completo, sin faltarle ni el dedo chiquito. Ofició como sepulturero durante 60 años y, según don Daniel, "su maridaje con la muerte le había impreso rasgos prominentes de ésta: encorvadas las espaldas, los ojos hundidos en cuencas profundas, nariz achatada, pómulos salientes y manos secas y porrilludas que parecían que le iban a sonar."

Otro famoso fue José Antonio Gavalo, cabeza de una dinastía que ejerció sus tareas alrededor de la parca: él se encargaba de las sepulturas y su hijo y nietos hacían las lápidas sepulcrales. Duró, también, una enormidad de años como enterrador de Manga, tanto que su apellido terminó confundándose con el camposanto. Cuando alguien decía que iba para donde Gavalo, se entendía que iba para el cementerio de Manga.

El viejo Gavalo murió en 1957, a los 96 años de edad, pensionado por el Municipio de Cartagena.

También muy conocidos fueron los Castellar, José Manuel y su hijo Luis Alberto, quienes vivieron al lado del cementerio, donde aún habita una de sus hijas, de nombre Yolanda. Y los Pérez, Pedro y su hijo Simón. Eran familias enteras dedicadas a los penosos oficios sepulcrales, donde los hijos heredaban la pala de sus padres.

LAS CASAS FUNERARIAS:

Hasta los dos primeros decenios del siglo XX los proveedores de cajas mortuorias eran los carpinteros y ebanistas y la velación del difunto se hacía en su propia casa, costumbre que se extendió hasta la década de los años setenta de ese siglo.

Los servicios funerarios, como organización empresarial, aparecen en Cartagena desde principios de la centuria anterior.

Uno de los pioneros de esta actividad comercial fue el señor Venancio Bernet A., padre del afamado médico Raúl Bernet y Córdoba, alcalde de la ciudad en

1935 y creador de la Clínica Bernet, que funcionó en el Pie de la Popa hasta el inicio de los años cuarenta de ese siglo, cuando su propietario trasladó su residencia a los Estados Unidos de Norte América, donde sobresalió como facultativo y murió bastante longevo.

Resulta que las dos casas funerarias tradicionales de Cartagena, la Lorduy y la Flórez, se alimentaron con parte de los materiales y equipos exequiales de propiedad del señor Bernet, cuando éste liquidó su negocio para evitar dañinas consejas, a raíz del ejercicio médico de su hijo Raúl.

Según crónica de autor anónimo aparecida en el diario "El Universal" como especial publicitario, con motivo de los 89 años de existencia de la "Funeraria Lorduy", "en 1920 fue cedido el negocio de los carruajes a la familia Lorduy por el señor Bernet, completándose así las ventas de los ataúdes con el servicio de coches".

Y, como me lo expresó el señor José Flórez Brewer, actual copropietario de la "Funeraria Florez", su abuelo, don Joselito Flórez, adquirió el establecimiento por compra que le hizo al señor Bernet.

De manera que ambas funerarias, casi contemporáneas, se surtieron de la ya existente del señor Venancio Bernet.

La "Funeraria Lorduy", según la misma crónica, se remonta al año 1912 y funcionó, en sus comienzos, en la calle de la Moneda, donde la familia Lorduy tenía su taller de ebanistería, taller en el cual los hijos mayores de don José Gil Lorduy Viñuela fabricaban las cajas fúnebres. Cuentan vecinos del lugar que aún viven, que allí, además, hacía sus ensayos musicales la orquesta de los hermanos Lorduy. Era un cruce armonioso entre los pesares de la muerte y los gozos exultantes de la música. En 1920, cuando adquirieron los carruajes del señor Bernet, integraron el servicio exequial que se ofrecía en esas calendas.

El negocio pasó a manos de don Francisco Lorduy Benito-Revollo, el famoso don "Pacho" Lorduy, fino ebanista, exitoso activista liberal y virtuoso contrabajista de arco, quien en 1933 lo trasladó al Pie del Cerro a una casona que era de propiedad de la Arquidiócesis. En 1952 ofreció los primeros automóviles mortuorios, que fueron desplazando, poco a poco, a los elegantes coches tirados por caballos. Don "Pacho" murió el 3 de noviembre de 1972, a los 86 años de edad, y sus hijos, ejemplares ciudadanos, prosiguieron el negocio, construyendo una moderna sede en terrenos de la vieja casona, poniendo al servicio amplias salas de velaciones, para respiro de los deudos del fallecido.

La “Funeraria Flórez” nació como consecuencia de la compra que don José Flórez le hizo al ya mentado señor Bernet. Funcionó al principio en la calle Larga; después en el 4º callejón de Manga, donde se expendían, también, productos pirotécnicos, especialmente buscapiés, como lo recuerda Rodolfo de la Vega Vélez; de allí pasó al sector de El Toril. En ese sitio prestó sus servicios durante muchísimos años bajo la batuta de don José Serafín Flórez Gallardo, hijo del fundador, quien, como Lorduy, era buen ebanista, gran señor y consagrado pianista. Al fallecer don Serafín el 10 de enero de 1981, a los 74 años, sus hijos Jorge y José han proseguido la tradición comercial de sus ancestros.

Es curioso ver como estos dos "gurús" del negocio funerario en Cartagena, Lorduy y Flórez, no sólo competían en sus respectivas empresas, sino en la música. Ambos eran reconocidos instrumentistas y ambos conformaron sus propias agrupaciones musicales. Hacían parte, según expresión de nuestro más fructuoso musicólogo, Enrique Muñoz Vélez, de "una estirpe de artesanos ilustrados" que se lució en la Cartagena de principios del siglo XX, junto con Betsabé Caraballo y Juan Pérez.

Don “Pacho” Lorduy hizo parte en 1911, al lado de sus hermanos Leonidas y Máximo, de un trío de cuerdas, llamado Trío Lorduy. En 1918 creó la Orquesta de los Hermanos Lorduy, y en 1923 hizo fama en la ciudad la Jazz Band Lorduy, que contó entre sus músicos a los maestros José Pianeta Pitalúa y Ángel María Camacho y Cano.

Por su lado, don Serafín Flórez, que era pianista, intervino con éxito en un quinteto que se presentaba en el escuchado programa de Emisora Fuentes, "La Hora de la Alegría". E integró el conjunto musical que amenizaba los ratos de esparcimiento en "La Deliciosa", estadero ubicado en el muelle de los Pegasos, que hizo época hasta fines de los años cuarenta del siglo anterior, de propiedad del señor Carlos Meyer, barranquillero de origen alemán que, además, suministraba los gorros del personal de la Base Naval, según mi informante Pedro Múnera Mouthon.

Como se puede apreciar, no todo en Lorduy y Florez eran oficios fúnebres.

Más tarde, en los últimos lustros del pasado siglo, aparecieron otras empresas afines, con nuevas modalidades en sus no muy tentadoras ofertas, como aquella de "pague primero y muera después".

ALGUNOS SEPELIOS FAMOSOS:

Los cartageneros de distintas épocas han sido testigos de sepelios fuera de lo común, ora por la importancia política, económica o social del personaje, ora por las circunstancias en que se produjo su muerte. Pero ninguno, por muy rimbombante que haya sido, se aproxima siquiera al que en Ciudad de México le hizo a una de sus piernas, que había perdido en la defensa de la ciudad de Veracruz por la bala de un cañón francés en 1838, el once veces presidente y dictador de esa nación, el excéntrico y enamorado general Antonio López de Santa Anna, quien residió dos temporadas como exiliado en Cartagena y Turbaco, de 1850 a 1853 y de 1855 a 1858.

Oigamos, por lo curioso e inaudito, parte del relato que hace el escritor mexicano Enrique Serna en su obra "El Seductor de la Patria", una biografía novelada del general López de Santa Anna, que me fue amablemente facilitada por el ex alcalde de Cartagena, Augusto Martínez Martínez, sobre este extravagante episodio de la historia de México:

Escuchemos a Serna:

"El entierro de la pierna fue una solemne procesión hacia el cementerio de Santa Paula, con el Estado Mayor presidencial en la descubierta, y a los lados, formando valla, los niños y niñas de las escuelas, cuyas dulces voces entonaban himnos en loor del inmortal guerrero, que se descubría la cabeza para saludarlos. A la retaguardia marchaban dos regimientos de infantería y un escuadrón de caballería con sus respectivas músicas y la correspondiente dotación de artillería. Cuando el cortejo entró al camposanto, el Presidente López de Santa Anna ya tenía los ojos humedecidos y la voz quebrada por la emoción. El insigne poeta, don Ignacio Sierra y Rosso, leyó un discurso de loa al Benefactor de la Patria y a su pierna. Al escuchar las salvas de artillería, el presidente del Congreso puso la urna cineraria en el monumento abierto. Entonces la banda de música tocó un aria de "Semíramis", la opera favorita del general, y el pueblo congregado en las afueras del panteón estalló en vítores y aplausos. López de Santa Anna prorrumpió en sollozos y besó el pabellón nacional que cubría la urna con su pierna, como si el miembro amputado fuera un símbolo de su matrimonio espiritual con los mexicanos".

Años después, en 1844, depuesto López de Santa Anna del ejercicio del mando, la misma gente que lo vitoreaba se transformó en una turba que destruyó la tumba de mármol donde yacía la pierna amputada, la sacó de la urna y la

arrastró por las calles al grito de "muera el cojo ladrón", hasta abandonarla en el basurero público para banquete de los buitres.

A uno de los primeros sepelios celebrados en Cartagena con bombos y platillos se refiere el historiador Álvaro Angulo Bossa en su reciente obra "Aspecto Sociales y Políticos de Cartagena, Siglo XVI y XX".

Fue el del alférez Nicolás de las Alas, según el fraile Pedro de Lomelín, el único soldado que falleció durante la toma de Cartagena por el pirata Francis Drake en 1586, porque los demás huyeron. Lo encontró Drake muerto, arrimado a un baluarte, abrazado con su bandera en gesto heroico. Este cuadro conmovió el duro corazón del corsario inglés quien, con su gente, le hizo un solemne entierro "con cajas roncadas y la bandera arrastrando", según el fraile testigo, lo que debe equivaler a tambores a la funerala y la bandera a media o baja asta. Drake dijo de él que por su valentía se hacía merecedor de tales homenajes y que, si existieran cientos como él, no le hubiera sido posible entrar a Cartagena.

Otro entierro que ha merecido figurar, por su pompa y solemnidad, en las páginas de los historiadores fue el de don Juan de Dios Amador, prócer de nuestra independencia, gobernador de la Provincia de Cartagena de Indias cuando el sitio de Morillo en 1815.

Este ilustre cartagenero murió en 1847, a los 73 años, en la casona alta de la calle del Cuartel en la cual tienen hoy su sede principal la entidad educativa Tecnar. Refiere Urueta que su cadáver, que lucía la hermosa banda de gobernador, fue conducido en hombros de los más distinguidos ciudadanos de la localidad a la sala del Palacio Municipal, donde fue custodiado por diversas comisiones del Concejo Municipal y de los gremios. El acompañamiento al cementerio de Manga fue numeroso, con el obispo Juan Fernández de Sotomayor y Picón y el Venerable Capítulo de la Catedral, hasta la puerta de la Media Luna. Un batallón de veteranos hizo los honores del caso y, por supuesto, no faltaron las oraciones fúnebres de rigor.

Pero entierros como el del doctor Rafael Núñez, muy pocos.

Rafael Núñez muere, cuando menos se esperaba, en su casa de El Cabrero, siendo las 9:15 de la mañana del 18 de septiembre de 1894, a los 69 años de una vida intensa, al parecer de un derrame cerebral, en momentos en que planeaba volver a Bogotá, por reiterada solicitud del vicepresidente Miguel Antonio Caro, para reasumir el poder y, según se aseguraba, imprimir nuevos

rumbos a la política, invitando a los liberales notables a colaborar con el gobierno, conforme a lo así expresado en carta confidencial que escribió al doctor Aníbal Galindo, ministro plenipotenciario de Colombia en el Perú.

Gracias a don Daniel Lemaitre en varios de sus "Corralitos"; al general Ambrosio Vélez, jefe del Estado Mayor General de la República; a José Ramón Vergara, autor de "Rafael Núñez, Escrutinio Histórico" y, a Juan Pablo Llinás, en su obra "Soledad Román", podemos reconstruir los episodios más importantes que rodearon este luctuoso acontecimiento:

Los médicos que lo examinaron por última vez y certificaron su muerte fueron los doctores Juan A. Fortich, a la sazón presidente de la Facultad de Medicina; Rafael Calvo y Lascario Barboza, quienes atribuyeron el deceso a un ataque cerebral.

La preparación del cadáver, para exponerlo en cámara ardiente, fue practicada en la misma residencia del extinto por el estudiante de medicina Miguel A. Lengua, después famoso facultativo. Usó una solución de sublimado y arsénico, preparada por Juan Cuesta, de la "Farmacia Román". Dice don Daniel Lemaitre que Lengua le manifestó que, a pesar de la frecuencia con que practicaba esta operación, al ir a seccionar la arteria para inyectar el líquido preservador, le sobrecogió una impresión como si aún tuviera vida el cuerpo del grande hombre.

Sacaron la mascarilla en yeso los doctores Manuel A. Ballestas y Vicente Villa.

El cadáver fue expuesto, inicialmente, en la ermita de El Cabrero, donde pasó la noche del 18 de septiembre.

El 19, a las 8:00 de la mañana, fue trasladado a capilla ardiente a la iglesia de San Juan de Dios, hoy San Pedro Claver, por un cortejo integrado por numerosas representaciones cívicas y militares. En este templo, el mismo donde elevó el 23 de febrero de 1889 a la categoría de sacramento el matrimonio civil que tenía contraído en 1877 con doña Soledad Román Polanco, permaneció durante el día y la noche con su guardia de honor y la bandera enlutada, visitado por una muchedumbre. La ciudad, dice Ambrosio Vélez, parecía en jueves santo, cerrados todos los establecimientos públicos y era, verdaderamente, un día de recogimiento y duelo general.

El día 20, después de la misa de cuerpo presente celebrada en la catedral, con oración fúnebre pronunciada por el presbítero doctor España, se trasladó el

cuerpo a los salones del Palacio de Gobierno. De allí retornó nuevamente a las cuatro de la tarde a la catedral, donde tuvo lugar otra ceremonia encabezada por el obispo, monseñor Eugenio Biffi. Luego partió hacia el cementerio de Manga. Los balcones y ventanas por donde pasaba el cortejo estaban enlutados con gasas y coronas. Cada 50 metros colocaron estandartes de raso blanco con el nombre de Rafael Núñez y letreros alusivos a los cargos desempeñados en largos años de servicio público. Daniel Lemaitre, a pesar de que para esa época contaba apenas con 10 años de edad, recuerda el inmenso gentío que concurrió al sepelio, más de 10.000 personas, y el constante retumbar del cañón. Toda la ciudad parecía volcada a la plaza del Matadero, hoy parque del Centenario.

El entierro, en vez de detenerse en la ermita de San Roque, cuyo altozano servía de tribuna a los oradores fúnebres, lo hizo, por la enorme asistencia, en la plaza del Pie del Cerro, donde después se construyó el parque Joaquín F. Vélez. Allí se pronunciaron 18 discursos. De todos los padecimientos que soportó Núñez en su agitada vida, creo que éste fue el peor de todos: 18 discursos..., y él indefenso, como diría el "Tuerto" López.

Como el doctor Núñez no era santo de la devoción de muchísimos liberales, cuenta Lemaitre Tono que se presentaron intentos de sabotaje del acto atribuidos a algunos militantes de esas toldas, tales como una piedra que fue lanzada contra la tribuna cuando hablaba el doctor José Ulises Osorio, que lo hizo caer y causó natural confusión. Y el grito dado por un "mochoroco" perverso desde las faldas del cerro de San Felipe, cerca al cual había un corral de ganado: "Se soltó un toro..., se soltó un toro...", que originó un pánico general y una estampida, con contusiones y descalabraduras en algunos presentes.

Las autoridades impusieron el orden y el ceremonial solemne prosiguió hasta las ocho de la noche, cuando continuó el desfile hacia Manga para la inhumación, previo tributo de los honores militares correspondientes al Presidente titular de la República.

Indagué, con lupa pesquisidora, en casi todas las obras biográficas que tuve a la mano sobre el doctor Núñez, lo relacionado con la exhumación de su cadáver y su traslado a la ermita de El Cabrero, con la sorpresa de encontrar un gran vacío en dichos textos sobre este episodio. Es extraño observar que la multiplicidad de historiadores nuñistas no se han ocupado de este hecho tan inmediato a su muerte, que para Cartagena tuvo gran importancia social y política, semejante a la de su inhumación.

En mi insistente búsqueda encontré, al fin, en el Archivo Histórico de Cartagena, lo que reafirma su valiosa riqueza documental, nada menos que la protocolización en la Notaría Primera del acta de exhumación del cadáver de Núñez y la Gaceta Departamental No. 1.343, de 3 de junio de 1896, donde se describen todos los detalles del acontecimiento.

Por dichos documentos supe que la exhumación y el traslado se hicieron el día 30 de mayo de 1896, un año y ocho meses después de la muerte del presidente, en acto solemne, con asistencia de todas las autoridades civiles, militares y eclesiásticas de la plaza y con todo el fausto del caso.

A las cuatro de la tarde de ese día se abrió el nicho de la familia Román; se extrajo el cadáver de Núñez, que se encontraba bastante conservado, y se introdujo en una caja de zinc preparada para el efecto. Cerrada y sellada la caja, se entonó el canto de difuntos por el clero presente, presidido por el padre Manuel Gómez Arenilla, cura rector de la catedral. Luego se colocó en el coche fúnebre que lo condujo a la catedral en concurrido desfile. De allí fue llevado a la ermita de El Cabrero, donde se inhumó en el monumento con su yacente en estatuaria, que hizo construir su viuda por don Jeneroso Jaspe, previos discursos, desde el balcón de la casa de doña Sola, de Julio H. Palacios y Francisco Vergara Barros.

Se asegura, según el testimonio de don Henrique Méndez Polanco y de otros de sus contemporáneos, que el cadáver fue nuevamente exhumado en el año 1900, a raíz de la Guerra de los Mil Días, pensando que los liberales ocuparían la ciudad y destruirían el mausoleo, profanando sus cenizas.

Doña Sola, preocupada, llamó a don Carlos Vélez, quien, en unión de don Juan A. Calvo, se ocuparon de la remoción de la pesada losa, para sacar el féretro y ocultarlo en las horas de la noche en el túnel que iba del demolido revellín al baluarte de Santa Catalina, distante 200 metros de la capilla. Allí permanecieron escondidos los restos de Núñez, todavía conservados 6 años después de su muerte, hasta cuando cesaron las hostilidades, volviendo, ahora sí definitivamente, al monumento donde descansa en paz, rodeado del respeto de sus conciudadanos, especialmente de los liberales, a quienes nos reconciliaron con Núñez los magistrales estudios sobre su vida hechos por los copartidarios José Ramón Vergara e Indalecio Liévano Aguirre.

Otros sepelios de "cruz alta" con multitudinaria concurrencia fueron, entre los más recordados:

El de don Henrique L. Román, en 1931, a quien Donaldo Bossa Herazo calificó como "uno de los grandes mandatarios de esta sección del país, junto a Juan José Nieto, Rafael Núñez, José Manuel Goenaga, Manuel F. Obregón y Donaldo Badel.

El de Simón Bossa Navarro, hijo del patricio liberal Simón Bossa Pereira, exitoso político y afamado tribuno parlamentario, quien murió prematuramente en Bogotá el 22 de agosto de 1934 de una súbita afección respiratoria y su cadáver fue traído a Cartagena en hidroavión, donde se le tributó un masivo homenaje póstumo, con la intervención de los mejores oradores del momento, como Manuel Serrano Blanco, Silvio Villegas y Francisco de Paula Pérez.

Homenaje póstumo memorable fue el hecho a doña Pura Vélez de Vargas, viuda de don Eusebio Vargas Rivera, muerta el 18 de octubre de 1945, a los 73 años de edad, cuando sus hijos, Pacho, Daniel, Eusebio y Raúl, estaban en el apogeo de su liderazgo político, profesional y cívico en Cartagena y Bolívar. Su muy concurrido sepelio partió de su hogar en la tradicional calle Larga hasta la iglesia de la Trinidad; y de allí fue conducido el féretro en hombros del pueblo hasta el cementerio de Manga. Cuando el cortejo pasaba junto al parque Joaquín F. Vélez, en el Pie del Cerro, se detuvo frente a la estatua pedestre del general Vélez, padre de la ilustre fallecida, y allí permaneció largo rato en expresivo y conmovedor silencio.

El de Braulio Henao Blanco, caudillo liberal cartagenero de verbo encendido, asesinado el 21 de junio de 1948 por un teniente de la policía de nombre Eusebio Quiróz, en plena violencia bipartidista, en la heladería y cafetería-bar "La Deliciosa", cuando se encontraba departiendo con sus amigos Henrique Castillo Jiménez, Roberto Galofre Ballestas y Guido Calvo.

Y el del doctor Simón Bossa Pereira, cuyo fallecimiento el 1 de marzo de 1950 se convirtió en un doloroso acontecimiento nacional que concitó a su alrededor a todo lo que pesaba y valía de la Colombia de entonces. Sus restos mortales fueron conducidos al camposanto de Manga por uno de los últimos entierros multitudinarios de "cruz alta" vistos en Cartagena, después de un ceremonial tan solemne como el que acompañó la muerte del doctor Núñez.

FINAL

Termino así, este capítulo sobre la cultura funeraria en Cartagena, convencido como estoy de que los ritos funerarios, con toda su parafernalia, hacen parte,

más que de la muerte, de la vida misma de los pueblos de todas las épocas, de lo cual no escapa, por supuesto, Cartagena.

FUENTES CONSULTADAS:

Bibliográficas:

CARTAGENA Y SUS CERCANÍAS.- José P. Urueta y Eduardo Gutiérrez de Piñeres.
CUATRO JASPES EN LA HISTORIA.- Alvaro Lecompte Luna.
POESÍAS Y CORRALITOS DE PIEDRA.- Daniel Lemaitre.
LA ÑAPA.- Daniel Lemaitre.
SOLEDAD ROMÁN.- Juan Pablo Llinás.
RAFAEL NÚÑEZ.- José Ramón Vergara.
NOMENCLATOR CARTAGENERO.- Donaldo Bossa Herazo.
TRAZADOS URBANOS EN HISPANOAMÉRICA.- CARTAGENA DE INDIAS.- Augusto de Pombo Pareja.
EL AMOR EN LOS TIEMPOS DEL CÓLERA.- Gabriel García Márquez.
UN RAMO DE NOMEOLVIDES.- Gustavo Arango.
PLAZAS Y CALLES DE CARTAGENA DE INDIAS.- Raúl Porto del Portillo.
MANUAL DE HISTORIA DE COLOMBIA.- Tomo I.- Instituto Colombiano de Cultura.
HISTORIA GENERAL DE CARTAGENA DE INDIAS.- Tomos I, III y IV.- Eduardo Lemaitre.
CARTAGENA DE INDIAS, PUERTO Y PLAZA FUERTE.- Enrique Marco Dorta.
LIBRO AZUL DE COLOMBIA.- Jorge Posada Callejas.
ASPECTOS SOCIALES Y POLÍTICOS DE CARTAGENA DE INDIAS.- SIGLOS XVI Y XX.- Álvaro Angulo Bossa.
HISTORIA DE LA MEDICINA EN COLOMBIA.- SIGLO XIX.- Arturo Romero.
CARTAGENA DE INDIAS EN EL SIGLO XVI.- María del Carmen Borrego Plá.
CARTAGENA DE INDIAS DURANTE LA PRIMERA REPÚBLICA.- Adelaida Sourdis.
HISTORIA DE LA VIDA COTIDIANA EN COLOMBIA.- Pablo Rodríguez Jiménez.
GRANDES INSURRECCIONES.- COLOMBIA PREHISPÁNICA, CONQUISTA Y COLONIA.- Rafael Méndez Bernal.
BOLETÍN HISTORIAL No. 23.- ACADEMIA DE LA HISTORIA DE CARTAGENA.
HISTORIAS Y LEYENDAS DE CARTAGENA.- Camilo S. Delgado. Dr. Arcos.
POBLACIÓN ABORIGEN Y CONQUISTA.- Nicolás del Castillo Mathieu.

Documentales:

ARCHIVO HISTÓRICO DE CARTAGENA.- PROTOCOLIZACIÓN ACTA EXHUMACIÓN DEL CADÁVER DEL DOCTOR RAFAEL NÚÑEZ.- NOTARÍA PRIMERA. 1.896.
ARCHIVO HISTÓRICO DE CARTAGENA.- GACETA DEPARTAMENTAL No. 1.343, JUNIO 3/ 1896.
ÁLBUM DE RECORTES PERIODÍSTICOS SOBRE LA VIDA DEL DOCTOR SIMÓN BOSSA PEREIRA, DE PROPIEDAD DEL DOCTOR SIMÓN BOSSA LÓPEZ.
RODOLFO DE LA VEGA.- ESCRITOS EN "EL UNIVERSAL" DE CARTAGENA.
ARTURO MATSON FIGUEROA.- CARTAGENA CATÓLICA.- ARTÍCULO EN "DOMINICAL" DE "EL UNIVERSAL".- MAYO 21/2001

CONVERSACIONES CON:

ARTURO MATSON FIGUEROA, CARLOS GUSTAVO MÉNDEZ RODRÍGUEZ, AUGUSTO MARTÍNEZ MARTÍNEZ, BORIS CALVO DEL RIO, JORGE FLÓREZ BREWER, JOSÉ FLÓREZ BREWER, YOLANDA CASTELLAR, ENRIQUE MUÑOZ VÉLEZ, THELMA DEL CASTILLO DE SALAZAR, ÁLVARO ANGULO BOSSA, DIONISIO BARRIOS LORA, PEDRO MÚNERA MOUTHON, DANIEL GAVALO, RAFAEL PÚA VIOLA, VIRGINIA VARGAS DE CASAS.

CAPÍTULO VII

CARTAGENA: SU BAHÍA, SU PUERTO, SUS MUELLES.

No se equivocó el capitán de los tercios de España, Juan Díaz de Vallejera, cuando afirmó en 1570 que "el puerto natural de Cartagena es uno de los mejores del mundo". Veterano navegante, llevaba 25 años de servicio en los mares del Viejo Continente, cuando se enganchó en una de las naos de la Flota de Tierra Firme que recalaban en Cartagena de Indias, lo que le permitió apreciar y comparar con los ya conocidos al amplio y seguro puerto americano. Sus pares marineros y el paso del tiempo se encargaron de darle la razón.

LA BAHÍA Y EL PUERTO.

Los historiógrafos atribuyen a Rodrigo de Bastidas el descubrimiento de la bahía de Cartagena en el año 1501, a la cual llamó "golfo de Barú", durante su primer viaje a estas tierras. Impetuosos conquistadores estuvieron de paso por sus aguas, como Alonso de Ojeda, Francisco Pizarro, Vasco Núñez de Balboa, Diego de Nicuesa, Pedrarias Dávila y otros afamados visitantes; pero la abandonaron por diferentes motivos, especialmente por la fiereza de los nativos.

Con diez millas aproximadamente de longitud, la bahía de Cartagena, por su hermosura, debió dejar en sus descubridores la misma grata impresión que deja en los visitantes de hoy y en quienes tenemos el privilegio de residir en sus orillas.

Sus insuperables y estratégicas condiciones de bahía interior fueron el motivo para que Pedro de Heredia se decidiera a fundar a Cartagena de Indias en el lugar que ocupaba el caserío indígena de Calamarí o Caramarí, a pesar de la carencia de agua de buena calidad y de sabanas para la cría de ganado.

Heredia buscó siempre un lugar para fundar la ciudad cuyo puerto contara con "abrigo, fondo y defensa" y ningún sitio por estos contornos iguala a aquel cercano a la ensenada que sus marineros bautizaron como Cartagena, por Cartagena de España o del Levante. Según fray Pedro Simón, Heredia ordenó que se "sondease de propósito el puerto y hallándole fondo para naves de doscientas toneladas y más hasta barbear la tierra" decidió desembarcar y fundar allí la ciudad.

Para Eduardo Lemaitre, en su "Historia General de Cartagena", Tomo I, de acuerdo con el mismo Heredia, en carta al emperador Carlos V, que debió ser escrita en abril de 1533, su llegada a la bahía de Cartagena tuvo lugar el 14 de enero de ese año, seguro por Bocagrande, y saltó a tierra enseguida, probablemente en lo que hoy es Castillogrande, lugar que vendría a constituirse en el primer puerto de atraque de los futuros fundadores.

El destino de la nueva urbe americana estaba dado, porque, al parecer de analistas de estos episodios históricos, Heredia fundó a Cartagena con el fin casi exclusivo de que sirviera como puerto. Y así fue y ha sido: el puerto estrella de Colombia y uno de los mejores de América.

Según Enrique Marco Dorta, en su monumental obra "Cartagena de Indias, Puerto y Plaza Fuerte", reglamentada la navegación entre España y las Indias, fue Cartagena puerto de escala de la Flota de Tierra Firme, o Flota de Galeones, tanto en el viaje de ida, que terminaba en Nombre de Jesús o en Portobelo, como en el regreso hacia España.

"Viajeros y mercancías en tránsito para el Nuevo Reino de Granada desembarcaban en Cartagena de Indias y mercaderes y tratantes de Antioquia y Cali, de Tunja y de Bogotá y hasta de Popayán y la lejana Quito, acudían a la "feria de galeones" cuando llegaba la flota. Cartagena era el primer mercado de los productos españoles en tierras suramericanas y el puerto de un inmenso y rico territorio. Todo ese conjunto de circunstancias favorables, derivadas de su situación geográfica y de las inmejorables condiciones de su bahía, labraron la prosperidad de Cartagena", agrega Marco Dorta.

SUS PRIMEROS MUELLES.

Siendo Cartagena de Indias una ciudad - puerto, se entiende que los sitios más agitados de su quehacer cotidiano fueran los alrededores de su bahía que sirvieran de muelles.

El primer muelle del cual se tienen noticias fue el llamado "muelle viejo", conocido, también, como "La Caleta", "de cincuenta pies de ancho que pueden rodar seis o siete pipas juntas sin que uno estorbe al otro", al decir del dean Materano en carta al rey, escrita en 1554, construido por Alonso de Montalbán, regidor y después gobernador de Cartagena, en cercanías al baluarte de San Ignacio, donde quedó el demolido "Monumento a la Bandera". Dice Marco Dorta que "cuando Montalbán fue de procurador a la Corte, el muelle estaba comenzado a hacer y casi acabado", según informó, al pedir el establecimiento de varios impuestos para atender, con sus productos, a los gastos de conservación del mismo y del puente (de San Francisco), merced que le fue concedida al Cabildo por real cédula de 1543.

El segundo muelle, conocido como "muelle nuevo", se construyó en 1562 cerca de la Casa de Contratación, que quedaba en la plaza de la Mar o de la Aduana, con un costo de 850 pesos, a instancias de los oficiales, quienes en 1561 se dirigieron al rey, informándole sobre la conveniencia de construir otro muelle, "pues el que existía estaba muy lejos de la misma (la Casa de Contratación) y aún de la ciudad". Este muelle se levantó frente al edificio en donde hoy funciona la Alcaldía de Cartagena.

Pero dicho muelle resultó, con el paso del tiempo y el crecimiento del movimiento portuario, insuficiente, por lo que el gobernador, Pedro Fernández de Busto, escribió al rey en 1571 anotándole la necesidad de que "desde el muelle viejo hasta el nuevo, se haga un pretil de cal y canto y que sirva todo el muelle de alto de una bara de medir con sus troneras que sirva de puertas para la descarga de las naos y bateles y el pretil alto sirva de defensa para que los soldados puedan pelear en tiempo de necesidad detrás". (Cita de Marco Dorta). El mismo corresponsal, días después, expresaba al soberano español el inicio de la obra "evaluada por los alarifes en tres mil castellanos".

Este muelle, que operó por muchos años en la llamada Bahía de las Ánimas, y que aún sirve como tal a naves de cabotaje y turísticas, fue escenario de las grandes transacciones de la época y, como lo anota Rodolfo de la Vega en los textos de "Cartagena de Indias y su Puerto", con fotografías de Jaime Borda Martelo, del "infamante comercio de esclavos". Dice De la Vega que "En las plazas adyacentes al puerto se exhibía la "mercancía" recién llegada del África para el remate de los tratantes".

LA MACHINA.

En 1769 el gobierno español construyó en la parte de la costa de Bocagrande, donde hoy están los muelles de la Base Naval, un carenero, que es un sitio

para reparar o componer los cascos de los barcos. Por razones no precisadas por los historiadores, ese taller de reparación de barcos se vino a conocer con el nombre de “La Machina”, que viene del francés "machine", que significa, según el DRAE, "Cabria o grúa de grandes dimensiones, que se usa en los puertos y arsenales".

Antes de construirse allí en 1893 el muelle de madera que se llamó con ese nombre, ya el lugar se conocía como La Machina. Ello se infiere por el hecho de que el 12 de mayo de 1884 se firmó un contrato para la prolongación del muelle de la Aduana de Cartagena, que era el antiquísimo de la Bahía de las Ánimas, "hasta el punto conocido en la bahía con el nombre de La Machina"... Este contrato fue suscrito entre Felipe Angulo, Secretario de Hacienda de la Unión, y "Vélez e Hijos", como contratistas. Y cedido por éstos al señor J.M. Tobías, mediante la Escritura Pública No. 122, de 16 de abril de 1891, de la Notaría Primera de Cartagena, quien, a su vez, traspasó, en el mismo acto, los derechos, privilegios y obligaciones que le fueron cedidos, al señor Samuel B. MacConico, de New York, quien, también, los cede a la compañía "The Cartagena Terminal Improvent Company, Limited", sociedad anónima con domicilio en Boston, USA. Esta compañía hizo transferencia de sus derechos a la sociedad inglesa "The Cartagena (Colombia) Railway Company Limited, según consta en la Escritura Pública No. 493 de 13 de agosto de 1906, otorgada en la Notaría Primera de Cartagena, y, finalmente, mediante acuerdo suscrito en la ciudad de Londres el 13 de diciembre de 1921, esta última compañía vende sus derechos de todas las tierras y pertenencias que posee entre la estación del ferrocarril de Cartagena y el muelle de “La Machina”, a la Andian National Corporation Limited.

Subraya Rodolfo de la Vega en el libro antes citado, que "Al finalizar el siglo XIX Cartagena ofrece al mundo tres obras importantes en materia portuaria: un muelle marítimo con capacidad para recibir dos buques a vapor y otras embarcaciones menores; rectificación del Canal del Dique; y, un moderno ferrocarril para comunicar al puerto marítimo de Cartagena con el fluvial de Calamar, sobre el río Magdalena".

La administración y manejo del muelle estuvo a cargo de la Andian National Corporation Limited, a quien los cartageneros identificaban como "la Andian", hasta su desaparición por un arrasador incendio, el 4 de agosto de 1930, que lo redujo a cenizas.

Alberto H. Lemaitre, “Mr. Tollo”, nos refiere en sus "Estampas de Cartagena

de Ayer", que él trabajaba en "La Machina" en el año 1928. Que las oficinas de la administración estaban en una caseta de madera encima de la bodega central y su administrador era un ciudadano inglés llamado H.C. Berchal, y su secretario privado Francisco Arrambarry. El jefe de protocolo y sobordos era el "Mono" Sánchez y el Secretario General Víctor Castillo Rico. Lemaitre y Saúl Cabarcas eran los "office boys".

En el año 1918 los trabajadores del muelle se unieron a una huelga para reclamar aumentos de salarios. La huelga duró del 7 al 9 de enero, día éste en que llegaron a un acuerdo con los empresarios en la Gobernación de Bolívar. Este acuerdo se trató de desconocer por parte de los patronos, lo que hizo que los trabajadores se amotinaron en la actual plaza de los Coches y asaltaran algunos almacenes del mercado público para armarse de machetes y revólveres, lo que produjo la intervención policial, con cruentos enfrentamientos que causaron la muerte de tres trabajadores y un policía. Las empresas se avinieron a cumplir lo pactado y volvió la paz al muelle.

Como un episodio social anecdótico, ocurrido en la década de los años cincuenta del pasado siglo, nos recuerda Jesús Cárdenas de la Ossa en su "Lexicón del Caribe", que amparados por el incendio que incineró todos los archivos de la empresa portuaria, las personas que estaban en edad de jubilación con el Estado, pero les faltaba un "tiempito" para completar los veinte años de servicios, acudían a la prueba supletoria de declaración de "testigos", ex trabajadores de "La Machina", para que dijeran que tal aspirante a jubilación había laborado en aquella compañía y sumar, así, el tiempo exigido. No fueron pocos los avivatos que obtuvieron su estatus de jubilados por este medio, sin nunca haber conocido ese accidentado muelle.

Después del incendio que acabó con "La Machina", la ciudad careció de muelles funcionales durante tres años y medio, aproximadamente, sin que por ello, dejaran de arribar las naves marítimas al puerto, que realizaban la operación de cargue y descargue de mercancías a través de unos muelles flotantes habilitados sobre planchones y bongos, auxiliados por grúas que instalaban al lado de los buques anclados en la bahía.

EL MUELLE DE MANGA.

Gracias al arribo de Cartagena en 1933 al cuarto centenario de su fundación, fue objeto la ciudad de la satisfacción de una de sus más grandes necesidades: un muelle o terminal marítimo moderno, amplio y funcional.

El Gobierno Nacional, presidido por el doctor Enrique Olaya Herrera, decidió

darle este regalo de cumpleaños y contrató con la firma estadounidense "Frederick Snare Corporation" su construcción en la isla de Manga, entonces no tan habitada ni tan cercana a la ciudad histórica, como hoy.

En los primeros días de 1934, se inaugura tan importante obra por el mismo presidente Olaya Herrera, quien arribó a la ciudad con ese propósito, junto con su ministro de obras públicas, Alfonso Araújo.

Con toda la pompa del caso se da al servicio este complejo terminal marítimo, con dos espigones de 210 metros de largo cada uno, con cuatro puntos de atraque para barcos grandes; un muelle marginal de 130 metros; y dos pequeños marginales de 52 metros cada uno, para embarcaciones fluviales y barcos menores; tres bodegas para carga; grúas eléctricas y equipo rodante para cargue y descargue.

La empresa constructora, Frederick Snare Corporation, administró el terminal desde su inauguración hasta 1947, cuando asumió su conducción el Ministerio de Obras Públicas. A partir de 1961 se encarga de su administración la empresa Puertos de Colombia (Colpuertos), entidad creada por medio de la ley 154 de 1959, como ente oficial autónomo, facultada para dirigir todos los puertos del país, unificar sus tarifas, procedimientos administrativos y operativos.

El muelle o terminal marítimo de Manga se convirtió en uno de los mayores empleadores de la ciudad. Personas de todos los estratos prestaron sus servicios a esa empresa, desde los encumbrados ejecutivos hasta los humildes "cargadores de bulto". Allí laboró durante muchos años mi padre, Rafael Ballestas Prens, quien manejó, con la seriedad, compostura y honradez que lo caracterizaron, una de las áreas administrativas del puerto. Igualmente un tío, Lisandro Ballestas Prens. Ambos obtuvieron, al final de sus años, una jubilación modesta, estrictamente ceñida a la ley. Otro tío, Ramón Ballestas Prens, "Moncho", fue perpetuo visitador de sanidad de cuanto barco llegaba, pero como agente del Servicio Seccional de Salud.

Durante este período (1933 - 1993) sus gerentes fueron:

Saint Claire Baumgartner	(1933 - 1947)	"Frederick Snare Corporation"
Guillebaldo Forero	(1947 - 1948)	Ministerio de Obras Públicas
Gabriel Rodríguez Franco	(1949 - 1950)	
Julian Palacio de la Torre	(1950 - 1952)	
Adolfo Matallana Angarita	(1952 - 1954)	

Julio Enrique Juliao	(1954 - 1955)	
Germán Hoyos Jaramillo	(1956 - 1958)	
Rafael Castañeda Sales	(1958 - 1961)	
Alfonso Villera Guerrero	(1962 - 1967)	Empresa Puertos de Colombia (Colpuertos)
Gregorio Cabrera García	(1967 - 1971)	
Luis H. Mogollón de Zubiría	(1971 - 1983)	
Guillermo Villate Supelano	(1983 - 1985)	
Alfonso Martínez Emiliani	(1985 - 1986)	
Alfredo Ospino Echeverría	(1986 - 1990)	
José Manuel Fernández Pinedo	(1990 - 1992)	
Luis Carlos Guerrero E.	(1992 - 1993)	

Esta posición, la gerencia del terminal marítimo, era muy apetecida, por el gran poder burocrático que ejercía y por las comodidades que la rodeaban: casa, carro, lancha e isla en el archipiélago del Rosario. Durante la progresista administración de Gregorio Cabrera García, tuve ocasión de conocer en su interior este mundo sui géneris, cuya vida y anécdotas han inspirado numerosos ensayos y libros, y disfrutar, de vez en cuando, de las refinadas dotes de anfitrión del novel gerente.

La politización de la empresa, su excesiva burocracia, la insaciable voracidad presupuestal de algunos de sus líderes sindicales, el desgüeño administrativo y otros pecadillos de no menor cuantía, impusieron la necesidad de revisar la política estatal en materia del manejo de los puertos colombianos y, consecuentemente, el reordenamiento del sistema imperante y la liquidación de la empresa Puertos de Colombia (Colpuertos).

SOCIEDAD PORTUARIA REGIONAL DE CARTAGENA S.A

Como consecuencia del insostenible estado de los puertos y en desarrollo de la apertura económica implantada en el país por el presidente César Gaviria Trujillo, se expide la ley 1ª de 1991, por medio de la cual se ordena la liquidación de Colpuertos, se crea la Superintendencia General de Puertos y se fijan las bases para la constitución de sociedades portuarias regionales y de compañías operadoras portuarias privadas.

En Cartagena se conforma la Sociedad Portuaria Regional de Cartagena, que el 13 de diciembre de 1993 recibe de la Nación la concesión para operar el muelle o terminal marítimo de Manga, en un espacio superficial de 36 hectáreas,

del cual 150.000 metros cuadrados están señalizados para el almacenamiento de contenedores y maquinaria pesada, uno de los objetivos de la nueva administración.

Aplicando una política de reinversión de sus utilidades, según manifestación de sus rectores, hoy presenta a sus usuarios servicios de cargue y descargue de mercancía convencional, un moderno terminal para buques de pasajeros e instalaciones y equipos dirigidos a convertirlo en uno de los principales muelles de contenedores de América Latina.

Cuenta con cinco bodegas para carga de importación y exportación, incluyendo cargamentos peligrosos; ocho sitios de atraque para atender simultáneamente ocho buques; y cuatro grúas pórtico y dos móviles, con una gran capacidad de levante, que agilizan la labor de manejo de contenedores y cargas pesadas. A la maquinaria anterior se añaden 36 grúas terrestres apiladoras de contenedores, 22 montacargas para bodegas y 63 camiones.

Con 15 años de funcionamiento bajo el sistema de concesión, el de la Sociedad Portuaria de Cartagena fue clasificado dentro de los 100 puertos más importantes del mundo por la revista especializada "Cargo System", ascendiendo nueve posiciones, de la 99 del año 2000 a la 90 en el 2001, siendo, además, el único puerto de Colombia que figuró en esa lista. La Asociación Nacional de Comercio Exterior, "Analdex", y Proexport Colombia, le otorgaron el premio nacional de exportaciones 2002, en la modalidad de "Cooperación Exportadora", y la Corporación Andina de Fomento (CAF), a través de la Universidad Politécnica de Valencia, España, le dio la más alta calificación, en cuanto a rapidez, flabilidad y seguridad. Me llena de satisfacción que a tan positivo resultado haya contribuido, en los primeros años de vida de la Sociedad, mi hija Hortensia, hoy señora de Schwarz, cuyas luces como consejera jurídica orientaron por buen camino sus pasos iniciales, hasta cuando se ausentó de su delicado encargo, por haber trasladado su domicilio a Viena, Austria.

Vale, además, señalar que la "Caribbean Shipping Association" galardonó al puerto de Cartagena como "el mejor terminal de contenedores" durante los años 2005, 2006 y 2007, en asambleas de socios celebradas en Bridgetown, Barbados; Ciudad de Panamá, Panamá; y Santo Domingo, República Dominicana, respectivamente, tres años consecutivos, para satisfacción del país y de Cartagena, en particular.

El arribo de buques de turismo (cruceros) también se ha incrementado favorablemente. Entre agosto 17 de 2007 y mayo 19 de 2008 han llegado 131

barcos, con 191.962 pasajeros y 89.192 tripulantes, lo cual constituye un logro turístico extraordinario.

Acaba de formalizarse la fusión de la Sociedad Portuaria Regional de Cartagena con el Terminal de Contenedores de Cartagena S. A. (Contecar), muelle de contenedores de la antigua Flota Mercante Grancolombiana, lo que trasciende en una gran ampliación de la capacidad de servicios del puerto y lo prepara para enfrentar el mayor movimiento de buques portacontenedores que se viene encima con motivo de la ampliación del Canal de Panamá y la esperada aprobación del T. L. C. con los Estados Unidos de Norte América.

Es de anotar que la empresa adquirió una draga recientemente, para cuyo nombre se abrió concurso entre la gente del puerto. De 29 propuestas, el jurado escogió la de "Don Rodo", simpático bautizo en homenaje a Rodolfo de la Vega Vélez, veterano y eficiente servidor de dicho puerto.

Su primer gerente fue el señor Gaetano Giaimo Ferrari, desde diciembre de 1993 hasta el 30 de septiembre de 1994, cuando lo reemplazó el capitán Alfonso Salas Trujillo, oficial retirado de la Armada Nacional, quien cambió la cara del terminal, dándole un giro auténticamente empresarial y moderno a su manejo, cuyos resultados están a la vista.

OTROS MUELLES.

Basta asomarse de noche a nuestra bahía interior, para contemplar un panorama colmado de luces de muelles que enmarcan sus costas. Los hay para todos los gustos: al servicio y despacho de buques graneleros, de sólidos, líquidos y gases, industriales, astilleros, petroleros, turísticos y de pesca, etc., etc.. En fin, muchas instalaciones portuarias, unas mayores, otras menores, que convierten en realidad las ilusiones de Pedro de Heredia al fundar a Cartagena hace 475 años: que fuera una ciudad - puerto, "con abrigo, fondo y defensa". Y se cumplió su deseo.

BIBLIOGRAFÍA.

1. "CUENTOS Y LEYENDAS DE CARTAGENA" Editorial Nuevo Mundo. 1948; Eustorgio Martínez Fajardo.
2. "CARTAGENA DE INDIAS, PUERTO Y PLAZA FUERTE. Alfonso Amadó Editor. 1960; Enrique Marco Dorta.
3. "HISTORIA GENERAL DE CARTAGENA". Tomos I y IV. Edic. Banco de la República. 1983; Eduardo Lemaitre.
4. "ESTAMPAS DE CARTAGENA DE AYER". Espitia Editores. 1990; Alberto H. Lemaitre (Mr. Tollo).
5. "CARTAGENA DE INDIAS Y SU PUERTO". Bordamar Editores; Jaime Borda Martelo y Rodolfo de la Vega Vélez.
6. "LEXICÓN DEL CARIBE". Edit. Antillas. 2000; Jesús Cárdenas de la Ossa.
7. Informativo "DEL PUERTO". Edición de agosto de 2002
8. Copias de documentos notariales sobre los muelles de La Bodeguita y La Machina. Herat Hernández Ayazo.
9. Conversaciones con RODOLFO DE LA VEGA VÉLEZ y CARLOS GUSTAVO MÉNDEZ RODRÍGUEZ.

CAPÍTULO VIII

EL SITIO A CARTAGENA DE DON PABLO MORILLO.

INTIMIDADES, PASIONES Y AFLICCIONES

Se cumplen, el 22 de agosto de 2008, 193 años del inicio del "Sitio a Cartagena" por Pablo Morillo. Ha sido múltiple la bibliografía referente a este doloroso acontecimiento histórico. Eduardo Lemaitre, en su "Historia General de Cartagena", nos lo relata en el Tomo III con gráfico patetismo, como si se tratara de una película, épica y dramática a la vez, tan conmovedora que, después de leer los capítulos que le dedica al tema, queda en el lector la misma apesurada sensación que se padece luego de haber visto filmes como "La Lista de Schindler" o leído libros como "La Hora 25" o "El Coronel no tiene quien le escriba". Se siente uno estremecido en lo más profundo del alma.

Por eso no voy a ocuparme tanto del sitio mismo, sino de sus más significativas intimidades, de las pasiones que le antecedieron y los desaciertos que contribuyeron a que ese asedio culminara exitosamente para los españoles y fuera más calamitoso para los sitiados.

1. LA ENEMISTAD ENTRE BOLÍVAR Y MANUEL DEL CASTILLO Y RADA.

Digamos que es este un precedente que va a facilitarle a Morillo el logro de su empresa reconquistadora. En efecto, de no haberse presentado la irreconciliable enemistad que separó a estos dos protagonistas de nuestra hazaña libertadora, a Morillo le hubiera sido más difícil o, tal vez, imposible, sitiar y tomar a Cartagena.

Don Manuel del Castillo y Rada, miembro de distinguida familia cartagenera, abogado y militar, como casi todos los personajes importantes de la época, que si hoy viviera habría sido calificado de "cartacachaco", porque, a pesar de haber nacido en Cartagena, residió en Santa Fe desde su adolescencia, al lado de su hermano José María, participó como militar en la defensa de la frontera con Venezuela, amenazada por las tropas realistas que se dirigían hacia Cúcuta. Para la misma época, febrero de 1813, llegó a esa región, a Ocaña, Simón Bolívar, que era apenas un coronel de 30 años de edad, al mando de los soldados cartageneros y momposinos que le acompañaban en su proyectada reconquista de Venezuela.

Para la defensa del norte hubo necesidad de unir los dos ejércitos, el de Bolívar y el de Del Castillo, quedando el primero como Comandante en Jefe y el otro como segundo en el mando, pero con orden del Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, como se llamaba Colombia en esas calendas, de "obrar siempre en común acuerdo".

Dice Lemaitre que esta última fue una funesta decisión, porque entre estos dos hombres había una gran diferencia de temperamentos y estilos; una verdadera incompatibilidad de caracteres, como en ciertos matrimonios: "el uno frío, y el otro de fuego". En todo caso, los constantes desacuerdos y las repetidas discordias sobre la conducción de la guerra fueron endureciendo las relaciones entre ellos, en forma tal, que "ni Del Castillo obedecía a Bolívar, ni mucho menos éste a aquél", añade Lemaitre.

En esta beligerante confrontación, el Congreso de las Provincias Unidas tomó partido y se solidarizó con Bolívar, confirmándolo en la jefatura suprema de los ejércitos del norte, con la autorización de proseguir la guerra contra los realistas, lo que produjo la ira de Del Castillo, quien renunció y, dolido, regresó a Santa Fe. En enero de 1814 retorna definitivamente a Cartagena, donde el Presidente de la Provincia, don Manuel Rodríguez Torices, lo designa Comandante de la plaza. Aquí morirá, después del sitio, en el patíbulo.

Mientras tanto, Bolívar prosiguió en mayo de ese mismo año su "Campaña Admirable" en Venezuela. Inicialmente obtuvo señaladas victorias, hasta llegar a Caracas y merecer, por primera vez, el título de "Libertador", victorias que luego se transformaron en derrotas, ante la fuerte arremetida de los españoles, lo que obligó al Libertador a retroceder y buscar refugio en Cartagena en septiembre de 1814. Era esta la segunda vez que Bolívar acudía a la hospitalidad de los cartageneros.

Según el historiador Gabriel Jiménez Molinares, "Del Castillo recibió a Bolívar con las atenciones de su educación, pero ni en el uno ni en el otro se habían apagado los rencores creados por la discordia de Cúcuta". Bolívar, para evitar situaciones difíciles, decidió hacer mutis por el foro y se fue para Santa Fe el 10 de octubre de ese año.

Más tarde, el Congreso de las Provincias Unidas puso a Bolívar al mando del ejército que se dirigía a la Costa Atlántica a reconquistar a Santa Marta, Río Hacha y Maracaibo, que estaban bajo el dominio de los realistas, y proseguiría, luego, al resto de Venezuela. Para cumplir ese encargo, Cartagena debería contribuir con soldados, armas y municiones, que ayudaran a satisfacer los requerimientos de la guerra; además, el ejército de la plaza, que comandaba nadie menos que Del Castillo, quedaría bajo la suprema dirección de Bolívar.

¡Y ahí fue Troya! Del Castillo eludió a todo trance cumplir con esta orden del Congreso, a pesar de que Bolívar, instalado en Mompóx, le envió dos mensajeros de buena voluntad para que trataran de limar asperezas, con resultados infructuosos.

Cómo sería el grado de inquina de Del Castillo hacia Bolívar que, cuando se enteró de la disposición del Congreso, se apresuró a licenciar al ejército del Magdalena, que estaba bajo su mando, para evitar que Bolívar lo anexara a sus tropas, y trasladó el armamento a Cartagena en la goleta "Momposina", que naufragó en el río, perdiéndose así todo el parque.

Y lo que fue peor: Del Castillo le puso cita a Bolívar en la equidistante población de Zambrano, dizque para combinar entre ambos el plan de campaña, dejándolo "metido" o "con la silla vacía", como nos lo relata Juan García del Río, quien, al parecer, se encontraba en Cartagena para esa época. Cuenta así el chisme García del Río:

"Lleno de gozo Bolívar con este favorable resultado (la cita), envió otro edecán a recibir a Castillo; y en seguida, se puso él mismo en marcha para el lugar destinado a la conferencia (Zambrano) ¡Cuál fue su sorpresa, cuando al cabo de tres días de expectativas encontró no sólo que el jeneral Castillo no aparecía, sino que el gobierno de Cartajena había mandado a llevar a la ciudad el armamento que existía en las riberas del bajo Magdalena (parte del cual se perdió en la conducción), y había ordenado a las autoridades de la provincia que le trataran (a Bolívar) como enemigo en todos los pueblos de su tránsito" (Se conserva la ortografía original).

Como se diría en el lenguaje coloquial, Del Castillo, además de "dejar metido" a Bolívar, le "jugó sucio".

Esto, como era apenas natural, indignó a Bolívar, quien decidió marchar sobre Cartagena, con el fin de obtener, si era necesario por la fuerza, el armamento y la tropa solicitados.

El 27 de marzo de 1815 Bolívar y su gente montaron cuartel en la cima de la Popa y sectores cercanos a la ciudad y vino lo que se ha denominado, con algo de exageración, "el sitio de Bolívar a Cartagena", acción que no puede calificarse así porque Bolívar apenas contaba con 400 hombres armados y no tenía una sola nave marítima para bloquear la bahía, situación que, de ninguna manera, impidió las comunicaciones de la ciudad con el resto de la nación y con el exterior y la posibilidad de proveerse de víveres.

Vino el "tira y jala" entre Bolívar y Del Castillo. Mensajes que van, mensajes que vienen; amenazas que van, amenazas que vienen, "cañándose" ambos, sin que, efectivamente, ninguno de los dos atacara con las armas.

Inclusive, llegaron a recíprocos insultos. Del Castillo y sus amigos de Cartagena llamaron a Bolívar y sus tropas "insurgente mandando un ejército de bandidos", "salteadores a quienes se debía negar el pan y el agua", "general intruso y exterminador". Y Bolívar se refirió a ellos con estos suaves calificativos: "Amador (Presidente de la Junta de Gobierno de Cartagena) ha sido siempre conocido por godo. Del Castillo es capaz de todo, todo; no he conocido criatura más vil sobre la tierra. Ayo es tan godo como Alarico. Narváez es un imbécil y García Toledo un apático". Sin duda, estaba bravo nuestro Libertador.

Adelaida Sourdis nos dice en su obra "Cartagena de Indias durante la Primera República 1810 - 1815", que Bolívar "escribió, protestó, reiteró sus buenas intenciones respecto a Cartagena, envió emisarios, suplicó con desesperación para que le mandaran los refuerzos necesarios para atacar a los realistas en Santa Marta, pero el gobierno de la Provincia fue sordo ante su clamor. Mientras veía con desesperación cómo se le acababa el ejército, por la insalubridad del clima de Mompóx, en Cartagena se celebraban reuniones para entorpecer sus planes".

Fastidiado con esta situación, Bolívar decide, otra vez, alejarse del lugar, renuncia al mando de las tropas y parte para Jamaica el 9 de mayo de 1815, "oprimido del más profundo dolor". Antes, le dirigió al gobierno central un mensaje diciéndole, entre otras cosas, que "Existía en Cartagena una odiosa guerra civil

que había envuelto a todos los habitantes de la provincia, que habían llegado a las manos. Para decidirla, el Comandante general de las armas, Brigadier Manuel Castillo, logró por fraude ocupar la plaza".

"Desgraciadamente aquel general conservaba contra mí una antigua rivalidad... y tomó, en consecuencia, cuantas medidas hostiles podían emplearse contra un enemigo cruel, con el objeto de repulsar al ejército de la Unión, para destruirlo si fuere posible". (Texto tomado de "El Corsario Luis Aury", de Antonio Cacua Prada).

Conociendo, como conocemos, el talante del hombre caribeño, y ambos lo eran, nos atrevemos a asegurar que algo más que un simple relevo de mandos debió haber ocurrido entre estos dos artífices de nuestra independencia para que se repudiaran tanto.

Eduardo Lemaitre, en su capítulo "Una carta para El Diablo", que aparece en el primer tomo de "Historias detrás de la Historia de Colombia", sale en defensa de del Castillo, sin menospreciar a Bolívar, en los siguientes términos, sobre los cuales vale la pena meditar:

"Es verdad que hoy, donde se nombra a Bolívar no puede ni mencionarse a Castillo. El uno fue el genio coronado además por el éxito, y el otro un ciudadano distinguido, de carácter agrio y quisquilloso, y encima de eso, derrotado y fusilado al final. Con lo que dicho está cuál habría de ser el juicio que sobre los dos personajes formularía la historia. Bolívar pasó a sus páginas como el bueno de la película y el pobre don Manuel como el villano. Pero la verdad es que sobre este episodio hay mucha tela que cortar; y que si profundizamos en el tema, encontramos que don Manuel del Castillo y Rada, cualesquiera que hayan sido sus defectos y su conducta posterior, no era ni un tonto ni un insensato, ni menos "el hombre más vil que he conocido", como Bolívar mismo lo calificó con gran injusticia en cierta ocasión, sino un militar culto y civilizado, que tuvo razones muy poderosas para conducirse en Cúcuta como lo hizo, oponiéndose, con razón, a lo que él consideraba una locura de Bolívar, además en aquellos momentos éste no era sino un oficial venezolano sin fortuna, lo mismo que él, con quien podía codearse como parigual, tanto por la cuna y la edad, como por la educación, los escasos merecimientos militares, y el amor a la patria; y es perfectamente explicable, y apenas humano, que el cartagenero hubiera querido sobreponerse a su rival caraqueño. ¿Qué de pecaminoso, qué de vil, y qué de antipatriótico hay en ello?"

Mientras, el general Morillo se encontraba ya en costas venezolanas con toda su flota, rumbo a la Plaza Fuerte de Cartagena de Indias.

CONSECUENCIAS DESASTROSAS DE ESA ENEMISTAD.

Sin ninguna oposición, arribó Morillo a Santa Marta el 23 de julio de 1815, donde se le recibió con beneplácito, y allí, con toda tranquilidad, inició los preparativos para la toma de Cartagena y del interior del territorio neogranadino.

Con tal fin, dividió sus 11.000 hombres en tres partes: una, la envió a Mompóx y a las hoy llamadas "Sabanas de Bolívar"; otra, se dirigió por tierra a Cartagena; y, la tercera, siguió con él por mar.

Morillo y su gente llegaron a Cartagena, taponando las comunicaciones por tierra y mar, quedando la ciudad definitivamente sitiada desde el 22 de agosto hasta el 6 de diciembre de 1815, fecha esta última, en que hizo su entrada a la plaza asolada. Fueron 116 días de heroica resistencia, según el mismo Morillo.

Para los analistas de este lamentable episodio de nuestra historia, otra hubiera sido la suerte de Cartagena de no haber sucedido el inútil enfrentamiento entre Bolívar y Manuel del Castillo y Rada. Con él se frustró la realización de un estratégico plan de toma de los territorios del litoral atlántico dominados por los realistas, especialmente Santa Marta.

De haber prosperado los propósitos del Congreso y de Bolívar, las fuerzas independentistas habrían asumido el control de casi toda la costa norte de la Nueva Granada, desde Cartagena hasta la Guajira, lo que hubiera implicado mayores dificultades al general Morillo en su misión reconquistadora o, seguramente, la imposibilidad de lograrla.

Juan García del Río corrobora lo anterior cuando dice que "no hay duda en que los independientes habrían tomado a Santa Marta si se hubiesen dado a Bolívar los auxilios necesarios; y en semejante caso, Morillo no hubiera tenido aquel punto de desembarco, y habría tenido que sacrificar alguna jente y tiempo para obtenerlo". (Se conserva la ortografía original).

Por su parte, Roberto Arrázola, en su obra "Secretos de la Historia de Cartagena" es más contundente: "El contumaz general Manuel del Castillo, dice, hubo de presenciar impotente la requisa del armamento de Cartagena

hecha por Morillo (después de la toma): 360 cañones, 9.000 bombas, 3.440 quintales de pólvora y 4.000 fusiles, con una parte de los cuales que él hubiera accedido a entregar al Libertador, se hubiera tomado Santa Marta, impidiéndose el desembarco del Ejército Expedicionario Español en tierra de la Nueva Granada...".

Indalecio Liévano Aguirre, en el tomo IV de "Los Grandes conflictos sociales y económicos de nuestra Historia", cita al historiador Monsalve, según el cual el General Castillo, Comandante de la plaza, no tenía conocimientos militares, a lo que agregaba una fría indiferencia, "Solazándose, según dicho historiador, en tan tremenda emergencia en placeres propios de tiempos de paz, hasta contraer matrimonio en momentos en que debía estar sobre los muros con el botafuego en la mano, estimulando a los soldados y dándoles las órdenes convenientes para salvar el país".

Y así fue. Del Castillo casó con doña Isabel de Blasco Noa el 6 de agosto, unos días antes del inicio del sitio, según el historiador Jiménez Molinares, "creyendo que podía compartir las delicias de Himeneo con los ritos sangrientos de Marte".

Algunos otros historiadores consideran que el grueso de la fuerza de Morillo, por su número de buques de guerra y transporte, armas, municiones y hombres, de todas maneras se habría impuesto a las tropas patriotas. Pero los estragos del sitio no hubieran sido tan desastrosos si Santa Marta cae en manos de Bolívar, como estaba proyectado.

Los realistas, que la dominaban, le "sirvieron el plato" a Morillo para que, desde allí, se dirigiera por tierra a Cartagena y otros lugares de la Nueva Granada, como en efecto lo hizo, con todas las fatales consecuencias para la libertad en pañales.

Tales fueron las secuelas históricas de la pelotera entre don Manuel del Castillo y Rada y el Libertador Simón Bolívar.

2. LA RIVALIDAD ENTRE PIÑERISTAS Y TOLEDISTAS.

En Cartagena, entre los años 1810 y 1815, tuvimos también nuestra propia "Patria Boba". Desde cuando se inició el proceso independentista hasta un poco antes del sitio de Morillo, la dirigencia cartagenera distrajo casi la totalidad

de su capacidad de gobierno en la querrela surgida entre los bandos piñeristas y toledistas, con resultados lamentables que, obviamente, alimentaron el éxito expedicionario del "Pacificador" Morillo.

Los Minicaudillismos.

Mucha gente cree que el tan criticado fenómeno político bautizado peyorativamente con los nombres de "clientelismo" o "gamonalismo", que algunos más técnicos llaman "minicaudillismo", es un asunto de ahora. Que, en cuanto se refiere a Cartagena y al Departamento de Bolívar, el "Bossismo", el "Varguismo", el "Romerismo", el "Fortichismo", el "Vergarismo", el "Emilianismo", el "Araújismo", el "Faciolincismo", el "Lequeriquismo", el "Marunismo", el "Barracismo", el "Turbayismo", el "Garcíismo" y todos los demás "ismos" lugareños, han sido y son vertientes regionales de los partidos políticos nacionales, que aparecieron en el siglo XX y, especialmente, en nuestros días, como consecuencia de la crisis ideológica de aquellos.

Pues, están muy equivocados quienes así piensan.

Resulta que desde los inicios de nuestra vida republicana ya esos "minicaudillismos" se fueron conformando en el territorio de la Nueva Granada; y en Cartagena nacieron como clanes familiares, algunas veces de irreconciliable rivalidad. El historiador Álvaro Angulo Bossa nos ilustra con abundancia sobre este tema en su obra "Aspectos Sociales y Políticos de Cartagena de Indias, siglos XVI y XX".

Los Primeros Partidos.

Sin duda los primeros pinitos partidistas se presentaron en Cartagena entre los naturales de esta tierra, los "criollos", y los originarios de España, los "chapelones", contención que provenía de la época colonial, desde cuando los "criollos" empezaron a ilustrarse y adquirieron conciencia de su estrato segundón.

Declarada la independencia de España el 11 de noviembre de 1811 y desaparecido el partido "chapelón", comenzaron a conformarse entre los "criollos" diversos grupos o matices, aglutinados por lazos familiares, afectos personales, afinidades regionales o intereses económicos, exactamente como ahora.

Piñeristas y Toledistas.

Nos cuenta Lemaitre en su "Historia General de Cartagena", Tomo III, que la discordia inicial entre los "criollos" surgió el 11 de noviembre de 1811, "en el momento mismo en que se trató de elegir el primer Presidente de la Junta de Gobierno, para lo que se señalaba, con sobrado derecho, a García de Toledo, que hasta entonces había sido el alma de la revolución. Pero los hermanos Germán y Gabriel Gutiérrez de Piñeres, oriundos de Mompós (aunque fuertemente emparentados con la aristocracia cartagenera) se opusieron a aquel nombramiento. Su deseo era hacer elegir como primer Presidente de la Junta a su anciano pariente D. Antonio de Narváez y de la Torre, quizás con el recóndito propósito de manejarlo de trasmano; pero tal pretensión no tuvo éxito, con lo que, de una vez, se trabó el forcejeo entre los que ya se perfilaban como dos grandes clanes familiares: el de García Toledo, compuesto por la mayor parte de la gran burguesía local; y el piñerista, que constituía, por así decirlo, el ala radical del partido criollo patriota".

Es sabido que los piñeristas presionaron, con la participación del pueblo amenazante, la independencia absoluta de España, contra el querer de los toledistas, que la consideraban aún prematura, prevaleciendo, finalmente, la opinión de los Piñeres, que se plasmó en la declaración de independencia del 11 de noviembre de 1811.

Cómo sería el sectarismo que extremó la confrontación entre estos dos grupos partidistas, que entre ellos se presentaron graves incidentes, inspirados en las más enconadas pasiones.

Contra una persona tan respetable como García Toledo circuló copiosamente por la ciudad un anónimo, en donde se le maltrataba inmisericordiosamente, del cual tuvo que defenderse en un artículo que publicó en "La Defensa", sólo 19 días después de haberse declarado la independencia, anónimo que él atribuyó a uno de los hermanos Piñeres, a Gabriel. Esta mala práctica parroquial del anónimo se arraigó desgraciadamente en nuestras costumbres políticas y judiciales, traída de ciertas villas y localidades ribereñas rurales del Departamento.

Al prócer toledista, Antonio José de Ajos, lo agredieron a fuste limpio en pleno centro de la ciudad, forma de ataque muy particular que, también, hizo carrera en épocas no muy remotas en Cartagena. Aún se cuentan algunas anécdotas de incidentes acaecidos en nuestro villorrio entre personajes de la política local, en donde el fuste salió a relucir como arma de castigo.

El partido piñerista, a cuyos militantes llamaban "independentistas radicales" o "populares" o "demagogos", era comandado por los hermanos Gabriel, Germán y Vicente Celedonio Gutiérrez de Piñeres, naturales de Mompóx, como se dijo, a quienes el Libertador Simón Bolívar apreció inmensamente por los servicios que oportunamente le prestaron, tanto así, que alguna vez les llamó "Fundadores y patriarcas de la independencia". De Germán decía que "era un hombre cultísimo y una de las mentes jurídicas más rigurosas de América".

Se destacaron en esta vertiente criolla el cubano Pedro Romero, el "Tuerto" Ignacio Muñoz, Antonio de Narváez, Manuel Marcelino Núñez, Manuel Rodríguez Torices, el coronel Luciano D'Elhuyar, Diego Parra, Antonio Angulo, Diego Gallardo, Cecilio Rojas, Manuel José Cajar, Ignacio Sánchez Mora y un hombre de extracción popular, llamado Pedro Medrano, entre otros.

Al toledismo, conocido también como "oligárquico" o "aristocrático", lo lideraba José María García de Toledo y contó con la adhesión de personajes de la talla de Antonio José de Ayoa, Manuel del Castillo y Rada, Miguel Díaz Granados, Juan de Dios Amador, José María del Real y Mariano Montilla, entre los más sobresalientes.

Situación de Cartagena a fines de 1814.

Los piñeristas dominaron el gobierno de la Provincia de Cartagena hasta 1814. En diciembre de ese año fue elegido Presidente el doctor José María García de Toledo, quien derrotó, sorpresivamente, a Gabriel Gutiérrez de Piñeres.

Y se armó, otra vez, la batahola. Los piñeristas, que parece eran malos perdedores, reincidieron en el uso de la fuerza, para tratar de desconocer la victoria de García de Toledo.

Veamos lo que sobre este episodio nos cuenta Lemaitre: "Entonces éstos (los piñeristas), descontentos con ese resultado, optaron nuevamente, como en el Once de Noviembre, por las vías de hecho, y luego de agitada discusión, los espectadores de las barras, dirigidos por el Dr. Ignacio Muñoz, quien se salió del recinto para dirigir el bochinche, irrumpieron en éste vociferando y ultrajando a los diputados. Algo peor, ayudados por el Alcalde D.J.M. del Castillo Ponce, que era igualmente piñerista, clausuraron las puertas del salón de sesiones y no permitieron que nadie saliera hasta que se derogara la disposición constitucional..... Y de tal modo fue presionado por este medio el Colegio, que, para poder salir del recinto en que habían sido encerrados, los Diputados terminaron por plegarse a aquella exigencia, y eligieron,

efectivamente, a los 'dos Cónsules', en las personas del mismo García de Toledo y del Dr. Gabriel Piñeres, es decir a los dos enemigos irreconciliables".

Este episodio de la clausura de las puertas de acceso al salón de sesiones de la corporación de aquella época, se repitió en Cartagena en 1974, pero al revés: Un grupo minoritario de concejales, orientado por un famoso líder de la política local, clausuró con candado la puerta de entrada a las dependencias del Concejo Municipal para impedir el ingreso de la facción mayoritaria, a la cual se le bautizó en ese tiempo con el nombre de "Los Doberman", procediendo el Alcalde, que era afín a estos últimos, a ordenar su apertura a la brava.

A partir de diciembre de 1814 Cartagena fue presa de la anarquía y se reanudaron los enfrentamientos fratricidas entre piñeristas y toledistas por el dominio del poder.

El año del desastre.

Finalmente, en enero de 1815, año del sitio de Morillo, los piñeristas fueron definitivamente derrotados, y desterradas de Cartagena sus más importantes figuras, entre ellas los hermanos Germán y Gabriel Gutiérrez de Piñeres y 62 de sus seguidores. Germán murió en Puerto Príncipe, Haití, en 1817, "sin camisa de repuesto, agobiado por sus males y rematado por la extinción de su patria y su familia, tras tantos sacrificios", según Gabriel Jiménez Molineros. Gabriel falleció degollado el mismo año en la batalla de la "Casa Fuerte de Barcelona", en la campaña de reconquista de Venezuela por el Libertador. Allí también perdieron la vida su hermano Vicente Celedonio y otros familiares.

Ya el daño estaba hecho. Esta rivalidad partidista trascendió hasta la víspera de la llegada de Morillo, alcanzando al mismo Simón Bolívar, a quien los toledistas imperantes veían con desconfianza por sus simpatías piñeristas.

El 22 de abril de 1815, cuando se supo en Cartagena la llegada de Morillo a Venezuela, la ciudad trató de reorganizarse a las volandas para afrontar los posibles ataques del indeseado visitante; pero ya era demasiado tarde: las luchas intestinas durante más de tres años no permitieron que la ciudad se reconstituyera en la plaza fuerte que fue y que pudo haber sido nuevamente.

Este factor de discordia interna, sumado al ya conocido del pugilato entre Manuel del Castillo y Rada y el Libertador Simón Bolívar, hicieron mucho más fácil la tarea de don Pablo Morillo.

3. LA INSUFICIENCIA DE PROVISIONES.

Para el tiempo en que ocurrió el sitio, agosto de 1815, Cartagena tenía entre 18.000 y 19.000 habitantes, contando la población civil y el personal militar. Sin embargo, sus dirigentes hicieron mal cálculo logístico, tal vez pensando que el sitio no duraría mucho tiempo o que podrían recibir más provisiones por la vía marítima. Además, sus autoridades civiles y militares permitieron que se llenara de gente de las vecindades ineptas para la lucha.

Fue así como, cuando se inició el asedio, la ciudad se encontraba sin el avituallamiento indispensable para una larga resistencia.

Don Lino de Pombo, quien vivió ese acontecimiento, dice que "cuando se estableció el bloqueo por mar y tierra la ciudad se hallaba desprovista de lo necesario para el mantenimiento por más de dos meses de las 18 ó 19.000 personas concentradas en ella, pronto hubo que matar, salar y embarrilar caballos y burros en calidad de reserva, para el último recurso alimenticio".

Juan García del Río, quien parece que también estuvo presente, cuenta que durante el sitio "se vendió el barril de harina en 150 pesos; los huevos llegaron a valer 4 pesos cada uno y cada gallina 16", precios que, para la época, eran una exageración.

La ciudad fue víctima del acaparamiento, la usura y la especulación. Hasta los oficiales y la tropa, según lo dice Manuel del Castillo en su alegato de defensa ante el Consejo de Guerra que lo condenó a muerte, vendían el pan que les sobraba de sus raciones por un "duro", antes de que se presentara la escasez.

Cuando el bloqueo llevaba un poco más de dos meses, la situación se hizo insostenible. El ganado, los víveres y abarrotes, se habían agotado; lo mismo que los cueros y hasta los más repugnantes animalejos.

Según Riu: "En la plaza no quedó un solo cuadrúpedo que no se empleara en la subsistencia; las ratas, las hierbas que jamás persona humana había mirado como útiles para su alimento, todos los cueros al pelo que conservaban algunos comerciantes, se consumieron en el sustento de aquella desgraciada población".

Morillo, sabido de la dramática escasez alimenticia que se vivía en el interior de la plaza, esperó pacientemente, seguro como estaba de que el hambre sería su mejor aliado, como en verdad, lo fue.

La hambruna acabó con 6.613 habitantes, equivalente a una tercera parte de la población. Los que quedaron vivos semejaban la estampa macilenta de un Modesto Batista.

En cambio, los sitiadores recibían alimentos provenientes de Panamá, Venezuela, Cuba, Jamaica y de los territorios del interior de la Nueva Granada dominados por ellos.

Esta lamentable imprevisión de los cartageneros fue causa inmediata de su propia perdición. Para Adelaida Sourdis, Cartagena, suficientemente provista, "podía resistir un asedio de un año...".

¡Lástima! Porque Morillo no hubiera aguantado un mes más de espera. El trópico lo estaba disminuyendo y, quizá, nuestra historia hubiera sido diferente. Morillo había perdido, desde cuando salió de Puerto Cabello hasta el 6 de diciembre de 1815, 1.825 soldados europeos y 1.300 venezolanos realistas o sea, un total de 3.125 hombres y tenía en sus hospitales alrededor de 3.000 enfermos.

4. LA SUPERIORIDAD REALISTA EN HOMBRES, BARCOS Y ARMAS.

La gran diferencia de elementos para la guerra (hombres, barcos, armas) entre los españoles y los criollos era abismal. El hecho de que Cartagena afrontara casi sola la agresión realista, redujo su capacidad de resistencia y le facilitó las cosas a Morillo.

Comparemos la "armada" cartagenera con la escuadra española:

Los patriotas contaban con ocho canoas artilladas, siete goletas corsarias, dos balandras de guerra, dos pequeñas embarcaciones a remo (falúas), una fragata mercante y una corbeta, que era la única nave propiamente de guerra. Un total de 21 "barcos" inadecuados para un serio enfrentamiento.

En cambio, según Juan García del Río, la fuerza naval española estaba conformada por un navío de Guerra, "San Pedro Alcántara", de 74 (sic); de tres fragatas, y de 25 a 30 buques menores que llevaban artillería de 18 y 24. En todo caso, cuando Morillo se presentó a las costas de Cartagena, el 18 de agosto, lo hizo con 56 buques de guerra y transporte.

Era, sin duda, una "pelea de tigre con burro amarrado".

En materia de tropa, los cartageneros alcanzaron a reunir 2.600 veteranos y 1.000 civiles entre 13 y 60 años de edad, es decir, 3.600 hombres. Y los españoles, por su parte, constituían una fuerza de 10.642 profesionales, en su mayoría curtidos en el oficio de la guerra. Al sitio de Cartagena vinieron 8.000. Aquí, también, la ventaja de los expedicionarios fue enorme.

El mismo Morillo transcribe en sus Memorias la parte pertinente de un oficio de auxilio que interceptó, enviado por don Manuel del Castillo y Rada, comandante de la Plaza, a las autoridades de Santa Fe, fechado el 15 de octubre de 1815, cuando el sitio llevaba 55 días, aproximadamente, que decía:

"En cuanto a las tropas de línea necesarias para marchar contra el enemigo, su número es tan reducido que aún contando con la dirección del General Palacios, trasladada por su división bajo órdenes del General Bermúdez, división cuyo número no alcanza a 250 hombres, apenas podríamos hacer marchar mil soldados; y la plaza permanecería enteramente desguarnecida de tropas y expuesta a toda clase de golpes de mano".

Aquí, igualmente, la desproporción fue exagerada. Sin embargo, la decisión, valentía y heroísmo de los defensores de la ciudad compensaron durante el tiempo del sitio la gran desventaja numérica. Pero no se pudo más y fueron, al fin, doblegados por el más fuerte.

5. LA FALTA DE AYUDA DEL GOBIERNO CENTRAL.

Así como ahora nos quejamos en las reuniones sociales de la condición de semi-colonia Caribe a que ha quedado reducida la Costa en relación con el país andino, por el excluyente centralismo interiorano, aunado a la afectada y empalagosa prepotencia de su burocracia; así, los cartageneros de los tiempos del sitio de Morillo también hicieron protesta del menosprecio del centro a la periferia.

Esa indiferencia, esa distancia, sumió a los cartageneros de 1815 en una gran soledad, en una ausencia de solidaridad de sus connacionales, a pesar del apoyo decidido de muchos forasteros, especialmente venezolanos, franceses, ingleses y unos cuantos españoles. Dice Antonio Cacia Prada en su obra "EL Corsario Luis Aury", que "Morillo alarmado de encontrar tantos franceses al servicio de los patriotas les dirigió una proclama en francés, firmada en el Cuartel General de Torrecilla, el 4 de octubre de 1815".

Es curioso observar cómo los sitios de tierra y mar más estratégicos de la ciudad estaban, en su mayoría, al mando o cuidado de extranjeros:

El capitán de fragata RAFAEL TONO, español, comandaba la llamada "flotilla sutil", compuesta de tres bongos armados y una falúa a la entrada de la Boquilla.

El teniente MATIAS PADRÓN, venezolano, estaba al mando de una fragata mercante y dos balandras de guerra en la Boca Grande.

El corsario francés LUIS AURY, comandó una flotilla de siete goletas en la bahía interior.

El brigadier de marina JUAN NEPOMUCENO ESLAVA, español, pariente del virrey Eslava, estaba a cargo del comando de todas las fuerzas marítimas y de la corbeta "DARDO", única nave apta para la guerra verdaderamente. El general JOSÉ FRANCISCO BERMÚDEZ, venezolano, era el jefe de la Guarnición de la Popa.

El general CARLOS SOUBLETTE, venezolano, reemplazó a Bermúdez en la jefatura de la Popa.

También estaban en la Popa:

SANTIAGO STUART, teniente irlandés; ANTONIO JOSÉ DE SUCRE, venezolano y futuro Mariscal de Ayacucho; y, FRANCISCO PIÑANGO, también venezolano, el de la célebre frase "no estando Piñango vivo", dicha cuando el oficial español realista MOARTÚA trató de tomarse el cerro, el 11 de noviembre de 1815.

El general de brigada FLORENCIO PALACIO, venezolano, estuvo al mando de 500 hombres en el Castillo de San Felipe de Barajas, junto con el general de brigada y médico LUIS DE RIEUX, de origen francés, pero nacionalizado español.

El Castillo de San Fernando de Bocachica, estaba a cargo del coronel mercenario francés DUCOUDRAY - HOLSTEIN.

PEDRO LEÓN TORRES, venezolano, comandó una guarnición de 56 hombres en la Batería de San José.

El coronel JOSÉ DE SATA Y BUSSY, peruano, estuvo al frente de 100 hombres en el Castillo del Ángel.

PEDRO ROMERO, cubano y, el coronel artillero JUAN BOSSA Y GAZA,

español, y semilla de todos los Bossa de este lado de la tierra, estuvieron al mando de la Puerta de la Media Luna.

Desde la Boca del Puente hasta el Baluarte de San Pedro Mártir, estaba el coronel español MANUEL ANGUIANO.

El Baluarte de Santa Catalina estaba a cargo del español, coronel MANUEL CORTÉS CAMPOMANES.

Otro español, LÁZARO MARÍA HERRERA, asumió la comandancia desde el Baluarte de San Ignacio hasta la Boca del Puente.

Y los cartageneros Manuel Marcelino Núñez, que comandó una guarnición de 40 haitianos en la Tenaza; Lino de Pombo, que estuvo asignado a la Popa; Eugenio Layera, quien protegió los baluartes de Santa Clara, la Merced, la Cruz y Santo Domingo, junto con el capitán José Martínez Lozano; Martín Amador, coronel al mando de 700 hombres en las sabanas de Corozal; y, Juan Nepomuceno Vega, natural de Simití, destinado a la defensa de la Popa, ocuparon posiciones de comando en lugares estratégicos de combate. Todos los demás, como se vio, eran extranjeros.

Argos en su "Cursillo de Historia de Colombia", Tomo I, nos retrata, con su ameno y peculiar estilo, la indiferencia de nuestros hermanos del interior:

"Los cartageneros pidieron ayuda urgente a Bogotá: que les mandaran comida de lo que fuera. Y armas. ¿Y saben con lo que salieron los compatriotas santafereños? Se pusieron a hacer rogativas y novenas. Dice el cronista Caballero: hubo velación a Nuestro Amo en la capilla por los curas Omaña y Plata, de la rogativa que están haciendo desde el 30 del pasado por el buen éxito de las armas de Cartagena, que la tienen sitiada los españoles".

Expresa Indalecio Liévano Aguirre en el tomo IV de "Los Grandes Conflictos Sociales y Económicos de nuestra Historia" que mientras el pueblo cartagenero escribía su heroica epopeya, los legisladores granadinos y los triunviros daban muestras de su espíritu bobalicón, que hizo tan famosa la época, y se dedicaban, ¡quién lo creyera!, a reglamentar los colores y el esmalte del escudo de las Provincias Unidas y a designar la forma, características y leyenda del sello que debía emplearse en la correspondencia oficial.

Sin embargo, el gobierno general, condolido, envió un modesto auxilio económico de \$ 80.000 que nunca llegó a la ciudad, porque su portador, un teniente coronel de nombre Feliciano Otero, se retrasó en el viaje y fue capturado, junto con el dinero, por las huestes de Morillo.

Fue esta la primera campanada en nuestra vida republicana de lo que le esperaba a la "provincia" respecto del centralismo santafereño, hecho que se convirtió en otro factor determinante de la victoria realista en Cartagena.

6. LA MALA SUERTE.

Además de los factores negativos antes enunciados, los cartageneros contaron, "para colmo de peras en el olmo", con más mala suerte que un caballo cochero.

Los buques que fueron enviados a Jamaica y otras islas del Caribe en busca de provisiones zozobraron por las bravuras del mar.

Juan García del Río comenta así esa adversa circunstancia: "nunca fueron los vientos y las olas más furiosas que en tiempo del asedio; y combinándose hasta las tempestades con el enemigo, se perdió en el mes de octubre un convoy de nueve velas, que conducía víveres de Jamaica".

Adelaida Sourdis nos señala que "se enviaron a Jamaica y Santo Domingo dos comisiones a comprar provisiones. De allí enviaron tres embarcaciones menores cargadas de alimentos, pero el tiempo, que también parecía estar contra los cartageneros, les impidió llegar. Envueltas en un temporal, dos naufragaron y la otra se vio precisada a volverse a Kingston con serias averías".

Es muy conocido por los estudiosos de este tema el episodio en que se vio envuelto el capitán venezolano Francisco Sanarrusia. Cuentan que, en agosto, recién iniciado el sitio, partió hacia los lados de Sotavento un grupo de cartageneros, al mando del capitán Sanarrusia, con el fin de obtener algunas provisiones. Al regresar por el Dique, fueron atacados por la división de Morales, sanguinario realista que ya se había asentado en el lugar. Después de desesperado combate, privó la superioridad de Morales y muchos de los tripulantes de las naves locales murieron ahogados al intentar alcanzar la orilla y el capitán Sanarrusia prefirió suicidarse de un tiro de pistola, antes que entregarse a las fuerzas sitiadoras.

En este incidente, nos dice la misma Adelaida Sourdis, se perdieron, además de los dos bongos armados en que se movilizaban, "10 arrobas de carne salada, 700 plátanos, 6 canastos grandes de cacao, 31 calderos de fierro, 2 cajones de metal con platino y 5 cerdos", que tanta falta le hacían a la plaza.

A todas estas adversidades de la suerte, hay que sumarle la fallida llegada del auxilio económico proveniente del gobierno general de Santa Fe; así como la pérdida de la columna de 700 hombres, encargados de recaudar un empréstito

forzoso decretado entre las poblaciones de la provincia cartagenera, derrotada y capturada en la población de Chimá, el 21 de septiembre.

El estado de desesperación de los patriotas era tal, que don José María García de Toledo, uno de los principales jefes de la resistencia, propuso que hicieran salir de la ciudad a todos aquellos que no estuvieran aptos para pelear, y permitieran la entrada de los españoles. Que, una vez los españoles adentro, le prendieran fuego a todos los polvorines existentes, con el fin de liquidar a los invasores, aún con el sacrificio de los patriotas. Algo así como un suicidio colectivo.

Adelaida Sourdis, citada por Cacua Prada en su obra mencionada, se refiere a este episodio así: "Actos de desesperación, en un esfuerzo casi sobrehumano por resistir, marcaron el fin de la tragedia cartagenera. Primero salieron alrededor de 2.000 bocas inútiles, de ancianos, mujeres y niños, a entregarse al enemigo para aliviar la situación. Muchos fallecieron en la prueba.

Luego surgió la propuesta de García de Toledo de evacuar la población civil, dejar entrar al enemigo y volar la plaza pereciendo todos en supremo sacrificio. Finalmente se tomó la determinación de abandonar la ciudad antes que rendirla".

Morillo, ni corto ni perezoso, aprovechó la ocasión para tomar como rehenes a los que se le entregaron y utilizarlos para presionar una rendición.

Tuvieron, pues, los cartageneros, para completar su tragedia, mala, muy mala suerte.

FINAL.

Los seis factores determinantes que me he permitido resumir, fueron definitivos para el éxito de la expedición armada comandada por don Pablo Morillo hace 193 años, y contribuyeron, paradójicamente, a resaltar la memorable valentía de los cartageneros.

Al ocupar el "Pacificador" la plaza el 6 de diciembre de 1815, después de 116 días de heroica resistencia, se halla frente a un panorama de desolación y muerte: una ciudad fantasma, llena de cadáveres insepultos que enrarecen el ambiente y ponen en peligro la salud de los mismos sitiadores; una hambruna general que se refleja en el estado macilento de los sobrevivientes; y, un caos social, por el fallecimiento o huida de más del 55% de su población. Morillo consignó sus impresiones sobre este hecho en sus Memorias: "Mis tropas ocuparon inmediatamente la ciudad. Su aspecto fue para mí el espectáculo

más doloroso de mi vida. No era más que un vasto cementerio en que se veían vagar aún los esqueletos apenas animados. Cadáveres apilados en las casas y en las calles expandían desde lejos un olor pestilente que aumentaba el horror y testimoniaba la ferocidad y los crímenes de los verdugos de esta malaventurada ciudad”, esto último, refiriéndose a la dirigencia patriota local.

A los sobrevivientes, según Morillo, “se les distribuía una sopa abundante que podía reparar las fuerzas y la salud”. Y le fue suficiente una corta estadía en la plaza para restablecer el orden, dejando encargado de su comandancia al general Francisco Montalvo, tan pronto se ausentó para dirigirse al interior a proseguir la reconquista.

Cartagena tenía antes del sitio entre 18 y 19.000 habitantes, y durante el sitio, y unos días después, murieron por hambre 6.613; 3.000 emigraron por mar, de los cuales la mitad murió en el viaje. La población quedó reducida a 8.000 habitantes, aproximadamente. Fue un verdadero holocausto en aras de la libertad y de la dignidad humana, que le valió a nuestra urbe el merecido título de "Heroica".

BIBLIOGRAFÍA.

1. "SECRETOS PARA LA HISTORIA DE CARTAGENA". ROBERTO ARRÁZOLA. TIPOGRAFÍA HERNÁNDEZ LTDA.. CARTAGENA. 1967
2. "HISTORIA GENERAL DE CARTAGENA". EDUARDO LEMAITRE. TOMO III, BANCO DE LA REPÚBLICA. 1983.
3. "DICCIONARIO DE LA HISTORIA DE COLOMBIA". HORACIO GÓMEZ ARISTIZABAL. PLAZA & JANÉS. 1985.
4. "LAS MEMORIAS DEL GENERAL PABLO MORILLO". PUBLIC. SENADO DE LA REPÚBLICA. 1985
5. "CARTAGENA DE INDIAS DURANTE LA PRIMERA REPÚBLICA 1810 - 1815". ADELAIDA SOURDIS. BANCO DE LA REPÚBLICA. 1988.
6. "EL CARTAGENERO JUAN GARCÍA DEL RÍO". ANTONIO CACUA PRADA. ICELAC. 1995
7. "CURSILLO DE HISTORIA DE COLOMBIA". ARGOS. COLECCIÓN ARGOS 1995
8. "HISTORIAS DETRÁS DE LA HISTORIA DE COLOMBIA" EDUARDO LEMAITRE. TOMO I, PLANETA 1995.
9. "EL CORSARIO LUIS AURY" INTIMIDADES DE LA INDEPENDENCIA. ANTONIO CACUA PRADA. COLECCIÓN BOLSILIBROS. TOMO I, ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA. 2010.
10. "LOS GRANDES CONFLICTOS SOCIALES Y ECONÓMICOS DE NUESTRA HISTORIA". INDALECIO LIÉVANO AGUIRRE. EDITORIAL NUEVA PRENSA, TOMO IV.

CAPÍTULO IX

La historia al revés.

DON PABLO MORILLO "EL BUENO"

De don Pablo Morillo, el "Pacificador", Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta, General en Jefe del Ejército Expedicionario de la Costa Firme, Gentilhombre de Cámara del Rey, Prócer del Reino; galardonado con las grandes cruces de Carlos III, Isabel la Católica, San Fernando y San Hermenegildo, se han dado, por parte de casi todos los historiadores americanos que han esculcado su vida y hazañas, los peores calificativos: sanguinario, tirano, represivo, exterminador de toda una generación de doctos americanos, paradigma de "la raza maldita de los españoles de Europa".

Para nosotros, desde cuando comenzamos a conocer la historia de Colombia en el tradicional texto de Henao y Arrubla, Morillo ha sido símbolo de la crueldad. Cada vez que recorremos el camellón de los Mártires de Cartagena y vemos los bustos de los patriotas inmolados, nos viene a la memoria la figura adusta y ceñuda del "Pacificador": es Pablo Morillo "El Malo", instaurador del cadalso y verdugo de una élite ilustrada y heroica del criollismo neogranadino.

Empero, como ocurre con frecuencia entre los analistas de la historia, otros tienen una idea diferente de este militar español y, antes que el hombre desalmado e impío que nosotros conocemos, lo señalan como un abanderado de la búsqueda de la paz en las colonias españolas de América, un incomprendido, que se vio compelido a hacer lo que hizo por la fuerza de adversas circunstancias, ajenas a sus verdaderos propósitos de pacificación. Es lo que llamaríamos un don Pablo Morillo "Bueno". Es la historia al revés.

QUIÉN FUE DON PABLO MORILLO.

Para sus biógrafos, Morillo nació en Fuentesecas, jurisdicción territorial de la ciudad de Toro, Provincia de Zamora, el 5 de mayo de 1778. Él mismo causa

desconcierto sobre el lugar de su nacimiento, cuando dice, en carta a Antonio Quiroga, la siguiente frase: "Tú, nacido, además como yo, en hermosa Galicia".

Falleció en Bareges, Francia, el 27 de julio de 1837, a los 59 años, cuando disfrutaba allí de sus aguas medicinales, buscando alivio al sufrimiento causado por sus heridas de guerra.

De padres labradores, fue pastor de ovejas en sus primeros años. En Toro sentó plaza a los 13 años de edad en el cuerpo de Infantería de Marina. Fue sucesivamente soldado, cabo y sargento. Asistió a varias campañas marítimas en escuadras españolas y dio prueba de valor en el sitio de Tolón y en los combates navales de San Vicente y Trafalgar, recibiendo varias heridas. En la última de estas batallas, siendo sargento de artillería, salvó su bandera arrojada al mar por una bala de cañón.

Iniciada la invasión a la península por los franceses en 1808, obtuvo el grado de oficial por su brillante comportamiento en la batalla de Bailén. Pasó, entonces, definitivamente al ejército de tierra; mandó una guerrilla en el territorio de Murcia; siguió luchando contra los invasores en Galicia, y por la toma de Vigo, ciudad y puerto de España en Pontevedra, en 1809, le confirmaron el grado de coronel, que él mismo se había dado.

En 1811 servía a las órdenes del general Francisco Javier Castaños, jefe del ejército de Extremadura y, cuando éste dividió sus fuerzas en dos cuerpos, dio el mando de uno de ellos a Morillo, ya general, a quien ordenó que ocupase la plaza de Valencia de Alcántara, en Cáceres, operación que Morillo ejecutó "breve y dignamente".

Prosiguió combatiendo a los invasores con una brillante reputación y, a la conclusión de la guerra, era teniente general, encargado del mando superior de un ejército de 10.000 hombres, que habría de adelantar la campaña de sometimiento de los rebeldes de las colonias españolas en América, a partir de 1815.

SUS MEMORIAS.

Arturo Gómez Jaramillo, dirigente gremial colombiano, quien, además, fue Senador de la República, se encontraba en París en los años ochenta pasados, cuando, por casualidad, llegó a sus manos un libro, para él desconocido, escrito en francés y titulado "Memoires du General Morillo". Había sido publicado en París por "Chez P. Dufart, Libraire".

A Gómez Jaramillo, hombre culto y aficionado a los temas históricos, le llamó

la atención ese raro ejemplar gráfico y lo adquirió. Más tarde lo tradujo al castellano y lo publicó en septiembre de 1985, con el título de "Las Memorias del General Morillo", edición auspiciada por el Senado de la República, durante el gobierno del presidente Belisario Betancur, gracias a lo cual ha trascendido hasta el presente.

Lo peculiar de estas Memorias ha sido su novedad, por tratarse de un libro casi desconocido por los historiadores interesados en estos temas, como lo manifiesta Antonio Álvarez Restrepo en la introducción a la traducción de Gómez Jaramillo: "Entre los libros de historia de la independencia publicados en este siglo, quienes hemos trasegado por ellos no hemos encontrado ni una cita, ni un recuerdo, para la obra de Morillo".

Indagando en mi biblioteca particular, encontré en el Tomo XIV del viejo Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano de Literatura, Ciencias, Artes, etc, de Montaner y Simón, esta breve referencia a dichas Memorias: "Dejó también (Morillo) unas Memorias relativas a los principales acontecimientos de sus campañas en América, traducidas al francés por Ernesto de Blosseville en París, 1826".

Estas Memorias constituyen el otro punto de vista, la otra versión, del enfrentamiento entre las tropas reconquistadoras españolas y los ejércitos patriotas.

DON PABLO MORILLO "EL BUENO".

Quienes lean esas Memorias, que más que unas memorias son la recopilación de una serie de documentos, acompañados de anotaciones, consideraciones, comentarios y elucubraciones de Morillo, pensarán que, en vez del supremo verdugo de la liberación americana, fue "el evangelista de la paz, de la conciliación y del buen entendimiento entre los pueblos hispánicos", como se atrevió a llamarse a sí mismo. En fin, una especie de don Pablo Morillo "El Bueno".

Lo primero que se deduce de estas remembranzas, según Álvarez Restrepo, es que Morillo recibió la misión de reconquistar los territorios americanos "con desaprensión y desvarío". Después de muchos años de lucha contra los franceses, lo que él anhelaba era volver al seno de la tranquilidad de su hogar a descansar de los agites de la guerra. Pero no pudo. Sus brillantes antecedentes militares y el gran aprecio de que fue objeto por parte del general Francisco Javier Castaños, lo señalaron como la persona indicada para comandar tan

importante expedición. Y le tocó asumir esa dura tarea, contra sus propios deseos.

LA TOZUDEZ DEL DISIDENTE BOLÍVAR.

Campea en sus reflexiones el propósito de presentarse, ante todo, como un hombre de paz. Escribe insistentemente para convencer que el título de "Pacificador", que los americanos le atribuimos irónica y despectivamente, lo merecía "como un título de honor". Y atribuía a la "tozudez del disidente Bolívar" la causa de las desgracias de estas colonias y la necesidad de ponerlas en orden.

Muestra como ejemplo del sectarismo bolivariano el decreto de "guerra a muerte", expedido en Trujillo, Venezuela, el 5 de junio de 1813, cuyo texto cita, y que contiene la siguiente "perlita":

"Como el objetivo principal de esta guerra es el destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles de Europa, sin exceptuar los insulares de Canarias, todos los españoles están excluidos de esta expedición, por buenos patriotas que parezcan, puesto que ninguno de ellos debe ser dejado vivo. Ninguna excepción, ningún motivo será admitido.

Y esta otra:

"Para tener derecho a una recompensa o a un grado, bastará presentar un cierto número de cabezas de españoles de Europa o de insulares de Canarias. El soldado que presente veinte cabezas será distinguido en actividad; treinta cabezas valdrán el grado de subteniente; cincuenta, el de capitán, etc. etc".

Bolívar concitó a los americanos a no tratar a "los españoles de Europa y a los insulares de Canarias", algo así como cuando el doctor Carlos Lleras Restrepo nos prohibió a los liberales de Colombia hablarle a los conservadores, mandato que, afortunadamente, tuvo muy breve vigencia.

Morillo pinta en sus proclamas a los independentistas como nosotros pintamos a los realistas. Veamos lo que dice en la proclama pronunciada en Pampatar, Venezuela, el 9 de abril de 1815:

"Cada día ha estado marcado por asesinatos, violencias, rapiña y sacrilegios: la voluntad, los deseos, un signo del tirano, eran las únicas leyes inviolables de Venezuela. Los Ayuntamientos, Diputaciones y Consejos no creen tener necesidad de recordar la orden infame del 8 de febrero de 1814 que condenaba a muerte a 800 españoles de Europa. Estos desgraciados fueron ejecutados el

14, 15 y 16, y el lugar de su nacimiento constituyó su solo crimen. Nonagenarios, enfermos, hombres cuyas virtudes habían constituido el honor de nuestras comarcas, a los cuales nuestra patria debía los beneficios más señalados, fueron públicamente asesinados; la sangre más pura fue vertida por las manos criminales y el más cruel de todos los déspotas se convirtió en el verdugo de los mortales más pacíficos".

Y lo peor de todo fue que cuanto aquí dijo Morillo ocurrió, en efecto.

Era una "guerra a muerte", en donde cada bando creyó obrar en cumplimiento de fines superiores y veía en el otro la encarnación de la tiranía y la crueldad. Así lo dice Bolívar en sus proclamas y lo reitera Morillo en todo el curso de sus Memorias.

Realmente, el Pablo Morillo "Bueno", leal a Dios y al Rey de España, que él quiso mostrar a la posteridad, fue contradicho por los hechos, que lo convirtieron en el artífice de una excesiva represión. Como dijo de él un biógrafo francés: "las represalias que ordenó o que permitió, mancharon su gloria, y fueron más nocivas que útiles a la causa que defendía".

Así es la historia: para los hispanoamericanos de Suramérica Morillo es "El Pacificador" vengativo. Un demonio venido del infierno español. Para los peninsulares fue y sigue siendo un "Prócer del Reino", título que se le confirió después de su muerte.

BIBLIOGRAFÍA

1. "LAS MEMORIAS DEL GENERAL PABLO MORILLO". TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR ARTURO GÓMEZ JARAMILLO. PUBLICACIONES SENADO DE LA REPÚBLICA. GRÁFICAS MARGAL LTDA. 1985.
2. "HISTORIA GENERAL DE CARTAGENA", TOMO III. EDUARDO LEMAITRE. BANCO DE LA REPÚBLICA. 1983.
3. "DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO - AMERICANO", TOMO XIV. W. JACKSON, INC., NEW YORK; MONTANER Y SIMÓN, BARCELONA. 1950.

CAPÍTULO X

La historia desconocida

¿POR QUÉ DIABLOS SE VINO A VIVIR A TURBACO UN EX PRESIDENTE MEXICANO?

Cuando llegamos de paseo a la población de Turbaco y visitamos su plaza pincipal, nos llama siempre la atención una casa de peculiar arquitectura, con grandes arcadas, en donde actualmente funcionan algunas dependencias oficiales, conocida como el "Palacio Municipal" o la "Casa de Tejas", parecida a las que vimos, hace años, en las películas de charros mexicanos.

Muchos de los visitantes y habitantes del lugar desconocen que ese bello inmueble fue construido - y le sirvió de residencia durante aproximadamente seis años (de 1850 a 1853 y 1855 a 1858)- por un general, presidente y dictador mexicano, llamado Antonio de Padua María Severino López de Santa Anna, más conocido en las historias de México y Colombia como el general Antonio López de Santa Anna o el general Santa Anna. La pregunta que los curiosos nos hacemos en seguida es : ¿Por qué diablos se vino a vivir a Turbaco un controvertido ex presidente de un país tan distante como México? Al fin encontré la respuesta.

¿QUIÉN ERA EL GENERAL SANTA ANNA?

Este enigmático y entre nosotros poco conocido personaje, nació en 1794 en la ciudad de Jalapa Enríquez, capital del Estado de Veracruz, ubicado en la orilla sur del golfo de México. A los 16 años se hace cadete del Regimiento Fijo de Veracruz, al servicio del Rey de España, Fernando VII, hasta alcanzar allí el grado de Comandante de Guarnición, luego de haber sido teniente y capitán.

Iniciada la insurgencia contra España, pasa a las filas de los rebeldes, en donde se le da el título de "Brigadier de Letras" y lo nombran comandante general de la provincia de Veracruz.

Instituída la República, alcanza la Presidencia por primera vez en 1833. De ahí en adelante ocuparía once veces la primera magistratura de México, ya como Presidente, ora como dictador, logrando un récord difícilmente igualable.

Gallero apasionado, en alguna ocasión dejó "hablando solo" a un ilustre arzobispo que lo visitaba, porque salió a la carrera cuando le dijeron que "Cola de Plata", su gallo favorito, estaba enfermo. Apostaba grandes sumas y de él se dijo que "es capaz de arrojar sus condecoraciones a las patas de los gallos si no le quedan monedas en los bolsillos y de jugar su gloria contra la fortuna de un giro que aletea en el centro de la arena".

Casó dos veces con damas mucho más jóvenes que él. A la primera, doña María Inés de la Paz García, quien murió prematuramente, le llevaba diecisiete años; a la segunda, doña Dolores Tosta, su compañera hasta la muerte, la doblaba en edad.

Perdió parte de una pierna y un dedo de una mano en un combate con una escuadra francesa que llegó a las costas de México a exigir por la fuerza el cumplimiento de unas obligaciones, entre otras, ¡parece increíble!, la de unos pasteles que soldados mexicanos se comieron en el restaurante de un súbdito francés y no le pagaron, poniéndole, como dirían en Cartagena, "conejo" colectivo. Por una de esas mutilaciones, usaba pata de palo y cojeaba al caminar.

Cuando las circunstancias políticas se lo permitieron, ejerció el poder tiránicamente, en forma tal, que a su lado el dictador venezolano Juan Vicente Gómez o "el Patriarca" de García Márquez, parecerían unos benévolos demócratas.

En uno de sus mandatos como dictador (1853 a 1855), por ejemplo, centralizó en él todo el poder y se erigió en legislador. Clausuró los periódicos desafectos a su gobierno. Designó en los 23 departamentos a 23 "pequeños dictadores" que, a su vez, pusieron a otros "más pequeños" en cada ciudad o villa.

Paseaba en carrozas de lujo, con un séquito al estilo imperial. Ordenó a los militares usar diariamente el uniforme de gala. Estableció que solamente los

miembros de su gabinete, casi todos militares, clericales y conservadores, podían vestir a sus lacayos de amarillo y reglamentó la ropa que debían usar los universitarios, los empleados y los clérigos.

Comisionó a su ministro en Francia para que contratara tres regimientos suizos que le vinieran a prestar una guardia semejante a la del Papa y mandó poner barbas postizas, negras y rizadas, a sus cercanos soldados, igual a las que lucían los escoltas del Zar de Rusia.

Persiguió a ilustres políticos, como Benito Juárez, Melchor Ocampo, Santos Degollado y Mariano Arista, y reprimió con su soldadesca toda manifestación popular.

Como ejecutorias positivas notables se le atribuyen las siguientes: consideró que había demasiados abogados, mientras que la agricultura y el comercio estaban desatendidos, por lo cual prohibió el otorgamiento de nuevos títulos. Creó el Ministerio de Fomento y la Administración Nacional de Caminos. Construyó la carretera de Ciudad de México a Cuernavaca. Inició la instalación del telégrafo entre Veracruz y la capital. Impidió la circulación de moneda extranjera. Creó bibliotecas y construyó más caminos. Abrió concurso para la construcción de la vía férrea de México a Puebla y adoptó la letra y la música del Himno Nacional mexicano.

Según sus contemporáneos era "astuto como pocos, audaz como ninguno y de una ignorancia sin calificativo". Dejó, sin embargo, fama de trabajador incansable, dadivoso con los necesitados, marcando una época de la historia de México, de características muy singulares.

EL GRAN DESCALABRO.

Tejas era el territorio situado en el extremo nororiente de México, limítrofe con la Unión Norteamericana, que se alzó contra las autoridades centrales y se declaró independiente en 1836, siendo Presidente el general Santa Anna. Posteriormente, en 1848, Santa Anna suscribe un tratado con los Estados Unidos, mediante el cual cede a éstos lo que era Tejas, a cambio de una indemnización de 15 millones de pesos. Este estratégico territorio desprendido de México y agregado a los Estados Unidos hace parte del actual Estado de Texas, cuya capital es Austin, en donde se encuentran ciudades tan importantes como Houston y Dallas.

La actuación del presidente Santa Anna fue objeto de repudio por parte de los mexicanos, quienes lo tildaron de traidor, cobarde y vendido a los "gringos", obligándolo a salir del país el 9 de abril de 1848. Llegó a la Habana y luego pasó a Kingston, Jamaica, en donde residió durante dos años. El carácter británico de los lugareños que no compaginó con el suyo y los inconvenientes del idioma, lo llevaron a trasladarse a Colombia. Arribó al puerto de Cartagena de Indias, donde residió un breve tiempo, para seguir a Turbaco, allí llegó y se radicó en 1850.

SU VIDA TURBAQUERA.

Cuando el general Santa Anna pisa tierra turbaquera encuentra un lugar de clima agradable, con una vegetación exuberante, formado por "miserables chozas y solares desiertos, casas deshabitadas y medio destruidas, baratas porque no hay quien las compre", con una población de dos mil habitantes. Adquiere varios predios situados en el marco de la plaza, entre ellos un solar por la suma de cuatrocientos pesos, sobre el cual construyó la "Casa de Tejas", llamada así, según algunos, por ser la única que durante años existió en Turbaco cubierta con tejas españolas; y, según otros, como me lo hizo saber el historiador e investigador Moisés Álvarez, por referencia al Estado de Tejas, tan cercano al destino de Santa Anna; además, compró una finca llamada "La Rosita".

Su vida en Turbaco fue muy familiar y activa. "Reedifica la iglesia a donde devotamente concurre doña Dolores, adorna los altares, completa los ornamentos, da caridad, atiende con igual sencillez a los escasos ricos y a los numerosos pobres que van a saludarlo, impulsa el cultivo de la caña de azúcar instalando trapiches, planta tabaco, inicia la cría de ganado, cultiva la tierra...". Costea la construcción del cementerio, con una pequeña capilla para que allí se le entierre cuando muera y hace una calzada de Turbaco a Cartagena, para poder viajar entre estas dos localidades en coche de caballos con su familia, ante la dificultad que tenía para cabalgar por su pierna de madera.

Tuvo, como todo mexicano, aventuras amorosas, dejando, por consiguiente, descendencia, muchas de cuyas estirpes aún caminan las calles del poblado.

La primera vez reside un poco más de tres años, hasta cuando una comisión de notables mexicanos lo viene a buscar para que regrese a México y asuma el gobierno, como en efecto lo hace. Vuelve en 1855, hasta 1858, cuando decide marcharse definitivamente, temeroso de la situación política de Colombia, a pesar de las súplicas de los pobladores de Turbaco, que no quieren que se

vaya. Parte, para jamás volver, en marzo de 1858 y se radica en la isla antillana de San Thomas.

CAE EN LAS REDES DE UN COLOMBIANO TRAMPOSO.

Establecido en San Thomas, ya septuagenario, aún mantiene viva su ambición de poder y su esperanza de retornar triunfante a México, llamado, como antes, por sus compatriotas.

Es en ese momento cuando, para colmo de males, aparece en su vida un colombiano aventurero y tramposo, nacido en la región andina, llamado Darío Mazuera, joven, elegante, de buena pinta, charlatán, como esos que caen de vez en cuando por aquí, diciendo ser "sobrinos de monseñor Emilio de Brigard" o "parientes de Rafico Puyana", para pasarlo sabroso y engañar a los incautos.

Dejemos que el biógrafo del general Santa Anna, Rafael F. Muñoz, nos eche el cuento de lo que pasó a su biografiado con el "cachaco" Mazuera:

"Darío Mazuera, colombiano, de 26 años, de elegante figura y locuacidad extraordinaria, se presenta a Santa Anna pidiéndole datos para escribir su biografía. Una revolución lo había arrojado de Colombia hacia el Perú, otra revolución lo arrojó del Perú y fue a Santo Tomás. Se hace pronto de la confianza del general, se entera de sus planes para obtener apoyo norteamericano y se decide a explotar su senil ingenuidad. Se hace enviar a Washington y de ahí le escribe mentira y media sobre pláticas que no ha tenido, con el presidente y con el ministro. Y se reúne con otros tres aventureros conjurados para quitar al confiado anciano hasta el último centavo".

"Un día, se presentan en Santo Tomás, en un barco que dicen haber comprado por cuenta de don Antonio, en 250.000 mil pesos. Le muestran un papel con grande sello en inglés, que dizque es un memorandum reservado del secretario Seward. En él se dice que ha sido aprobado en las Cámaras un préstamo de cincuenta millones de pesos para México, de los cuales treinta podrán destinarse a una expedición encabezada por el general Santa Anna. Este debe presentarse en Washington, porque será apoyado".

"El viejito no puede ocultar su contento. Ni se detiene a examinar la autenticidad del "memorando secreto". Sólo pregunta a Mazuera:

-¿El ministro Seward ha entregado a usted ese documento para mí?
Cínicamente responde el colombiano:

- Sí, señor. El mismo, en la pieza de su despacho

"Le hacen firmar pagarés por doscientos mil pesos para cubrir el valor del buque y le sacan cuarenta mil en efectivo, que dizque tienen que entregar al capitán. Lo están explotando miserablemente".

"Lo llevan a New York. Primera decepción: que no le han hecho saludos con artillería, como prometió Mazuera. La explotación continúa: en una casa de huéspedes de Elisabeth Port le cobran cien pesos diarios por su comida. Y se entera de que el barco no había sido comprado, pues los propietarios exigían el dinero en oro, y de que no se daban por recibidos de los cuarenta mil pesos que él había entregado en Santo Tomás. Tiene que dar veinticinco mil más por recobrar sus pagarés y deja empeñada una cajita de alhajas que valen treinta mil que no volverá a ver en su vida".

"Recibe noticias que el ministro Seward no conoce la cara de Darío Mazuera y no puede recibir al general Santa Anna".

"... Comprende que le han robado vilmente, quisiera ahorcar a Mazuera y a toda su pandilla. Pero no se le vuelven a poner enfrente. Son abogados los que vienen a verle, pidiéndole el pago de cien mil pesos de unos rifles que "su gente" había encargado. Ya no quiere rifles ni tiene con qué pagarlos. Y le cuesta treinta mil pesos salir del enredo. Entre aventureros y abogados lo han dejado sin un cubierto para comer".

"Mazuera desaparece. Tiempo después su víctima se entera de que, mezclado en una conspiración, ha sido fusilado en Mérida. Es un justo castigo, pero que no le devuelve al general ni un centavo del dinero que ha perdido".

Años después, vuelve el general Santa Anna casi anónimamente a México, en donde muere la noche del 20 al 21 de junio de 1876, a la edad de 82 años.

¿POR QUÉ VINO A TURBACO?

Al leer la biografía del ilustre cartagenero Juan García del Río, escrita por el historiador Antonio Cacia Prada, encontré la razón que condujo al general Santa Anna a venir a vivir precisamente a Turbaco.

García del Río era hijo de un español residente en Cartagena, llamado Felipe García del Río, y de una dama natural de Turbaco, cuyo nombre era María

Pancracia, a quien su padre conoció en sus viajes a una casa de campo que poseía en aquella población. Por ello García del Río pasó parte de su niñez en Turbaco y siempre lo consideró un lugar paradisíaco por su clima, su vegetación, su topografía y su gente, especialmente sus mujeres.

En su peregrinaje por el mundo, Juan García del Río estuvo en México en el año de 1848, en donde conoció y se hizo amigo del general Santa Anna, quien lo designó su asesor en asuntos económicos, de hacienda y fiscales.

Cuando el general Santa Anna se vio precisado a huir del país por el "affaire Tejas", García del Río le recomendó a Turbaco, ponderándole las condiciones de vida del lugar, sugerencia que atendió el Presidente repudiado, quien se hizo acompañar en su primer viaje por un hijo de Juan García del Río, llamado Julio, de quince años de edad, cuyo papel de guía y edecán demuestra hasta donde influyó nuestro coterráneo en la decisión tomada por Santa Anna de escoger a Turbaco como asiento de su exilio.

COLOFÓN.

Dos colombianos se cruzaron en la vida del General Santa Anna. Uno caribeño, culto y franco, Juan García del Río, que le sirvió con largueza y desinterés. Otro, tralero e hipócrita, Darío Mazuera, que lo esquilmo hasta donde ya más no pudo.

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS:

1. "SANTA ANNA, EL DICTADOR RESPLANDECIENTE".- FONDO DE CULTURA ECONÓMICA.- MÉXICO. RAFAEL F. MUÑOZ.
2. "EL DICTADOR SANTA ANNA EN COLOMBIA".- BOLETÍN HISTORIAL N° 54.- SEPT. DE 1929. EDUARDO POSADA.
3. "CARTAGENA INDEPENDIENTE". EDICIONES TERCER MUNDO. 1967. DONALDO BOSSA HERAZO.
4. "HISTORIA Y LEYENDA DE LÓPEZ DE SANTA ANNA EN TURBACO" .-BOLETÍN HISTORIAL N° 53. - JUNIO DE 1969. FRANCISCO SEBÁ PATRÓN.
5. "EL CARTAGENERO JUAN GARCÍA DEL RÍO, CIUDADANO DE AMÉRICA". ICELAC.- 1995. ANTONIO CACUA PRADA.

CAPÍTULO XI

HOMBRES Y SU HISTORIA.

I - SIMÓN BOSSA, EL GRAN PATRICIO.

Creo difícil, tal vez improbable, encontrar en Colombia otra persona a quien le hubieren ofrecido ser Gobernador de su Departamento, Senador, Consejero de Estado, Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, Ministro de Obras Públicas, Ministro de Relaciones Exteriores, Ministro de Hacienda por segunda vez y candidato a la Presidencia de la República en dos ocasiones y declinara tan encumbradas dignidades con generoso desprendimiento republicano. Tamaño desapego a la figuración, los honores y las adhalas del poder, que contrasta con las apetencias de hoy, fue una de las más relevantes cualidades que caracterizaron a Simón Bossa Pereira, el doctor Bossa, quizá el último de los auténticos patricios de nuestra comarca.

A través de su larga existencia, 87 años, accedió brevemente al desempeño de dos únicos cargos públicos: la Secretaría de Gobierno y Guerra de Bolívar, durante treinta días, siendo gobernador el doctor José Francisco Insignares Sierra, en 1903; y el Ministerio de Hacienda, por tres meses, en el ejercicio de la Presidencia del general Ramón González Valencia, en 1909. Nunca más figuró en nómina oficial alguna.

A pesar de su ejemplar desprendimiento, no pudo evitar ser protagonista descollante de la historia política de su tiempo, especialmente del Departamento de Bolívar, de Cartagena y del liberalismo, a los cuales sirvió con particular eficacia y desinterés.

SUS RAÍCES.

Nació el 28 de octubre de 1863 en la población de Arjona, en el hogar formado por el médico homeópata y abogado, doctor José Manuel Bossa y doña Teresa Pereira y Castaños.

Su apellido paterno, Bossa, es originario de Portugal, de donde se extendió a Andalucía y las islas Canarias, cuyo tronco conocido fue don Gonzalo Bossa de Lima, hijo de los Vizcondes de Ponte de Lima.

Varios miembros de esa familia emigraron a América y, entre ellos, arribó a Cartagena a fines del siglo XVIII don Juan Bossa y Gaza, natural de Gibraltar (1741) forjador de la rama colombiana, quien llegó a ser coronel de ingenieros del ejército realista y, luego, imbuido por el fervor independentista de estas tierras, se pasó a combatir al lado de las huestes patriotas en la famosa batalla de Mompóx del 18 de octubre de 1812, que le valió a esa ciudad el título de "Valerosa". A los 74 años alcanzó a ser jefe de la artillería criolla durante el sitio a Cartagena de Morillo en 1815, acción en donde defendió, al lado de Pedro Romero, la Puerta de Tierra de la Media Luna. Derrotado, fue capturado por las fuerzas realistas y se salvó del cadalso gracias a su vieja amistad con don Francisco Javier Castaños y Aragón, general español de gran influencia cortesana. Don Juan Bossa y Gaza parece que murió preso en el castillo de San Felipe de Barajas en 1818 ó 1819, a los 78 años de edad.

Aquí había contraído matrimonio en la iglesia de Santo Toribio con doña María Josefa de Arellano y Coronel en 1806 y de esa unión provienen todos los Bossas que en Colombia han sido.

Por el lado de su madre, el apellido Pereira es de procedencia sefardita de la frontera hispano - portuguesa. Ya conversos, muchos de ellos arribaron a América, especialmente a Curazao, Brasil y Colombia, algunos de cuyos descendientes se radicaron en Cartagena y sus poblaciones vecinas, entre ellas Arjona, Mahates y San Jacinto, de donde proviene el Pereira del doctor Simón Bossa.

Es justo señalar que dentro de los Pereiras se han destacado intelectuales de nacionalidad lusitana, como el escultor Manuel Pereira (1588 - 1683) y el escritor Joaquin Pereira Texeira de Pascoaes (1877 - 1952). En el Brasil, el cineasta del "cinema novo" Nelson Pereira dos Santos, y Washington Luis Pereira de Sousa, quien fue Presidente de aquella República de 1926 a 1930. Samuel E. Pereira, tío - abuelo de Rafael y Alfonso Pereira Morales, desempeñó la Alcaldía de Cartagena en 1889, correspondiéndole presidir las festividades conmemorativas del centenario del nacimiento del prócer José Fernández de Madrid, muy sonadas en su época.

EL ESTUDIANTE.

El doctor Simón Bossa Pereira aprendió sus primeras letras en Arjona bajo la conducción del profesor Claudio A. Royo, padre del poeta Francisco C. Royo y abuelo del doctor Miguel Angel Royo, a quien recordaba Bossa como "un señor pulcramente vestido siempre, con chaleco y cuello de pajarita". Los estudios de bachillerato los adelantó desde 1876 en el "Colegio Araújo" de Cartagena, dirigido por el pedagogo Dionisio Hermenegildo Araújo, plantel que tuvo como sede la casa que es hoy de propiedad de la Cámara de Comercio, en la esquina de las calles de Baloco con Santa Teresa.

En Cartagena residía, junto con otros compañeros, en casa de don Juan N. Pombo, cuando ingresó en 1880 a estudiar jurisprudencia en la Facultad de Derecho del Colegio del Estado Soberano de Bolívar, hoy Universidad de Cartagena.

De una célebre entrevista que le hizo el entonces joven colaborador del diario "El Siglo", José Gabriel de la Vega, publicada el 16 de septiembre de 1943, podemos apreciar algunos aspectos curiosos de los estudios de Derecho en los tiempos universitarios del doctor Bossa, por allá en el quinquenio comprendido entre los años 1880 y 1885.

La cátedra universitaria era un verdadero apostolado. Los profesores dictaban sus clases gratuitamente, sin contraprestación alguna, salvo la satisfacción personal de enseñar y formar los nuevos abogados. Había dos materias que los estudiantes consideraban de suma importancia: Legislación, que estaba a cargo del doctor Eugenio Baena, fiel seguidor de Bentham, y Oratoria, que dictaba el doctor Antonio Teodoro Tono, abuelo de los Tono de la Espriella, mediante la recitación de trozos de escritos selectos, con aplicación de las reglas clásicas de la elocución. Dice el doctor Bossa que la clase de Oratoria "suscitaba nuestro entusiasmo". Eran otros tiempos.

Fueron sus profesores, entre otros, Eugenio y Benjamín Baena, Manuel María Casas, Eloy Pareja, después su asociado de oficina judicial, Francisco de P. Manotas y Juan N. Pombo, en cuya residencia habitaba.

Graduado de Doctor en Jurisprudencia el 6 de enero de 1885, tan pronto se togó fue víctima de los rigores de la guerra civil que se extendía por todo el territorio nacional. El mismo cuenta que "Salía de la ceremonia de grado, justamente con mis profesores, cuando entraban al Colegio, desde ese momento convertido en cuartel, carretas cargadas de fusiles y pertrechos". Días después

fue puesto preso brevemente por sospecha de conspirador, dado el recalcitrante liberalismo de su padre.

EL ABOGADO.

La situación se tornó para él tan complicada y difícil que, ante la imposibilidad de ejercer su profesión en Cartagena, partió hacia Panamá, donde abrió su oficina de abogado en 1886 en la ciudad de Colón, cuando apenas contaba con 23 años de edad, primero solo y luego, asociado con su ex profesor Eloy Pareja.

Su estancia por algo más de tres años en Panamá, además de un escape a las zozobras originadas por las convulsiones políticas del país, fue una promisorio oportunidad para ejercer la abogacía. Se adelantaban, en esos momentos, las obras del canal de Panamá y el istmo era un hervidero de gente de múltiples nacionalidades, especialmente franceses, con todos los conflictos sociales, laborales y judiciales inherentes a este tipo de empresas. La oficina Bossa y Pareja fue requerida frecuentemente por numerosa clientela, hasta finales de 1889, cuando quebró la compañía constructora del canal y desapareció la bonanza. El joven abogado y su maestro se vieron precisados a retornar a Cartagena, a principios de 1890, e instalaron un bufete muy afamado, conocido como "Pareja & Bossa", ubicado en la vieja calle de La Moneda.

Aquí se entregó con dedicación, seriedad y sapiencia a su trabajo. Fueron famosos y publicitados los variados casos que atendió victoriosamente, como un pleito sobre servidumbre a favor de don Elías Delvalle, que llegó hasta la Corte Suprema de Justicia y sobre el cual se sentó novedosa jurisprudencia con base en los alegatos del doctor Bossa. La defensa de los hermanos Puche, calificada por la prensa como "la defensa de acusados más sólida, más convincente, más ajustada a derecho, sin alardes tribunicios" (Julio H. Palacio), como consecuencia de la cual se les absolvió de un presunto homicidio. La sucesión de don Juan Bautista Mainero y Trucco, que originó agrios enfrentamientos entre sus potenciales herederos, situación que clarificó y definió con maestría de jurista, después de conducir con acierto las incidencias del proceso, que agotaron todos los recursos e instancias. Como esos, fueron muchos los triunfos que obtuvo en el foro, que lo rodearon de un halo de respetabilidad y acatamiento.

Para ejemplo de los abogados de hoy, el método que aplicaba en el estudio de los casos que le encomendaban era así:

"Cuando algún asunto profesional me preocupa, suelo despacharlo de la manera

siguiente: bien concretado el caso, prescindo mentalmente de él. Me aplico entonces a estudiar en globo la institución jurídica correspondiente, puntualizando los principios generales que la informen y sus aplicaciones. Para realizar ese trabajo, anoto en un libro que llevo al efecto, dividido por temas, las opiniones de los autores, las aplicaciones de la ley y de los jueces y las reflexiones personales. Con ayuda de tal sistema formo concepto de la institución estudiada y su mecanismo. Hecho esto, vuelvo al caso especial que me preocupa y, a la luz de lo que así haya podido entender, lo analizo, entonces sí, con criterio de abogado. Mis alegatos son hijos de esos estudios". Era la escuela racional del Derecho.

Profundo civilista, publicó en 1935 la antológica obra "Estudios Jurídicos", en la cual abarca temas de derecho privado y mercantil que, según De la Vega, "En su género es, quizás el mejor libro colombiano".

No se reducía, como muchos abogados del presente, al manejo de los códigos y los incisos y a prohijar la prevalencia de la argucia ritual sobre la sustancia, sino que penetraba científicamente en el fondo de cada caso, familiarizado como estaba con los maestros del derecho civil, a los cuales acudía y citaba con conocimiento. Savigni, Ihering, Josserand, Ripert, Demogne, Bonnacasse, se paseaban elocuentemente en sus brillantes alegatos, al lado de Esmein, Savatier, Lacantinerie, Aubry & Rau y otros consagrados doctrinantes. En esa materia manejaba con autoridad la legislación universal, desde la romana antigua hasta la australiana de sus tiempos, para lo cual contaba con numerosa, leída y actualizada biblioteca.

Fue abogado consultor de las más importantes empresas industriales y comerciales de Bolívar. Pudiendo haber atesorado grandes riquezas materiales, se distinguió por su hondo desprendimiento, por su generosa bondad, que, según un comentarista de la época, "hacían de su casa y su oficina unos verdaderos despachos de beneficencia".

En 1921 fue postulado, junto con el cartagenero, doctor Fernando Vélez, como Magistrado a la Corte Internacional Permanente de Justicia de la Haya, por el gobierno de Colombia.

A la par del ejercicio profesional, regentó la cátedra de Derecho Civil durante muchos años en la Facultad de Derecho de la Universidad de Cartagena, a cuya decanatura accedió en 1932, siendo elevado a la dignidad de Profesor Honorario en 1940.

En él confluían los atributos del litigante, del jurista y del jurisconsulto, virtud excepcional en esta clase de menesteres profesionales.

EL POLÍTICO.

Si su verdadera vocación era la abogacía, sin proponérselo, se vio envuelto en el torbellino de la política, llevado por el fervoroso liberalismo de su padre, quien había sido Senador, Representante a la Cámara y Diputado en varias legislaturas a la Asamblea del Estado Soberano de Bolívar.

Lo confesó así a José Gabriel de la Vega: "durante mis actividades estudiantiles no participé en asuntos políticos y al graduarme estaba lejos de esa suerte de preocupaciones. Pero mi padre, el doctor José Manuel Bossa, era liberal acérrimo, tenido por capaz de engancharse y engancharme en la rebelión....".

Por tal motivo, a su regreso de Panamá, el doctor Felipe S. Paz, ex convencionista de Ríonegro y jefe del Partido Liberal de Bolívar, lo nombró su secretario. Muerto Paz en 1893, sigue colaborando con sus sucesores, Eloy Porto, Manuel Santodomingo Navas y Eloy Pareja, quienes lo ratifican en la secretaría del liberalismo seccional.

En 1903 fue designado Secretario de Gobierno y Guerra de Bolívar por el gobernador conservador José Francisco Insignares Sierra, posición que ocupa por treinta días como una contribución a la unidad nacional contra el golpe secesionista de Panamá.

Combatiente de la dictadura de Rafael Reyes al lado de eminentes jefes conservadores, como Manuel Dávila Flórez y José María de la Vega, desempeñó el Ministerio de Hacienda por tres meses en 1909, durante el gobierno del general Ramón González Valencia, cargo que dimitió por estar en desacuerdo con la permanencia de una aduanilla en Puerto Berrío, creada por el gobierno para proteger a los molineros de harina del Tolima, Cundinamarca y Boyacá, en perjuicio de los de la Costa Atlántica, actitud precursora del colonizador centralismo interiorano, que a veces supera al español. La actitud del ministro Simón Bossa fue calificada como un acto de entereza moral, independencia de pensamiento y solidaridad regional. En ese breve y accidentado lapso burocrático tuvo como compañeros de gabinete a Miguel Abadía Méndez en Gobierno, y Manuel Dávila Flórez en Instrucción Pública.

Elegido Senador de la República en 1910, se abstuvo de asistir al Congreso por impedirsele sus apremiantes compromisos profesionales, prefiriendo ocupar

un escaño en el Concejo Municipal de Cartagena, cuya presidencia desempeñó por varios períodos.

Ese mismo año, el presidente Carlos E. Restrepo le ofreció nuevamente el Ministerio de Hacienda y la Corte Suprema de Justicia lo eligió magistrado, posiciones que no aceptó.

En 1911 lo designan Consejero de Estado, y tampoco acepta.

La Convención Liberal de 1917 lo postuló como candidato a la Presidencia de la República, honor que declinó. En 1921 se la ofrecen nuevamente y vuelve a rehusar tal distinción.

José Vicente Concha (1914 - 1918) le ofreció el Ministerio de Relaciones Exteriores; y Jorge Holguín, designado encargado de la jefatura del Estado, (1921) lo llama a colaborar como Ministro de Obras Públicas, y se excusa de aceptarlos. Funge, más bien, como Jefe Único del liberalismo de Bolívar.

Asistió en representación de su Departamento a la célebre Convención Liberal de Ibagué, que se instaló el 29 de marzo de 1922, donde se le demostró veneración y respeto, eligiéndolo presidente de la misma, con las vicepresidencias de Tomás Uribe Uribe y el general Ramón Neira.

En ese certamen ejemplar de la historia política de Colombia se ratificó el respaldo del liberalismo a la jefatura del general Benjamín Herrera, a quien se facultó para organizar el Partido y emprender la tarea de reconquista del poder, se debatió la posible colaboración con el gobierno interino de Jorge Holguín y se proclamó la creación de lo que hoy es la Universidad Libre.

La Costa Atlántica estuvo representada, además, por el general César Díaz Granados, Manuel del Cristo Pareja, Felipe S. Paz, Simón Bossa Navarro, hijo del patricio, y Manuel Zenón Pareja. Le correspondió darles la bienvenida al entonces joven diputado por el Tolima, Darío Echandía.

La Convención Liberal de Medellín de 1924 lo escogió como integrante del triunvirato que conformó la Dirección Nacional, junto con Tomás Uribe Uribe y el general Paulo Emilio Bustamante. Al año siguiente alcanzó la presidencia de ese organismo.

El presidente Alfonso López Pumarejo lo nombró, en 1934, Gobernador del Departamento de Bolívar y se abstuvo, también, de aceptar, arguyendo que "desde 1926 acabaron mis andanzas políticas".

Y, en efecto, se alejó para siempre de esa actividad pública, a la cual había llegado por filiales circunstancias atávicas, para volver a su amado mundo del Derecho, sin poder dejar de ser, hasta su muerte, un consejero natural de su partido. Bajo su sombra tutelar se conformó en Bolívar un movimiento político denominado "Bossismo", dentro del cual se destacaron figuras como Aníbal Badel, Efraín Delvalle, José Santos Cabrera, los hermanos Múnera Muskus, su nieto Jaime Angulo Bossa, que hacía los primeros pinitos políticos; Víctor Céspedes, corresponsal de "El Tiempo"; Demetrio Murillo y Domingo De la Espiella. Este movimiento trascendió casi hasta nuestros días.

Dentro de sus familiares han sido actores importantes en la política, la abogacía y el arte, su hermano Cristóbal, médico que ocupó fugazmente el Ministerio de Agricultura en el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo; su hijo Simón, parlamentario y elocuente orador; sus nietos Jaime, Roberto y Álvaro Angulo Bossa, Carlos Facio - Lince Bossa, Simón Bossa Jimeno y Luly Bossa, hermosa actriz de cine y televisión; sus sobrinos Eduardo Bossa Echenique, Simón Bossa López, Donald Bossa Herazo, Eduardo Tinoco Bossa, Eduardo Bossa Badel, Iván Tarrá Bossa, Edgardo y Jorge Pallares Bossa.

Hay dos facetas en la vida del doctor Bossa desconcertantes, por contrastar con su pacífico temperamento civil y su demostrada inclinación académica: la del revolucionario combatiente y la del comerciante.

La primera descrita por él así: "Cuando en 1899 estalló la guerra de los mil días, los directores del liberalismo de Bolívar, parristas a macha martillo, condenamos abiertamente el movimiento revolucionario. Pero ante el hecho de la rebelión, no era cauto mostrarse en público. Lié el petate, y en busca de refugio, me fui al municipio de Mahates, en cuya comprensión y lugares permanecí tres años.... La medida resultó prudente, porque, encendida la revolución, el gobierno echaba el guante a uribistas y parristas, sin distinguos. Y éstos, a su vez, acabaron por confundirse, alzándose todos en armas. Recibí instrucciones de formar un ejército.... y al cabo de muchos tropiezos, alcancé a enganchar bajo mis órdenes a unos quinientos hombres". De allí se trasladó a Lórica, donde se unió a las fuerzas del general Adán Franco, quien lo nombró Jefe de Estado Mayor. Libraron las batallas de Toluviejo y Mahates, donde fueron prácticamente derrotados por los ejércitos gobiernistas. Sus tropas se dispersaron, volviendo a refugiarse en esta última población, hasta cesar la contienda fratricida, retornando a Cartagena a seguir en sus actividades profesionales.

Como comerciante, abrió un almacén, bajo la firma "Pareja y Bossa", en la esquina de la Casa del Portal de Hierro, en la plaza de los Coches, que mantuvo hasta 1899, cuando le fue confiscado y rematado por el gobierno, a raíz de la confrontación civil.

SU MUERTE.

Cuenta su nieto, Jaime Angulo Bossa, en una extraordinaria semblanza de su abuelo, publicada con motivo de su muerte, que ya resquebrajado por la enfermedad recibió la visita del Arzobispo de Cartagena, monseñor José Ignacio López Umaña, de concepciones políticas y filosóficas muy opuestas a las suyas, y entre ellos se produjo el siguiente diálogo:

"Doctor Bossa - dice el Arzobispo - ha llegado su hora. Usted que ha sido un gran jurista, un gran político, un gran familiar, debe preparar su alma para rendirle cuentas al Creador". Simón Bossa, lúcido y mordaz, le contestó: "despreocúpese..., despreocúpese..., que yo lo recomendaré por allá...".

Su fallecimiento a las 10:04 de la noche del día 1 de marzo de 1950, fue un doloroso acontecimiento nacional que convocó la luctuosa expresión de todos los estratos de la sociedad. Al morir, en su hogar del Cabrero se hallaban al lado del lecho sus médicos, doctores Francisco Obregón Jarava y Andrés Guillermo Tarrá; sus familiares más cercanos y sus amigos José Santos Cabrera, José Vicente Mogollón, Ramón Paz, Senén González Guerra, Rubén Fernández Pareja y Nicolás Múnera.

Su cadáver fue velado en el paraninfo de la Universidad de Cartagena y en los salones del Concejo Municipal, de donde partió un gran desfile hasta el cementerio de Manga. Fue uno de los últimos entierros multitudinarios de "cruz alta".

Allí hablaron Domingo López Escauriaza, en representación de la Dirección Nacional Liberal; Alberto H. Torres, por el Directorio Departamental; Juan Ignacio Gómez Naar, por la Universidad de Cartagena; Diógenes Arrieta Arrieta, en representación del Colegio de Abogados; Luis A. Múnera, como su compañero de generación ; y, Raúl Castilla Castilla, por las juventudes liberales.

Las logias masónicas de Cartagena le rindieron fraternal homenaje póstumo, presidido por el doctor Rafael Alvear Terán, Gran Maestro de la Serenísima

Gran Logia Nacional de Colombia, asesorado por el "ilustre y poderoso hermano" Luis A. Delgado, por el ex Gran Maestro, Ascanio Peña Ricaurte y por el hermano Patricio Villalba Verbel.

El féretro fue custodiado por una seleccionada guardia de honor, integrada por lo más granado de la comunidad, especialmente del liberalismo, cuyos nombres, por lo representativos de la ciudad de entonces, me permito señalar: Domingo López Escauriaza, José Vicente Mogollón, Napoleón Franco Pareja, Nicolás Macario Paz, Francisco de P. Vargas Vélez, Alberto H. Torres, Senén González Guerra, Salustiano Fortich Villarreal, Francisco Obregón Jarava, Juan A. De la Espriella, Rafael Alvear Terán, Emiliano Blanco Pautt, Pedro Herrera González, Daniel Vargas Vélez, Carlos E. Colón, Rafael Vergara Támara, Alejandro Amador y Cortés, Arístides Paz Viera, Carlos Esquivia Cortina, Diógenes Arrieta, Vicente Bustamante Iriarte, Jesús M. Caballero, Guillermo Ortiz Manrique, Víctor Nieto Núñez, Ismael Porto Moreno, Roberto Pareja Vélez, Belisario Díaz, César Fayad, Luis A. Múnera, Luis A. Galofre, Jorge Núñez Zubiría, Elías Gómez Cáceres, Bartolomé Escandón, Roberto A. Galofre, Luis A. Delgado, Miguel Borge Escobar, Manuel Carrasquilla del Río, Raúl Castilla Castilla, Enrique Castillo Jiménez, Leopoldo Angulo García, Santiago Badel, Gonzalo Zúñiga Torres, Antonio Dager Gerala, Armando de Ávila, Bolívar Franco Pareja, Clodomiro Herrera Meñaca, J.J. Ramírez Moreno, José Raquel Mercado, Rafael Malambo, Antonio Caballero Cabarcas y Francisco Lorduy. De ellos sobreviven Víctor Nieto Núñez, y Carlos E. Colón.

EL HOMBRE.

Contrajo matrimonio el 16 de noviembre de 1894, a los 31 años, con la distinguida dama de la sociedad cartagenera, Raquel Navarro Vélez, de apenas 17 años de edad. De esa unión nacieron Julia Isabel, madre de los abogados Jaime y Álvaro Angulo Bossa; Simón, muerto en Bogotá en 1934, aún joven, cuando su heredada inteligencia le aseguraba una brillante carrera política; Ana Raquel; María Teresa, madre del abogado Carlos Facio - Lince Bossa, fallecido dolorosamente en octubre de 1998; José Manuel, Raúl, Alicia, Augusto, Regina, Carlos Alberto, padre de Luly; y Roberto, fallecido también prematuramente.

En 1938 le fue conferida la Cruz de la Orden de Boyacá, que recibió en Cartagena con la mayor humildad patriótica.

Ascendió a la más alta categoría masónica en Colombia, llegando a ser Soberano Gran Comendador del Supremo Consejo Neogranadino, ostentando el grado 33.

Fundó, junto con otros notables de su generación, el Club Cartagena, en 1891, entidad que lo distinguió como socio honorario. Igualmente, lo fue del Club Popa.

Ajeno a las libaciones espirituosas, contaba que en su juventud los ratos de solaz los disfrutaba de preferencia en el hogar de su padrino, don Bartolomé Martínez Bossio, cuya casa (hoy el Palacio de la Inquisición) estaba abierta a la juventud de la época. "Mozos y doncellas se reunían bajo el signo de una alegría, que animaba juegos, parloteos y danzas. Más de un matrimonio cartagenero allí se concertó", uno de ellos el suyo.

Calificado en un editorial de "EL Tiempo" como "una de esas cumbres morales que los pueblos tienen y veneran como guías de sus propios destinos", era un hombre de una figura imponente, alto, nariz aquilina, bigotes proceros, andar lento, como "el viejo" de la canción de Piero. Según Luis Eduardo Nieto Caballero, "de una intensa vida interior".

Su silueta patriarcal culminaba en la cima augusta de su cabeza, que, según su nieto Jaime Angulo Bossa, era "hermosa, bella, parecía que hubiese sido trazada estéticamente. Nada en ella desarmonizaba".

De una absoluta integridad en el obrar, se consagró al trabajo fervorosamente casi hasta sus últimos días, erigiéndose en centro y sostén de su numerosa familia.

Dotado del "gravitas" de los magistrados romanos, por su riqueza espiritual, por sus virtudes ciudadanas, por su sabiduría y por su inquebrantable patrimonio moral, el país lo elevó en su tiempo a la dignidad del patriciado. Puede asegurarse, sin exagerar, que fue uno de nuestros últimos grandes patricios.

FUENTES CONSULTADAS.

1. NOMENCLATOR CARTAGENERO. DONALDO BOSSA HERAZO. BANCO DE LA REPÚBLICA. 1981.
2. HISTORIA GENERAL DE CARTAGENA. EDUARDO LEMAITRE. BANCO DE LA REPÚBLICA. 1983.
3. GENEALOGÍAS DE CARTAGENA DE INDIAS. PASTOR RESTREPO LINCE. INSTITUTO COLOMBIANO DE CULTURA HISPÁNICA. 1993.
4. ARCHIVO HISTÓRICO DE SIMÓN BOSSA. PROPIEDAD DE SIMÓN BOSSA LÓPEZ.
5. CHARLAS PERSONALES CON:

SIMÓN BOSSA LÓPEZ, ÁLVARO ANGULO BOSSA, JAIME ANGULO BOSSA, RAFAEL PEREIRA MORALES, ÁLVARO MÚNERA CABAS, ARTURO MATSON FIGUEROA, CARLOS GUSTAVO MÉNDEZ RODRÍGUEZ Y RAFAEL VERGARA TÁMARA.

II ALBERTO ELÍAS FERNÁNDEZ BAENA

EL GRAN PEDAGOGO

● Increíble! Partió de cero, con un tablero que colocaba sobre una mesa o sobre el suelo cuando la mesa tenía que desempeñar otras funciones, dos malparados bancos y 108 alumnos, en una casa alquilada con "fantasma" y todo, ubicada en la esquina de las calles de la Inquisición con Santa Teresa, donde habitó el destacado hombre público, general Juan José Nieto, hoy "Casa Mapfre". Y catorce años después era el director - propietario de uno de los más prestigiosos colegios del país; con más de mil alumnos, amplios y funcionales edificios propios, selecta nómina de profesores y los más modernos equipos auxiliares de estudios de la época.

Lo que parecía un milagro, era el producto del trabajo pertinaz, la inteligencia superior y la acerada integridad de uno de esos hombres providenciales que nos reconcilian con la especie humana: Alberto Elías Fernández Baena.

EL HOMBRE.

Nació el 20 de julio de 1909, proveniente de familias raizales del terruño. Fueron sus padres don José Ángel Fernández Rincón y doña Francisca Baena Olier. Muy joven, contrajo matrimonio con doña Olga Bustamante Vergara, también de ascendencia tradicionalmente cartagenera.

Cursó sus estudios de bachillerato (literatura, en aquellos tiempos) en el "Instituto Politécnico Martínez Olier", fundado y dirigido por su pariente, Lázaro María Martínez Olier. No continuó estudios universitarios por haberse consagrado inmediatamente a la enseñanza, que era su verdadera vocación. Pero la sociedad en general, sus colegas y sus alumnos, lo elevaron, con respeto y admiración, a la dignidad del doctorado, con sobrados merecimientos. Para todos era "el doctor Fernández Baena".

Pulcro y elegante, generalmente vestido entero de lino blanco, en sus primeros años de docencia se dejó un mostacho "hitleriano" para aparentar más edad, dada su notoria mocedad, que armonizaba con una calvicie prematura resaltadora de su natural distinción.

Afable, su presencia inspiraba confianza y acatamiento, sin perjuicio de asumir posiciones enérgicas cuando las circunstancias lo requerían. Buen hijo, buen padre, buen esposo, buen hermano, buen amigo e incomparable maestro. En fin, un hombre bueno, con una espontánea inclinación a hacer el bien.

Era el menor de seis hermanos, casi todos institutores: José Ángel, médico, que se radicó en Barranquilla; Julia Teresa, una de las precursoras del "Kindergarten" en Cartagena; Carlos, fallecido prematuramente; Héctor, consagrado profesor de primaria; y Guillermo, avezado farmacéuta. Además, tres de ellos, Julia Teresa, Héctor y Guillermo interpretaban diferentes instrumentos musicales.

Sin haber participado jamás activamente en la política partidista ni abrigar sectarismo alguno, fue un gran liberal. Vivía y padecía en su intimidad la suerte de su Partido, que cruzaba momentos difíciles a raíz de una de nuestras tantas violencias. Lo vi conmoverse cuando se enteró del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, por quien no ocultaba su admiración. Su colegio fue refugio acogedor de tantos jóvenes de familias liberales que no podían tener, ni remotamente, acceso a las demás instituciones oficiales o privadas de ese tiempo.

Sus hijos fueron: Alberto, tempranamente fallecido, quien se hizo cargo del colegio cuando él desapareció; Francisco, "Pacho", actual propietario de una acreditada entidad educativa y curtido dirigente deportivo internacional; Javier, arquitecto residente en los Estados Unidos de Norte América; Gladis y Olga.

En sus últimos años descolló como activo rotario y promovió, desde su colegio, recordadas gestas cívicas y deportivas. Un fulminante infarto cardíaco detuvo su inmenso corazón, falleciendo el 23 de agosto de 1970, recién cumplidos los 61 años, en la plenitud de su fecunda vida.

EL COLEGIO

El 4 de enero de 1933, cuando apenas tenía 24 años, funda su propio colegio, al cual bautiza con sus apellidos, "Fernández Baena", constante de tres cursos

de preparatoria y cuatro de filosofía y letras (bachillerato), cuya sede, durante su primer año de existencia, fue la vieja casona de la esquina de las calles de la Inquisición con Santa Teresa.

Comenzó con 108 alumnos, 18 de ellos internos, y ocho profesores: Eduardo Arcila Uribe, Pablo E. Ángel, su hermano José Ángel Fernández Baena, Antonio M. Zapata, Bolívar Franco Domínguez, Rafael Orozco M., Santiago Caballero Paternina y Esaú Conde Ribón.

La matrícula costaba \$3.00 y la pensión de los internos \$ 20,00 mensuales. Fue reinvertiendo en la institución sus propios ingresos y al mes de funcionamiento "ya contaba el colegio con algunas bancas y mapas, material que fue aumentando todos los meses de su primer año lectivo, con tres tableros, diez mapas, un globo de 45cms. de diámetro, las bancas suficientes para acomodar 108 alumnos que tuvo al terminar sus labores", según sus propias palabras.

Al año siguiente se traslada a unas dependencias más espaciosas en la calle del Cuartel, en la casa donde nació y vivió el mártir de la independencia cartagenera Manuel Rodríguez Torices y estuvo el "Instituto Politécnico Martínez Olier", actualmente ocupada por la Universidad de Cartagena.

Ese año, 1934, cuenta ya con 173 alumnos y toda la estructura educativa requerida. Abre el "Kindergarten" mixto, bajo la dirección de su hermana, también excelente pedagoga, Julia Teresa Fernández Baena, acompañada de un equipo de consagradas maestras, entre quienes se recuerda a Josefina Fernández, su sobrina; Alicia Araújo, Antonia Elguedo y María V. Elguedo. Célebres fueron sus sesiones solemnes de clausura del año escolar de esta sección infantil.

La nómina de profesores de primaria y bachillerato se amplió con los nombres de don Víctor A. Pareja, padre de los Pareja - Jiménez; Domingo V. De la Espriella, Rafael Núñez G., Manuel Conde Ribón y Juan N. Payares de la Hoz. El Instructor militar era el sargento Salvador Rodríguez.

Ya el colegio es reconocido en la ciudad, participa con éxito en diferentes actos oficiales, especialmente en el desfile del 20 de julio, y comienza a perfilarse como uno de los centros educativos de la Costa con mejor futuro.

En 1934 abre una Escuela Comercial nocturna, donde, entre otras materias, se estudia derecho mercantil, la famosa taquigrafía Gregg, mecanografía y geografía comercial. Esta escuela no duró mucho tiempo, al ser subsumida por el colegio.

En ese año y en los inmediatamente siguientes llegan a integrar el rol de profesores los doctores Fulgencio Lequerica Vélez, Antonio Barrios Carbonell, Luis C. Padrón, Ricardo Camargo Sierra, Ignacio Vélez Martínez y Mariano Llamas V. Toda una pléyade de jóvenes docentes, recién egresados de las aulas universitarias, con una profunda formación humanística.

Ya en 1936 cuenta con 375 alumnos y en 1938 gradúa los primeros bachilleres: José Joaquín Prada Caballero, Milton Torres y Benjamín Baena, lo que constituyó un sonado acontecimiento académico en la ciudad.

La segunda promoción de bachilleres (1939) la integraron Armando N. Luján, Ramón Demetrio Morán y Nicolás Lavalle.

Visionario, adquiere a precios módicos varias hectáreas de tierra, situadas en una fresca y hermosa colina del barrio "El Bosque", cuando ese sector se encontraba aún despoblado, con el fin de construir allí sus propios edificios escolares, determinación que muchos consideraron una locura. Persiste y, bajo su personal dirección, levanta el primer bloque de aulas, y en 1948 traslada el colegio a ese lugar, donde habrá de oficiar durante muchos años, constituyendo uno de los mejores calificados institutos de enseñanza del país.

Comienza su era de esplendor. Se hace a un equipo directivo de lujo, encabezado por su ex - alumno y abogado, Armando N. Luján, quien asume la vicerectoría con dedicación absoluta, convirtiéndose en el eje de la disciplina institucional. En aquellos tiempos se decía que los "cocos" de los estudiantes díscolos en Cartagena eran Fragosó en "La Esperanza" y Luján en el "Fernández Baena".

Armando N. Luján, a pesar de haberse lucido en el foro como brillante penalista, lo que le anunciaba un próspero porvenir profesional, prefirió las privaciones de la cátedra, con sus solas retribuciones espirituales, entregándose por entero a su labor de educador, al lado del gran maestro. Lo acompañó fielmente hasta 1968. Lector infatigable, hombre culto, hoy vive Luján, rodeado de su mujer, sus hijos y sus nietos, casi invidente, retirado de sus quehaceres docentes, disfrutando, seguro, de una intensa vida interior colmada de conocimientos.

Completaban el equipo, el profesor Alfonso Parra París, prefecto de disciplina

y creador, después, de un colegio en el Carmen de Bolívar; Cayetano Marsiglia Salas, el primer gerente de la institución; Raúl Fernández Gómez, quien alternaba sus actividades de virtuoso locutor residente de "Radio Miramar" con la secretaría general del colegio, y Pastor Martínez Torres, encargado de la parte contable y financiera.

A su campus de "El Bosque" ascendían diariamente con puntualidad a dictar sus clases profesores de la talla de Ángel María Geovo, Pedro A. Cabarcas, Lisandro Romero Aguirre, Antonio Morales Austin, Santiago Colorado, Luis García Salcedo (Lugarsal), Víctor Barboza, Olimpo Cárcamo Bermúdez, Enrique Chaparro, Reinaldo Pfaff, Carlos E. Colón, Francisco de Bustamante, Mr. Dewey May, Néstor Madrid, Roberto Burgos Ojeda, el padre Ayola, Carlos Crismat y Augusto Rafael Rivero, el "Mesié" Rivero, hombre de notoria y patriarcal sabiduría, que tenía su propio colegio en Turbaco, el "San Juan Bosco".

Fernández Baena, en procura de hacer de su colegio el mejor de todos, trajo una lúcida promoción de licenciados, egresados de la Universidad Pedagógica de Tunja, que asumieron la mayoría de las cátedras: Astor Aguirre, Gabriel Rey Cárdenas, Eduardo Peña Consuegra, Julián Roca Núñez, Daniel Ordóñez Badillo, Gustavo Crespo, Walter Quiñonez y Américo Perea, entre los más notables. Como profesionales de la educación, impusieron un nuevo estilo en la enseñanza, que dio un vuelco a los métodos hasta ese momento conocidos.

En el campo deportivo fue famoso. En 1936 y 37 un equipo de básquetbol comandado por Carlos M. Félix, el "Yeye" Félix, "electrizó a los espectadores", como dice una publicación periodística de la época, coronándose campeón. Lo conformaban Enrique Morán, Rafael Valencia, Milton Torres, Florencio Carranza y Dagoberto de Lavallo, como principales.

En béisbol, ni se diga. Hernando Taylor Enríquez, veterano facultativo, fue lanzador estrella de uno de los primeros equipos. Adalberto Redondo, médico residente en Venezuela, fue receptor y "manager" del equipo en los años 1942 - 43, del cual hicieron parte, en un breve período, Ramón "Varita" Herazo, Antonio "Manía" Torres y el cirujano Adolfo Pareja Jiménez. La selección del colegio tuvo otras figuras, en épocas posteriores, como Armando Crisón, Neftalí Frías, creador de una casta "notarial" en Cartagena; Joselo Baldiris; los hermanos Emilio y Ramón Lacayo; Humberto Verhelst; el "Cachifo" Bascarán, otro médico domiciliado en Argentina; los panameños "Meko" Ortiz y Carlos Laguna; los hermanos Martínez Núñez, Horacio, Reinaldo (Chilipa) y Amaury (El Pico); Roger Badlissi; el sanandresano Efraín Gómez; Benigno Torres

Marrugo, residente en México; Gustavo Ibarra, "El Puti"; Miguel Gómez Villarreal; José Hilario López; Luis Altamar Valdivia, Wulfrando Ahumada, el "Zurdo" Rafael Pombo; Francisco "Pachín" Navarro, Agustín Julio Gari; José Buendía, Blas Vargas y Francisco "Pacho" Fernández, muchos de los cuales, como Crisón, Frías y Baldiris, alcanzaron la cima del profesionalismo.

En ciclismo, llegó a participar en la VIII Vuelta a Colombia en 1958, con un equipo integrado por valientes estudiantes aficionados al pedalismo: Luis Roca, Walberto Roca, Carlos Atencio, Carlos Roger, Rogelio Díaz, Joe Yanos, Antonio Santoya y Luciano Bergamini. Si bien no lograron llegar en los primeros lugares, cumplieron un papel meritorio, que fue resaltado y aplaudido por la afición deportiva de entonces. Uno de sus rivales era Ramón Hoyos Vallejo, lo que nos indica el grado del esfuerzo que tuvieron que hacer para poder competir.

También sobresalió el colegio en fútbol y atletismo. En este último no había quien le ganara, en la prueba de los 100 metros planos, al después ingeniero civil, Carlos Olave, quien residió hasta su muerte en los Estados Unidos de Norte América.

Era el "Fernández Baena" un colegio laico, cimentado sobre bases filosóficas liberales, donde no había restricciones ideológicas de ninguna naturaleza; pero ceñido a sólidos principios éticos cristianos, predicados y practicados por su rector.

Se respiraba, además, un agitado ambiente intelectual entre profesores y alumnos, que se expresaba en la constitución de centros literarios, como "Llama Viva" y "Nuevos Horizontes", que fueron memorables; concursos de poesía y prosa, actividades teatrales y cinematográficas, y la edición de revistas y periódicos a cargo de los educandos, entre los cuales recuerdo a "Llama Viva" y "Prontuario", publicaciones dirigidas por Marco A. Luján Villamil y yo, por allá en los años 1953 y 1954, que editábamos en las imprentas de Juan A. Julio y "El Bodegón".

A quienes allí estudiamos se nos formó dentro de los moldes de un bachillerato clásico. Los estudios eran intensos. Dos jornadas diarias, de siete a once de la mañana y, luego, de dos a cinco de la tarde, incluyendo los sábados hasta el medio día. Estudiábamos castellano, inglés, francés y latín, además de urbanidad, instrucción cívica, literatura universal y de Colombia, cátedra bolivariana, filosofía, matemáticas etc., etc.. Un cúmulo de materias importantes que estimularon en muchos de nosotros la inclinación al cultivo de las letras,

gracias a lo cual hemos podido conocer esa faceta de la vida que agiganta el espíritu y nos hace gozar del maravilloso mundo de las ciencias, las artes y los oficios.

En su última época de existencia contó con la contribución pedagógica del intelectual Alberto Sierra, quien fomentó la afición a las artes, especialmente al teatro y al cine; P.P. Vargas Prins, Yidios Sedán, Rubén Villamizar, Claudio Crespo, Antonio Cerro A., Miguel Luna Bolívar, Hugo de Ávila, Rafael Rosales y otros profesionales de gran lustre.

Al fallecer su director - fundador en 1970, asumió la rectoría su hijo Alberto, quien había estudiado educación en la "Universidad Católica" de Washington. Lo condujo hasta 1981, cuando lamentablemente circunstancias imprevisibles forzaron su cierre, y su amplia sede fue transferida al Departamento de Bolívar, su dueño actual, que puso a funcionar allí una gran concentración escolar que, justamente, lleva el nombre de su forjador: "Alberto Elías Fernández Baena".

Es una muchedumbre los bachilleres fernandistas en toda la geografía nacional, y en el exterior (EE.U.U., México, Costa Rica, Panamá, Venezuela, Brasil, Argentina, Chile, España, etc.) que recuerdan con filial afecto a Alberto Elías Fernández Baena, a Armando N. Luján y a sus demás profesores. Dentro de ellos ha habido ministros (Germán Bula Hoyos y Carlos Martínez Simahan), gobernadores, alcaldes, parlamentarios, embajadores, comerciantes, industriales, rectores universitarios, académicos, educadores, escritores, profesionales de valía y, en fin, hombres que han sido y son honra y prez de la sociedad colombiana, formados bajo el ideario del "Colegio Fernández Baena".

Sus bachilleres salían óptimamente preparados. Recuerdo que de los ciento cincuenta o más aspirantes a ingresar a primer año de Derecho en la Universidad Libre de Bogotá en 1956, los cuatro fernandistas que nos presentamos (Eutiquio Martínez Pacheco, Néstor Vizcaíno Cervantes, Gabriel Pertúz Ternera y yo) quedamos ubicados dentro de los primeros puestos en los resultados del examen de admisión.

EL PEDAGOGO

Inició Alberto Elías Fernández Baena su actividad pedagógica en el mismo instituto donde estudiaba, el "Martínez Olier", aún siendo su alumno, y en el "Colegio de la Esperanza", en el área de las matemáticas, que era su predilección intelectual. Tuvo, entonces, como guías a nadie menos que a los maestros Lázaro María Martínez Olier y Antonio José de Irisarri.

Valoraba tanto las matemáticas, que sus primeros alumnos, al llegar a la sede del colegio en 1933, encontraron escrito por él, con tiza blanca e impecable caligrafía, en el único tablero que había, la siguiente sentencia: "Los números gobiernan el mundo, dijo Platón. Por tal motivo, las matemáticas se estudiarán con la mayor extensión que sea dable, no sólo por su utilidad manifiesta, sino por la marcada influencia que ellas imprimen al intelecto superior del educando".

Formulaba problemas matemáticos de su propia invención, los cuales explicaba con una claridad y sencillez tales, que los comprendían hasta los más "cabeza dura", como éste: "Pedro dice a Simón: tengo dos veces la edad que tú tenías cuando yo tenía la edad que tú tienes; y cuando tú tengas la edad que yo tengo, la suma de las edades será 63 ¿Cuál es la edad de Pedro y cuál es la edad de Simón?, que ponía a pensar a todo el mundo.

Encontró una demostración gráfica propia del famoso teorema de Pitágoras: "en todo triángulo rectángulo, el cuadrado construido sobre la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados construidos sobre los catetos". Lo explicaba con una gráfica que lo hacía visual y lógicamente entendible.

Desde cuando el colegio funcionaba en la calle del Cuartel, estableció los llamados "Exámenes de Honor", semejantes a los realizados en la Sorbona de París, que consistían en un claustro pleno de profesores, alumnos y público, en el cual estudiantes, previamente inscritos, respondían por una hora las preguntas que profesores y alumnos les hicieran en determinadas materias y se abrían debates sobre los temas tratados. En 1936 fueron galardonados con las mejores calificaciones en estas difíciles pruebas, Manuel A. Berrío, en aritmética, Manuel L. Melo, Pedro A. Cabarcas y Alejandro Muñoz L., en inglés; Armando Segreña S., en instrucción cívica; Pedro Nel Hurtado, en historia natural y, Luis M. Sierra, en castellano.

Acabó con los castigos infamantes. Sostenía que a los alumnos debe enseñárseles a respetarse a sí mismos, pudiéndolos dejar, en caso dado, a su solo cuidado, en la confianza del orden que deberían guardar. Pensaba que los castigos habrían de consultar beneficios prácticos o algún ejercicio instructivo para el estudiante. Afirmaba que "Las penas humillantes, que rebajaban el carácter, estaban erradicadas de su plantel".

"Tendremos gran celo por el estudio de la urbanidad y las buenas maneras,

para contrarrestar las influencias negativas del medio", decía, en procura de formar buenos ciudadanos.

Era un pedagogo portentoso, extraordinario, de la estirpe de Dionisio Hermenegildo Araújo, Martínez Olier, Irisarri, Alcalá, Delgado Paniza, Hernández Saladén, para mencionar sólo algunos de los más connotados. Impuso un estilo muy humano en la educación. Lo decía: "Hago de cada estudiante de mi colegio un compañero, un hijo, un compatriota". Y de veras que lo hacía. Fue, sin duda, un "Gran Pedagogo".

FUENTES CONSULTADAS:

1. "NOMENCLATOR CARTAGENERO", - Donaldo Bossa Herazo - Edic. Banco de la República. - 1981.
2. "PLAZAS Y CALLES DE CARTAGENA". - Raúl Porto del Portillo.- Tercera Edición - Sáenz Impresores del Caribe, Barranquilla.- 1997.
3. NOTICIAS DEL COLEGIO FERNÁNDEZ BAENA.-
Recortes de prensa y documentos varios de propiedad de Francisco Fernández Bustamante.
4. MEMORIAS DEL AUTOR.

Conversaciones personales con:

PASTOR MARTÍNEZ TORRES, ARMANDO N. LUJÁN, ALBERTO FERNÁNDEZ BUSTAMANTE, FRANCISCO FERNÁNDEZ BUSTAMANTE, ROGELIO DÍAZ, HAROLDO FORTICH, HERNÁN FORTICH, AMAURY MARTÍNEZ NÚÑEZ, FRANCISCO NAVARRO MIRANDA, MARCO A. LUJÁN VILLAMIL, RICARDO OLMOS Y ADOLFO PAREJA JIMÉNEZ.

III - LAUREANO GÓMEZ Y CARTAGENA

INTRODUCCIÓN

A Laureano Gómez, "el Monstruo", como le llamaban sus amigos para elogiarlo y sus enemigos para vituperarlo; "el hombre tempestad", como fue calificado para resaltar su arrolladora capacidad combativa; "mecenas del odio", como le dijo Carlos Lleras Restrepo en 1949, cuando se le escogió -a Gómez- como candidato a la Presidencia de la República, en plena guerra entre los dos partidos políticos tradicionales; "medida de la grandeza de su tiempo", como lo ungió en cierta ocasión su hijo Álvaro; "demoledor de sistemas y reputaciones", según Juan Lozano y Lozano; temor de liberales y pasión de conservadores; hombre erudito, ingeniero civil, profesor universitario, periodista, político y Presidente de la República de Colombia, se la ha tratado sin la objetividad del analista imparcial, pecando por exceso en la adhesión o en la aversión, como ha ocurrido con sus panegiristas y panfletarios.

Su vehemente participación en el curso de una de las etapas más convulsionadas de la política nacional - desde 1909, cuando es arrestado y funda el periódico "La Unidad", a los 20 años de edad; hasta 1965, cuando fallece en Bogotá, a los 76 años - lo irradió de un aura de amores y odios, según la ubicación partidista de su juzgador, que ha impedido la realización de un juicio sereno sobre su verdadero papel en ese confuso período de nuestra historia.

Gracias a la gentileza de mi amigo, el doctor Joaquín Franco Burgos, llegó a mis manos la obra titulada "UNA VISIÓN DEL SIGLO XX, DE LAUREANO A ÁLVARO GÓMEZ", escrita por Juan Gabriel Uribe Vegalara, cuya cercanía personal e ideológica a la casa Gómez Hurtado no obsta para que, sin disimular la dirección de sus obvios afectos, nos entregue una magistral semblanza de esos prohombres, que son "dos versiones distintas de una misma naturaleza", como le pareció 34 años atrás a Alonso Donado en sus charlas con el Presbítero Jerónimo, con la ventaja de poder incursionar en desconocidos planos de sus dramáticas vidas, en un estilo ameno, lleno de anécdotas, la gran mayoría de ellas ignoradas por la generalidad de la gente.

Con la venia del autor nombrado, y desde la óptica del cronista desprevenido, me voy a permitir compartir con mis lectores algunos de esos inéditos episodios de la infancia y juventud de Laureano Gómez Castro, que explican muchos rasgos de su fuerte personalidad, de su formación intelectual y de su temprana vocación de líder, acudiendo, además, a otras fuentes bibliográficas de su largo quehacer vital.

SUS ANCESTROS

Resulta que ese temperamento recio y enérgico que caracterizó toda la vida a Laureano Gómez, no lo recogió del suelo, sino que le provino de sus más inmediatos ancestros.

Su abuelo paterno, que también se llamaba Laureano, trató de emular la hazaña del Ícaro mitológico y, anticipándose en el tiempo, intentó volar. Sí, intentó volar...

Uribe Vergalara nos cuenta que "consiguió unas telas, hilvanó pacientemente una máquina voladora, subió a lo alto del aguileño y anónimo paisaje ocañero, y se dio de bruces contra el suelo, estropeada su imaginación, contuso el cuerpo, pero libre el espíritu aventurero que lo caracterizó".

Su padre, José Laureano, tenía fama de malgeniado. Tan malgeniado que, a raíz de una de esas rabietas, decidió abandonar la ciudad natal, Ocaña, y trasladar su domicilio a Bogotá, como reacción por lo que consideró un irrespeto de sus paisanos.

En efecto, en Ocaña se celebraban anualmente unas festividades, a la usanza valenciana, llamadas "De los Gigantes y Cabezudos", como la conocida zarzuela. El acto central era un desfile por las principales calles de la ciudad con disfraces de grandes cabezas que caricaturizaban a los personajes del pueblo. Una de esas cabezotas era de don José Laureano, pero resaltando su irritable genio. "Los cachetes enrojecidos, los ojos desorbitados, el ceño fruncido, una pérfida y descomunal expresión del sobresalto que se le conocía cada vez que sus cables desparramaban el arpón de su carácter y hacía terremotos de su potente intemperancia", pintaban el semblante del remedo burlesco que se hizo de don José Laureano, según el autor del libro comentado.

Esto colmó su ira; lio los bártulos y se largó de Ocaña hacia Bogotá definitivamente. De no haber ocurrido esa reacción paterna, Laureano Gómez hubiera sido ocañero, en vez de bogotano.

Su abuela materna no se quedaba atrás. Prototipo de la más vigorosa estirpe nortesantandereana, vivió 110 años y, cuando se mudó para Bogotá, llevó consigo de mascota un águila, que posaba en uno de sus hombros "y no se le desprendió hasta el día de su muerte", cuadro premonitorio de los futuros atributos de su nieto.

Su hermano, José "Pepe" Gómez, además de sobresaliente caricaturista y pintor - de donde seguramente vino la vena artística de su sobrino Álvaro - fue un hombre afortunado con las mujeres; "levantador", como dicen ahora, que, queriendo poner fin a su provechosa soltería, decidió contraer nupcias, pero el día de la boda no apareció, dejando a la niña "como las novias de Barranca".

Era "Pepe" Gómez de un temperamento tranquilo que, junto con el de su sosegada madre, doña Dolores Castro, constituyeron el contrapeso familiar que atenuaba los arranques impetuosos de los otros parientes. Doña Dolores fue una santa mujer, menuda, paciente y dulce, al decir de quienes la conocieron.

SU INFANCIA

Nació Laureano Gómez Castro tres meses después de haberse radicado sus padres en la capital del país, el 20 de febrero de 1889, bajo el signo Piscis y en medio de una fuerte tempestad bogotana, que presagiaba su devenir histórico. Allí fue bautizado en la iglesia de Santa Bárbara con el nombre de Laureano Eleuterio, siguiendo la tradición de la línea paterna y en homenaje a San Eleuterio, patrón del día de su nacimiento.

Nos refiere Uribe Vegalara una increíble anécdota de la niñez de nuestro personaje. Contrario a lo que todos pensarían, Laureano Gómez era un niño tímido, ajeno a los bullicios y amante de la soledad. Cuando tenía 3 años de edad, llegó una tarde de visita don Marco Fidel Suárez, que era amigo de su padre y acostumbraba tomar el té en casa de la familia Gómez - Castro. Laureano, al ver al visitante, quiso eludirlo. Don Marco, que se dio cuenta de la actitud evasiva del infante, lo tomó por la fuerza y lo sentó en sus rodillas. El niño, molesto, comenzó a patallear en forma tal que don José Laureano preguntó al famoso filósofo qué le sucedía. A lo cual este contestó: "no....., no es nada....; sólo estaba pensando que si este niño se sigue moviendo así, me va a tumbar

de la silla". Y muchos años más tarde lo tumbó, de veras, de la silla, pero de la silla presidencial.

Su formación intelectual y ética estuvo a cargo de los jesuitas desde los 8 años, cuando ingresó al Colegio San Bartolomé, donde se distinguió como estudiante sobresaliente, con especial afición por la filosofía y las matemáticas. Se hizo bachiller el 24 de noviembre de 1904 a los 15 años y medio de edad, obteniendo el premio al mejor alumno del colegio.

Cuenta Uribe que en cierta ocasión, cuando tenía 13 años, se encontraba con sus compañeros jugando a la pelota vasca en los patios del colegio, cuando interrumpió el juego para preguntarle a uno de ellos: "Dime una cosa, ¿tú qué has pensado ser en la vida?" A lo cual le contestó el interrogado: "No sé, no he pensado en eso,... ¿Y tú qué has pensado ser?" "A mí me provoca ser un hombre importante", contestó Laureano. Y sin duda que lo fue.

Durante su infancia "era voluntarioso, esquivo, amigo de sus amigos, pero, en general, solitario". La mayoría de su tiempo lo dedicaba a leer y escribir. Ya el intelectual y el conductor político estaban asomándose a las tablas del escenario nacional.

SU JUVENTUD

Estudió ingeniería civil en la Universidad Nacional, donde se graduó en julio de 1909, a los 20 años, sin que el cúmulo de asignaturas técnicas que comprendía el programa de su facultad lo alejaran de su vocación por la cultura y de su marcado destino.

Cuando culminaba estudios universitarios, el 13 de marzo de 1909 es escogido por los compañeros para que pronuncie el discurso de celebración del vigésimo cuarto aniversario del retorno de los jesuitas a Colombia, oración en la cual increpa fuertemente al gobierno autoritario del general Rafael Reyes, exigiendo el restablecimiento de la democracia y la libertad, conculcadas en esos tiempos por el régimen. Reclama la apertura del Congreso y el regreso pleno de la libertad de expresión.

Luego del discurso, Laureano Gómez es alzado en hombros por el juvenil auditorio y se pone al frente de una manifestación que se dirige al palacio presidencial a proseguir la protesta, y es arrestado por perturbador, yendo a parar con sus huesos a los calabozos oficiales.

Gracias a la renuncia del presidente Reyes y a la amnistía decretada por el designado encargado del mando, don Jorge Holguín, no duró mucho tiempo retenido; pero, según Uribe, "su breve estancia en prisión, ese 13 de marzo, significó un viraje trascendental en su vida. A los veinte años, en la penumbra de una celda, decidió ser político..."

En septiembre de ese mismo año reúne en casa de José María Mejía a un grupo de jóvenes conservadores, con el fin de organizar la creación de un periódico, entre quienes se encontraban José Joaquín Casas, Manuel Antonio de Pombo, José María de Guzmán, Carlos Núñez Borda y José María Pizano, con quienes funda "La Unidad", cuya dirección asume el propio Laureano Gómez, quien, para esas calendas, "era uno más de esos adolescentes que fumaban cigarrillos "La Habana"; peinado con raya al lado izquierdo, corbata de nudo ancho, clavel en el ojal y zapatos de charol combinado", como lo describe gráficamente su biógrafo.

"La Unidad" fue el órgano de expresión de sus ideas y el campo de sus iniciales batallas durante 7 años. Su primer ejemplar apareció el 2 de octubre de 1909 y el último en 1916.

El 9 de septiembre de 1916 contrae matrimonio con doña María Hurtado Cajiao, distinguida dama de la sociedad de Popayán, hija de un acaudalado hombre de negocios, conocida por Gómez en los patios del Capitolio Nacional, durante la posesión como Presidente de José Vicente Concha.

Irreductiblemente abstemio, no veía con buenos ojos a los "borrachitos" impertinentes. Pero le gustaba la buena comida y jugar de vez en cuando sus manitos familiares de cartas, sin apostar sumas grandes.

Confesaba a sus amigos que le era durísimo viajar. "Los días anteriores a la partida son de absurda tortura....", decía, a pesar de que se vio forzado a viajar frecuentemente. ¡Y cuánta razón tenía! Eso de llenar de perendengues unas maletas que casi nunca cierran bien; separarse de los suyos; llegar a los abominables aeropuertos; hacer colas interminables; someterse a las requisas y cateos de maleducados gendarmes; enfrentarse a las caras agrias y desconfiadas de unos funcionarios de emigración; quedar a merced de bigotudos y adustos agentes de la aduana; esperar y esperar la siempre retrasada salida de los vuelos, para, después, resignarse a ser encerrado en esos estrechos calabozos presurizados que son los aviones, es un tormento que no se le ha ocurrido ni a la luciferina imaginación del director de planeación de los infiernos.

LAUREANO Y CARTAGENA

El Departamento de Bolívar y Cartagena, en particular, han estado muy ligados a la vida política de Laureano Gómez. La primera vez que llega a la Cámara de Representantes lo hace como suplente del abogado bolivarense Manuel Dávila Flórez, quien en aquella época fue elegido simultáneamente por las circunscripciones de Bolívar y Cundinamarca, optando él por la primera de ellas y dándole la oportunidad a Gómez para que lo hiciera por la segunda.

El doctor Manuel Dávila Flórez fue un eminente hombre público nacido en Mompós en el año 1853 y fallecido en Roma en 1924. Afiliado al partido conservador, pasó a la posteridad como un parlamentario de nombradía y un afamado educador. Ocupó la Rectoría de la Universidad de Cartagena y la Secretaría de Educación departamental. La ciudad lo ha honrado con un busto que reposa en la plazuela de San Agustín o de los Estudiantes.

Por cierto, me contaba el historiador Arturo Matson Figueroa, que oyó decir al maestro Donaldo Bossa Herazo, que el doctor Dávila Flórez, haciendo gala de su fecundo magín momposino, siendo secretario de educación, impuso la obligación a los colegios de enseñar a sus alumnos a escribir con la mano izquierda, es decir, que se les formara como ambidiestros, por si las moscas perdían o se invalidaba la mano derecha. Además, a raíz del fomento de las relaciones comerciales con los Estados Unidos de Norte América, decretó la enseñanza obligatoria del inglés, para lo cual dio el primer ejemplo, haciendo publicar los avisos de prensa de la Secretaría en ese idioma, forzando su necesaria traducción por los lectores. ¡Ah....., el talante momposino!

En 1914, durante el inicio del período presidencial de don José Vicente Concha, Laureano Gómez es elegido Senador, también por el Departamento de Bolívar, lo que reafirma su vinculación con este sector territorial.

Estos antecedentes políticos, la cercana amistad de Laureano Gómez con el cartagenero José de la Vega, sus periódicas visitas a esta ciudad con su familia en plan de vacaciones, y el hecho de haber pasado aquí la convalecencia de una de sus enfermedades, explican por qué lo más granado del conservatismo de Cartagena militara en las filas del llamado laureanismo y muchos de ellos hubieran alcanzado una figuración de resonancia nacional: Fulgencio Lequerica Vélez, Roberto Cavalier Jiménez, Pedro Pacheco Osorio, José Gabriel y Antonio de la Vega Vélez, Rogelio López Sierra, Raimundo Emiliani Román, Alfredo Araújo Grau, Eduardo Lemaitre Román, Gregorio Espinosa, Roberto Camacho Rodríguez, Juan Ignacio Gómez Naar, Ernesto Carlos Martelo, Joaquín Franco

Burgos, Jaime, Fulgencio y Antonio Lequerica Martínez, Luis Mufarrij, Manuel Navarro Patrón, Raúl Guerrero Porras, Alberto Araújo Merlano, Augusto de Pombo Pareja, Martín Alonso Pinzón, Carlos Martínez Simaham, Héctor Hernández Ayazo, Alfredo Aldana Miranda, Alvaro Lecompte Luna, Jaime Dávila - Pestana Vergara, Raimundo Vélez Botet, entre otros, fueron, en su momento, connotados adherentes a las ideas y al estilo de Laureano Gómez, aunque algunos hubieran virado, después, hacia otras vertientes del conservatismo.

Muchos de ellos alcanzaron a ser ministros, magistrados, embajadores, gobernadores, alcaldes, congresistas, y hasta precandidatos a la Presidencia de Colombia.

Durante una de sus más largas estancias en Cartagena, cuando vino a recuperar fuerzas, Laureano Gómez alquiló una casa de dos plantas en el barrio de Bocagrande, situada en la avenida San Martín, haciendo esquina con la calle novena, cuyo dueño era Víctor Visbal, luego de propiedad de los sucesores de Gabriel Zarur y distinguida con el No, 8 - 205, cuyo largo patio se extendía hasta la playa. No existía la avenida primera o del malecón. Allí opera actualmente el famoso restaurante "Crepes & Waffles".

Sus vecinos de enfrente, avenida San Martín de por medio, eran el médico Miguel Borge Escobar y su familia, recién llegados de Europa, quienes habitaban en la casa de los pinos, en donde funcionó el restaurante "Los Pinos", hoy "Hotel San Martín", razón por la cual se entabló una amistad entre los Borge Koval y los Gómez Hurtado, que ha trascendido hasta nuestros días. Los primeros prodigaron varias veces apetitosos platillos a los visitantes, que estos gustaban fascinados.

También se hospedó en dos ocasiones en casa de Roberto Cavalier Jiménez, en la segunda avenida de Manga.

El lugar de su residencia se convertía temporalmente en sagrado templo del conservatismo local y allí concurría la flor y nata de nuestra "godarria", para rendirle el tributo de su admiración y pedirle consejos. A fines de los años treinta o principios de los cuarenta de la pasada centuria, instruyó a los tres únicos ediles conservadores de la ciudad, Ricardo de la Vega, Rogelio López Sierra y Santander Blanco Cabezas, sobre la forma como debían adelantar unos debates contra funcionarios municipales liberales cuestionados por ellos.

Don Luis Mufarrij, viejo laureanista, recuerda que en una de esas venidas de la

familia Gómez Hurtado a Cartagena, llevó a pasear y a comer a Turbaco a Álvaro, que era aún muchacho, junto con Ricardo de la Vega y Rogelio López Sierra.

EL CASO SUÁREZ

A los liberales nos inculcaron por ley de atavismo el cuento de la ojeriza de Laureano Gómez contra don Marco Fidel Suárez y lo injusto que había sido con el venerable polígrafo, al hacerlo renunciar de la Presidencia de la República por haber vendido unos sueldos, lo que era un signo de su franciscana pobreza y de su honestidad.

Sin embargo, Uribe Vegalara nos echa un cuento diferente, que me voy a permitir resumirlo:

En 1921, a mitad del gobierno de Suárez, llega Laureano Gómez a la Cámara de Representantes, después de un retiro de la actividad política, tiempo durante el cual ejerció fugazmente la ingeniería y regentó las cátedras de trigonometría y álgebra en la Universidad Nacional.

Gómez aspira a la presidencia de la Cámara y los "suaristas" se oponen a ello, a pesar de lo cual accede a esa elevada dignidad. Ya dueño de la situación y enfrentado abiertamente al gobierno, cita al ministro de la política, que era Aristóbulo Archila, antiguo amigo de Gómez y ahora de Suárez, para adelantar un debate por unas supuestas maniobras del ejecutivo contra la candidatura presidencial próxima de Pedro Nel Ospina. En lo mejor de su exposición, Gómez sorprende al auditorio manifestando que tiene en su poder una copia fotográfica donde consta que el señor presidente vendió a un banco extranjero sus sueldos y gastos de representación.

"El bullicio es total", dice el biógrafo antes citado. "La coalición mayoritaria trata de acallararlo. Hay constantes solicitudes de interpelación. Gómez se refiere a una hipoteca sobre los gastos de representación del primer mandatario a favor del Banco Mercantil Americano por medio de libranzas descontables de la Tesorería General", agrega.

La tesis que sostuvo Gómez contra Suárez era que el presidente no podía comprometer los gastos de representación, porque no hacían parte de su asignación personal. "No son una gabela de que pueda disponer a su arbitrio, sino que tienen su destino y objeto. Esas partidas, son para responder a los

gastos de las reuniones que el presidente se vea en la precisión de hacer. Si esos gastos no se ejecutan, de ninguna manera tiene derecho el presidente de suscribirlos como respaldo a créditos personales", afirmó Gómez en su discurso acusatorio. De manera que no fueron los sueldos vendidos los que tumbaron a don Marco Fidel Suárez de la silla presidencial, sino los gastos de representación. El primero en entenderlo así fue el propio Suárez, al dimitir del cargo, unos quince días después.

EL ORADOR

A pesar de su reconocida timidez frente a los auditorios numerosos, Laureano Gómez se consagró como un excelente orador y, sobre todo, como un espectacular tribuno parlamentario.

Dicen quienes lo escucharon, que tenía una fuerte voz de barítono y sus discursos "comenzaban en un tiempo moderado y lentísimo, para luego tomar impulso y ascender de un golpe a la peligrosa cumbre de los asertos rotundos y, una vez allí, se sublima en todos los tonos que requieren la magnificación total de su contenido", según otro de sus biógrafos.

Oí decir a Raimundo Emiliani Román en entrevista televisiva, que, aún muy joven, no había escogido militancia política, porque creció bajo la égida bipartidista de sus padres y abuelos. Los Emiliani eran liberales y los Román conservadores. Terminado el quinto de bachillerato en el Colegio de la Esperanza, viajó a Bogotá, junto con otros compañeros de estudios, entre ellos, Alfredo Araújo Grau, Juan Ignacio Gómez Naar, Eduardo Lemaitre y Guillermo Gómez Villarreal, a cursar el sexto año en el Colegio Mayor del Rosario. Estando allí, fue invitado por sus coterráneos a asistir a las barras del Congreso a presenciar uno de los debates parlamentarios de la época, a lo que accedió con cierta reticencia. Que tomó la decisión de hacerse conservador y laureanista, al escuchar a Laureano Gómez en una de sus brillantes intervenciones. ¡Lástima! Allí perdimos los liberales a quien hubiera sido uno de nuestros más fulgorosos copartidarios.

La frase efectista era un recurso muy de moda en aquella época parlamentaria. Cuenta Uribe Vegalara que en una ocasión, cuando Laureano Gómez pronunciaba un discurso, un congresista de apellido Toro lo interpelaba reiteradamente, tratando de sabotearle su exposición. Al Gómez increparlo y exigirle silencio, Toro le respondió, algo perturbado,: "Acuérdese, honorable senador Gómez, de que yo soy Toro y embisto." A lo cual le respondió Gómez:

"Acuérdese usted, honorable senador Toro, de que soy Gómez..... y Castro".

SECUESTROS Y ENFERMEDADES

A Laureano Gómez, como presidente del Congreso, le correspondió darle posesión a Alfonso López Pumarejo, al asumir este la Presidencia de la República en su primer período. Según Gómez, algunas huestes amigas del presidente saliente, Enrique Olaya Herrera, ayudados por el jefe de la policía de ese entonces, planearon secuestrarlo en los momentos de su entrada al senado, para evitar que juramentara al nuevo mandatario, y, en su lugar, lo hiciera el vicepresidente, Alejandro Galvis Galvis. Dice Uribe que Galvis Galvis no se prestó a esa conspiración y la denunció al senador Eduardo Santos, quien evitó que prosperara. Verdad o no, así lo aseguró siempre Laureano Gómez.

A pesar de su fuerte y sanguínea complexión física, Laureano Gómez fue presa fácil de enfermedades del sistema circulatorio. Cuando apenas tenía 45 años, en medio de una intervención de Eduardo Santos en el senado, sobre aspectos del gobierno de Olaya Herrera, cayó Gómez al suelo desmayado, víctima de una hemorragia cerebral, el 31 de enero de 1935, que él atribuyó a un envenenamiento frustrado.

Así cuenta él mismo el incidente del supuesto envenenamiento:

"Estaba en el café del Senado con algunos colegas conservadores. Ellos se hicieron servir sendas copas de whisky y yo un pocillo de tinto. Cuando me lo trajeron, noté algo en la cara del sirviente, que me desagradó. Mis compañeros solicitaron más licor y a mí me pusieron por delante otro café, lo que extrañé y me hizo entrar en sospechas, pues nada había pedido. Volví a reparar en el sirviente y me entró desconfianza. No obstante, por esas cosas tan tontas que hace uno en la vida, bebí el café e instantáneamente sentí algo raro, como si hubiera tomado muchas tazas. En esas me llamaron, diciéndome que Eduardo Santos estaba haciendo no sé qué alusiones sobre mí. Cuando entré al salón de sesiones caí al suelo y no volví a saber nada. Aún no sé si la congestión fue obra de veneno o por una causa orgánica: es precisamente lo que me atormenta..."

Carlos Lleras Restrepo, testigo de este acontecimiento, lo recuerda así: "Yo me hallaba en el recinto, al igual que muchos otros representantes. Santos se estaba defendiendo brillantemente y acababa de dar lectura a unos cables cruzados con Ángel María Céspedes que contradecían alguna interpretación

de Gómez, cuando éste susurró algunas palabras a su vecino y luego, inclinándolo a un lado la cabeza, se desmayó. Junto a él estaban José de la Vega y Francisco de Angulo, e inmediatamente corrió a atenderlo el doctor Carlos Tirado Macías. La sesión se suspendió; las gentes de las barras abandonaron el recinto silenciosamente. Al cabo de algunos minutos Laureano dio signos de mejoría, se levantó y apoyado en sus amigos se dirigió hacia la puerta del recinto. A mitad del camino se desplomó. Fue conducido a la Casa de Salud de Peña y más tarde un parte médico firmado por los doctores Juan N. Corpas, Manuel V. Peña y Max Duque Gómez, informó a la nación sobre el estado de salud. Se había presentado una congestión cerebral y una congestión renal; pero el enfermo estaba en vía de recuperación. Días más tarde, ya pudo recibir breves visitas, entre éstas las del presidente López".

Luego de someterse al tratamiento indicado y restablecerse un poco, se trasladó a Cartagena, donde estuvo durante el período de su convalecencia. Muchos años después, cuando ejercía la Presidencia de la República, sufrió un ataque cardíaco, el 5 de noviembre de 1951, lo que lo obligó a entregar el poder al designado, Roberto Urdaneta Arbeláez. Murió en Bogotá en 1965, luego de larga enfermedad.

CONCLUSIÓN.

Gústenos o no Laureano Gómez, ni sus más bravos detractores se han atrevido a desconocer la firmeza de su carácter, su capacidad intelectual y la gran influencia que tuvo en los destinos de Colombia. Todavía los viejos laureanistas se refieren a él, con filial respeto, como "el doctor Gómez". Se exaltan de admiración cuando lo evocan.

Quienes nos ubicamos ideológicamente en el lado opuesto de su militancia política, no podemos negar que sirvió a su partido con pasión, tal vez con demasiada pasión, tan extrema, que aún llegan hasta nuestros días los ardorosos afectos o desafectos que su agitada vida forjó.

FUENTES CONSULTADAS.

"UNA VISIÓN DEL SIGLO XX. DE LAUREANO A ALVARO GÓMEZ". Juan Gabriel Uribe Vegalara. T.Tvi. Editores. 1996.

"CHARLAS CON EL PRESBITERO JERÓNIMO". Alonso Donado. Tercer Mundo. 1963.

"CRÓNICA DE MI PROPIA VIDA". Carlos Lleras Restrepo. Siamato Editores. 1983.

"PRESIDENTES DE COLOMBIA" Ignacio Arizmendi Posada. Planeta, 1989.

"PRESIDENTES DE COLOMBIA". Alfonso Plazas Vega. Editorial Panamericana. 1993. "LAUREANO GÓMEZ". José Francisco Socarrás. Ediciones Lista Negra. Planeta. 1994.

Conversaciones personales con:

ARTURO MATSON FIGUEROA, JOAQUÍN FRANCO BURGOS, ANTONIO LEQUERICA MARTÍNEZ, MIGUEL BORGE ESCOBAR, JOSÉ IGNACIO BUSTAMANTE, CARLOS GUSTAVO MÉNDEZ RODRÍGUEZ, JOSÉ ANTONIO NORIEGA PATRÓN, ÁLVARO ANGULO BOSSA, LUIS MUFARRIJ Y LEÓN TRUJILLO VÉLEZ.

CAPÍTULO XII

CUANDO EL BÉISBOL ERA PASIÓN EN CARTAGENA

¡ "PLAY BALL" ...!

Jamás se imaginaron los hermanos Gonzalo y Ernesto Zúñiga Ángel que, al retornar a Cartagena en 1905, después de adelantar estudios en los Estados Unidos de Norte América, portando en sus valijas los utensilios necesarios para el ejercicio de un deporte casi desconocido por estas latitudes, estaban dando nacimiento a un fenómeno, que, en el transcurso de cuatro décadas, se convertiría en pasión de los cartageneros: el béisbol.

Sobre los orígenes de este deporte de masas hay, principalmente, dos versiones: una que lo remonta a la Inglaterra de 1750; y otra, que lo señala como nacido en 1839 en el Estado de Nueva York, Estados Unidos. En todo caso, su procedencia es, sin duda, anglosajona.

En Cartagena fue conocido, inicialmente, por una élite social, perteneciente a las familias de pro, que organizaban desde sus clubes equipos y eventos. Sólo en 1916 vino a tener alcance popular, cuando a residentes del cartagenerísimo barrio de San Diego se les dio por practicarlo. La "Plaza de la Carnicería", detrás del hoy Palacio Nacional; el denominado "Campo Grau" y, después, "La Matuna", fueron los escenarios abiertos donde primero se jugó este deporte, tan difícil de comprender para quien no lo ha visto antes y frecuentado.

LA CABAÑA:

Mi primer contacto con el béisbol fue a los seis años de edad, por allá en 1943, cuando mi padre, de quien heredé mi liberalismo, mi sentido del humor y mi afición a ese deporte, me llevó, por primera vez, al estadio La Cabaña, ubicado en el barrio de Manga, a presenciar un partido entre el Águila, el equipo de nuestras preferencias, y Getsemaní.

Fue una breve temporada beisbolera, organizada por el periodista Guillermo Guerrero Ramos, "Don G", muy amigo de mi familia, quien años después dirigió por mucho tiempo las páginas deportivas de El Universal.

Recuerdo a La Cabaña como un intento de estadio, con graderías de madera y techo de zinc, cuyas medidas en el campo no eran muy extensas (267, por el jardín izquierdo; 290, por el derecho; y, 350 por el central), lo que se prestaba para que los bateadores sacaran la pelota del campo con frecuencia. Una vez hubo que suspender un partido en el sexto "inning" porque se acabaron las bolas de tanto "home - run". Decían, aunque yo nunca lo vi, que Chita Miranda bateaba cuadrangular cada vez que se volteaba la cachucha, con la visera hacia atrás. No tenía grama y el campo de juego era de tierra y caracolejo, lo que, por la cercanía a la bahía interior, se prestaba para que los cangrejos hicieran sus hoyos. Cuenta Raúl Porto Cabrales en su "Historia del Béisbol Aficionado en Colombia", que en un partido el pelotero Arturo Saladén Marrugo, después ilustre abogado, pegó un "home run" de piernas (correr todas las bases hasta llegar al plato con un solo batazo, sin sacar la pelota del campo) dado que el "outfield" no encontraba la bola porque había caído en un hoyo de cangrejo.

De esa primera experiencia presencial en La Cabaña, se me quedó grabada en la memoria la singular ubicación del árbitro principal, o "chef umpire", que era detrás del "picher", no, como hoy, detrás del "cacher", seguramente por carecerse en esa época de los elementos de protección que hoy se utilizan para ese oficio. También recuerdo que la caseta de radio - transmisión estaba en las graderías altas (que no lo eran tanto), detrás del receptor. Consistía en unas láminas que medio separaban a los locutores del público.

La Cabaña fue, realmente, el primer campo cerrado, más o menos formal, que tuvimos en Cartagena para los juegos de béisbol. Se construyó por los hermanos Enrique y Guillermo Piñeres en un lote de su propiedad, situado en el barrio de Manga, en cercanías del terminal marítimo, hoy urbanización La Cabaña, y tomó su nombre de una cabaña que allí existía, que se rentaba a quien la quisiera para "veranear".

Se inauguró el 25 de diciembre de 1930 con un partido entre la novena norteamericana Macon, de la organización de la Florida, y una selección de peloteros cartageneros, con boletería agotada y una gran expectativa de los aficionados. La selección cartagenera, todavía bisoña, perdió apaleada, con un resultado de 36 carreras a cero. Los gringos conectaron 12 "home runs" y mostraron una superioridad gigantesca (Fue la ocasión en que se agotaron las bolas en el sexto episodio)

La Cabaña siguió siendo durante 17 años el primer templo del béisbol, con algunos altibajos, hasta 1947, cuando se construyó el estadio "Once de Noviembre". Melanio Porto Ariza, Meporto, rememora en su libro "Periodista sin Periódico" la vez en que el caudillo liberal, Jorge Eliécer Gaitán, lanzó allí la primera bola, llevado y aclamado por sus legiones de seguidores.

NACE LA PASIÓN

Al universalizarse el béisbol en todos los estratos de la ciudad, una serie de acontecimientos deportivos lo convierten en pasión de todos los cartageneros.

*

El primero de ellos es la participación de Colombia en la VII Serie Mundial de Béisbol aficionado, llevada a cabo en Caracas en octubre de 1944, con una selección dirigida por Andrés "Venao" Flórez, con la asistencia técnica de Juan González Cornet, futuro magnate del béisbol profesional, selección que, a pesar de haber ocupado el sexto lugar entre ocho, tuvo una actuación decorosa, que comenzó a mover las fibras de la afición cartagenera.

*

Posteriormente, la conquista del subcampeonato en la VIII Serie Mundial, en octubre de 1945, en la misma ciudad de Caracas, con un equipo de puros cartageneros, bajo la batuta del maestro cubano Pelayo Chacón, verdadero forjador de nuestros grandes beisbolistas. Este hecho produjo una euforia colectiva en Cartagena, con trascendencia nacional, e inspiró el porro "Beisbolistas Colombianos", que la gente tituló "Para Caracas" o "Los Peloteros", cuya letra se atribuye a la conocida cantante cartagenera Berta Delgado Iglesias y la música al maestro Eusebio Montesinos, grabada por la orquesta de Radio Colonial, con la voz de Remberto Brú, porro que se oía en todas las emisoras de la Costa Caribe y en algunas de Bogotá y se repetía en los escenarios musicales de la época, casi como el himno nacional del deporte, y cuya primera estrofa, la más conocida, decía:

Para Caracas, para Caracas
se fueron los peloteros,
en ellos se destaca la gloria y el orgullo
de ser cartageneros.

*

El campeonato ganado en Barranquilla durante los V Juegos Centroamericanos y del Caribe en diciembre del año siguiente, 1946, obtenido en el recién construido estadio "Tomás Arrieta", con una selección de cartageneros y

barranquilleros, dirigida, también, por el maestro Pelayo Chacón, con el auxilio técnico de su compatriota Pepín Pérez, que era el preparador contratado por la Liga de Béisbol del Atlántico, evento en el cual consagraron su estrellato casi todos los integrantes del equipo nacional, con Carlos "Petaca" Rodríguez, Pedro "Chita" Miranda, José "Judas" Araújo, Carlos "Pipa" Bustos, Manuel "Policía" Peñaranda, Enrique "Quique" Hernández, Armando "Niño Bueno" Crisón y Andrés "Fantasma" Cavadía, a la cabeza. Hasta Justo Taborda, a quien apodaban "Barrita de Tiza", por su singular flacura, la "mascota" o cargabates del equipo, se convirtió en figura popular. Taborda desde los 12 años vendía Frescola en las graderías de La Cabaña y fue incorporado a la selección como ayudante ese año por Pelayo Chacón. Media Cartagena se trasladó a Barranquilla durante los días de esos juegos a acompañar a nuestros peloteros con caluroso entusiasmo. Mis padres, mi hermano Enrique, un tío y yo, que tenía 9 años, nos instalamos en La Arenosa durante esa temporada en casa de unos parientes de apellido Lavergne Franco, para no perdernos de ningún partido. Recuerdo cómo me deslumbró Barranquilla, ciudad que ya le llevaba una delantera en progreso, desarrollo y urbanismo a Cartagena. El torneo tuvo una culminación accidentada, debido a una conducta vacilante del otro equipo finalista, República Dominicana, que no se hizo presente en el estadio para el último juego, perdiendo por "forfeit" o abandono, acreditándose a favor de Colombia el partido y el campeonato. El regreso del equipo a Cartagena fue apoteósico e inolvidable para quienes lo presenciamos.

*

Y, para cerrar con broche de oro, la magistral actuación y el campeonato alcanzado por la selección Colombia en la IX Serie Mundial, jugada en el estadio "Once de Noviembre" de Cartagena, inaugurado todavía sin terminar, junto con la Serie, el 29 de noviembre de 1947, con un lleno a reventar, que comenzó a gestarse desde la mañana de ese día, cuando el público principió a colmar las graderías del nuevo coliseo, a pesar de que el acto protocolario de iniciación comenzaba en las horas de la tarde, acto que se engalanó con las palabras del doctor Raúl Vargas Vélez, presidente de la Acobe, y el lanzamiento de la primera bola por la recién coronada Reina de la Belleza Colombiana, la hermosa cartagenera Piedad Gómez Román. Allí estuve presente, también, cuando cifraba los 10 años de edad, junto con mis padres, mi hermano y unos amigos, haciendo parte de la multitudinaria afición que llenó el estadio y sus alrededores, disfrutando casi con delirio de los seis triunfos de Colombia y padeciendo el duelo de sus derrotas con Puerto Rico y Venezuela - siempre el "fucú" con Venezuela - serie que culminó con un triple empate en el primer lugar entre las novenas de Colombia, Nicaragua y Puerto Rico, que se dirimió

a favor de Colombia, con un picheo de antología de Carlos "Petaca" Rodríguez contra el rival puertorriqueño, que venía de eliminar a Nicaragua en el primer partido.

Esto fue la locura. Cartagena entró en estado de júbilo colectivo. En la ciudad no se hablaba de cosa distinta que de béisbol, y los protagonistas de tal hazaña adquirieron entre nosotros una dimensión casi mítica. La pasión por el "Rey de los Deportes" se desbordó hasta convertirse en un verdadero fenómeno social. En las diferentes tertulias callejeras, especialmente las que se armaban en el Camellón de los Mártires, en el Parque del Centenario, en el Portal de los Dulces, en el Palito de Caucho, en el restaurante Polo Norte, en las cafeterías y heladerías, no se hablaba de cosa distinta a las hazañas de "Petaca" Rodríguez, "Chita" Miranda, el "Flaco" Herrera y los demás peloteros victoriosos, en medio de discusiones acaloradas sobre la oportunidad o no de determinadas jugadas o si el primer cuadrangular de la serie, y, de paso, en el estadio "Once de Noviembre", lo había bateado Eduardo Peussy, de Panamá, o Jorge Hernández, de Nicaragua. El béisbol se convirtió en pasión de todos los cartageneros, lo que llevó a varios dirigentes, con Juan González Cornet a la vanguardia, a trazar la senda hacia el profesionalismo.

EL PROFESIONALISMO EN ACCIÓN

Según se colige de una entrevista hecha a Melanio Porto Ariza, Meporto, por José Nieto Ibáñez, autor del libro "Génesis del Béisbol Profesional Colombiano", fue el médico Pedro Herrera González, beisbolista, periodista y dirigente deportivo que ocupó la Alcaldía de Cartagena, quien advirtió a Meporto y a Juan González Cornet de la necesidad de profesionalizar a nuestros triunfantes peloteros aficionados, "porque andaban pidiendo plata". "Estos tipos no son 'amateurs', y deben hacerse profesionales", les insistió, idea que González Cornet acogió con entusiasmo, proponiéndose fundar un equipo profesional, al cual llamaría inicialmente Pielroja, buscando el frustrado patrocinio de la empresa fabricante de esa marca de cigarrillos que todos algún día fumamos, y, después, "Indios", nombre emblemático de la afición cartagenera, con el cual se consagró. Inmediatamente, este "Zar del béisbol colombiano" viajó a Barranquilla a buscar el apoyo de la dirigencia de aquella ciudad.

Los barranquilleros, que estaban muy molestos con la Asociación Colombiana de Béisbol (Acobe), con sede en Cartagena, habían roto relaciones con ésta, y crearon su propio organismo conductor del béisbol, con miras a llevarlo al nivel profesional.

De manera, que no le fue difícil a Juan González Cornet convencer a los barranquilleros, quienes aceptaron meterse en el negocio.

Así, se conformaron en 1948 cuatro equipos, dos de Cartagena: Indios y Torices; y dos de Barranquilla: Filta y Armco, integrados por roles criollos, los cuales apuntalaron con algunos peloteros panameños y dominicanos, entre los cuales figuraban Astor "Submarino" Cupidan (de quien se decía que era sanandresano), Calvin Biron, Rolando Morris, el "Grillo" Andrés Báez y Diomedes "Guayabín" Olivo, como los más sonados.

El primer campeonato de béisbol profesional se inauguró en Barranquilla el 6 de junio de 1948, a pesar de la grave situación de orden público que atravesaba el país, con motivo del reciente asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán. En esa ciudad se verificó la totalidad del primer certamen profesional, porque el estadio "Once de Noviembre", de Cartagena, no había sido terminado.

La afición cartagenera, presa de su calurosa pasión beisbolera, se fraccionó en dos bandos: indígenas y toricenses, con una mayor proporción de los primeros sobre los segundos. Los indígenas provenían de la vieja fanaticada del equipo Águila, pero multiplicada, y los toricenses de los simpatizantes del conjunto "amateur" de su mismo nombre, nacido bajo el auspicio de otro ardoroso dirigente deportivo, José "Flaco" Alcázar. Yo tuve el placer de militar en las huestes seguidoras del equipo "Indios", junto con la totalidad de mi familia.

Ante el hecho, nunca dejado de lamentar, de jugarse todo ese primer evento en La Arenosa, los cartageneros nos vimos obligados a seguir el curso de los partidos por las transmisiones radiales o a viajar con frecuencia a esa ciudad por el largo trayecto de la carretera de La Cordialidad, para ver y acompañar a los locales, sobre todo a los Indios, que concitaban el mayor entusiasmo, a riesgo de que los barranquilleros espicharan los neumáticos de los automóviles cartageneros, cuando los resultados eran adversos a sus equipos.

Los Indios, finalmente, se coronaron campeones el 12 de octubre de 1948, bajo la acertada conducción de Juan González Cornet y con una nómina de lujo, integrada, entre otros, por las más valiosas unidades criollas: Julio Isidoro "Cobby" Flórez, receptor; Ramón "Varita" Herazo, primera base; Armando "Niño Bueno" Crisón, segunda base; Cosme Pájaro, en el campo corto; José "Mono Judas" Araújo, tercera base; Carlos "Pipa" Bustos, jardinero izquierdo; Humberto "Papi" Vargas, jardinero central; Andrés "Fantasma Yuya" Cavadía, jardinero derecho; Cipriano "Flaco" Herrera, Enrique "Quique" Hernández,

Andrés "Venao" Flórez y Néstor "Jiquí" Redondo, en el montículo. Era parte de la flor y nata de las estrellas del béisbol cartagenero, que tantas glorias le dieron a Colombia, fortalecida con dos extranjeros, los panameños Pablo Bernard, en el campo corto, y Edward Peussy, en el jardín derecho.

Este otro resultado avivó la pasión por el "Rey de los Deportes", pasión que se extendió hasta 1958, durante casi once años, cuando se acabó la llamada "época de oro" del béisbol profesional en Colombia, para desventura de tantos aficionados.

Fueron once torneos, de los cuales el equipo "Indios" se tituló campeón en cuatro oportunidades (1948, 1950, 1952 y 1956), tres de ellas con Juan González Cornet como propietario y "manager", y una, dirigido por el cubano Gaspar "Chulungo" del Monte (1956).

Los cuadros barranquilleros, que cambiaron sus nombres por Willard y Vanytor, y los cartageneros, que mantuvieron los suyos hasta 1956, cuando el Torices, en la novena confrontación, lo cambió por Kola Román, reforzaron sus líneas durante las temporadas siguientes con figuras estadounidenses de la clase A, doble A y triple A, algunos de los cuales llegaron a jugar en las grandes ligas.

Todavía suenan en nuestros oídos los nombres de Joe Lonnet, Howard Boles, Jesse Levans, Horace Garner, Curtis Hardaway, Leverte Spencer y Donald Damiano, de los "Indios"; Jim Pisoni, Joseph Van Durham, Gerald Jacobs, Tito Francona y Charles Locke, del Willard; Artur Sheridam y Bill Thompson, del Vanitor; y, Curtis Hardaway, del Kola Román, dentro de los más recordados, al lado de figuras panameñas, venezolanas, puertorriqueñas y nicaragüenses.

*

En los años 1950 y 1951 Pedro "Chita" Miranda viajó a Caracas, contratado para jugar como campo corto del equipo Venezuela en el campeonato profesional de ese país. Los cartageneros nos pegábamos a los radios de tubos de esa época para oír las narraciones que hacía Francisco José Cróquer, "Pancho Pepe" Cróquer, uno de los mejores locutores de béisbol latinoamericanos, con Marco Pérez Caicedo, de Colombia; Eloy "Buck" Canel, de los Estados Unidos; y Rafael "Felo" Ramírez, de Cuba, en las noches en que jugaba nuestro admirado compatriota. Cada vez que le tocaba el turno al bate a "Chita" Miranda, "Pancho Pepe" Cróquer anunciaba, con su voz grave: "Al bate el colombiano Miranda", lo que llenaba de orgullo patrio a quienes lo escuchábamos. Igualmente hizo famosa la forma como relataba la salida de un

picher por descontrol o mal rendimiento: "Ahí viene la grúa Bomboná", "lo sacó la grúa Bomboná", decía, haciéndole propaganda a uno de sus anunciantes. Cróquer murió el 18 de diciembre de 1955 en un lamentable accidente de tránsito en la carretera de La Cordialidad, cuando participaba en una carrera automovilística.

Con igual interés estábamos atentos a oír las transmisiones de los juegos de la Serie Mundial de las Grandes Ligas, en la voz maravillosa y divertida de "Buck" Canel.

Cartagena fue durante trece años (1945 - 1958) un hervidero de béisbol, que marcó a varias generaciones con el juego en sus distintas variantes: con bola "Spalding", de mochila, de esparadrapo, de caucho, hasta de maretira y tapita de gaseosas. Los bates podían ser de madera, cañabrava o de palo de escoba. Y las manillas de cuero o de lona. Era la creatividad de los cartageneros al servicio de su gran pasión: el béisbol.

La música no fue esquiva a esta manifestación de alborozo colectivo, y variadas canciones sonaron en honor de nuestros peloteros. Todavía se escuchan los pegajosos ritmos de "Las Cosas de Golla", una alegre parranda compuesta por el famoso "Cieguito" Julián Machado, grabada por su propio conjunto, con la voz cantante de Lucho Argañ, conocido en los medios artísticos como "Lucho Pérez", quien vivió y murió en México hace unos pocos años. Sus más repetidas estrofas, dicen:

Y que Golla andaba
con el gran Finol.
No, el que iba con Golla
era el "Nene" Bol.

Y que Golla andaba
con el gran Buendía.
No, el que iba con Golla
era Cavadía.

Y que Golla andaba
con el gran Corrales.
No, el que iba con Golla
era Juan González.

Golla debió ser una dama, llamada Gregoria, que seguramente era dada a "andar" con los beisbolistas de moda.

Cómo no recordar, también, el sonido de la sirena de Raúl Pardo Rivas cada vez que el equipo Indios producía una jugada de aplauso en el estadio "Once de Noviembre". Pardo concurría puntualmente a todos los partidos en que participaban los "Indios", acompañado de su infaltable sirena manual, que después fue de pilas, escoltado por sus hijos menores y un grupo de amigos. El primer día que Pardo hizo sonar la ruidosa sirena en las graderías del estadio, la Policía se la decomisó, y, gracias a un permiso expedido por el Gobernador de Bolívar, coronel Luis F. Millán Vargas, pudo seguir animando a las barras indígenas con su original ulular. Este personaje del mundo beisbolero fue socio de Juan González Comet en el equipo Indios y, además, tuvo con él una sociedad, llamada "González & Pardo", que distribuía el Ron Blanco departamental.

A Roberto Jiménez Cárdenas, "Brazo de Oro", ofreciendo por todo el estadio su pirámide de sandwiches, sostenida con uno de sus brazos, sin inmutarse ni temblarle el pulso (de ahí su mote). Eran deliciosos emparedados que alguna vez saboreamos todos los asistentes a ese coliseo. "Brazo de Oro" aún vive, pero ya, con el pasar de los años, su brazo perdió su virtud aurífera, y hoy, a los 85 años, cuida carros en parqueaderos de la zona comercial de Bocagrande.

A Joaquín Robles, celoso guardián de la puerta principal de sombra, manejando hábilmente su torniquete, parando en seco a la plaga de "cacheteros" de la época. Venía de cumplir el mismo oficio en La Cabaña, y, terminada la gran era del béisbol profesional, se lo llevó a trabajar como conductor Carlos "Chito" Pareja, al asumir la gerencia del Club Cartagena.

A Juancho Girón, asociando con admirable ingenio la terminología beisbolera con las cosas y personajes de la vida cotidiana. Era un fervoroso fanático, con rasgos de filósofo del béisbol.

A los apostadores y discutidores de siempre, resolviendo a gritos sus diferencias, dentro de la más insólita cordialidad.

A las sabrosas empanadas con huevo, con las cuales hacíamos festines culinarios, acompañándolas de una cerveza Águila o una Kola Román, bien frías.

En fin, cómo olvidar a tantos personajes que fueron actores de primera en ese bullicioso escenario deportivo, el estadio "Once de Noviembre", ni a la muchedumbre de emociones que allí se vivieron en la "década de oro" del béisbol colombiano (1948 - 1958).

LOS MECENAS DE LA PASIÓN

De no haber existido en Cartagena hombres como Enrique Grau Vélez, Luis Carlos Delgado (Tatayo), Luis Carlos Mutis (El Tuerto), Pedro Herrera González, Antonio Suárez Herrera, Enrique Calvo Muñoz, Francisco y Raúl Vargas Vélez, Claudio Muñoz, Augusto Tinoco Pérez, Juan Pastorizo Santos (Jupasán), Manuel Severiano Castillo (El Capi), Melanio Porto Ariza, Ignacio Amador de la Peña, Gastón Calvo Núñez, Marcos Pérez Caicedo, los hermanos Chamié, Antonio de la Valle (Fat), Alfonso Piñeres Torres, Clemo Haydar, Carlos "Chito" Pareja, José Alcázar, Joaquín Franco Burgos y Juan González Cornet, entre tantos, no hubiera nacido en Cartagena la pasión por el béisbol.

Todos merecen el encomio de que han sido objeto por críticos y estudiosos del "Deporte Rey".

Por razones de espacio, nos referiremos sólo a dos de ellos, en virtud de la huella que dejaron marcada para siempre en la historia de la "época de oro" del béisbol colombiano: Melanio Porto Ariza y Juan González Cornet.

MELANIO PORTO ARIZA (MEPORTO).

Cartagenero hasta los tuétanos, nació el 17 de abril de 1924 en el seno de una familia respetable de nuestra ciudad. Como el mismo lo expresa en su obra "Periodista sin Periódico", desde su infancia tuvo sus andanzas en el béisbol como "mascota" de los equipos Getsemaní y Águila y como jugador de playa, que a veces se atrevía a practicar en el estadio La Cabaña, con Andrés "Venao" Flórez y Kaplán, un periodista deportivo de la época.

Apenas tuvo como educación colegial cuatro años de estudios elementales, lo que da la medida de su autoformación intelectual, hecha a base de lecturas, viajes, cine y trato con la gente, todo sumado a su indiscutible inteligencia.

Dominaba el béisbol, el boxeo, los gallos, la literatura y el cine, con asombrosa erudición. Como yo, era indiferente al fútbol.

Ejerció el periodismo en la prensa y la radio, actividad que consideró "un taller de ejercicios intelectuales y cívicos", sentencia que cumplió al pie de la letra. En ese quehacer de toda su vida, dirigió desde 1941 la página deportiva del "Diario de la Costa", al lado de Ignacio Amador de la Peña (Igapé), Justo Pastorizo Santos (Juapasán) y su hermano menor, Alcides, quien firmaba sus

escritos como Alcipor. En mis años mozos, cuando cursaba el bachillerato en el colegio Fernández Baena, tuve la breve pero satisfactoria ocasión de colaborar en esa página con algunos artículos y comentarios sobre los campeonatos intercolegiales y el béisbol profesional, que firmaba como "Ballestas M.", por generosa invitación de su parte y de su hermano Alcides.

En 1945 creó un programa radial en Emisoras Fuentes, llamado "Aquí los Deportes", con copiosa y fiel audiencia, donde daba rienda suelta a sus audaces comentarios sobre los últimos acontecimientos deportivos, especialmente en el béisbol, el boxeo y los gallos, con la vehemencia que siempre lo caracterizó, la que le trajo muchos admiradores y no pocos malquerientes. Tuvo como carnal en sus afanes periodísticos a Antonio de Lavalle, "Fat" Lavalle, muerto de manera tan trágica como absurda.

Reconoció que saltó a la fama, al lado de Marcos Pérez Caicedo, como comentarista en las transmisiones que aquél hizo de los partidos de la IX Serie Mundial, superando los dos en sintonía al acreditado "Pancho Pepe" Cróquer, quien vino de Venezuela a narrar los mismos juegos en otra emisora. Ejerció con seriedad y decoro su profesión periodística hasta poco antes de su muerte, ocurrida el 12 de noviembre de 2000.

Según mi opinión, y la de muchos otros, fue el mejor periodista deportivo de su época y artífice indiscutible del desarrollo del béisbol nacional.

JUAN GONZÁLEZ CORNET

Su nombre se asocia, indefectiblemente, con el béisbol colombiano, y cartagenero, en particular.

Sobre su nacionalidad ha habido cierto despiste en Cartagena: lo han dado como español, algunos como venezolano, otros como panameño y hasta como cubano. En realidad, nació en Panamá el 17 de septiembre de 1917, de padres españoles catalanes, llamados Juan González y Concepción Cornet (que en catalán significa "corazón limpio"). Su padre emigró a ese país a trabajar en la zona del canal. En 1922, cuando su hijo Juan Jr. tenía cinco años, se trasladó a vivir a Cartagena, donde montó una fábrica de hielo.

Chelo de Castro, el reconocido periodista barranquillero, le refirió en una entrevista a José Nieto Ibáñez, que Juan González Cornet "fue alumno del Colegio Biffi (de Barranquilla), a quien el hermano Pedro hizo lanzador, aunque

no tuvo mucha fortuna. . . ., eso no lo saben los mismos cartageneros", lo que nos muestra su precoz llegada a los terrenos del béisbol.

Viajó joven a España, la tierra de sus ancestros, donde prestaba el servicio militar cuando estalló en 1936 la sangrienta guerra civil. Un oficial superior amigo le recomendó que se casara con su novia española y retornara a América, porque él era de nacionalidad panameña. Así lo hizo, y regresó casado con Antonia Sistac, según el "Capi" Castillo en 1939, unión de donde proviene la tribu González - Sistac.

Irrumpió en el béisbol aficionado con el equipo Águila, participando en la VII Serie Mundial, en Caracas, en 1944, como asistente técnico del "manager" de la selección Colombia, Andrés "Venao" Flórez.

Con Meporto convirtió en realidad la idea de crear el béisbol profesional, fundando el equipo "Indios", que llevó a ganar tres campeonatos bajo su dirección.

Hizo fama su proverbial largueza. Carlos "Pipa" Bustos, su subalterno en el equipo "Indios", así lo corrobora en entrevista concedida a Raúl Porto Cabrales: "El era el dueño del bar Panamá y el restaurante Tahití en la calle Larga y durante el tiempo que no se jugaba él nos ayudaba con plata y comida, y después, cuando ya empezaba la temporada, no nos cobraba nada. Ese era un gran hombre. A los peloteros le regalaba muchas cosas. Se atrevía a traer equipos sin tener plata, pendiente sólo de lo que se hiciera en taquilla. Él, con Claudio Muñoz y el "Flaco" Alcázar son los más grandes que han pasado por aquí. Es más, se ideó que cuando se ganaba un partido a cada jugador le daba diez pesos y 25 al lanzador. Hasta llegó a comprar un bus para llevar el equipo a Barranquilla, y, cómo sería, que una vez en un viaje a Cuba, tuvo que vender su casa para poder pagar el hotel de todos nosotros". Está dicho todo: "Era un gran hombre".

Inope su faltriquera por los gastos del béisbol, se radicó en San Andrés, Isla, en busca de su recuperación económica, explotando el ramo mercantil. Allá murió el 8 de enero de 1973, sin dejar de pensar en el béisbol, la pasión de toda su existencia.

El estadio de softbol de aquel territorio insular lleva su nombre, "Juan González Cornet", lo que no ha hecho Cartagena, que tanto le debe, con uno de sus escenarios deportivos.

ÚLTIMO "INNING"

A partir de 1958 el béisbol profesional entró en un largo receso, ocasionado por la devaluación de la moneda colombiana frente al dólar, lo que encarecía de manera exorbitante la contratación de peloteros extranjeros, superando la capacidad financiera de sus promotores y la rentabilidad del negocio.

Sólo hasta 1979 se inició lo que llamaríamos una segunda época del béisbol profesional, pero sin la misma ardentía en la pasión de la fanática local, pese al empeño, entusiasmo y la chequera de viejos y nuevos dirigentes, entre los cuales se cuentan: Melanio Porto Ariza, Miguel Vecchio Gallo, Amaury Martelo, Manuel González Angulo, Iveth Chejuan, Jaime Martínez Escobar, Carlos Caraballo, Jaime Mejía Porto, Eduardo Pardo Porto, Jorge Cueter, Julio Romero, Orlando Vélez Benedetti, Orlando Covo y Augusto Lemaitre, por Cartagena; y, Julio Blanch Calvo, Mike Schmulson, Alfredo Navarro, Eduardo Rojas, los hermanos Char, Gabriel Peláez Jr. y el "Team" Rentería, por Barranquilla.

Por cierto, en la segunda temporada (1980 - 1981), me correspondió, como Alcalde de Cartagena, presidir los actos protocolarios de apertura y lanzar la primera bola en el juego inaugural, acompañado del Gobernador del Departamento, mi leal amigo Marun Gossain Jatin, también gran aficionado. Fue mi consagración como adherente a los deleites de ese apasionante deporte.

Finalmente, se han seguido organizando otras temporadas con relativo éxito, gracias a la tenacidad de los hermanos Edgar (ese extraordinario grandes ligas) y Edison Rentería, sin que la afición responda con la constancia y fervor de otros tiempos. La televisión, la radio y la prensa han montando una trinca para un lavado cerebral a la universalidad de sus receptores, metiéndonos el fútbol a la brava por ojos y oídos, relegando a segundos lugares las otras modalidades del deporte. Cartagena no ha sido inmune a esa agresión mediática y, para desdicha de una afición sedada, cambió el buen béisbol por el mal fútbol.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA:

PERIODISTA SIN PERIÓDICO.- Melanio Porto Ariza.- Editora Bolívar Ltda. 1996.

EL OTOÑO DE LOS HÉROES.- Raúl Porto Cabrales.- Alcaldía Mayor de Cartagena de Indias, Secretaría de Educación y Cultura.- 1997.

GÉNESIS DEL BÉISBOL PROFESIONAL COLOMBIANO.- José Nieto Ibáñez.- Fondo de Publicaciones Universidad del Atlántico.- 1999.

HISTORIA DEL BÉISBOL AFICIONADO DE COLOMBIA.- Raúl Porto Cabrales. Primera Edición.- 2000.- Litohermes Ltda.

HISTORIA DEL BÉISBOL PROFESIONAL DE COLOMBIA.- Raúl Porto Cabrales. Gráficas El Cheque.- 2002.

REVISTA "ÁGUILA".- Editor, Jaime Guzmán Ramos.- Intergráficas Ltda.

CONVERSACIONES CON:

Carlos Gustavo Méndez, Jorge González Sistac, Raúl Pardo Padilla, Ariel Zambrano Meza y Eduardo Pardo Porto.

Memoria del autor.

CAPÍTULO XIII

EL EXTRAÑO Y FANTÁSTICO MUNDO DE LOS AFICIONADOS A LOS TOROS.

Hace más de 40 años asistía por primera vez con pleno uso de razón taurina a una corrida de toros en la "Plaza de Santamaría", en Bogotá, en compañía, entre otros amigos, del hoy ex senador y ex ministro sucreño, Carlos Martínez Simahan y del fallecido abogado payanés, Luis Armando Velasco Cháves, el famoso y querido "Gordo" Velasco. Dentro del cartel de esa fría tarde figuraba un torero gitano, llamado "El Caracol", a quien, de paso, no he oído mencionar nunca más, que, como buen gitano, hacía gala de su agorera personalidad.

Al llegar nosotros a la puerta de entrada, los porteros se opusieron al ingreso a la plaza del "Gordo" Velasco, porque este vestía una camisa negra, lo que no era permitido por el matador calé, cuya sola visión de una prenda de color negro en los tendidos lo asustaba más que los cuernos mismos del toro.

No hubo Dios ni ayuda que convenciera a los porteros de permitir el acceso del negrivestido "Gordo" a la Santamaría, quien tuvo que resignarse a regresar frustrado a su casa, no tanto por haberse perdido de la corrida, como por tener que privarse de unas buenas libaciones de manzanilla "Pochola" y de los divertidos apuntes de la tertulia que armábamos en la plaza.

Desde ese momento advertí que dentro del mundo taurino, y de todo cuanto lo rodeaba, sucedían las cosas más extrañas, imposibles de entender por nosotros los mortales.

A medida que me asomaba más a ese universo casi esotérico, comprobaba mis sospechas, y los hechos me han dado la razón.

En efecto, en los días en que desempeñaba la Alcaldía de Cartagena, me

encontraba un 31 de diciembre por la noche en mi hogar esperando la llegada del Año Nuevo junto con mi familia y algunos amigos. Eran las 11:45 pasado el meridiano, quince minutos antes de la "hora de los pitos", cuando me avisaron que en la puerta del antejardín de mi casa estaban unos señores buscándome. Vi en la penumbra del pórtico unas siluetas juveniles que, a medida que me acercaba, me eran gratamente conocidas: Edgardo Pallares Bossa, Joaquín De León, Alberto Vélez Baena, Carlos Rodríguez Pizarro, Luis Fernando Angulo y Pedro Maciá Hernández, casi todos vestidos de riguroso esmoquin. Inmediatamente pensé, con ingenuo optimismo, que ese grupo de reconocidos aficionados a la fiesta taurina había abandonado la reunión de Año Nuevo que celebraban en el cercano Club Cartagena, para venir a desearme un feliz año 1981, tal vez por el decidido apoyo que, primero como Personero Municipal y luego como Alcalde, le había dado al renacimiento de la afición taurina en Cartagena.

Pero cuál sería mi sorpresa cuando uno de ellos, creo que Joaquín De León o Edgardo Pallares, tomando la vocería del grupo, me manifestó, con la gravedad y trascendencia de un magistrado romano, que venían a solicitarme, muy respetuosamente, los acompañara - a esa hora, doce menos cuarto de la noche de la víspera de Año Nuevo - a la plaza de toros, para que, como primera autoridad de la ciudad y presidente de ella, comprobara, con mis propios ojos, que los toros que iban a ser desencajonados esa noche no tenían el peso reglamentario y que Alberto Borda, en esa época el representante de la empresa, nos iba a meter no gato por liebre sino novillo por toro.

Quedé sorprendido, desconcertado, y se me fueron las pocas copas que había escanciado hasta ese momento.

¡Que unos jóvenes, todos almidonados, abandonen una alegre fiesta, en donde están disfrutando con sus familiares y amigos, para venir a proponerle al Alcalde que los acompañe, 15 minutos antes de la efusión colectiva del Año Nuevo, a una distante y semiobscura plaza de toros a ver llegar y pesar unas reses cansadas, y sustituir el alegre ruido de los pitos por unos melancólicos mugidos, no se le ocurre ni a la siniestra imaginación del escritor norteamericano Edgar Allan Poe!

Pero así fue. Mi sorpresa cesó cuando recordé que eran habitantes del extraño mundo de los toros, donde es posible la más increíble de las fantasías.

Para mi fortuna, entre de mis acompañantes se encontraba el abogado Jaime

Malo Hernández, a quien pedí que me representara en tan inverosímil misión, lo que hizo con toda naturalidad, por pertenecer, él también, a ese increíble universo taurino.

Obviamente, los cogió el Año Nuevo bajando el puente de Bazurto.

¿Será, acaso, un comportamiento normal que unos vehementes aficionados, como son los aficionados a los toros en Cartagena y en cualquier lugar del mundo, se reúnan sin falta todos los viernes del año, por lo menos, desde enero hasta diciembre, en sus respectivas tascas o peñas a hablar de toros y a convenir los preparativos para la temporada venidera y, cuando esta llega, se van de la ciudad para no asistir a las corridas, porque les molestó el cambio de un torero o de unas reses, y en el lugar donde se autoexilian oyen con interés por radio las transmisiones de esas repudiadas corridas y mantienen contacto telefónico con sus cofrades que permanecieron acá para que les den más detalles de lo acontecido?

¿Estaremos en capacidad de entender, los seres comunes y corrientes, cómo en ocasiones en que la plaza se quiere venir abajo con el fervor delirante del público, que con pañuelos blancos en mano clama por el otorgamiento de todos los trofeos para el torero, las peñas de expertos aficionados le den despreciativamente la espalda al ruedo, a manera de protesta, y se pierden de la sabrosa histeria colectiva que se ha armado en el resto de la plaza, para cuya asistencia han pagado los boletos más caros de espectáculo alguno?

Son conductas, comportamientos, reacciones, que constituyen insondables misterios para aquellos que no habitamos ese mundo mágico de la tauromaquia y que hubieran enloquecido al mismo Freud.

En cierta corrida, y de esto fue testigo mi vecino de tendido de muchos años en la plaza de toros "Cartagena de Indias", Antenor Barboza Avendaño, estaba ubicado en una fila y número cercanos a los nuestros el también abogado y aficionado, Rafael Púa Viola. Por la proximidad a nosotros nos tocó ver sus reacciones durante todo el desarrollo de la corrida y observamos, con perplejidad, que cuando toda la plaza aplaudía, él chuleaba indignado; cuando el público chuleaba, él aplaudía con frenesí; cuando el público le rendía homenaje al diestro, él permanecía silencioso; cuando ese mismo público se ponía de pies, él seguía sentado refunfuñando; cuando todos gritábamos ¡música!, él reclamaba silencio; y, cuando se imponía el silencio, se oía el grito solitario de Púa Viola pidiendo ¡música!

Llevados por la curiosidad, Antenor Barboza y yo preguntamos al colega Púa Viola cuál era la razón para comportarse en forma tan extraña, contra la corriente, y nos respondió con convicción: que él tenía más de 40 años de estar asistiendo a corridas a ver a los toros y no a los toreros, que él era "torista", y que, por lo tanto, él estaba viendo una corrida distinta a la que estaban viendo los demás.

Francamente, desde ese momento saludo con respeto, y por qué no decirlo, con admiración, a tan peculiar aficionado.

Los cansaría y me cansaría contándoles anécdotas de acontecimientos por mí vividos que comprueban que la afición taurina es, en todos sus aspectos, una afición extraña.

A sus militantes les consta que, no se sabe por qué fuerza oculta inaccesible a la razón, quien entra a ese círculo de aficionados no puede salir más. Bastó que el afamado médico y excelente cirujano, doctor Gustavo García, se acercara a la plaza de toros de Cartagena y se untara de la sangre de José Ortega Cano, para que se convirtiera a la fe taurina y hoy lo tengamos como un afiebrado aficionado que nos deleita con sus amenas y documentadas charlas sobre las causas, naturaleza y secuelas de las cornadas de toros. A otros dos grandes amigos, el ingeniero Antonio Lequerica Martínez y el abogado y poeta Carlos Facio - Lince Bossa, nos los arrebataron irremisiblemente.

Pocos, muy pocos, se han resistido a caer en las tentaciones de esa dimensión desconocida, que es la afición taurina.

En mi vida he sido testigo de un solo caso de férrea fuerza de voluntad a doblarse ante sus embrujos.

Y lo cuento:

Como es sabido, aficionado a los toros que se respete tiene que asistir reverente alguna vez en su vida a la "Plaza de las Ventas" de Madrid, la Meca, la Santa Sede, la Estatua de la Libertad, la Torre Eiffel, la Puerta de Brandeburgo, el Big Ben, el Portal de los Dulces del toreo.

En cierta ocasión departía en la casa de campo del aficionado León Trujillo Vélez lo más granado de la taurofilia cartagenera y el tema central de la tertulia era el número de peregrinaciones que cada uno había hecho a la "Plaza de las Ventas". Quien menos se había posado en sus tendidos contabilizaba 5 ó 6

veces en los últimos años. En esas estaban, cuando uno de los concurrentes, el arquitecto Fulgencio Lequerica Martínez, nuestro inventivo "Fun" Lequerica, se coló en la conversación, y cuando todos los expectantes esperaban conocer el número de veces que éste había ido a "Las Ventas", que suponían muchísimas, dijo "Fun", con sarcástica sonrisa de satisfacción: "uno de mis mayores orgullos es haber estado 3 meses en Madrid, en plena temporada taurina, y nunca asistí a la plaza de toros". El desconcierto fue general y para los presentes "Fun" Lequerica fue visto como un bicho raro, venido quién sabe de qué planeta extraño.

Después supe que "Fun" Lequerica es fundador y miembro, él solo, de una "Peña Antitaurina", única en su clase en el mundo.

Siempre me ha llamado la atención que donde se encuentren dos o más aficionados a los toros, ya sea en una misa, en un entierro o en clandestinos quehaceres inconfesables, la conversación es inevitablemente de toros.

Es conocido el episodio aquel cuando alguien le preguntó al taurófilo español José Luis Lozano de qué hablaban los aficionados a los toros cuando no hablaban de toros y éste respondió: "¡Pues, no hablamos, coño!"

Alguna vez le inquirieron al "Tigre" Castro, hombre de confianza de los hermanos Zúñiga, qué era de la vida del torero Joselito Ortigón, y contestó, sin ocultar su pesar, "por ahí anda el pobre de abogado".

Es, sin duda, un mundo más extraño que "el extraño mundo de Subuso", en donde a veces las cosas parecen y no son y otras veces son pero no parecen. Pero, tiene que ser un mundo fascinante, para que concite tanta gente importante, tanta gente inteligente y tanta gente culta.

En este orbe taurino sus habitantes viven dentro de una divertida armonía que no admite discriminaciones de ninguna naturaleza. Fíjense como, a pesar de aparentar ser una afición elitista, allí no existen diferencias sociales, económicas, geográficas, culturales, profesionales, políticas, raciales, sexuales o cronológicas. Todos comparten su afición en un mismo plano vivencial, de tú a tú, sin odiosas imposiciones jerárquicas, a diferencia de lo que acontece en el otro mundo, el de los mortales.

Ramón Pérez de Ayala se atrevió a darle a la afición taurina y a su comportamiento en la plaza una connotación socio - política: "Si quieres averiguar la

realidad social de España, asómate a los tendidos de una plaza de toros", afirmó alguna vez.

Bien decía la profesora de la Universidad Central de Madrid, María Celia Forneas que "Si no hubiera existido la fiesta taurina quedarían vacías muchas salas de museos, estanterías de bibliotecas y cinemacotecas; no podríamos disfrutar oyendo óperas, cuplés, composiciones sinfónicas o canciones populares" y, agrego yo, nos hubiéramos privado de la existencia de ese mundo extraño que conforman sus aficionados. Sobre todo, sus aficionados en Cartagena.

BIBLIOGRAFÍA.

1. "SOBRE LA CAZA, LOS TOROS Y EL TORERO". JOSÉ ORTEGA Y GASSET.
2. "TOROS Y CULTURA". ANDRÉS AMORÓS.
3. "ENCICLOPEDIA TAURINA". GASSO EDIT. 1967. JOSÉ SILVA ARAMBURU.

CONVERSACIONES CON:

ANTENOR BARBOZA AVENDAÑO, FULGENCIO LEQUERICA MARTÍNEZ, ANTONIO LEQUERICA MARTÍNEZ Y PEDRO MACIÁ HERNÁNDEZ.

Esta obra se imprimió en la planta litográfica de C.I. ORGANIZACIÓN DIGITAL CASA EDITORIAL S.A. en el mes de Junio de 2008. La Portada a full color y plastificada, se diseñó en el programa FreeHand, impresa en papel Propalcote 240 grs., sus textos interiores se diagramaron en el programa Page Maker, la fuente para textos es Times New Roman en 12 ptos., e impreso en papel Bond de 75 grs.



Sector Industrial de El Bosque Trv. 54 N° 24-80

• Tels.: 6694069-6694339-6695510-6695051

• e-mail: casaeditorial@yahoo.es

• www.casaeditorialsa.com

Cartagena de Indias - Colombia